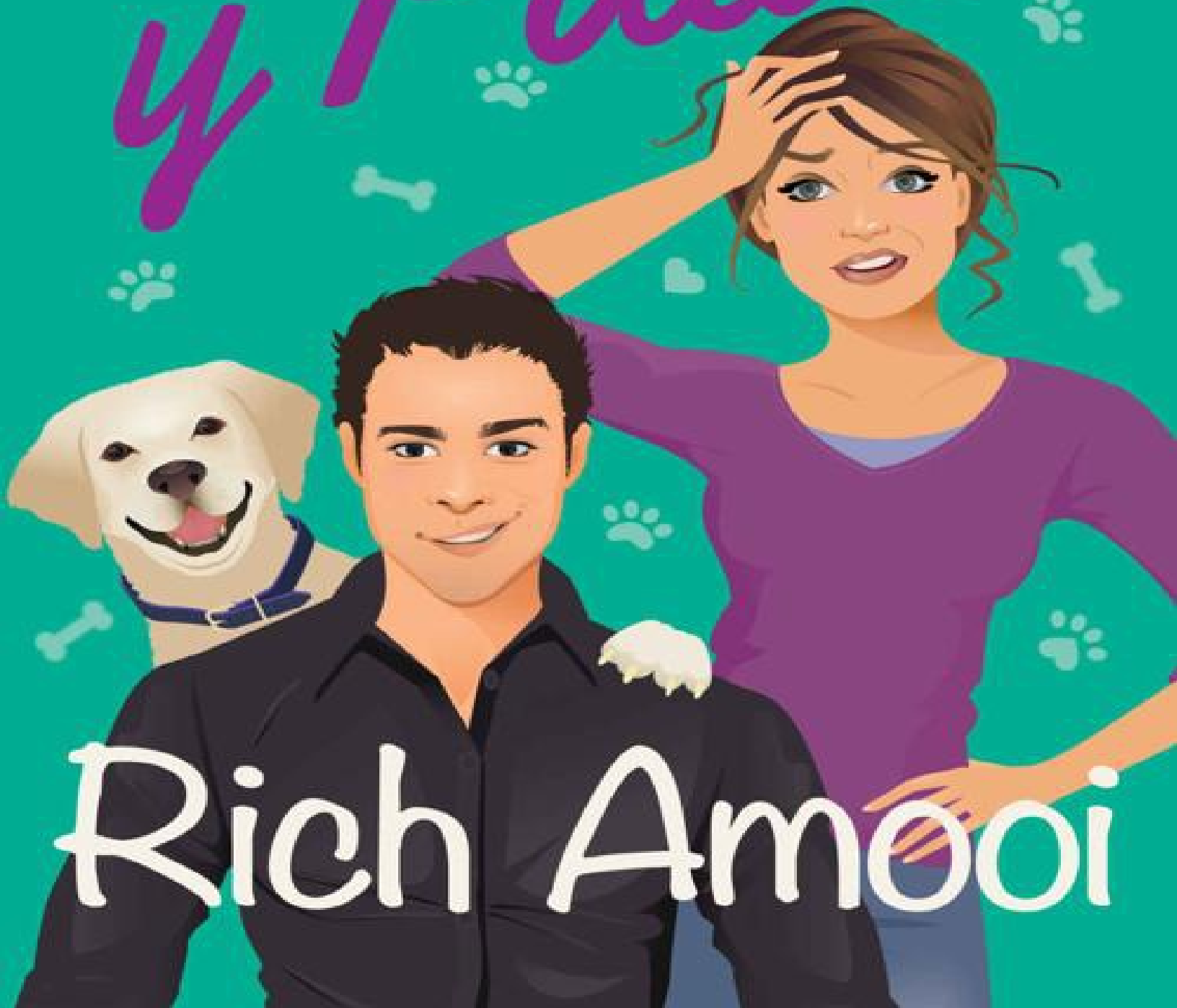
ENTRE HOMBRES y Patas



Rich Amooi

ENTRE HOMBRES y Patas

DERECHOS DE AUTOR
Copyright © Rich Amooi 2024
Todos los derechos reservados.

Quejarse hace a la gente menos atractiva, así que contente un poco si esta comedia romántica te ofende. Este libro es una obra de ficción, ¿recuerdas? De veras. Referencias a personas reales, bikinis negros, abdominales marcados, empresas, muertos, restaurantes, caca, eventos, productos, tonterías, servicios, licra, negocios, piccata de pollo, corporaciones, organizaciones o ubicaciones están destinadas únicamente a proporcionar una sensación de autenticidad y se utilizan de forma ficticia. Los personajes, nombres, historias, lugares, incidentes y diálogos provienen de la imaginación del autor y no deben interpretarse como reales. Aviso: leer las comedias románticas de Rich Amooi puede provocar una euforia que te motive a desnudarte y correr por el vecindario cantando melodías de espectáculos de Broadway. Hay precedentes. Ninguna parte de este libro puede reproducirse, escanearse, grabarse, consumirse—a menos que haya una cabra en la casa a la que le guste este tipo de merienda—ni distribuirse en forma impresa o electrónica sin el permiso del autor.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

Agradecimientos
Acerca del autor

A Silvi Martín,
mi ángel, mi cielo,
mi princesa andaluza,
el amor de mi vida.
¡Te quiero MUCHO!

Capítulo Uno

ROCCO

Estuve tentado de hacerle una prueba de ADN a mi perro para ver si tenía algo de cabra. No solo tenía un apetito voraz por el papel (desde facturas hasta novelas románticas), sino que también tenía el peculiar hobby de embestir, con una precisión milimétrica. Y, por desgracia para mí, mis partes nobles eran su diana favorita, demostrando una puntería digna de un francotirador.

—¡Houdini, deja ese guion ya! —le ordené.

El perro, en un giro inesperado, se metamorfoseó en un Robert De Niro canino, parando solo para fruncir el ceño y lanzarme una mirada que parecía decir: «¿me estás hablando a mí?», que me dejó claro quién mandaba. Eso me pasa por malcriarlo tanto, siempre acaba saliéndose con la suya.

Allí estaba Houdini, sosteniendo con su pata izquierda el guion de la comedia en el suelo de la cocina, mientras desgarraba una página tras otra con los dientes. Se detuvo solo para escupir un pedazo, con una expresión de disgusto en la cara, como si se hubiera comido una croqueta en mal estado.

—Lo hiciste mejor que yo, que no pasé de la quinta página. —Acaricié el lomo de Houdini y luego sacudí parte de su pelo color crema de mis pantalones negros—. Sé que estás aburrido, pero tengo que trabajar, amigo mío. Sal y juega.

Me regaló una de las sonrisas típicas de un golden retriever, como si el ir a explorar al aire libre fuera tan divertido para él como jugar con su ardilla chillona. Era evidente que me estaba tomando el pelo, ya que normalmente no salía, a menos que yo saliera primero.

Con un suspiro, abrí la puerta mosquitera, esperando contra toda esperanza que saliera. Como era previsible, Houdini no se movió ni un milímetro.

—Muy bien —dije.

Cerré la puerta, no sin antes mirar hacia la piscina. Un rato en la piscina sonaba genial, pero necesitaba concentrarme en cosas más importantes, como mi futuro. Ya era hora de hacer grandes cambios en mi vida. Bueno, un cambio en realidad, aunque fuera enorme. Uno que seguramente causaría revuelo en Hollywood. Y, hablando de eso...

Mi teléfono sonó y miré el nombre de la pantalla. Era Oliver, mi amigo y agente.

Me dejé caer en el sofá de cuero del salón y respondí a la llamada:

—Deberías estar buceando o comiendo cerdo kalua en lugar de llamarme. ¿Qué quieres?

—Yo también te quiero. ¿Cuántos guiones has leído? —dijo Oliver

—Sin comentarios.

—Dame un número aproximado, así sabré si fue un error irme de vacaciones.

—No fue un error, leí ocho guiones; aunque la única persona que se beneficiaría de que uno de ellos se convirtiera en una serie sería un optometrista, porque su negocio florecería con todas

las lesiones causadas por poner los ojos en blanco.

Oliver se rio y dijo:

—La culpa es tuya. Te dije que me dejaras eliminar los malos cuando regresara. ¿Por qué no me dejas hacer mi trabajo?

—¿Por qué, simplemente, no disfrutas de tus vacaciones? —respondí.

Oliver estaba en Hawái con su novia.

—Riesgos laborales —respondió con un suspiro—. Mi éxito está directamente relacionado con tu éxito. Me cuesta mucho relajarme cuando no sé lo que estás haciendo. Oye, ¿qué te parece instalar vigilabebés en todas las habitaciones de tu casa?

—Pensaría que estás loco. Baja el nivel de paranoia. Actúas como si fuera a elegir el proyecto que nos llevaría a la ruina.

—De todos modos, si mi carrera fracasa, simplemente volvería a vivir con mis padres a la edad de cuarenta años y me convertiría en el hazmerreír de Hollywood —dijo Oliver.

Estaba bromeando, por supuesto. Gracias al éxito de mi carrera como actor, Oliver era el agente más cotizado de la industria del cine, y nunca tendría que preocuparse por el dinero. Nada me hacía más feliz, se lo debo todo, él fue quien me descubrió.

La primera vez que nos cruzamos fue hace una década. Oliver se me acercó cuando salí del agua tras surfear en Redondo Beach. Tardó veinte minutos en convencerme de hacer una audición para un anuncio de televisión, para una línea de ropa interior de Calvin Klein. Yo era un poco escéptico al principio. Aunque él parecía tener buenas intenciones, sonaba como un vendedor de coches de segunda mano y, además, me cuestiono la cordura de alguien que usa pantalones largos en la playa cuando afuera hace tanto calor.

Tras esto, Oliver me dijo que me convertiría en una estrella, y acabó teniendo razón. La audición fue un éxito y conseguí el papel. El anuncio se emitió ante millones de espectadores durante la Super Bowl, lo que me llevó a conseguir un pequeño papel secundario en una película independiente que ganó los principales premios en el Festival de Cine de Cannes. De repente, yo estaba en el radar de Hollywood y todo el mundo me llamaba.

¿Quién habría imaginado que tenía un talento natural frente a la cámara? Oliver lo sabía, evidentemente, pero yo no.

En cuanto a mi reputación de «*chico malo de Hollywood*», todo comenzó como un malentendido. Vestía una chaqueta de cuero negra como el personaje de John Travolta en *Grease,* y terminé injustamente en la cárcel, después de que mi acto de buen samaritano saliese muy mal. Aunque me sentí muy avergonzado en ese momento, resultó ser lo mejor que me pudo haber pasado.

Oliver, en su infinita sabiduría, me recomendó guardar el secreto de mi inocencia como si fuera la receta de la Coca-Cola, porque Hollywood amaba a los rebeldes como James Dean. El tío acertó de nuevo y el resto es historia. Mi trilogía de superhéroes, *Capitán Clapton,* recaudó casi mil millones de dólares en taquilla y, ahora, hay mucha más gente interesada en mí. Estoy en la cresta de la ola, todo gracias a Oliver. Todo lo que tengo se lo debo a él. Es algo que nunca olvidaré, por mucho que me molestara que me estuviera llamando cuando debería estar disfrutando del surf y la arena de Maui.

—¿Por qué tardas tanto en leer los guiones? —preguntó Oliver.

—Houdini no me deja trabajar —dije.

—Te dije que adoptar a ese perro te complicaría la vida, pero ¿me escuchaste? Nooo.

—Mi vida no es complicada —dije, negando la cabeza.

—Haz que Marcello lo vigile —dijo Oliver.

—De ninguna manera. Ya tiene demasiado a su cargo, quiero que tenga su propia vida.

Marcello era mi asistente personal. Nos criamos juntos con familias de acogida y lo contraté justo cuando mi vida se volvió caótica por las demandas de Hollywood, que me arrastraban en todas direcciones. Él era mi guardián, el hombre que controlaba el acceso a mí y el que me mantenía cuerdo haciendo todas las pequeñas y tediosas tareas que yo no tenía interés en hacer.

—Escucha, regalar a Houdini no es el fin del mundo, ¿vale? —Oliver lanzó la bomba con la delicadeza de un elefante en una tienda de porcelana—. Lo has intentado, pero hay un montón de almas caritativas que estarían felices de librarte de ese torbellino peludo.

—De ninguna manera —dije.

Regalar a mi perro estaba fuera de toda discusión. Houdini ya había pasado por tres dueños en los últimos tres años. No sería capaz de deshacerme de él como lo habían hecho todos los demás. Sabía lo que significaba ser abandonado porque lo había sufrido en carne propia.

—Ese perro es una molestia para tu estilo de vida —dijo Oliver.

—Sí, claro. No te olvides de sentir lástima por mí y mi complicada vida mientras saco mi Maserati del garaje.

—De hecho, nunca conduces ninguno de tus coches.

—Pero podría, si quisiera —dije—. Y que no los conduzca no significa que no los aprecie. Mucha gente tiene una colección de monedas, pero normalmente las guardan en un cajón. A mí me ocurre lo mismo solo que, en lugar de un cajón, es un garaje.

—Está bien, pero la mayoría de esas monedas no valen trescientos mil dólares. Es una comparación horrible.

—Lo sé, es lo único que se me ha ocurrido sobre la marcha. De todas formas, ayer estuve en el garaje.

—¿Y te subiste a alguno de los deportivos? —preguntó Oliver.

—No, pero vi tres de ellos por el rabillo del ojo —dije riendo.

Le había dado carta blanca a Oliver para darme una bofetada si alguna vez me oía quejarme de mi vida. Claro, el glamour de los aeropuertos y las suites de hotel ya me tenía un poco hasta la coronilla, pero estaba listo para tomar las riendas de mi destino. Ansiaba un cambio, sentar cabeza. Reducir la marcha era el primer paso, ya que apenas pasaba tiempo en casa. La mejor manera de hacerlo era trabajar en una comedia para alguna cadena de televisión, ya que Hollywood estaba a dos horas de mi casa en Rancho Santa Fe. En ese momento, el verdadero problema fue que yo era conocido por mi trilogía de superhéroes.

Ya he recibido muchas ofertas para aparecer en la televisión, pero todas ellas han sido para participar en series de drama, misterio o programas al estilo de *Gran Hermano*. Estaba buscando algo más sencillo, algo con lo que pudiera divertirme más. ¿Tan difícil era encontrar un buen guion de algún episodio piloto que me hiciera reír?

—Oye, tengo una idea —dijo Oliver—. Deja a Houdini en una de esas guarderías para perros, así podrás trabajar tranquilo y recogerlo cuando quieras.

—No quiero dejarlo con otra persona.

—Los padres lo hacen todos los días, ser responsable de un perro no es tan diferente.

—Anoche estuve revisando guiones hasta altas horas de la madrugada, por tanto eso no funcionaría, ya que Houdini duerme conmigo —dije.

—Entonces, haz que alguien lo vigile en tu casa durante el día, pero asegúrate de que también pueda estar disponible fuera del horario de trabajo cuando sea necesario. De hecho, puedes alojar a un cuidador en la casa de invitados.

—¿Y que se quede en la propiedad? Sería un poco extraño, ¿no?

—No es muy diferente de tener un asistente que se ocupe de las cosas por ti —dijo.

—La mayoría de los asistentes no pasan la noche con sus jefes.

—Obviamente, no pasas suficiente tiempo en Hollywood. —se rio Oliver.

Por suerte, nunca me he preocupado por eso, ya que mi asistente personal era un hombre.

—Está bien, piensa en ello como tener un mayordomo o alguien que trabaja para ti a tiempo completo y que también vive en la propiedad —añadió Oliver.

—No quiero que Houdini piense que no lo quiero —dije.

Oliver soltó otra risotada y dijo:

—Vamos, si ese perro está más pegado a ti que un chicle en la suela del zapato. Encuentra a alguien que lo cuide y ya está. De hecho, creo que sé quién podría echarte una mano. Te doy un toque luego.

—¡Un momento!

Era demasiado tarde. Oliver ya había colgado.

Recogí los restos del guion destrozado del suelo y los tiré a la papelera de reciclaje. Luego caminé por el pasillo hasta mi despacho. Houdini estuvo pegado a mí todo el rato. Me detuve en la puerta y suspiré, contemplando la montaña de guiones apilados sobre mi escritorio. Al principio, estaba motivado por encontrar algo bueno, pero había demasiados para elegir y, hasta el momento, todos eran malísimos. Además, esta montaña de guiones ni siquiera incluían los PDF que Oliver me había enviado por correo electrónico. Y, a pesar de todo, tenía la esperanza de encontrar alguno que me entusiasmara, solo necesitaba tener un poco de paciencia.

Quince minutos más tarde, mi teléfono volvió a sonar.

—¿Sí? —respondí.

—Buenas noticias —dijo Oliver—. Encontré a alguien que puede cuidar de Houdini por ti.

—¿Ya? ¿Cómo es posible?

—Eso no importa. Puedes alojarla en tu casa de invitados, de esa manera estará disponible cuando la necesites. Acabo de enviarle un mensaje de texto con tu número de teléfono. De nada. Tengo que colgar.

—¡Un momento! —dije, con una sensación de inquietud en el estómago—. Contratar a una mujer es una mala idea.

—No te preocupes —dijo Oliver—. Ella no es una de esas estrellas de Hollywood, te garantizo que no hay ninguna posibilidad de que te enamores de ella.

—No me refiero a eso.

—Tampoco es una acosadora ni una fan.

—¿Le preguntaste si lo era?

—No del todo, pero… —Oliver se rio.

—¿Quién es y cómo la encontraste?

Él suspiró y dijo:

—Su nombre es Beth Myers, la hermana de Josh Myers.

—¿El cómico? —pregunté.

—El mismo.

Josh Myers era un cómico muy popular y uno de los mejores clientes de Oliver. Se le promocionaba como el Robin Williams de nuestra generación y ha estado de gira por todo el mundo.

—Pensé que Josh vivía en Beverly Hills —dije.

—En Malibú, pero su hermana vive no muy lejos de ti, en Oceanside. Son adultos. Se les permite vivir separados y donde quieran, sin necesitar permiso de mamá y papá.

—Si estás tratando de ser el próximo Josh Myers, no renuncies a tu actual trabajo —le dije —. No respondiste mi pregunta, ¿cómo sabes que ella no me secuestrará en el sótano para torturarme?

Ser quisquilloso no era mi estilo, pero me había enfrentado a una buena cantidad de bichos raros y psicópatas, completos extraños que decían que me amaban y estaban seguros de que estábamos destinados a compartir suscripción a Netflix para siempre. Una mujer llegó a escalar el muro de dos metros que rodea mi propiedad; la encontraron nadando desnuda en mi piscina. En esa ocasión yo estaba grabando una película en Croacia y, afortunadamente, mi vecino Douglas, el autoproclamado vigilante del vecindario, llamó a la policía. Y es que Douglas llamaría a la policía incluso si el viento sopla demasiado fuerte.

—Tranqui casanova —dijo Oliver—. Beth te dejará en paz. Te lo aseguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tú no le importas ni fu ni fa.

Por alguna razón, eso me pilló por sorpresa y pregunté:

—¿Qué quieres decir?

—¿No es obvio? —dijo Oliver—. No le gustas. Probablemente preferiría matarte antes que acostarse contigo.

—Y, exactamente, ¿cómo se supone que eso debería hacerme sentir mejor? —pregunté.

—Ella te dejará en paz y hará su trabajo, para que tú puedas hacer el tuyo.

No es una sorpresa que la curiosidad se apoderara de mí:

—No es que me importe, pero ¿por qué me odia?

—Nunca dije que te odiase. —Oliver volvió a reír—. ¿Qué pasa? ¿Tu ego está sufriendo un golpe ahora mismo?

—Para nada.

«*Pues, posiblemente un poquito*».

—Venga ya —dijo Oliver—. Acéptalo, hemos encontrado un unicornio: la única mujer en el mundo que no quiere acostarse contigo, casarse contigo, o nadar desnuda en tu piscina. Supongo que siempre existe alguna posibilidad de afinidad entre ella y tú, pero sería más raro que ver una vaca volando.

—Verás unicornios haciendo piruetas y cerdos patinando sobre hielo en un infierno congelado antes de que eso suceda. Soy incapaz de mantener una amistad con una mujer. Y, además, nunca respondiste mi pregunta: ¿por qué me odia?

—Beth no te odia —dijo Oliver—. Según su hermano, ella siente una indiferencia de grado medio-alto por ti. No lo tomes como algo personal. A algunas personas les encanta el cilantro y otras piensan que sabe a demonios y, en caso de que te lo preguntes, eres el demonio en este escenario.

—Vaya suerte la mía —murmuré.

—De todos modos, ella no es una de tus seguidoras, dejémoslo así. Y realmente no importa, porque Beth es tu pasaporte hacia la paz y la tranquilidad para encontrar tu próximo proyecto. Hazme caso, llámala.

—No estoy tan seguro...

—¿Quieres que disfrute de mis vacaciones o no? Rocco... llámala —dijo con firmeza.

—A ver... ¿si llamo a Beth dejarás de molestarme?

—Ahora eres tú quien está haciendo el ridículo. Aloha —dijo Oliver, riendo.

Después de colgar, abrí el mensaje de Oliver en mi teléfono y me quedé mirando el nombre de Beth. ¿Realmente estaba pensando en llamarla? ¿Y si termina siendo una prima lejana de

Hannibal Lecter y me invita a un menú especial de hígado con habas y un fino Chianti? Aunque, siendo justos, los consejos de Oliver nunca me han llevado directo al desastre.

Miré a Houdini, estaba olfateando otro de los guiones de una comedia en mi pila de rechazados del suelo, la tentación brillaba en sus ojos.

—Ni se te ocurra —dije, marcando rápidamente el número de Beth en mi teléfono antes de cambiar de opinión.

Ella contestó casi al instante y dijo:

—¿Sí?

—Hola, Beth, soy Rocco Romano. He conseguido tu número de . . .

—Oh, por todos los santos, mi corazón se desboca —interrumpió Beth—. ¿El gran Rocco Romano en mi humilde teléfono? ¿Cuál es el motivo de este inesperado honor, oh príncipe de las pantallas?

Llámame loco, pero su tono parecía algo sarcástico, me desconcertó y no supe cómo responder.

—Aunque no debería sorprenderme, con todas las celebridades de Hollywood rifándose mi atención últimamente —continuó Beth—. ¡Me siento abrumada!

Ella rio. Y sí, era sarcasmo, parecía ser una experta.

—De todos modos, no tengo tiempo para esto ahora —añadió Beth.

Estaba confundido, pensé que ella estaba esperando mi llamada.

—¿No tienes tiempo para qué? —pregunté.

—Tonterías.

¿De qué estaba hablando?

—Acabo de enterarme de que hay una propiedad en alquiler perfecta para mi nuevo negocio —dijo Beth—. Tengo que llamar para comprobar si aún está disponible y averiguar a quién tengo que eliminar para conseguir la pasta del préstamo.

Estaba claro. Se le había ido la olla, pero bien. ¿Me estaba tomando el pelo? ¿Y por qué me soltaba todo esto a mí?

—¿Todavía estás ahí? —dijo Beth.

—Sí, aquí estoy. —Asentí, aún atónito.

—Corta el rollo.

—¿Qué rollo? —pregunté.

—Eso de hablar como si fueras Rocco Romano. ¡Vaya papelón! No te pareces en nada. Aunque bueno, algo de su gravedad sí que tienes, pero te faltan un par de retoques antes de salir al escenario.

¿Al escenario? ¿Creía que yo era su hermano, el comediante famoso? ¿Cómo se le ocurre decir que no sueno como yo, si soy yo, el auténtico? No entiendo nada.

Balbuceé y dije:

—Pero si soy yo de verdad…

—En serio, dale más caña a ese acento —insistió Beth—. La voz de Rocco suena más estrangulada, como si sus calzoncillos estuvieran demasiado apretados. Finge que estás estreñido y luego añade un toque de desesperación a tu voz, como si acabaras de descubrir que no eres un regalo de Dios para las mujeres.

—Para tu información, nunca uso calzoncillos —dije—. Fui actor en un anuncio de televisión por el que me pagaron, estaba mostrando el producto, no apoyándolo.

—Estaba tratando de mostrar paquete, eso es verdad. —Beth se rio—. Fue un buen intento, pero no me lo creí, era bastante obvio que Rocco se había metido un calcetín ahí abajo.

—¿Perdona?

—Por cierto, eso ha sonado un poco mejor, aunque todavía necesitas practicar más con la voz. Habla como si estuvieras realmente estreñido. Y ya que estamos con cuentos chinos, es imposible que Rocco tenga esos abdominales tan marcados, como una tableta doble de chocolate. La mayoría de los hombres ni siquiera tienen media tableta, ¿y él tiene dos? Y un jamón. El departamento de efectos especiales de ese anuncio debió de trabajar horas extras para que parecieran realistas. En fin, tengo que irme. Te quiero.

¿Te quiero?

Colgó antes de que pudiera responder.

¿Por qué piensa que tengo un departamento de efectos especiales para mis abdominales? Esta tía está zumbada. ¿Pretendía hacerse la graciosa? Pues no lo era en absoluto. Claramente no creía que yo fuera Rocco Romano, ¿o se estaba haciendo la despistada para sacarme más pasta cuidando a Houdini? Estaba dispuesto a ofrecerle quince mil dólares por tres semanas de trabajo, con la condición de que se mantuviera lejos de mí y firmara un acuerdo de confidencialidad de total privacidad. Nadie gana esa cantidad de dinero por cuidar perros, aunque necesitaría estar disponible las veinticuatro horas del día. Pero una cosa era segura, si seguía mostrando síntomas de psicosis, no habría oferta.

Decidí darle otra oportunidad y la llamé de nuevo.

Beth contestó al primer tono esta vez y dijo:

—¿Estoy atrapada contigo en *El día de la marmota*?

—Soy Rocco Romano, en carne y hueso.

—Ay, lo siento, pero yo soy más de Bill Murray. Qué pena que tú y tus abdominales de pacotilla tengáis que oír esto.

¿Por qué esta tía está obsesionada con mis abdominales? Puede que fuera una pregunta tonta, teniendo en cuenta que hay tantas fotos de ellos en Internet. Aun así, no tenía ni idea de por qué Beth estaba tan ida. Solo quería tener una conversación normal con ella para que se encargara de Houdini. ¿Era mucho pedir? Se mostraba bastante borde, considerando que íbamos a trabajar juntos, o no. ¿No quería el trabajo? Dijo que necesitaba pasta, pero su actitud no tenía ningún sentido. Si de verdad me odiaba, probablemente estaría dudando sobre quedarse en mi casa. Aun así, no podía dejar de preguntarme qué había hecho yo para cabrearla de esa manera, si nunca nos habíamos visto antes. Me considero una persona decente.

—Creo que ha habido un malentendido —dije—. Soy Rocco Romano. En serio. Te llamo porque necesito tu ayuda.

—Lo siento, pero no doy clases de actuación. —Beth se partía de risa—. Vamos, en serio. ¿Un superhéroe con un traje de licra que parpadea y viaja en el tiempo para evitar que la gente la lie parda cambiando el futuro? ¿Por qué tiene que llevar licra para eso? ¿Y cómo es que su pelo no se mueve cuando viaja a la velocidad de la luz?

—La licra es muy aerodinámica —defendí—. En cuanto a mi pelo…

—Es mono, te lo concedo. Y ese culo ni te cuento, pero necesito algo más que un par de nalgas firmes para que algo me interese.

—¡Ajá! Admites que tiene buen culo —dije.

No podía creer que hubiese hablado de mí mismo en tercera persona. ¿Por qué me importaría lo que ella piense de mí?

—Oh, sí, es muuuy sexy —dijo Beth—. Me están entrando calores de pensarlo.

El sarcasmo ha vuelto multiplicado, y esta vez incluso lo exageró respirando entrecortadamente. Al menos pensaba que tenía un par de cosas buenas. No es que me importara,

bueno, tal vez un poco.

—Por cierto, a mí no me engaña con esas pintas de chico malo —añadió Beth encantadoramente—. Vestir de negro todo el tiempo no lo hace malo, simplemente lo hace poco imaginativo a la hora de elegir colores.

Miré mi camiseta, vaqueros y zapatillas, todos negros y dije:

—Bueno…

—En fin, hay alguien en la puerta —dijo—. Llámame cuando quieras imitar a alguien más interesante. No quiero hablar más de Rocco Romano. Te quiero.

Y otra vez, Beth colgó antes de que pudiera decir nada.

Dejé el móvil y me quedé pensativo, repasando la conversación.

—¿Pero esto qué es? —le pregunté a Houdini, más confundido que un turista en un laberinto.

¿Y por qué diablos pensaría siquiera en volver a llamarla? Incluso los paparazzi me tratan con más cariño. Houdini, mi fiel compañero, me ignoró olímpicamente y decidió investigar un guion sobre el escritorio. Era evidente que necesitaba planificar mi siguiente movimiento, pero una cosa era segura: Beth Myers no volvería a escuchar mi voz. La mujer estaba claramente desquiciada, y lo más sensato sería mantenerme lo más alejado posible de su órbita caótica.

Capítulo Dos

BETH

Me quedé helada al ver quien estaba en la puerta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

No era la forma en la que normalmente saludaba a mi hermano Josh, especialmente porque rara vez lo veía en persona. Me sorprendió verlo en la entrada, ya que acababa de hablar por teléfono con él. Pensé que me llamaba desde su casa en Malibú o desde una de sus giras artísticas. Obviamente estaba equivocada.

—Por la cara que pones, parece que alguien se ha olvidado de que iba a venir a la ciudad —dijo y después me abrazó—. Espero no encontrarme a un hombre desnudo corriendo por aquí. Déjalo, recuerdo que renunciaste a los hombres, así que no tengo que preocuparme por eso. —Él se rio y pasó hacia dentro, tirando de su maleta y dejándola contra la pared.

—No me he dado por vencida con los hombres —dije, cerrando la puerta—. Simplemente soy más exigente, encontrar a la persona adecuada lleva tiempo, ¿sabes?

—Ya lo sé. —Josh dijo—. Pero dime, ¿qué tal la llamada con Rocco Romano?

—Apenas podía controlarme cuando escuché su voz. Qué sexy, por Dios —dije y me abaniqué la cara con la mano exageradamente.

—Está bien, veo que no te impresionó —dijo Josh y se rio.

—Hubiera preferido una llamada de Morgan Freeman o Jack Nicholson.

Mi hermano era sin duda el mejor imitador de celebridades en el círculo de la comedia, era especialmente conocido por sus imitaciones de Morgan Freeman y Jack Nicholson. Alguien subió un vídeo de una de las actuaciones de Josh que es una conversación de diez minutos entre los dos actores famosos y tuvo más de diez millones de visitas. Ése es mi hermano.

—¿Quieres beber algo? —pregunté.

—Un café estaría genial —respondió Josh—. Pero tranquila, me encargo yo.

Se dirigió a la cocina, sintiéndose como en casa, y siguió su rutina, presionando el botón de encendido de la cafetera y metiendo la cápsula para después coger una taza de café, una cucharilla y el cartón de leche del frigorífico.

—Por alguna razón, pensé que estabas grabando un especial de televisión durante la gira de esta semana —dije—. La última vez que te vi fue en Virginia o en Carolina del Norte.

—Casi. Fue en Miami Beach, que está al sur —dijo Josh con una sonrisa y después colocó la taza de café en la máquina y presionó el botón de encendido.

—Gracias por la clase de geografía. Qué bonita sorpresa ver tu cara.

—Imagino que casi te da un ataque al corazón cuando recibiste mi mensaje de voz.

Me apoyé en la encimera de la cocina. —¿Qué mensaje de voz?

—Qué graciosa —dijo.

Josh retiró su taza de la máquina, añadió un poco de leche y azúcar y la movió, pareciendo disfrutar del tintineo que hacía la cucharilla en la porcelana.

—No me estoy haciendo la graciosa, ese trabajo te corresponde a ti —dije—. ¿De qué mensaje estás hablando?

Josh me estudió por un momento y dijo:

—El mensaje de voz que mencionaba que recibirías una llamada de Rocco. ¿De qué otra manera te crees que consiguió tu número?

—Buen intento. Como te dije, fue un esfuerzo decente, pero la calidad del tono necesita algo de mejora. ¿Y por qué no me dijiste que cambiaste el número de teléfono? Estuve a punto de no contestar cuando vi que el número no estaba en mis contactos.

—¿De qué estás hablando? —Josh inclinó la cabeza hacia mí y entrecerró los ojos como si estuviera tratando de verme mejor—. ¿Estás borracha? —Se acercó y me olfateó.

—No, simplemente estoy confundida, obviamente —respondí.

—Ya somos dos, ¿hablaste o no con Rocco?

—Hablé contigo mientras fingías ser Rocco.

—Lo siento, pero Rocco Romano no es una de mis imitaciones —dijo Josh, señalando mi teléfono en el mostrador—. Mira tus mensajes.

Dudé, aún más confundida, luego estiré el brazo y alcancé mi teléfono. Puse mi contraseña y miré el ícono que indicaba que tenía un mensaje de voz. Levanté una ceja antes de escuchar el mensaje de Josh:

—Hola, Beth, soy yo, tu hermano, el más guapo y divertido, el único que tienes. ¿Dónde te has metido? Mi llamada ha ido directa al buzón de voz. Bueno, al grano, dos perlitas para ti... Primero, he invadido la ciudad y estoy en ruta a tu castillo, en caso de que lo hayas olvidado; y por favor, no abras la puerta de la entrada en ropa interior cuando llegue. Segundo, no lo vas a creer, pero he encontrado el trabajo de tus sueños. Bueno, más bien un sueñecito de tres semanas, pero el billete es gordo. Atiende, Rocco Romano, sí, el mismísimo, va a llamarte. Sí, has oído bien. Acabo de hablar por teléfono con mi agente, Oliver, y me dijo que Rocco necesita desesperadamente un cuidador de perros, pero obviamente no puede contratar a cualquiera. Le dije que tú lo harías, ya que necesitas el dinero para abrir tu nuevo negocio. Y básicamente le garanticé que no tenía que preocuparse de que fueras una acosadora, porque no lo encuentras ni remotamente atractivo. Bueno, tal vez eso no sea del todo cierto, ya que todas las mujeres del planeta quieren lamer chocolate fundido en sus abdominales. En fin, no te cabrees por haberle dado tu número. Sé que no te gusta ese hombre, pero dudo que ni siquiera lo veas. Simplemente, acepta el trabajo porque está muy bien pagado. Nos vemos cuando me veas. ¡Un beso!

Tragué saliva y dejé el teléfono sobre el mostrador, levantando la mirada para encontrar la de mi hermano.

—¿Fue realmente Rocco? —pregunté.

Josh solo asintió.

—Dios, las cosas que le dije… —Cerré mis ojos.

—Probablemente nada que no haya escuchado antes de sus propios admiradores —dijo Josh.

—Y es posible que le haya colgado. Dos veces —dije.

—¿En serio? —preguntó y se rió.

—¡Es que me estaba meando! Y la segunda, bueno, pensé que eras tú jugando a ser él cuando sonó el timbre.

—¿Cómo pudiste confundir mi voz celestial con la suya? —Josh fingió indignación.

—¡Creí que estabas perfeccionando tu arte de la imitación conmigo, como haces con todos

los famosos! —dije.

—Ya, pero siempre grabamos vídeos para que veas mis gestos. Nunca hemos hecho eso por teléfono.

—Ya, ya —solté, rezando por un agujero negro que me absorba ahí mismo—. Estaba distraída y asumí que eras tú. ¿Quién más podía ser?

—¿El verdadero Rocco? —dijo Josh, frotándose las manos—. Pues mira, no pasa nada. Olvídate de eso por ahora. Cuéntame todo lo que le dijiste y no omitas nada. Esto podría ser material nuevo para mi espectáculo.

—Mejor no. Qué vergüenza, prefiero olvidarlo.

Sentí un calor intenso que me fue subiendo desde el cuello hasta la cara, después de darme cuenta del gran error que había cometido.

—Venga —insistió Josh—. No me dejes muerto de curiosidad. —Se apoyó sobre la encimera, café en mano, como quien va a disfrutar de un buen chisme.

—Vale, pero no te rías —dije, caminando de un lado a otro de la cocina un par de veces mientras recordaba la colosal metedura de pata.

—Sabes que no puedo prometerte eso. —El labio inferior de Josh empezó a temblar.

—Vale. Pues le dije que era el hombre más sexy del mundo y que tenía mucha suerte de poder hablar con él. —Me cubrí la cara con las manos.

—¿Eso es todo? —Josh casi escupe el café—. ¡Por favor! Eso se lo gritan en los semáforos. ¿Qué más?

Me encogí de hombros y continué:

—Le dije que tenía el pelo bonito. Y que de solo pensar en sus nalgas firmes y apretadas me estaba provocando un calentón.

A Josh se le salieron los ojos de las órbitas y soltó una risotada:

—¡Ahora sí que se pone bueno! ¿Hay más?

—Pues… es posible que le haya dicho que tiene abdominales falsos, que necesitaba un profe de actuación, y hasta lo acusé de rellenar su ropa interior con calcetines para que su paquete parezca más grande.

Josh estaba doblado de la risa, aporreando la encimera mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—No es gracioso —dije.

—No estoy de acuerdo. ¡Esto es oro! —Josh sacó su móvil y empezó a teclear frenéticamente —. Tengo que anotar esto antes de que se me escape algún detalle. Abdominales falsos, profe de actuación, calcetines relleno, ¡genial! Oliver se va a descojonar.

—Deja de reír, esto es horrible, es una auténtica tortura —dije, continuando dando vueltas por la cocina.

—Tranquila, no es el fin del mundo. —Josh hizo un gesto con la mano como quitándole importancia—. Solo llámalo y dile que fue un gran malentendido. Él sabe quién soy, así que no es tan descabellado. Os podéis reír un rato y después empezar a trabajar para él. Pan comido.

Estaba a punto de sentarme a la mesa de la cocina, cuando me detuve. Giré la cabeza hacia Josh y dije:

—Ni en sueños llamo a Rocco después del espectáculo que monté. Créeme, él no querrá ni oir hablar de mí y menos contratarme. Y yo feliz, porque no me apetece trabajar para ese tipo de persona.

—¿Por qué lo juzgas si nunca lo has visto en persona? —preguntó Josh, cruzándose de brazos—. Eso no es propio de ti, no creas lo que dice la prensa amarilla.

—En primer lugar, debes saber que no leo esas cosas y, en segundo lugar, sí que conocí a Rocco en persona. Una vez, y fue suficiente, créeme. No quise contarte nada ya que te mueves en los mismos círculos que él y tenéis el mismo agente.

—¿Eres la madre de su hijo secreto? —Los ojos de Josh se convirtieron en platos.

—Sí, tío Josh —respondí riéndome—. Has acertado. ¿Qué voy a hacer ahora que el secreto ha salido a la luz? Supongo que podré dejar de esconder al bebé.

Mi hermano se rió, bebió el resto de su café ya frío, y dijo:

—Vamos, cuéntamelo todo. —Se frotó las manos con anticipación.

Suspiré, realmente no quería entrar en detalles, pero sabía que Josh seguiría presionándome para obtener información.

—Vamos —me presionó.

—No vale la pena repetirlo. Vino al restaurante donde yo trabajaba, a Santo Domingo Grill. Se comportó como un idiota malcriado, fin de la historia.

—¿Cuándo trabajaste en Santo Domingo Grill? Eso me lo he perdido. —Josh cambió de expresión y se puso un poco pálido.

—Fue cuando conseguiste el puesto de guionista para *Sábado Noche en Directo* y desapareciste del mapa durante un par de años.

—No desaparecí, estaba ocupado. Nueva York nunca duerme, ya lo sabes.

—Aparentemente tú tampoco lo hiciste porque no te pasaste por casa —dije—. De todos modos, no te dije nada porque me dio vergüenza que mi trabajo no me durase ni tres semanas completas.

—¿Qué pasó?

—Bueno, te contaré la versión corta —dije, subiéndome al taburete—. Una noche, Rocco entró en el restaurante y cenó con su agente. La cocina estaba a tope, los empleados no paraban de hablar de él. Los clientes se tomaban *selfies* y algunos le pedían autógrafos, ya sabes, lo habitual con una celebridad.

—Créeme, lo sé, pero eso es normal —dijo Josh y me dio una sonrisa de complicidad—. ¿Qué pasó luego?

—Pues… Rocco terminó de comer y pidió otro plato diferente para llevar.

—Solo por curiosidad, ¿recuerdas lo que pidió? —preguntó Josh.

—Nunca olvidaré ese plato, hizo que me despidieran, era piccata de pollo con pasta de cabello de ángel.

—Un momento... ¿Te despidieron?

—El drama empezó cuando Rocco devolvió la comida a la cocina diciendo que no le gustaba la forma en que estaba preparada —dije, asintiendo.

—¿Y qué? —Josh se encogió de hombros—. Yo he devuelto la comida más de una vez, por una razón u otra. ¿Lo cocinaste demasiado o algo así?

—¿Yo? Jamás. Estaba en su punto óptimo. Pero aquí viene lo bueno: el divo quería un pollo sin su esencia, un pollo desnudo sin la gracia de la mantequilla, el limón, el perejil ni las alcaparras. ¿Puedes creerlo? Eso es casi un delito en el mundo culinario.

—Ahora entiendo el drama —dijo Josh.

—Y para colmo, pretendía que mi obra de arte en pasta se cambiara por una aburridísima guarnición de zanahorias y brócoli al vapor. Eso no es solo un sacrilegio; es una ofensa personal a todos los italianos del planeta. Y el tipo tiene raíces italianas, ¿te imaginas el nivel de vergüenza familiar?

—Él es adoptado, así que dudo que eso le cause algún remordimiento —dijo Josh—. ¿Y qué

hiciste luego? ¿Le lanzaste el plato por la cabeza mientras proclamabas que se lo metiera por donde le cupiese?

—Quizás debería haberlo hecho, pero en su lugar, le pedí al camarero que le sirviera el plato tal cual estaba y que le dijera que lo sentía pero que Santo Domingo Grill tenía la norma de no alterar las ofertas especiales. Yo no establecí esa norma, el camarero lo sabía, pero parecía sorprendido de que no quisiera hacer una excepción con un cliente de su calibre.

—¿Y cómo fue que acabaste sin empleo?

—Rocco lo rechazó por segunda vez, insistiendo en que se hiciera a su gusto, simple y sin gracia —dije—. Me mantuve firme, respetando las políticas del restaurante. Entonces, mi jefe, temiendo que se corriera la voz sobre nuestra inflexibilidad, me reprendió por no hacer una excepción con la estrella más reconocida de Hollywood. Tuvimos un enfrentamiento que culminó con mi despido, a pesar de que él mismo había instaurado la norma de no hacer cambios.

—No puedo creerlo. —Josh se quedó boquiabierto.

—Así es, el caprichoso de Rocco consiguió lo que quería, y a mí me lanzaron a la calle. Así que disculpa si la mención de Rocco Romano no me hace ninguna gracia.

—Sí, vaya fastidio —dijo Josh—. Oye, sabes que te he ofrecido dinero antes, y...

—¡No puedo aceptar tu dinero! Te lo agradezco, pero necesito solucionar esto por mi cuenta.

—¿Por qué eres tan cabezota?

—Porque soy exactamente como mi hermano —bromeé.

—En eso tienes razón, pero escúchame con el lado racional de tu cerebro —dijo Josh—. Acepta el trabajo.

—No. Incluso si dejara de lado el incidente del restaurante, lo cual es imposible, no voy a trabajar para un secuestrador de perros.

—Ay, por favor —dijo Josh, riendo—. Hay que dejar atrás el pasado, sobre todo porque necesitas el dinero. Y en cuanto al incidente del secuestro de perros, probablemente fue un truco publicitario para atraer la atención de la prensa.

—No —respondí—. Vi la entrevista con la dueña del perro, estaba angustiada.

—Ella también es actriz, pero mejor ni hablemos de eso porque nadie tiene ni la más remota idea de lo que realmente pasó, solo Rocco, esa señora... y quizás Oliver. Pero escúchame bien, de verdad, no te cierres a esa oportunidad —Josh echó un vistazo a mi modesto piso—. Ya me contaste que te quieres mudar de esta caja de zapatos a un sitio más espacioso donde acepten mascotas, que te chiflan los perros, y no te tocaría tratar con Rocco, sino con su mascota.

—Sí, pero… —dije.

—¿Y qué me dices de ese proyecto que tienes en mente? Imagínate a todos esos perros contentos degustando tus delicias orgánicas. Esto podría ser un empujón para hacerlo realidad.

No es que no lo hubiera considerado, pero solo pensar en llamar a Rocco para pedirle disculpas ya me revolvía el estómago. Aun así, Josh tenía razón.

El local que había visto era perfecto para mi situación, porque podría montar mi negocio allí y además vivir en el apartamento de arriba. No necesitaría desplazarme para ir al trabajo y lo mejor es que allí sí admiten perros. Esto es algo que me ilusiona mucho, ya que no he vuelto a tener ninguno desde que mi querido Muffin falleció.

Pero aún me resistía a la idea de trabajar para Rocco, alguien tan maleducado y caprichoso. Lo había vivido en carne propia. No iba a trabajar para él, solo por mantener mis principios.

—Valoro mucho que te preocupes por mí —le respondí—. Pero si sigo ahorrando, podré mudarme a un sitio nuevo en un año, como mucho, o incluso antes si consigo un crédito para

emprendedores.

Josh alzó un dedo y dijo:

—O... Podrías trabajar para Rocco tres semanas y conseguir lo que necesitas en menos de un mes.

—Rocco tendría que ofrecerme una fortuna para que aceptara. —Me eché a reír.

—¿Qué tal si hablamos de quince mil dólares? —Josh esbozó una sonrisa—. ¿Te parece suficientemente descabellado?

—Estás de guasa. —Parpadeé varias veces.

—Para nada. —Josh negó con la cabeza.

—¿Quince mil dólares por cuidar de su perro tres semanas? —pregunté.

Josh asintió, orgulloso de finalmente tener la sartén por el mango:

—Sí. Te alojarías en su casa de invitados en Rancho Santa Fe, ya que quiere que el perro se quede en su propiedad.

—¿Por qué pagaría esa cantidad de dinero sólo por cuidar a un perro? Seguro que hay condiciones. —Pensé en ello por un momento.

—No lo que te imaginas, no es de esos —dijo Josh sonriendo.

Crucé los brazos bajo el pecho y dijo:

—Estamos hablando del Rocco Romano que consigue lo que quiere y se le conoce por tener don de gentes, ¿recuerdas?

Josh perdió la sonrisa y mágicamente se convirtió en *El Padrino*, una de las imitaciones más populares entre sus fans y dijo:

—Si Rocco intenta algo con mi hermana, lo cortaré en pedazos y lo arrojaré al océano como comida para tiburones.

—Gracias, pero puedo cuidarme sola. —Me reí y le di un apretón en el brazo.

—Lo sé, pero sería un error descartar esta oferta. Créeme, ni siquiera te cruzarás con Rocco, solo lo verás para que te pague al terminar las tres semanas, y puede que ni eso, quizá lo haga su secretario.

Miré mi pequeño piso y sentí un fuerte deseo de mudarme. La única razón por la que lo alquilé fue para ahorrar para mi nuevo proyecto. Había estado aceptando trabajillos de catering, paseando perros y cuidándolos, todo menos volver a encerrarme en una cocina de restaurante. La idea de adelantar mi mudanza un año me llenó de una felicidad indescriptible y me hizo plantearme seriamente la oferta.

Josh cogió mi teléfono de la encimera y me lo ofreció. Después dijo:

—Llamalo ahora, a menos que prefieras seguir esclavizada en la cocina, sin vida social y agotándote día a día, todo por la gloria de algo que la gente va a expulsar de su cuerpo al día siguiente.

Le di una palmadita a Josh en el brazo con la parte exterior de mi mano y dije:

—Vaya manera de decirlo que tienes, olvidaste que los perros también tendrán que eliminar de su cuerpo mis galletas orgánicas en algún momento después de comérselas.

—Sí, pero son perros, son graciosos incluso cuando están en cuclillas y haciendo sus necesidades; además, se comportan mejor que muchos humanos y tienden a ser más predecibles.

No pude negar eso.

Josh se acercó un poco y me ofreció una sonrisa comprensiva cuando dijo:

—Sabes, hay otra opción si lo piensas bien.

—No vayas por ahí —le dije.

No fue una sorpresa que hubiera vuelto a sacar el tema.

—Te daría dinero más que suficiente para comprar un coche nuevo, iniciar tu negocio y tener un colchón en el banco.

—¡Que no voy a vender el coche! —exclamé, perdiendo la paciencia.

Josh no dejaba de insistir en que vendiera el Ford Shelby Mustang de 1966 que mi abuelo me había dejado en herencia. Aunque valía una fortuna, el valor sentimental era incalculable. Además, adoraba conducir ese Mustang, aunque solo lo hiciera en ocasiones especiales o para alguna escapada de fin de semana. Era una de esas pocas cosas que realmente me hacían feliz. Por fortuna, la herencia de mi abuelo también cubría el seguro, porque de otro modo nunca habría podido costearlo. Ni pensarlo, no iba a deshacerme de él.

—Pues entonces llama a Rocco. —Josh me extendió el móvil—. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Dame eso.

Le quité el teléfono a mi hermano, fui al historial de llamadas y pulsé el número de Rocco. Respiré profundamente y exhalé lentamente, sintiendo que mi corazón se estaba acelerando por la vergüenza y la humillación.

—Esto va a ser insoportable, lo sabes, ¿verdad? —dije.

—¿Preparo palomitas de maíz antes de que comience el espectáculo? —Josh sonrió.

—Cierra el pico, está sonando. —Levanté el puño.

Josh se acercó y su cabeza prácticamente tocaba la mía para poder escuchar la conversación. Suspiré y presioné el botón del altavoz.

—¿Me llamas para insultarme un poco más? —contestó Rocco—. ¿O es que por fin has desarrollado la habilidad de ser mi profe de arte dramático?

—Dije que tenías el pelo muy bonito.

—Es cierto —dijo Rocco—. Y que te encanta mi culo.

Suspiré y respondí:

—No dije eso, dije que parecía firme.

—Creo que dijiste que era impresionante, pero dudo que hayas llamado para hablar de mi anatomía.

—Tienes razón, te he llamado para pedirte disculpas por el malentendido y para aceptar tu oferta de trabajo. —Negué con la cabeza, a sabiendas de que no podía verme.

—¿Y piensas que el puesto sigue disponible? —inquirió Rocco.

Mi corazón se hundió, no había pensado en eso.

—¿Ya encontraste a alguien? —pregunté sorprendida, ya que no había pasado tanto tiempo desde que hablamos.

—No, pero podría haberlo hecho —dijo Rocco.

—Eres increíble. —Dejé escapar un suspiro frustrado.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Pues no lo era.

Esperé a ver si Rocco decía algo más, pero sólo hubo silencio. Josh se encogió de hombros, parecía más confundido que yo. El teléfono indicaba que nuestra llamada seguía en curso.

—¿Oye? ¿Sigues ahí? —pregunté.

—Aquí estoy —afirmó Rocco—. Eso es lo que en mi mundo llamamos una pausa dramática.

—Pues en mi mundo, eso es una completa pérdida de tiempo. Deja de torturarme, ¿tengo trabajo o no?

—Sí —solo dijo.

—¿De verdad? —Me quedé helada.

Josh alzó el puño en un gesto de victoria.

—Evidentemente, soy un masoquista —declaró Rocco—. Comienzas mañana a las ocho en punto. No se te ocurra llegar tarde. Mi asistente, Marcello, te enviará un contrato de trabajo y otro de confidencialidad pronto. Es un acuerdo para que guardes silencio; no deseo que mi vida privada se convierta en el pan nuestro de cada día en las redes sociales, ni que alguien publique un libro revelando detalles íntimos.

Eso tenía sentido, aunque yo nunca haría algo así.

—Nos vemos mañana — añadió Rocco, colgando antes de que pudiera responder.

—Ni siquiera se despidió, ¿quién se cree que es? —Me quedé mirando el teléfono.

—Es Rocco Romano —dijo Josh—. Hace lo que le viene en gana. Además, tú ya le has colgado en dos ocasiones, así que te debe una para quedar en paz.

—Es de mala educación.

—Es difícil cuando le dan a uno de su propia medicina, ¿no? —Josh esbozó una sonrisa—. Me sorprende que haya contestado al teléfono cuando llamaste. Pero, ¿a quién le importa eso ahora? ¡Has conseguido el curro del chico malo de Hollywood!

Asentí, sorprendida y contenta, hasta que recordé algo.

—¿Qué pasa? —Josh se quedó mirándome.

—Me siento mal porque te tendré que dejar justo cuando acabas de llegar. —Me encogí de hombros.

—Soy mayorcito, estaré bien, sé dónde está la comida —bromeó.

—Pero vas a estar aquí completamente solo, en esta cajita de zapatos.

—¿Olvidaste que Holly viene mañana? —Josh inclinó la cabeza.

—Ostras, es verdad. —Parpadeé, sorprendida.

—Se lo voy a decir a Holly.

—Ni se te ocurra. —Le di un golpecito en el brazo.

Holly es la pareja de Josh. Nos hicimos íntimas desde que empezaron a salir. No nos vemos mucho porque vive en Malibú con Josh, pero me cae de maravilla y espero que algún día se casen. Sería genial tenerla como cuñada.

—Eso me hace sentir peor, porque no voy a poder verla —admití.

—No te apures, hermanita —dijo Josh rodeando con su brazo—. Solo tienes que organizar una cena con nosotros. ¡O vente a ver uno de mis espectáculos!

—No sé lo liada que estaré, pero lo intentaré.

—Perfecto —dijo Josh—. Recuerda que tienes que avisar con treinta días de antelación para dejar el piso y luego pillar el que has visto antes de que te lo quiten.

—¿No debería esperar a cobrar antes de meterme en eso? —Me costó tragar saliva, pensando que todo era un poco precipitado.

—El curro con Rocco es pan comido —dijo Josh y negó con la cabeza—. No tiene sentido que tires por la borda un mes más de alquiler aquí.

Supuse que Josh tenía razón, pero todo estaba pasando demasiado rápido. Aun así, dar el preaviso de treinta días era lo más sensato. Al fin y al cabo, solo tenía que hacerme cargo del perro de Rocco durante tres semanas sin cruzarme con su dueño.

¿Qué podría salir mal?

Capítulo Tres

BETH

A la mañana siguiente, conduje hasta Rancho Santa Fe, una próspera ciudad en el norte del condado de San Diego, a unos veinte minutos de mi apartamento en Oceanside.

No tenía ni idea de qué esperar cuando estuviera cara a cara con Rocco, sobre todo después de nuestras conversaciones por teléfono y mi experiencia con él en el restaurante. Sabía que no me iban a temblar las rodillas ni palpitar fuerte el corazón, como le pasaba a la mayoría de las mujeres solo porque había sido elegido el hombre más sexy del mundo.

Ningún hombre tendría nunca ese efecto en mí.

Me prometí estar tan fresca como una rosa y no consentir ninguna tontería por su parte. Él era temporalmente mi jefe y yo tenía un trabajo que hacer.

Nada más y nada menos.

Rancho Santa Fe era conocido por ser el hogar de muchas celebridades y atletas profesionales, así que no me sorprendió que Rocco viviera allí, a pesar de estar a más de dos horas de Hollywood.

Pasé por delante de innumerables mansiones multimillonarias y aparqué el coche frente a la verja de seguridad al final del camino de entrada a la casa de Rocco, exactamente a las siete y media. Dejó bien claro que era muy estricto con la puntualidad, si no, no me habría dicho que llegara a tiempo.

Ahora que tenía al alcance de la mano los quince mil dólares que me iba a pagar, iba a hacer lo necesario para asegurarme de pasar las tres semanas, aunque eso me matara. Y según nuestros intercambios hasta el momento, lo más probable es que me mate.

No podía ver la casa ni el camino de entrada detrás de la verja, pero sabía cómo era la propiedad porque miré las imágenes del satélite en Google Maps cuando buscaba indicaciones.

Me asomé por la ventanilla de mi Mustang e inhalé el maravilloso aroma de los eucaliptos maduros y los naranjos que bordeaban el perímetro de la enorme casa. Luego pulsé el botón de llamada en el panel táctil de la entrada, me recosté en mi asiento y esperé a que alguien abriera la verja y me dejaran pasar.

Estaba a punto de mirarme en el espejo retrovisor, pero afortunadamente me detuve al ver la cámara de seguridad a pocos metros de mi cara, mirándome fijamente, espiándome, probablemente enfocando el lunar en mi mejilla derecha. Me sentía como si me hubieran pillado haciendo algo que no debería haber hecho, sonreí a la cámara, pero luego paré al sentirme como una boba.

—¿En qué puedo ayudarte? —dijo una voz masculina a través del interfono, demasiado amable para ser la de Rocco.

—Hola. —Me asomé de nuevo por la ventanilla—. Soy Beth Myers. Rocco me está

esperando.

—Bienvenida, Beth. Pasa, por favor.

Unos segundos más tarde, la verja se deslizó hacia la derecha.

Por alguna razón, mi ritmo cardíaco se aceleró.

Conduje por el extenso y serpenteante camino hasta coronar la cima de la colina, donde la casa se reveló ante mí en un claro.

—Dios mío —murmuré.

Las imágenes de satélite no le hacían justicia a la casa de Rocco.

Pasé junto al brillante BMW descapotable negro aparcado delante de un garaje para seis coches, y rodeé la enorme fuente de tres niveles, deteniéndome cerca de las puertas dobles de la entrada principal de la casa de estilo español.

Me coloqué rápidamente las gafas de lectura para verificar que los documentos estuvieran en regla, luego descendí del coche y me dirigí al maletero para recoger mi equipaje y utensilios de cocina. Estaba ansiosa por probar nuevas recetas de galletas para perros en mis ratos libres con Houdini.

Antes de que pudiera alcanzar el maletero, sentí la lengua húmeda de un perro lamiéndome la mano.

Miré hacia abajo y le sonreí a un golden retriever, luego le rasqué la cabeza.

—Tú debes de ser Houdini, qué guapo eres —dije.

El perro me lamió como si estuviera cubierta de mantequilla de cacahuete y luego puso todo su peso contra mí, obviamente esperando más amor y caricias.

Houdini de repente se tiró al suelo y se dio la vuelta.

—Eres adorable. —Me reí y me agaché para rascarle el pecho.

Un hombre se aclaró la garganta detrás de mí; Rocco, supuse.

—Espera, tu papi parece estar un poco celoso —le susurré a Houdini.

Me di la vuelta, sorprendida de que no fuera Rocco, sino un hombre alto y apuesto, de pelo oscuro, piel aceitunada y vestido de negro.

—Vaya, este coche es todo un clásico —dijo él, asintiendo y admirando mi Mustang—. Del sesenta y seis, ¿no?

—Así es. —Asentí.

—Precioso coche.

—Gracias.

—Puedes dejar tus cosas aquí por ahora. —Señaló al maletero con todos mis cacharros—. Gwen llevará el equipaje a la casa de invitados mientras hablas con Rocco.

No tenía ni idea de quién era Gwen, pero por un momento pensé que el hombre era el guardaespaldas de Rocco por sus enormes músculos y sus gafas de sol oscuras. Cambié de idea cuando se quitó las gafas y me sonrió, ya que los guardaespaldas suelen tener más mala leche y nunca parecen sonreír.

—Por cierto, soy Marcello —dijo, tendiéndome la mano—. Soy el asistente personal de Rocco, encantado de conocerte.

Menuda sorpresa.

Estaba seguro de que un hombre como Rocco tendría de asistente a una mujer despampanante, jovencita, delgada como un palo y con poca ropa, como hacían muchos excéntricos millonarios. También era sorprendente que estuviera en casa de Rocco trabajando a las siete y media de la mañana.

Marcello era un ejemplar de lo más encantador, de eso no había duda.

—Encantada de conocerte. —Le estreché la mano y le devolví la sonrisa.

—¿Son los contratos de trabajo y confidencialidad? —Señaló la carpeta que yo tenía en la mano.

—Sí, pero me gustaría hablar con Rocco antes de firmarlos, si no te importa.

—¿Te preocupa alguna cláusula en particular?

—Pues… —Me reí nerviosamente—. La verdad es que hubo un par de cosas bastante sorprendentes, pero solo quiero asegurarme de dejar algunos puntos claros entre nosotros.

—Estaré encantado de aclararte cualquier cosa —dijo Marcello.

—Gracias, pero realmente preferiría hablar con Rocco —contesté—. Especialmente porque he añadido un apéndice al contrato que él tendrá que firmar.

—La mayoría de gente mataría por conseguir este trabajo con el contrato tal y como está —dijo Marcello.

—Ya, bueno, yo no soy como la mayoría de la gente. No me malinterpretes, por supuesto que quiero el trabajo, pero conozco muy bien el mundillo de Hollywood gracias a mi hermano. Solo quiero asegurarme de que Rocco y yo estamos a la par en algunas cosas. Eso requerirá una conversación cara a cara y mi apéndice del contrato.

Algunas de las cosas del contrato de Rocco eran absolutamente ridículas y presuntuosas, especialmente su cláusula de “no sexo,” que no tuve problema alguno en aceptar. ¿Realmente creía que todas las mujeres del mundo querrían acostarse con él?

Menudo ego el de Rocco.

No iba a mentir y decir que no fuera agradable a la vista, pero nunca me interesaría alguien como él. En algún momento su aspecto se deteriorará, sus músculos se debilitarán y lo único que le quedará será su enorme ego y un montón de dinero incapaz de comprarle la felicidad. Además, los empleados también tenemos derechos y quería asegurarme de que tuviera en cuenta mis condiciones. Eh... requisitos, eso es lo que quise decir, no soy ninguna diva.

Marcello me analizó y una sonrisa divertida apareció en su rostro. Señaló hacia el borde de la casa y dijo:

—Rocco está ahí detrás. Sigue ese camino de piedra alrededor de la casa, estoy seguro de que Houdini te indicará el camino.

—Gracias. —Le devolví la sonrisa. Estaba a punto de dirigirme hacia el borde de la casa, pero de repente me detuve—. Por curiosidad... Si eres el asistente de Rocco. ¿Por qué no cuidas tú de Houdini?

—Es una pregunta lógica. —Marcello se volvió y asintió—. La respuesta corta es que Rocco prefiere que me centre en otras cosas. —Sonrió—. Buena suerte y nos vemos pronto.

—Muy bien. Gracias —dije.

Marcello me caía bien, parecía buena persona, sincero y con los pies en la tierra. Me daba buena espina.

Con Rocco no ocurría lo mismo.

Marcello subió al BMW y dijo adiós con la mano antes de alejarse por el camino de la entrada.

Le di la vuelta a la casa, acercándome al jardín trasero y a la enorme piscina que había visto en la foto del satélite.

Houdini pasó como una flecha por mi lado.

Marcello había mencionado en el correo que me envió anoche que me asegurara de meter un bañador en el equipaje porque Rocco me permitiría usar la piscina, excepto entre las siete y las ocho de la mañana, probablemente porque estarían limpiándola. No tuvo que decírmelo dos

veces.

Me imaginé las siguientes tres semanas como unas vacaciones: cuidando del perro, pasando tiempo en la cocina haciendo lo que me gusta, relajándome junto a la piscina o nadando, leyendo y quizás, incluso, viendo alguna serie nueva en Netflix. Sería el trabajo mejor pagado de toda mi vida.

Ya había seguido el consejo de mi hermano y le había dado el preaviso de 30 días al administrador de mi bloque de apartamentos, así que las cosas estaban en marcha.

Afortunadamente para mí, el contrato de Rocco estipulaba que me pagarían la mitad del dinero por adelantado, como anticipo por mis servicios, y que me darían el dinero restante al final de las tres semanas.

Pasé por delante de la pista de tenis, crucé el enorme césped y rodeé la hamaca colgada entre dos de las palmeras. Me detuve en seco, pasmada ante la vista que se presentaba ante mí. No era el jardín trasero, aunque era impresionante y casi tan grande como un campo de fútbol. Tampoco las innumerables plantas y árboles tropicales que me hicieron sentir como si estuviera en Hawái. No era el horno de leña para pizza hecho de obra, ni siquiera el tamaño de la piscina olímpica… Fue otra cosa lo que me dejó clavada en el sitio.

Rocco acababa de salir de la piscina y se dirigía hacia mí, chorreando. ¿Era impresión mía o se pavoneaba a cámara lenta al ritmo de *Sexual Healing* de Marvin Gaye? Obviamente mi mente me estaba jugando una mala pasada.

Rocco llevaba un bañador negro de competición, de esos que llevan los nadadores olímpicos en la televisión. El tejido se ajustaba a su cuerpo como un perezoso aferrado a un árbol. La mayoría de hombres no podrían llevar algo tan apretado e insinuante, pero Rocco se llevaría la medalla de oro solo por la elección de esa prenda, sin necesidad alguna de nadar.

Su cuerpo estaba perfectamente proporcionado y tonificado de arriba abajo: sin grasa, sin cicatrices, sin exceso de pelo, sin deformidades, sin bromas. Ese hombre era una obra de arte.

Malditamente hermoso.

No pude evitar mirar sus piernas tonificadas y sus abdominales marcados. Querida y dulce madre naturaleza creadora de esa maravilla muscular. Lo sé, lo sé, mi acusación por teléfono no pudo estar más equivocada.

Sus abdominales no eran falsos.

Ni por asomo.

Que los he contado.

Dos veces.

Los abdominales marcados de Rocco eran tan reales como la posibilidad de que me estallara un vaso sanguíneo en uno de los ojos por mirarlos tanto rato sin parpadear.

En serio, ¿qué me pasaba?

Me sentí como una completa pervertida. Además, ni siquiera me gustaba Rocco, estaba actuando como si nunca antes hubiera visto a un hombre en bañador. Menos mal que no se daría cuenta de mi ridícula mirada boquiabierta ya que mis ojos estaban bien escondidos detrás de mis gafas de sol oscuras. Aun así, tenía que parar.

Rocco se detuvo justo delante de mí, goteando, como si se le hubiera reventado una tubería.

—Estás aquí —dijo.

—Estás mojado —dije por alguna razón ridícula.

—Estás en lo cierto. —Él sonrió.

Nos quedamos allí plantados, sumidos en un silencio incómodo, excepto por el goteo, goteo, goteo del agua que caía de su cuerpo. En serio, ¿de dónde salía toda esa agua? ¿Estaba esperando

que yo dijera algo más? ¡Lo estaba esperando, el muy engreído!

Puso las manos en las caderas, ensanchando sus ya anchos hombros, como un pavo real macho extendiendo sus plumas para cortejar a la hembra.

¿De dónde he sacado eso? Obviamente había estado viendo demasiado el canal National Geographic. Rocco era mucho más grande en persona de lo que parecía en sus películas, lo cual no tenía sentido ya que todos sabían que la cámara generalmente agregaba cinco kilos a una persona. También parecía más alto.

Deja de analizar y empieza a hablar antes de que piense que eres un bicho raro. Pero él se me adelantó y dijo:

—Pedí puntualidad.

—Me dijiste que no llegara tarde —respondí yo.

—Quise decir que llegaste antes de tiempo —dijo Rocco—. Había planeado ducharme antes de que aparecieras, así que tu llegada me tomó por sorpresa. Llámame loco, pero me gusta mantener mis abdominales limpios, para que no se note que son falsos.

Él sonrió y señaló su abdomen.

«No mires, no mires, no mires».

Tenía que ser un truco para lograr que mirase, pero no iba a caer en la trampa. Mantuve la cabeza en alto e hice lo que pude para actuar como una mujer respetable, eligiendo concentrarme en algo por encima de su cuello, como su marcada mandíbula. No es que ayudara en absoluto, ya que otra gota de agua interminable cayó de su barbilla y viajó por su pecho, navegando por las grietas de sus abdominales para desaparecer dentro de su bañador.

Tragué saliva tan fuerte que estaba segura de que lo escuchó. Tal vez sería mejor si simplemente me arrancara los ojos y diera por terminado el día.

Volví a mirar a Rocco. Sorpresa, sorpresa, estaba sonriendo.

Me moví un poco inquieta, recogiéndome el pelo detrás de las orejas. Oh, es verdad, ya lo tenía detrás de las orejas. ¿Por qué me estaba poniendo nerviosa? Se suponía que yo era inmune a él después de lo que me había hecho en el restaurante, seguro que él no lo recordaba, ya que seguro era un idiota a tiempo completo y no recordaría las caras.

Por otra parte, no había planeado verlo medio desnudo esta mañana. Rocco debería haber tenido la decencia de envolver su bondad varonil con una toalla, o al menos elegir algo mucho más apropiado y normal, como un traje de protección contra materiales radioactivos o algo así.

—¿Estás bien? —Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¡Muy bien! —dije, empezando a preguntarme si esa taza de café extra había sido una mala idea.

—Pareces un poco nerviosa. ¿Te molesta mi voz de estreñido?

—Supongo que nunca dejarás que olvide esa conversación —dije.

—¿Dónde estaría la diversión sin ello? —Rocco se reía entre dientes, lo que me sorprendió considerando todas las cosas que le había dicho por teléfono.

No había sido mi intención ser cruel. Se suponía que él no debería haber escuchado nada de eso, ya que realmente pensaba que estaba hablando con mi hermano.

¿De veras que a Rocco no le molestaba en absoluto?

—Tengo el acuerdo de confidencialidad y el contrato de trabajo, pero… —Levanté la carpeta.

—Se suponía que Marcello se ocuparía de eso. —Rocco arrugó las cejas.

—Él lo pidió, pero yo le dije que necesitaba hablar contigo primero. Tengo un apéndice al contrato que tendrás que firmar.

—¿Por qué no me sorprende? —Rocco se encogió de hombros con buen humor y señaló hacia la casa—. Pasa dentro y ponte cómoda. Dame diez minutos para ducharme y luego seré todo tuyo.

Todo tuyo. Esa era probablemente su frase habitual con las mujeres para hacer que se hicieran papilla y luego se quitaran la ropa sin que se lo pidieran. Yo no. Claro, ese hombre tenía un cuerpo increíble y mentiría si dijera que no creo que sus abdominales marcados me recuerdan a una docena de medias noches, esos bollitos que comía de pequeña. Todo lo que necesitaba era un poco de mantequilla a temperatura ambiente y...

¡Ya basta!

Afortunadamente, Rocco tuvo misericordia de mí y tomó la toalla de una de las sillas y se la envolvió alrededor de la cintura. Luego cogió una segunda toalla haciendo desaparecer su cabeza debajo de la misma mientras se frotaba el pelo. Unas cuantas gotas más de agua volaron de su cuerpo y me golpearon en las gafas de sol.

Me las quité para secarlas y…

«No, no, no, no».

Había cometido un gran error. Esas no eran mis gafas de sol. Eran mis gafas de lectura, se me había olvidado quitármelas en el coche. O sea, él vio mis ojos perfectamente, lo que significa que cada vez que me lo comía con los ojos, él lo sabía. Su pecho, sus brazos, sus piernas, sus abdominales marcados, todo.

Yo… estaba… mortificada.

De repente, sentí un poco de náuseas y mucho vértigo. El calor me subió por el cuello hasta la cara. Había alimentado el fuego de un ególatra y había hecho el ridículo en el proceso.

Rocco terminó de secarse el pelo y se echó la toalla al cuello, sujetándola de ambos extremos con las manos.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó.

—Estoy bien —dije, escaneando el jardín, en busca de un acantilado para tirarme y desaparecer.

Capítulo Cuatro

ROCCO

Después de la ducha, me puse una camiseta, pantalones cortos y chanclas. Todo negro. Me miré en el espejo, antes de que la voz de Beth apareciera en mi cabeza: «*Te falta imaginación a la hora de elegir colores*»

Ella no sabía de qué estaba hablando.

—¿Sin imaginación? ¿Yo? —murmuré, mirándome una vez más en el espejo.

Claro, tengo mucha ropa negra, no hay nada malo en eso. Las modas van y vienen, pero el negro siempre será un acierto. Además, tengo que mantener mi personalidad de chico malo y todo el mundo sabe que los chicos malos visten de negro.

No le correspondía a Beth criticar mi ropa, aunque me sorprendió la libertad y honestidad con la que hablaba de lo que pensaba con un extraño. Fue refrescante, pero un poco molesto. Ciertamente, tuve que felicitarla por aceptar el trabajo después de hacer el ridículo por teléfono. Yo en su lugar no hubiese tenido el coraje de presentarme.

La mayoría de las personas que he conocido en Hollywood no eran nada genuinas, sólo se preocupaban por sí mismas y competían por lo que podían obtener de otras personas. Me hacían la pelota dondequiera que iba, con la esperanza de trabajar conmigo o conseguir que produjera algo que estaban seguros que sería más grande que *Star Wars*. Querían mi dinero, papeles en mis películas, mis patrocinios y el uso de mis conexiones en Hollywood. De hecho, Beth tuvo el descaro de presentarse con un maldito apéndice del contrato, ella fue la primera persona en tener las agallas para hacerlo.

Y… hablando de eso… ya era hora de ponerse a trabajar.

—Vamos. —Chasqueé los dedos.

Houdini saltó de la cama y me siguió a la sala de estar donde había dejado a Beth con una taza de café y mucho tiempo para contemplar otras cosas que no le gustaban de mí.

—¿Quieres otro antes de comenzar? —Señalé su taza de café vacía.

Beth negó con la cabeza y dijo:

—Estoy bien. Gracias.

Giró su trasero en el sofá de cuero, mirándome de pies a cabeza.

—¿Qué buscas? —no pude evitar preguntar.

—Nada. —Beth se encogió de hombros.

—No hay nada malo con el negro, ¿sabes? —Señalé mi ropa.

—Cierto, pero todo con moderación, ¿no? —Ella volvió a mirar mi ropa.

—La moderación es la castración de la pasión —dije con una sonrisa.

—Una cita muy interesante —Beth dijo y me miró pensativa—. ¿Quién la dijo?

—Rocco Romano. —Sonreí, orgulloso de haber ideado eso sobre la marcha—. Quizá tenga

futuro como filósofo.

—No renuncies a tu trabajo. —dijo Beth con indiferencia mientras miraba mi contrato y sacudía la cabeza—. Marcello dijo que la gente firma esto tal como está.

—Todo el tiempo. —Me senté a su lado—. Es mi contrato estándar de empleado.

—Entonces... ¿Me estás diciendo que es un procedimiento estándar que la gente acepte no tener relaciones sexuales contigo?

—Sí. ¿Es eso un problema?

Beth ignoró mi pregunta y dijo:

—¿No puedes simplemente decirles que no quieres acostarte con ellos?

—Algunas personas no aceptan un no por respuesta. Esto deja las reglas muy claras antes de que comience el trabajo y me da el poder de despedir a alguien sin que me demande. ¿Por qué dudas? Quieres acostarte conmigo, ¿no?

—No seas tan narcisista. —Beth puso los ojos en blanco.

Otra cosa que no le gustaba de mí era mi sentido del humor. ¿Cómo podía pensar que hablaba en serio? Era todo lo contrario a su hermano.

—Todo esto es muy presuntuoso. —Beth volvió a mirar el contrato y empezó a leerlo en voz alta—. Nada de sexo con Rocco, nada de besar a Rocco, nada de coquetear con Rocco…

—Soy muy consciente de lo que dice —dije con un suspiro.

—¿No es mejor estipular que la persona debe tener moral y dignidad y guardar las distancias con su jefe? Sin duda, ahorraría mucho tiempo, papel y tinta.

—No es una mala idea, pero mi abogado dice que debemos explicárselo a la gente porque encontrarían un vacío legal o tendrían su propia interpretación de lo que significa esa cláusula.

Beth siguió leyendo:

—No hacer preguntas personales, no compartir detalles íntimos de uno mismo o de sus relaciones pasadas, no nadar desnudo. —Ella sacudió su cabeza con incredulidad—. ¿Escribiste esto?

—Le pedí a mi abogado que lo redactara —dije.

Beth pasó las páginas lentamente. Colocó su dedo índice en el número veintidós del contrato y dijo:

—Ahora, esto tiene sentido. No quieres que la gente te tome fotografías y las publique en Internet, lo entiendo, aunque es un poco redundante ya que dice lo mismo en el acuerdo de confidencialidad. Lo que no entiendo es por qué estás pasando por la molestia de leer el contrato conmigo. Ninguno de estos escenarios puede suceder ya que no estarás por aquí.

—¿Qué te hace pensar que no voy a estar aquí? —Incliné la cabeza hacia un lado.

Beth parpadeó pero no me respondió.

—No voy a ir a ninguna parte —agregué.

—¿Vas a estar en la propiedad? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Al mismo tiempo que estoy cuidando a Houdini?

—Bueno, sí, esa es la idea —dije—. Tú cuidas a Houdini en la casa de invitados mientras yo trabajo en la casa principal. Luego, en algún momento, te relevo de tus deberes y él duerme conmigo por la noche. A la mañana siguiente repetimos el proceso.

Los ojos de Beth se abrieron por la sorpresa y se puso de pie de un salto, el contrato voló de su regazo.

—Ha habido un gran malentendido —dijo ella—. No hay forma de que yo haga esto.

Houdini se abalanzó sobre el contrato en el suelo.

—Ni lo pienses. —le dije a Houdini.

Me agaché y agarré el contrato antes de que mi perro pudiera hundirle los dientes, luego me levanté y me volví hacia Beth.

—¿Por qué no puedes cuidar a Houdini cuando estoy aquí? —pregunté.

—Simplemente no puedo —dijo Beth.

—Esto no tiene sentido.

—Lo dices porque no estás en mi lugar.

—Espera un momento... —La examiné por un instante, bastante seguro de haber descubierto el problema. Esto iba a ser divertido—. ¿Tienes miedo de estar a solas conmigo?

—No —dijo.

—¿Te intimido?

Beth sacudió la cabeza con vehemencia.

—¿Entonces? —dije—. Oliver me dio a entender que podrías usar el dinero para iniciar un nuevo negocio.

—Es verdad, pero...

—Pues no dejes pasar esta oportunidad.

—¿Por qué necesitas un cuidador de perros si vas a estar aquí? —Beth se cruzó de brazos.

—Eso es lo que sucede cuando intento trabajar, cortesía de esa cosa peluda que descansa sobre tus pies. —Señalé la pila de guiones destrozados en la mesa—. Estoy hasta arriba de guiones y tengo que leerlos. No es fácil trabajar bajo presión cuando te sientes culpable.

Hice una mueca, no quería decir esa última parte en voz alta.

—¿Por qué te sientes culpable? —preguntó Beth.

—¿Ya olvidaste el punto número cuatro? —Negué con el dedo—. No hacer preguntas personales.

—Bien, entonces... —Beth vaciló y volvió a sentarse—. Esta pregunta no es personal, sino más bien una pregunta general que podría hacerse cualquiera. ¿Por qué alguien tendría un perro si esa persona no tiene tiempo para él?

No es que no quisiera responder a Beth, pero La Protectora de Animales estuvo a punto de llevar a Houdini a la perrera después de que su dueño se mudara a una residencia. No quería pensar en lo que le hubiera podido pasar después. La mayoría de la gente no quiere adoptar perros mayores, quieren cachorros, pero Houdini me miró con esos grandes y hermosos ojos marrones que parecían decir: «*sálvame*», cuando le dije que todo iba a estar bien. Era como si me estuviera hablando sin palabras, diciéndome que estaría perfectamente bien viviendo conmigo si fuese tan amable de adoptarlo. Mi corazón estaba perdido. ¿Cómo podía decir que no? La verdad, es probable que yo necesite a Houdini en mi vida más que él a mí.

Por supuesto, de ninguna manera le contaría todo eso a Beth.

—Esa sigue siendo una pregunta personal y motivo de despido inmediato. —Señalé el contrato—. Por favor, limpie su escritorio y entregue su credencial de empleado.

Beth ni siquiera sonrió con la broma. ¿Era yo el único que pensaba que tenía sentido del humor?

—No tengo que cumplir con las obligaciones del contrato, aún no lo he firmado —dijo firmemente—. Técnicamente, todavía no estoy trabajando para ti. Y si quieres evitar preguntas inocentes, ¿por qué no agregas otra cláusula al contrato que diga que no tengo permitido hablar contigo nunca? O mejor aún, ponme un poco de cinta adhesiva en la boca.

—Mmm... ¿eso es legal? —Me rasqué la barbilla, fingiendo pensar en ello.

Beth me miró fijamente.

La mujer necesitaba relajarse. La tensión se podía cortar con un cuchillo. En serio, ¿cuál era su problema conmigo?

Por alguna razón, decidí darle un poco de información y dije:

—Tengo tiempo para Houdini, pero tengo un proyecto en el que necesito poner toda mi energía. Es temporal, de ahí el contrato de tres semanas. ¿Podemos continuar? ¿por favor? Ya conozco los términos de mi contrato. No es necesario que sigas leyéndomelos.

Beth vaciló, pero no dijo nada.

—Por favor. Créeme, no te molestaré cuando estés con Houdini. Él tendrá tu compañía y, mientras, yo podré concentrarme en mi trabajo.

Ella era un verdadero incordio, pero al menos sabía que me dejaría en paz.

Beth volvió a sentarse a mi lado, abrió con cuidado la carpeta y sacó un par de papeles grapados que me entregó.

Me aclaré la garganta y leí el punto uno del anexo:

—Se prohíbe el sexo con Beth. —Parpadeé un par de veces antes de mirarla—. Qué graciosa.

—No es broma, sigue leyendo —dijo Beth.

Decidí seguirle la corriente, aunque tenía la sensación de que sabía lo que vendría después.

—Se prohíbe besar a Beth. Se prohíbe coquetear con Beth. —La miré de nuevo, acertando en mi predicción—. Esto es ridículo. ¿Cuál es el objetivo de copiar todo esto en mi contrato?

—Sencillo —dijo Beth con un suspiro—. Mencionas lo que no puedo hacer mientras trabaje aquí, pero ¿qué hay de ti? Por ejemplo, dices que no puedo besarte, pero ¿dónde dice que tú no puedes besarme a mí? No aparece, de ahí mi apéndice del contrato. Las reglas deberían ser iguales para los dos.

Esta mujer estaba loca de remate.

—¡Es lo mismo! —defendí—. Los labios se tocan, las lenguas...

Beth levantó la mano y dijo:

—Estoy familiarizada con la mecánica de un beso, muchas gracias. Y no es lo mismo. Básicamente, tu contrato dice que todo está bien si tú lo inicias.

—Eso no es lo que dice en absoluto. —Negué con la cabeza.

—Bueno, supongo que no lo explicaste tan bien como pensabas. El contrato tiene un vacío legal e intento protegerme.

—¿Protegerte de qué? —pregunté, presionando mi dedo índice contra mi pecho—. ¿De mí?

—Sí. —Beth se cruzó de brazos.

—Déjame entenderte... —dije, analizando a la señorita loca—. ¿Crees que yo querría besarte?

—Bueno, tal vez no ahora mismo, pero nunca se sabe. Eres un hombre y los hombres pueden ser algo impulsivos.

—Yo no —dije —. Soy muy calculador y sé controlar mis impulsos. Solo porque te encuentre atractiva, objetivamente, no significa que me atraigas.

—¿Ves? —Los ojos de Beth se entrecerraron con sospecha y luego me señaló—. De eso te hablo. Dices que no coqueteas, pero acabas de hacerlo.

—No estaba coqueteando.

—Dijiste que era atractiva.

—Un hecho no es un coqueteo —dije—. Estoy compartiendo información. Eres una mujer muy guapa, pero nada más.

¿Qué se supone que debía hacer? ¿Mentir? Además, fue divertido jugar con su actitud sensata. Aun así, la verdad es que Beth es una mujer espectacular.

Ella era todo lo contrario de las mujeres que conocí en Hollywood que se sometían a todo y se metían bótox por un tubo para parecer veinte años más jóvenes. Las mujeres que conocía pasaban seis horas en el baño arreglándose antes de salir de casa para dar un paseo. También usaban suficiente producto para el pelo como para asfixiar a una manada de elefantes.

Beth, por otro lado, ni siquiera se vistió para impresionarme cuando apareció en mi casa, lo cual es raro en alguien que me conoce por primera vez. Por lo general, muchas mujeres en mi mundo van vestidas a la moda, pero Beth parecía cómoda con sus vaqueros desteñidos, su camiseta retro de George Michael y sus deportivas. Esa confianza y el no importarle lo que pensaran los demás, especialmente yo, multiplicó por diez su atractivo y dejó a todas las actrices de Hollywood por los suelos. Pero nada de eso importaba, porque lo único que quería es que cuidara a Houdini mientras trabajaba.

A ver, ¿dónde estábamos?

Así es, ella pensó que quería besarla.

—No tengo ningún interés en besarte, ni ahora ni nunca. Te lo demostraré. —dije, cogiendo el bolígrafo de la mesa. —Firmaré tu absurda cláusula.

—Espera un segundo... —Beth negó con la cabeza—. ¿Tu abogado no te enseñó nada? Nunca firmes algo así sin leer el documento completo. Necesito saber que estamos de acuerdo en todo

—Es una copia de mi contrato —Solté un suspiro, frustrado—. Acabas de intercambiar los nombres.

—No es lo mismo. Cambié la tarifa por cuidar al perro de quince mil a quince millones. Eso se mantendría en el tribunal si lo firmas, ¿sabes?

Me reí, pero luego perdí la sonrisa cuando Beth no se rio conmigo. Miré su apéndice contrato y lo escaneé en busca de la parte que menciona el dinero, pero no pude encontrarlo. Ella estaba mintiendo.

Volví a mirar a Beth y, aunque lo hiciera sin darse cuenta, tenía una sonrisa en su rostro.

—Era broma —dijo.

Tal vez la mujer tenía sentido del humor después de todo.

Asentí, apreciando el esfuerzo cuando dije:

—Qué graciosa, no pensé que fueras capaz de bromear.

—¿Qué te hace decir eso? No me conoces. —dijo Beth.

—Soy un buen juez de carácter. Preferirías darme una patada en las partes privadas antes que quitarme dinero.

—Supongo que has acertado un poco.

—Continuemos —dije.

—Aquí hay algo que añadí. —Ella puso su dedo en el punto veintidós del anexo—. Me gustaría tener acceso a la cocina para trabajar en mis recetas en caso de que necesite más espacio que el que hay en la casa de invitados. Por supuesto, escribí eso pensando que no estarías en la casa. Yo misma limpiaré lo que ensucie.

—Sí, por supuesto —dije, contento de que todavía estuviera considerando cuidar a Houdini —. Puedes usar la cocina todo lo que quieras, pero tengo un ama de llaves, Gwen, que viene todos los días, excepto los domingos. Ella estará por aquí y puede limpiar tu desorden.

Hablando del rey de Roma . . .

—No te preocupes por mí. —Gwen entró sonriendo—. Puedo manejar fácilmente cualquier cosa que me dejes enmedio. —Se inclinó hacia Beth y le tendió la mano—. Tú debes ser Beth. Soy Gwen.

—Encantada. —Beth le estrechó la mano.

—Igualmente. Y no es trabajo extra. Rocco es tan fanático del orden que a veces me siento culpable porque no me da suficiente trabajo que hacer.

Beth me miró fijamente, como si yo fuera el monstruo del Lago Ness. Ya no había duda, nunca había oído hablar de un hombre que fuera ordenado y organizado.

—Tal vez no debería haber admitido eso —bromeó Gwen—. Espero seguir teniendo mi trabajo la semana que viene.

—Estarás atrapada conmigo para siempre —le aseguré a Gwen, aunque ella sabía que no iría a ninguna parte—. Puedo derramar accidentalmente una bebida o dos esta semana si eso te hace sentir mejor.

—Ni se te ocurra. —Gwen me señaló con el dedo y sonrío. Se volvió hacia Beth—. Por cierto, llevé tu maleta y tus utensilios de cocina a la casa de invitados.

—Muchas gracias. Te lo agradezco. —Beth sonrió.

—Es un placer, aunque alguien debería haberte dicho que la casa de invitados ya está completamente equipada con comida y todos los utensilios de cocina, además de los electrodomésticos que puedas necesitar.

—Marcello me mencionó eso en su correo, pero me gusta usar mis propias herramientas cuando experimento en la cocina —dijo Beth—. No me importó traerlos.

—Reconozco algunas de las marcas que trajiste de mis programas favoritos en *Food Network*. ¿Eres chef profesional?

—Sí, lo soy. —Beth asintió.

¿Sí? —dije sorprendido—. ¿En qué restaurante?

Beth vaciló, algo cambió en sus ojos cuando dijo:

—Bueno, en realidad yo solía ser chef. Ahora mismo, estoy desarrollando una nueva línea de alimentos orgánicos y expandiéndome por mi cuenta.

—Me parece que todavía eres chef y también futura empresaria —dijo Gwen—. Qué interesante.

—La verdad es que sí —dijo Beth, con el rostro iluminado.

—Estupendo —dijo Gwen y señaló el contrato—. Os dejaré seguir con el papeleo, estaré cerca si necesitáis algo.

—Muchas gracias.

Gwen metió la botella de cerveza que estaba en la encimera de la cocina en el cubo de reciclaje, recogió la caja de pizza y las servilletas sobrantes y desapareció por una esquina.

—Es encantadora. —Beth se volvió hacia mí y pareció animarse un poco.

—Es la mejor. Entonces, ¿tenemos un trato? ¿Te comprometes a cuidar a Houdini por mí?

Beth lo pensó y cogió el bolígrafo para firmar el contrato. Luego dijo:

—Espero no arrepentirme de esto.

—Come berenjena para olvidar tu pena. —Sonreí.

—¿Otro proverbio del filósofo italiano Rocco Romano? —dijo con un suspiro.

—No —dije riendo—. Tengo una camiseta que dice eso.

—Déjame adivinar... Una camiseta negra.

—Sin comentarios.

Firmé el contrato y el anexo y se los devolví. Luego dije:

—Y ahora que hemos dejado el negocio fuera. Déjame mostrarte la casa para que te familiarices con todo.

—¿Por qué necesito un recorrido por la casa principal si me voy a quedar en la casa de

invitados? —Beth miró a su alrededor con los ojos entrecerrados, como si estuviera buscando respuestas.

—Porque Oliver me dijo que existe la posibilidad de que tenga que volar a Nueva York para volver a filmar una escena que tuvo problemas de continuidad en mi última película. Debería saberlo mañana. En ese caso, tendrás que quedarte aquí, en la casa principal, mientras yo no esté, ya que aquí es donde duerme Houdini. Él no duerme solo.

—¿Quieres que duerma con Houdini? —preguntó Beth.

—Sí —dije riendo—. Dormir con él está muy bien. Pero necesitarás dormir en mi cama.

Beth se quedó helada. Estuve tentado de acercarme y cerrarle la boca. Tal vez debería haber esperado hasta que se hubiera instalado antes de contarle la última parte.

Capítulo Cinco

BETH

Rocco cogió mi taza vacía y se dirigió hacia la cocina en silencio, como si la insinuación de que yo debiera dormir entre las sábanas de satén de su cama una noche no fuera gran cosa.

Bueno, asumí que su cama tenía sábanas de satén, aunque realmente no tenía idea de qué material estaban hechas. Quizás prefería el algodón egipcio de alta calidad o tal vez era aficionado a esas sábanas de bambú que tanto impresionaron a Josh durante su estancia en aquel hotel de lujo en su gira el año pasado.

¿Por qué todavía estaba pensando en las sábanas de Rocco?

De ninguna manera dormiría en su cama, no importaba cuánto me ofreciera. ¿Cómo se atrevía siquiera a sugerirlo? Tal vez solo lo dijo para provocarme.

—No voy a dormir en tu cama —afirmé, cruzándome de brazos y plantándome firme.

Rocco se volvió hacia mí, todavía sosteniendo mi taza de café.

—¿Y eso por qué?

—Porque es tu cama —respondí, quitándole mi taza de café.

—¿Y qué? —Él se encogió de hombros.

—Pues... porque si tú duermes en ella, yo no lo haré.

Rocco me miró como si mi cabeza no encajara correctamente sobre mis hombros.

—¿En serio? —preguntó, señalando hacia la ventana que daba al jardín trasero—. He dormido en la cama de la casa de invitados más de una vez y tú dormirás en ella esta noche, así como las siguientes tres semanas. ¿Cuál es la diferencia?

Quizás no había diferencia al plantearlo de esa manera, pero la idea de dormir en el dormitorio de Rocco me hacía sentir como si invadiera su espacio personal, como si cruzara un límite prohibido.

—¿Por qué has dormido en la casa de invitados? —no pude evitar preguntar, dudando que me respondiese al ser una pregunta personal.

—Dormí allí durante la reforma de la cocina. Había demasiado polvo para mí —Rocco me arrebató la taza de café y señaló hacia los electrodomésticos—. ¿Qué te parecen las mejoras? Estoy seguro de que una chef como tú sabe apreciarlas.

Buena forma de cambiar de tema. Y vaya pregunta. Cuando duermo, sueño con grandes praderas verdes, llenas de las cocinas que he visto en Internet antes de acostarme. Así que no debería sorprenderme sentir un ligero escalofrío al ver la cocina Viking independiente de gas natural de sesenta y seis pulgadas con ocho quemadores y doble horno. La máquina de café espresso Nuova Simonelli, del mismo modelo que teníamos en Santo Domingo Grill, tal vez era demasiado para una casa, pero debo admitir que era el mejor café que había probado en mucho tiempo.

—Sí, tu cocina es impresionante —dije, observando el frigorífico de cuatro puertas con una pantalla incorporada en una de ellas—. Pero volvamos al tema principal, tu cama y por qué no voy a dormir en ella.

—La verdad es que no te entiendo —dijo Rocco.

—Lo mismo digo.

—Es solo una cama.

—No es *solo* una cama.

—Te gusta llevarme la contraria —dijo.

—¿A mí? No —contesté.

Le quité la taza de café de las manos, la puse bajo el grifo en el fregadero, dejando correr un poco de agua.

Rocco señaló la taza. —Eso iba a hacerlo yo.

—Y yo te dije que puedo limpiar lo que ensucio —repliqué, secándome las manos con un trapo de la cocina.

—¿Siempre fuiste tan rebelde o es algo que perfeccionaste de adulta? —Me miró con una expresión divertida.

—¿Y tú? ¿Fuiste un mocoso mimado? —pregunté.

Me tapé la boca con la mano, horrorizada de haber mencionado su infancia sabiendo que pasó un tiempo con familias de acogida para niños huérfanos. ¿Quién sabe si esta experiencia ha sido traumática para él? No era fan de Rocco Romano, pero tampoco era una persona cruel. Lo último que quería hacer era traerle malos recuerdos.

—Lo siento, esa fue una pregunta personal —dije.

—No fui mimado, pero lo estoy compensando ahora —dijo sonriendo, una forma de hacerme saber que la pregunta no le molestaba en absoluto, gracias a Dios—. Permíteme preguntarte algo, ¿alguna vez te has alojado en un hotel?

—Por supuesto. ¿Qué tiene que ver eso con tu cama? —dije, preguntándome a qué venía eso.

Rocco se apoyó en la encimera de cuarzo de la cocina y se cruzó de brazos. Luego dijo:

—Entonces, ¿no tienes ningún problema en dormir en una cama que ha sido ocupada por miles de extraños de todo el mundo, pero no te gusta la idea de dormir en la cama privada de una sola persona? Explícame eso.

—No dije que no me gustase. Es solo que... yo... bueno, no importa.

Me sentí decepcionada por no haber tenido una respuesta mejor.

Simplemente me sentía incómoda con la idea de dormir en su cama, ¡y no quería tener una discusión de una hora al respecto!

—Obviamente, Gwen pondrá ropa de cama limpia, si eso es lo que te preocupa —dijo Rocco.

—Eso no es todo. —Negué con la cabeza—. ¿Por qué quieres que duerma en tu cama? Si sales de la ciudad, Houdini puede dormir conmigo en la casa de invitados.

—No es tan simple —. Rocco le hizo un gesto a Houdini, que estaba apoyado contra su pierna—. Estará un poco ansioso ya que no estaré aquí con él, así que cambiar su lugar favorito en el borde de mi cama solo empeoraría las cosas. No quiero que se sienta abandonado, y por eso estás aquí.

Tenía sentido, pero seguía sin querer dormir en su cama.

—Programaré mi vuelo de regreso para llegar por la tarde, así que no hay posibilidad de que estés en mi habitación cuando regrese —agregó Rocco—. Y si no puedo lograrlo, te llamaré desde el aeropuerto después de aterrizar, para darte tiempo de cambiarte de ropa, de tu pijama de *Ratatouille*, o cualquier cosa que los chefs usen para dormir.

Estaba a punto de decirle lo ridículo que era, otra vez, pero no tuve oportunidad de decir una palabra antes de que me interrumpiera.

—Sácame del apuro —suplicó Rocco—. Hazlo por Houdini. Por favor.

Por un momento, casi pareció sincero.

Y era la segunda o tercera vez que decía «*por favor*», lo cual fue una sorpresa, considerando la forma en que se comportó en el restaurante cuando insistió en comportarse como un inmaduro y degradar mi plato estrella. ¿Por qué no se estaba comportando como un idiota y grosero como de costumbre?

El hombre me estaba confundiendo, lo cual era innecesario.

—Está bien... —Miré a Houdini y suspiré—. Lo haré.

—Gracias, lo aprecio mucho. —Los hombros de Rocco se relajaron.

—No sé por qué, pero tenía la impresión de que Houdini podría ser un poco salvaje, aunque pareciera muy tranquilo. —Me agaché y rasqué al perro debajo de la barbilla.

—No dejes que esa cara inocente te engañe. A veces se asusta si me ve salir de la propiedad o si me busca frenéticamente y no me encuentra. Si le haces compañía o juegas con él, debería estar bien. Pero Houdini se llama así por una razón, así que no dejes ninguna puerta o portón abierto o se lo llevará el viento.

—Entiendo —dije.

—Y avísame cuando vayas a sacarlo de la propiedad para dar un paseo. Me gusta saber dónde está en todo momento.

—Por supuesto. —Asentí.

—Genial —dijo Rocco—. Ahora realmente debería empezar a trabajar. Déjame darte un recorrido rápido por la casa y enseñarte qué áreas están prohibidas. Por aquí.

Seguí a Rocco y Houdini, preguntándome por qué había áreas que él no quería que viera. En realidad, no me importaba lo que tuviera en sus habitaciones, pero ¿qué estaba tratando de ocultar? ¿Cadáveres? ¿Un laboratorio de metanfetamina? ¿Un soldado secreto? ¿La colección de Geyperman? Me recordaba a la historia de *La bella y la bestia*.

Al salir de la cocina, Rocco señaló la primera puerta a la vuelta de la esquina y la abrió lo suficiente para que yo pudiera ver algo de luz al otro lado, pero nada más.

—Este es el garaje donde tengo algunos de mis coches —dijo—. Seguiremos adelante y quedará prohibido, ya que supongo que no hay nada que pueda ser de tu interés allí.

—¿Por qué? ¿Por ser mujer? —Me crucé de brazos.

—No. Porque has dejado perfectamente claro que no eres fan de mi estilo de vida, del cual, créeme, no me quejo. Hará las cosas mucho más fáciles durante las próximas tres semanas. De todos modos, dudo que quieras ver mi colección de coches.

Él dejó que la puerta se cerrara sola.

—Bueno, asumiste mal y como no está en el contrato, vamos a verla. —Dando un gran paso hacia adelante, detuve la puerta con el pie para que no se cerrara por completo.

El problema fue que no tuve en cuenta lo cerca que mi cuerpo podría llegar a estar del cuerpo de Rocco ya que él no se apartó de mi camino. Un centímetro más y nos estaríamos tocando. Mi segundo error fue mirar su mandíbula que parecía haber sido construida por Miguel Ángel y aspirar el aroma de su perfume, una ligera y agradable fragancia de cítricos y sándalo, con un toque de tranquilizante para caballos, supongo, basado en mi estado hipnótico actual y la forma en que mi cuerpo estaba reaccionando a su proximidad.

¿Por qué de repente quise trepar por su pecho como una cabra montesa y sumergir mi nariz en su cuello?

—¿Por qué me miras de esa manera? —preguntó Rocco.

—No tengo ni idea de qué estás hablando —mentí, apartando mi mirada de sus ojos acaramelados. Entrecerré los míos, tratando de echar un vistazo al garaje a través de la abertura de dos pulgadas de la puerta—. Dijiste que dudabas que quisiera ver tu colección de coches. Bueno, te equivocas, porque resulta que soy una entusiasta del automóvil.

—¿Tú? —Rocco se rio entre dientes.

—Sí. Yo. Echemos un vistazo y luego podremos pasar al resto de la casa.

—¿Podemos hacer esto rápido? —Dudó y luego abrió la puerta del todo.

—Por supuesto. —Pasé junto a él, bajé al garaje e inmediatamente me detuve en seco—. ¡Dios mío! ¡Qué garaje tan bonito!

Desde fuera parecía ser un garaje para seis coches, pero en realidad probablemente cabían entre diez y doce en su interior, con espacio de sobra para sus necesidades cotidianas de cavernícola. El garaje era como la sala de exposición de un concesionario de coches gigantes, bien iluminado, inmaculadamente limpio y con un suelo de baldosas brillantes sin una mota de polvo o aceite.

—Un Ford De Luxe de 1948. —Me quedé sin aliento al ver el primer coche.

—¿Cómo lo sabes? —Rocco bajó al garaje con Houdini y se detuvo a mi lado, estirando el cuello hacía mí.

—Ya te lo dije: me encantan los coches. Mi abuelo me enseñó un par de cosas cuando era pequeña.

El coche de Rocco habría encajado perfectamente en la colección de coches clásicos de mi abuelo. No era un Ford De Luxe cualquiera, era idéntico al usado en la película *Grease*. Había visto la película tantas veces que prácticamente tenía memorizadas todas las escenas. Me imagino al personaje de John Travolta, Danny Zuko, conduciendo este coche. Me incliné sobre la puerta y pasé los dedos por la parte superior del asiento delantero, luego di un paso atrás para admirar el descapotable blanco con rayos plateados y rojos pintados en el lateral.

—No puedo creer que tengas una réplica del coche de la película *Grease* —dije.

—Lo siento, pero estás equivocada. —Rocco negó con la cabeza.

—¿De verdad? —Miré de nuevo el automóvil, el interior, la carrocería, los neumáticos de banda blanca, la parrilla delantera y caminé hacia la parte trasera para revisar las luces y el parachoques—. No veo una diferencia entre éste y el de la película. Parece idéntico.

—La diferencia es que este es el original, no una réplica.

Lo dijo casualmente, sin alardear, como si no fuera gran cosa tener uno de los coches más alucinantes del cine.

—¿Cómo diablos lo conseguiste? —Parpadeé.

—Realmente no fue tan difícil. —Él se encogió de hombros—. Fui el mejor postor en la subasta de *Iconos y Leyendas de Hollywood*.

Por supuesto que lo era. Porque lo que Rocco Romano quiere, lo consigue. Su actitud de tengo-toneladas-de-dinero me llevó de regreso a la noche en la que hizo que me despidieran. Sentí como si se me cerrara la garganta.

No tenía idea de cuánto pagó por el coche, pero no importaba, porque sería una miseria para la estrella más grande de Hollywood.

—¿Estás diciendo que eres fanático de la película *Grease*? —Lo estudié por un momento.

—Esa es una pregunta personal. —Rocco señaló la puerta que daba al interior de la casa—. Tal vez podamos regresar en otro momento. Debería ponerme a trabajar.

Miré hacia la puerta, realmente no quería irme todavía después de ver el coche de *Grease*,

pero entonces algo más me llamó la atención. Toda la pared de detrás estaba cubierta con cajas de luces *leds*, cada una de las cuales mostraba un póster de la película original a tamaño completo. Muchas de ellas fueron mis películas favoritas de los últimos cincuenta años.

Mi mirada se detuvo en el póster de la película de *Grease* con Olivia Newton-John y John Travolta casi mejilla con mejilla, con la mano en su hombro.

Obviamente era un fan, pero no quería admitirlo, por alguna razón.

Incliné la cabeza en dirección al cartel. —Parece que tengo la respuesta a mi pregunta.

—Es solo un cartel. —Rocco siguió mi mirada.

—Bien. Y tú eres solo un actor.

Empezó a responder pero al parecer cambió de opinión.

La curiosidad se apoderó de mí y miré por encima del hombro hacia el coche al otro lado del Ford De Luxe.

—No me digas… ¿Un Lotus Esprit SE de 1989? —pregunté.

—Oh... sí. —Rocco tenía una expresión aturdida en su rostro.

Sin poder evitarlo, caminé hacia el Lotus.

—Este es el mismo modelo que conducía Richard Gere cuando recogió a Julia Roberts en la calle en *Pretty Woman* —dije y luego cité: «*Hombre, esta maravilla debe dar las curvas como si fuera sobre raíles*».

Rocco parpadeó, estaba terriblemente callado, mirándome casi boquiabierto.

—Es una línea de la película —dije.

—Ya lo sé. Estoy sorprendido de que lo sepas —dijo Rocco.

Me encanta esa línea de la película. Lo gracioso es ver que a Rocco le ha pasado lo mismo que a Richard Geer en la película, al no esperar que una mujer pudiera saber tanto sobre coches.

—Un momento —dije, señalando al Lotus—. Este no es el original de la película, ¿verdad?

—Lo es. —Él asintió.

—No me digas —dije, desconcertada de que Rocco fuera el dueño de ese coche, ya que Josh me dijo que muchos de sus amigos famosos de Hollywood conducían Bentley, Tesla, Ferrari, Lamborghini, Mercedes Benz y Rolls Royce.

¿Por qué el chico malo de Hollywood tendría un coche de un musical y otro de una comedia romántica? Sería el equivalente a ver al Papa al volante de un Porsche 911 Carrera. Algo no me cuadraba.

—¿Quién eres tú? —Pregunté antes de que pudiera detenerme.

Rocco me miró como si fuera un cuadro en un museo y simplemente no podía entender por qué se llamaba arte. —¿Yo? ¿Quién eres *tú*?

—Pregunta personal —respondí con una sonrisa.

Miré por encima del Lotus hacia el siguiente coche en el garaje y casi se me salen los ojos.

—Madre mía —dije—. Por favor, no me digas que es el coche de *Mr. Bean*.

Me acerqué al Leyland Mini 1000 Mark IV verde con capó negro y deleité mis ojos con uno de los pocos coches en el mundo que me hizo sonreír.

—Eso es —dijo Rocco, siguiéndome con Houdini.

—¡Me encanta este coche! —Sin pensarlo, agarré el brazo de Rocco y lo apreté—. Vi muchísimas veces la película de *Mr. Bean* durante una mala racha en mi vida, después de que me despidieran de... un trabajo.

Gracias a Dios me detuve antes de mencionar Santo Domingo Grill. Especialmente porque Rocco fue la razón por la que me despidieron. Si descubriese que yo era la chef del restaurante con el que tuvo un problema, podría despedirme en el acto, lo cual sería irónico ya que él sería la

razón de mi despido por segunda vez. Pero lo peor sería que tendría que despedirme de los quince mil dólares, junto con el lanzamiento de mi nuevo negocio, al menos en un futuro cercano.

Por suerte, me contuve antes de que la boca me traicionara. Rocco miró mi mano, que todavía estaba aferrada a su bícep, como si fuera lo único que me impidiera caer. Se aclaró la garganta. Solté su brazo y luego le pasé la mano como si estuviera tratando de suavizar su piel aceitunada.

«¿Qué estoy haciendo?»

—Lo siento —dije—. Supongo que estoy un poco entusiasmada con este coche.

—Ya veo —dijo Rocco.

—Obviamente eres fan del actor Rowan Atkinson, si tienes este coche.

—Yo no he dicho eso. —Rocco negó con la cabeza.

—Por Dios… Firmé el acuerdo de confidencialidad, ¿recuerdas? Pero, sinceramente, te había catalogado como un hombre con una elegante colección de coches deportivos italianos. Todos negros para combinarlos con tu ropa, por supuesto.

Señaló el SUV Audi Q5 negro al otro lado del Mini y dije:

—Es alemán, pero tiene asientos de cuero italiano. ¿Eso cuenta?

—Buen intento —dije, señalando al coche cubierto al otro lado del Audi—. ¿Qué tienes escondido ahí debajo? ¿Un Ferrari?

Rocco se dio una palmada en la frente con la palma y se rió:

—Se me olvidó completamente. Tengo un coche italiano. Tal vez necesite otra taza de café. Aquí lo tienes. Cien por cien italiano, pero no es un Ferrari. —Se acercó y tiró de la funda, descubriendo otro coche de su colección.

—Ay, Dios mío. Es precioso —dije, admirando el Maserati MC20 blanco con puertas de ala de mariposa que se abrían hacia arriba—. ¿Cómo pudiste olvidar que tienes un Maserati en tu garaje?

—Lo sé, es patético, pero últimamente he tenido muchas cosas en la cabeza y, además, nunca lo conduzco. —Rocco hundió los dedos en su pelo—. De hecho, no ha salido de la propiedad desde que me lo entregaron hace un año. De todos modos, volvamos al interior. —Hizo un gesto hacia la puerta.

—¿Nunca has conducido ese coche? ¿Ni siquiera una vez? —Seguí directamente detrás de Rocco y Houdini.

—No. Tiene quince kilómetros en el odómetro, ninguna de ellas mías.

—¿Por qué lo compraste si no vas a conducirlo? —Parpadeé exageradamente.

—Pregunta personal —dijo Rocco, moviendo su dedo por encima del hombro hacia mí, sin molestarse en darse la vuelta mientras nos acercábamos a los escalones para entrar a la casa.

—Voy a odiar esas dos palabras al final de estas tres semanas. O, a este ritmo, al final del día —dije.

—¿Y si dijera las tres palabras en italiano? ¿Habría alguna diferencia? —preguntó Rocco.

—Lo dudo seriamente.

Se dio la vuelta tan rápido que casi choqué contra su pecho en el último escalón. Afortunadamente pude detenerme, pero estábamos a dos centímetros de distancia. De nuevo.

—*Domanda personale* —dijo Rocco, esta vez en italiano.

El ritmo melódico de las dos palabras italianas fluía con gracia de su boca como Chianti, estirando cada vocal como un chef desmenuzando delicadamente carne de cerdo con un tenedor. Combine eso con sus gestos entusiastas con las manos y me entraron ganas de quitarme la ropa.

Aturdida, apenas podía hablar pero dije:

—Si... mejor.

«Santo ravioli, como habla Rocco en italiano».

Era muy inquietante que el hombre que despreciaba tuviera una o dos cualidades positivas. Por supuesto, en el gran esquema de las cosas, no significaba absolutamente nada para mí.

Una cosa era segura: este sinsentido, la forma en que mi cuerpo reaccionaba ante su cercanía, tenía que parar ya. Lo último que necesitaba era un hombre como él, que oliera como él olía y que hablara uno de los idiomas más románticos del mundo.

Me recordé a mí misma que odiaba a Rocco después de haberme humillado en el restaurante y de conseguir que me despidieran, así que solo había una cosa que podía hacer en este momento. Necesitaba terminar este paseo de una vez y dirigirme a la casa de invitados con Houdini antes de que, Dios no lo quiera, me empezara a gustar este hombre.

Capítulo Seis

ROCCO

No soy psicólogo ni médico (y jamás he hecho esos papeles para la televisión o en películas), pero tras pasar una hora con Beth Myers, he llegado a la conclusión de que es una paradoja andante, la versión humana de una dicotomía que pide a gritos una lobotomía.

Confieso que igual tengo la cabeza llena de tonterías y simplemente soy un tío despistado, que crea diagnósticos raros para esa gente que no capto. Lo más seguro es que se trate de una secuela por haberme leído el guion de esa serie médica tan mala anoche. Era un calco de *Anatomía de Grey*, sin lugar a dudas. No tengo ni idea de cómo acabó esa abominación en el montón, cuando lo que buscaba era algo fresco, divertido y novedoso.

Pero en mi caso, el diagnóstico fue acertado. Me quedé a cuadros. Totalmente desconcertado por esta mujer que me acompañaba por la casa, capaz de irritarme y fascinarme a la vez. Una vez, Beth era la presidenta del Club Anti-Rocco y a la siguiente, se transformaba en una cría ilusionada por los columpios de la feria, tirándome del brazo y saltando mientras me contaba lo mucho que le gustaba mi colección de coches.

¿Pero qué narices le pasaba?

Debería haber hecho que Beth orinase en un vaso para mandarlo a analizar antes de contratarla. Vamos, llámame loco, pero juraría que estaba intentando olerme, moviendo la nariz como un conejillo. Quizá simplemente era un bicho raro.

O igual soy yo el paranoico.

De todas formas, tenía que ponerme las pilas, ya que mi futuro no se iba a asegurar solo. Seguimos con el recorrido por la casa y llevé a Houdini y a Beth a la sala que estaba al final del pasillo.

—Este es el gimnasio. —Mostré la máquina elíptica, la bicicleta Peloton, la cinta de correr y el resto del equipamiento, incluyendo las pesas—. Aquí puedes entrenar cuando no estés con Houdini, pero está cerrado de tres a cuatro de la tarde, de lunes a viernes.

—¿Y tú usas todo esto? —preguntó Beth.

—Sí. Menos la cinta de correr —respondí.

—¿Es nueva?

—Tiene sus kilómetros, pero no los he hecho yo.

Beth miró a Houdini y preguntó:

—¿Quieres decir que tu perro la usa?

—Exacto.

—Venga ya. No me lo creo.

Me encogí de hombros y dije:

—Supongo que este es uno de esos casos donde una imagen vale más que mil palabras.

Houdini, ¿quieres correr?

El perro ladró y empezó a mover la cola con tanta fuerza que parecía que se le iba a desencajar el culo.

Beth seguía escéptica, con los brazos cruzados, observando.

—¡Venga! —Extendí la mano y pulsé el botón para encender la cinta.

Houdini se subió y comenzó a andar.

Beth iba cambiando la mirada de Houdini a mí, sin dar crédito.

Toqué el botón de velocidad varias veces hasta ponerlo en 3.0.

Houdini empezó a trotar ligeramente.

—Esto es increíble, ¿cuánto tiempo aguanta? —Beth negó con la cabeza, alucinada.

—Probablemente seguirá hasta que le diga que pare, pero normalmente solo le dejo hacer una milla, por su edad. Le encanta, pero no quiero pasarme.

Pulsé el botón de parada y Houdini saltó fuera de la cinta, colocando una pata sobre mi pierna, como pidiendo más.

—Hoy no, amigo —le dije mientras le rascaba detrás de las orejas—. Aún tenemos que enseñarle a Beth la oficina y el resto de la casa. Vamos.

Chasqueé los dedos y Houdini salió pitando del gimnasio.

Gwen apareció por el pasillo con el control remoto del Volkswagen Beetle de las Tortugas Ninja que había pedido y dijo:

—Esto acaba de llegar. Lo añado a la colección.

—Gracias —contesté.

—De nada —respondió Gwen, desapareciendo por una de las habitaciones.

—Veo que tu afición por los coches llega hasta los juguetes. —Beth echó un ojo antes de que Gwen cerrara la puerta.

—Debe ser el niño que todos llevamos dentro —bromeé, sin entrar en detalles sobre mi habitación secreta de juguetes—. La entrada a esa sala está completamente prohibida. —Luego le mostré la oficina, que era un caos de guiones por todas partes—. Perdona el desorden, estoy hasta arriba de trabajo, por eso te he contratado.

—¿Puedo? —Beth ojeó los guiones y señaló uno.

Por alguna razón, accedí.

Cogió el que tenía más a mano, *Mar y Tierra,* y lo abrió.

—Este fue el último que leí —dije—. Cuenta la historia de un vendedor de césped artificial que sueña con ser surfista profesional. Están convencidos de que *Mar y Tierra* será el siguiente *Vigilantes de La Playa*.

—¿Y te quieren para el vendedor-surfista? —Ella continuó hojeando las páginas.

—Así es. Básicamente, quieren convertirme en una versión reinventada y regurgitada de David Hasselhoff, pero es un rollo surfista en lugar de socorrista. Preferiría el papel de Patrick Swayze o Keanu Reeves en *Le Llaman Bodhi*, si pudiera elegir.

—Pero, ¿necesitarías aprender a surfear para darle credibilidad al papel o usarían dobles? —preguntó Beth.

—En Hollywood pueden hacer que cualquiera parezca un surfista experimentado, hasta la abuela que va al bingo cada domingo —comenté—. Y contestando a tu pregunta: sí, sé surfear… de todas formas no importa, porque la televisión comercial no es lo mío. Por supuesto que existe una remota posibilidad de que sea entretenida, pero lo más probable es que sea simplemente otra serie superficial.

—¿Entonces es difícil que te decidas por este? —Beth cerró el guion.

—Hace falta mucho más para que yo firme el contrato.

—¿Más qué? —dijo Beth, levantando su dedo índice—. Y antes de que me digas que es una pregunta personal, debes saber que tengo curiosidad por entender qué pasa por la mente de un actor cuando considera hacer una audición para un papel.

—Siento que me están entrevistando en la revista *People*. No tengo nada que decir.

—No tienes gracia ninguna.

—Solo necesitas conocerme mejor. —Sonreí.

Vaya.

Eso no sonó como esperaba.

Ojalá Beth no piense que estoy coqueteando.

—¿Qué fue eso? —Ella puso sus manos en jarras.

Un lapsus.

Beth lo malinterpretó. ¿Por qué piensa que me interesaría alguien que parece que quiere matarme en todo momento? Eso sería absurdo.

—Fue un comentario inocente, no estoy coqueteando contigo—dije—. Mi intención era decir que no debes juzgarme sin conocerme, pero me salió de otra manera. A veces las cosas salen de mi boca sin pensarlas.

—Entonces, ¿estás diciendo que no sabes pensar antes de hablar? —Beth lo meditó.

Decidí darle la victoria, para que pudiéramos cambiar de tema. Dije:

—Exacto, eso es precisamente lo que estoy diciendo. A veces se produce un cortocircuito entre mi cerebro y mi boca, pero ya estoy buscando soluciones con mi equipo técnico.

Ella se rio, algo que me pilló completamente por sorpresa.

Beth Myers se estaba riendo.

¿Sería de mal gusto si les tomara una foto a sus dientes? Porque fue un acontecimiento muy raro y alguien necesitaba documentar ese momento tan trascendental.

Afortunadamente, recuperé el sentido y rechacé la idea de la foto, optando por señalar el guion de *Mar y Tierra* en sus manos y continuar el recorrido cuando dije:

—Puedes seguir adelante y tirar esta mierda al montón de la esquina.

—¿Esos son los guiones que no te gustan? —Beth miró la pila en el suelo.

—Sí, el montón de los rechazos. —Asentí—. Hay como unos veinte y faltan al menos doscientos más. De todos modos, volviendo al recorrido, si alguna vez necesitas imprimir algo no dudes en utilizar esta impresora. Está en la red Wifi, así que puedes imprimir desde la casa de invitados y luego venir aquí para recogerlo. La contraseña es Houdini, todo en mayúscula y sin espacios.

Beth caminó hacia el otro lado del escritorio y colocó el guion encima de la pila de descartes. Después, dijo:

—Creo que lo único que necesito imprimir son una o dos recetas.

—Bueno, está aquí para ti si la necesitas —dije—. Sólo asegúrate de proteger todo lo que imprimas porque Houdini actúa como si tuviera una deficiencia de fibra en su dieta y tratará de comérselo.

—Vale, gracias —dijo.

Beth ojeó otros guiones y luego notó el cheque en el borde del escritorio, abriendo los ojos como platos. El cheque era para una donación que había prometido hacer en persona antes del almuerzo, ya que conocía al director del banco de alimentos. Mi intención no era que Beth lo viese.

«Ya es tarde para eso».

Beth me miró por un momento. Luego desvió la vista hacia la ventana y dijo:

—Qué vista tan chula del jardín desde aquí. —Asintió un par de veces—. Me encanta.

La situación era claramente incómoda para ella, se balanceaba de un pie a otro, evitando el contacto visual. Sin ser capaz de mantener la compostura, finalmente decidió apoyarse en el borde del escritorio y cruzarse de brazos.

Tuve que contener la risa.

Beth estaba sentada justo encima del cheque.

Pensé en contarle la verdad, pero eso probablemente la haría sentir aún más incómoda. Mejor continuar con el tour por la casa y seguir con nuestro día.

—¿Continuamos el recorrido? —pregunté.

—¡Claro! —respondió ella.

Beth saltó del borde del escritorio como si hubiera estado sentada sobre unas brasas. Su movimiento brusco hizo que el cheque volara por los aires. Antes de que tocara el suelo, Houdini ya había capturado el cheque con sus dientes.

—¡No! —Me lancé hacia el perro y lo agarré por el hocico—. Suéltalo.

Intenté abrir la boca de Houdini y quitarle el cheque antes de que desapareciera por su garganta o se empapara demasiado, pero eso solo hizo que apretara más la mandíbula.

—Suelta el cheque, Houdini —dije.

Movió la cola y gruñó, como si estuviéramos jugando con uno de sus juguetes.

—Houdini, déjalo —dijo Beth, inclinándose hacia Houdini, pero en lugar de ayudarme, golpeó su cabeza con la mía.

Ambos nos pusimos de pie y nos frotamos la cabeza, mirándonos el uno al otro.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Estoy bien. ¿Y tú? —Beth continuó frotándose la cabeza.

—Viviré, pero tienes una cabeza muy dura.

—Mira quien habla. —Ella sonrió.

Houdini escupió el cheque, que aterrizó encima de mi pie, una parte en la piel y la otra en la chancla. Hice una mueca y me agaché a recoger el papel, que ahora era una masa pegajosa.

—Esto es un asco —dije.

Y sin más, lo tiré al cubo de la basura.

—Lo siento mucho —se disculpó Beth.

—No te preocupes. Haré otro cheque. No deberías haber visto eso.

—No estaba cotilleando, lo juro. —Beth frunció el ceño—. El cheque estaba ahí, encima del escritorio, yo solo miraba los guiones.

—Tranquila, te creo —aseguré.

Beth me miraba, visiblemente confundida, como intentando descifrarme a través de una densa niebla.

—Nos queda poco para acabar este tour VIP por la casa. —Ignoré su turbación y señalé hacia la puerta.

—Vaya suerte —soltó Beth con el típico sarcasmo que la caracterizaba.

Avanzamos por el pasillo.

—Baño, dormitorio, dormitorio, cine —Señalé las habitaciones a ambos lados del pasillo—. No dudes en utilizarlo si la puerta está abierta. Tengo las mismas suscripciones aquí que tú en la casa de invitados: Netflix, Amazon Prime, Max, Apple TV, Disney+, Peacock, Hulu y cerca de mil canales. Y si necesitas algo más, dímelo y lo agregaré.

—Gracias —dijo Beth y seguimos por el pasillo.

—Baño, dormitorio, dormitorio —dije—. El mío es el siguiente.

Las puertas dobles del dormitorio principal estaban abiertas.

—Esta es mi habitación. —Al entrar, hice un gesto con la mano.

—Bueno… —Beth dio un pequeño paso dentro del dormitorio y se detuvo en seco, sus ojos se movían de un lado a otro, como si acabara de descubrir que estaba al borde de un foso de caimanes.

Ella volvió a moverse inquieta mientras se mordía las uñas. Beth obviamente tenía un gran problema conmigo y mi dormitorio. Estaba bastante seguro de que podía culpar a las revistas sensacionalistas por describirme como un mujeriego, lo cual no podía estar más lejos de la realidad. Sí, había tenido relaciones muy sonadas con tres actrices, pero tres relaciones en cinco años no te hacen un casanova y mucho menos un donjuán.

Algo me dijo que Beth no creía eso, a menos que hubiera algo más en mí que le molestara. Si es así, ¿qué podría ser? A ella no le gustaban mis películas, obviamente, pero eso no era motivo para odiarme.

Houdini saltó sobre la cama, ocupando su lugar habitual en el borde. Apoyó la barbilla sobre las patas y suspiró.

—Este es el lugar preferido de Houdini —dije, acercándome y acariciándole la cabeza.

—Parece contento. —Beth asintió.

—Ahora está más contento que unas pascuas. —Le hice un gesto para que entrara antes que yo—. Bien, ahora veamos el baño.

—Beth entró al baño y se quedó helada. Después dijo:

—Es tan grande como tu cocina.

Estaba acostumbrado a oír eso cuando la gente lo veía por primera vez.

—No del todo, pero sí, es bastante grande —respondí—. Mucho más de lo que yo necesito.

Beth miró el suelo de mármol, los tocadores de nogal y las encimeras de piedra caliza, antes de caminar hacia la gigantesca estatua de bronce de un Buda reclinado en un rincón.

—Para la buena suerte. —Frotó el vientre del Buda y sonrió, volviéndose hacia mí.

Asentí y dije:

—Hago eso todos los días.

Beth se acercó a las dos columnas en espiral, caminó entre ellas y subió los tres escalones que conducían a la enorme bañera como para 4 personas. Miró hacia abajo, se dio la vuelta y bajó las escaleras caminando hacia el lado opuesto del baño.

Parecía fascinada con el baño, aunque no decía mucho.

Beth miró hacia el tragaluz colocado directamente sobre mi ducha de cascada. Admito que la ducha era completamente exagerada y probablemente cabían diez personas, pero yo no la diseñé ya que venía con la casa.

—Qué coincidencia, tengo exactamente la misma ducha en mi apartamento. —Beth se rio y sacudió la cabeza—. ¿Hemos terminado?

No esperó mi respuesta y regresó al pasillo, como si tuviese prisa por salir de mi habitación.

Houdini saltó de la cama y me siguió fuera del dormitorio.

—La última parada del recorrido incluye una de mis cosas favoritas de la casa: la bolera —dije.

Pasé junto a Beth y avancé por el pasillo.

—Qué gracioso. —Ella dio un resoplido desinhibido pero muy entrañable.

—No estoy bromeando. —Al final del pasillo me detuve y me di la vuelta cuando noté que no me estaba siguiendo

Beth estaba rezagada, con las manos en las caderas. Me miró con escepticismo y dijo:

—Una bolera… Sí, claro.

—Lo digo en serio. En el sótano.

—Y yo soy la reina de Inglaterra. Buen intento, porque no hay sótanos en California.

Me encogí de hombros y dije:

—Ya verás. El tipo al que le compré la casa era un poquito paranoico, así que construyó un refugio subterráneo diseñado para resistir un ataque nuclear de diez kilotones. Se refería a él como su búnker del fin del mundo. Me pareció ridículo. No se lo dije a la cara, por supuesto. Tenía cosas interesantes, pero hice algunas remodelaciones después de comprar la propiedad.

—¿Cómo se mejora un refugio antiaéreo? —Ella parpadeó—. ¿Con cemento hecho de oro?

—No parece un refugio antiaéreo —dije—. Es como otra área de la casa de seis mil pies cuadrados. Está completamente amueblado. El dueño anterior tenía un campo de minigolf de tres hoyos allí, pero yo lo quité y construí una bolera de dos carriles. Mucho más práctico.

—Lo que tú digas… —Beth todavía no parecía convencida.

—Obviamente no me crees. Un momento. —Saludé a Gwen, que estaba al otro extremo del pasillo—. ¿Qué tengo en el sótano?

—Pobrecito. —Gwen caminó hacia nosotros, sacudiendo la cabeza—. ¿Ya estás perdiendo la memoria a tu edad? ¿Cómo vas a memorizar tus líneas?

—Para eso están las chuletas—dije, sonriendo—. Pero en serio, Beth no cree que tenga una bolera.

—Puedo confirmar que, efectivamente, hay una bolera allí. —Gwen se detuvo frente a Beth —. Por cierto, mi mejor jugada es de doscientos puntos. —Ella sonrió con orgullo y luego me señaló—. Pero hagas lo que hagas, no dejes que Rocco te engañe para hacer una apuesta. Es un experto con los bolos y se quedará todo tu dinero.

—Vaya, muchas gracias —dije—. ¿Cómo podré pagar las cuentas sin todo el dinero extra que estoy sacando por jugar a los bolos con la gran cantidad de visitantes desprevenidos que se presentan todos los días? Me siento traicionado. —Me puse firme, con el ceño fruncido, antes de golpear el suelo.

—Le gusta ser dramático. —Gwen se volvió hacia Beth y sonrió—. Es su trabajo. —Señaló las escaleras—. Ahora, ve a ver la bolera por ti misma; no creerás lo que tiene allí.

—¡Desde luego! ¡Eso no me lo pierdo! —Beth me miró, pasó junto a mí y desapareció escaleras abajo. Parecía casi tan entusiasmada como cuando vio mi colección de coches.

—¿Te cree a ti y a mí no? —Levanté las palmas de las manos en el aire con frustración—. Realmente no la entiendo en absoluto.

—Simplemente no estás acostumbrado a una mujer que no quiere darse la vuelta y jugar a los médicos contigo nada más conocerte. Había mucha verdad en esa afirmación.

Por otro lado, no era como si quisiera a ese tipo de mujer en mi vida. —Gwen se encogió de hombros.

Sí, normalmente salía con ellas, pero eso era porque las mujeres de Hollywood eran una apuesta segura. Sabía lo que estaba obteniendo. Podía ser el director de la relación, por así decirlo, y decidir cuándo era el momento de terminar la escena.

Dicho esto, las mujeres de Hollywood estaban lejos de ser mi tipo.

Me atraían las que estaban hechas de otra madera. Me fascina una mujer que sea lo suficientemente audaz como para ponerse Crocs en una habitación llena de Jimmy Choos. Admiraba a una mujer que hacía algo porque le salía del corazón y no porque sabía que alguien la estaba mirando, porque la sociedad dictaba que tenía que actuar de manera distinta, o porque

sabía que podía sacar algo de la situación. Una mujer segura de sí misma que no se dejaba tratar como un felpudo. Un tipo de mujer que sabía lo que quería.

Y aunque Beth me estaba volviendo loco, apreciaba ese lado genuino y honesto de ella, ese lado que me permitía saber exactamente cuál era su posición en el mundo. Era casi excitante, si soy honesto. Obviamente, necesitaba guardármelo para mí ya que no estaba de humor para que me diera una patada en los huevos.

Capítulo Siete

BETH

—No logro entender a Rocco —le dije a Josh durante una videollamada de Zoom en mi portátil mientras deshacía mi maleta en la casa de invitados—. Me hizo un recorrido por la casa principal esta mañana, por si tuviese que quedarme allí con el perro si salía de la ciudad. Y cuando fui al sótano para ver la bolera, él...

—Un momento —Josh me cortó, levantando la palma de la mano hacia la cámara—. ¿Rocco tiene una bolera en su casa?

—Sí. Su casa es una locura. Te lo cuento porque las fotos siguen en Zillow, de la persona que le vendió la casa. Una familia de cinco personas podría vivir en su baño perfectamente. La bolera está a seis metros bajo tierra en un glorioso refugio antiaéreo que también tiene dos dormitorios, dos baños, una discoteca con bar completo, una sala de juegos y un montón de habitaciones, incluyendo una bodega con más de dos mil botellas de vino.

—Parece que va por el camino de convertirse en el próximo Francis Ford Coppola. ¿El vino es de su propio viñedo?

—No, es solo una colección privada de vinos, pero es enorme —dije—. Supongo que puede jugar y beber hasta hartarse mientras se esconde de quien pudiera querer hacerle daño.

—Obviamente, Rocco debe de estar bebiendo demasiado vino —dijo Josh—. Solo una persona borracha pensaría que es una buena idea estar encerrado con la única persona de entre ocho mil millones de habitantes del planeta que quiere matarlo.

—Ya no quiero matarlo —dije.

—No es una sorpresa. Siempre puedes rebajar su castigo a una buena patada en los huevos.

—Ya estamos…

—¿Qué? —preguntó Josh—. Es la peor pesadilla de los hombres, ¿sabes?

—No lo sabía.

—Es cierto. De hecho, me despierto todos los días y me pregunto si este será el día en que me den un rodillazo en el paquete. Nos obsesionamos con eso, de verdad. De todos modos, mantenlo en tu arsenal contra Rocco y sácalo cuando actúe fuera de lugar. Serás conocida como la mujer que tiende a destrozar lo que suele colgar.

—No voy a hacer eso. —Hice una mueca.

—¿Por qué no? ¿Ahora te gusta Rocco? —preguntó Josh.

—No iría tan lejos, todavía no. Diré que no me gustó que me abandonara durante el recorrido por su casa. Pensé que iba a seguirme hasta la bolera, pero entonces apareció su ama de llaves, Gwen, para terminar con el recorrido. Rocco simplemente desapareció.

—Podrían haberlo llamado para reunirse con los peces gordos de Hollywood. Sabes que todo el mundo quiere trabajar con él.

—Supongo que sí —dije—. Me sorprenden algunas de las cosas que descubrí sobre él esta mañana.

—¿Cómo qué?

—Digamos que él no parece ser quien pensaba que era, así que decidí darle otra oportunidad. —Me encogí de hombros—. Podemos dejarlo así. La gente puede cambiar.

—Necesito saber más. —Josh se acercó a su cámara y su cabeza ocupó toda la pantalla de mi portátil, arqueando una ceja y sonriendo.

—No puedo. —Puse algunos calcetines y ropa interior en el cajón superior de la cómoda y luego me volví hacia mi portátil—. Firmé un acuerdo de confidencialidad, ¿recuerdas? Ni siquiera debería haberte hablado del refugio subterráneo, ahora tengo que matarte.

—Fue un placer para mí ser tu hermano —Josh se rio—. Y estás paranoica, en caso de que te lo preguntes.

—A lo mejor sí lo estoy —dije y señalé mi portátil—. Solo prométeme que no vas a decir nada de esto en una de tus giras porque no creo que sea de dominio público.

—Tenemos el mismo agente y Oliver me dejaría de representar en un instante si filtrara algo. Vamos, cuenta la historia. ¿Qué es lo que te tiene tan desconcertada acerca de Rocco?

Me acerqué a la ventana para echar un vistazo hacia fuera.

—¿Qué tramas? —inquirió Josh.

Volví a mi portátil y me acomodé en el borde de la cama. Después dije:

—Estoy comprobando que Rocco no esté merodeando por la casa de invitados.

—Claro, porque el Capitán Clapton no tiene nada más importante que hacer que espiar a la cuidadora de su perro. —Josh soltó una carcajada.

—Es que va a dejar a Houdini en cualquier momento y no quiero que me pille hablándote de él. Vamos, reconozco que estoy siendo un poco paranoica.

—O bastante.

—Es que... él no es como me lo imaginaba. A ver, ¿qué tipo de chico malo va por ahí en chanclas?

—¿En serio? —preguntó Josh—. ¿Eso es lo que piensas? Estoy casi seguro de que vi una foto de Joe Pesci con unas Birkenstocks.

—Aun así, aunque no te lo estés inventando, lo que es muy probable, tengo entendido que Joe solo hace de tipo duro en la pantalla, mientras que en la vida real es un trozo de pan —dije —. A Rocco siempre lo presentan como el chico malo de Hollywood, pero aún estoy esperando ver algo que lo confirme. De todas las conversaciones que he tenido con él, se comporta como cualquier persona con la que te cruzarías en la calle.

—Yo nunca me he encontrado a nadie interesante en la calle —bromeó Josh.

—Ya sabes a lo que me refiero. —Me crucé de brazos—. Solo digo que si te toparas con él, en un bar o en un club de comedia, sin saber que es un actor famoso, te parecería un tío normal, eso es todo. Sí, a veces tiene un aire de superioridad, pero, ¿qué hombre no lo tiene? Va con el género.

—Tienes razón. —Josh asintió—. ¿Y eso es lo que te desconcierta?

—Sí, eso y... Bueno, esto va a sonar a locura.

—Seré yo quien lo juzgue. Venga, suéltalo.

Dudé y luego dije:

—Pues, creo que hay una pequeña, o quizás una gran posibilidad de que Rocco pueda ser… —Me quedé sin palabras, no quería admitirlo siquiera.

—¡Por Dios! —exclamó Josh—. Venga, Beth. Me han salido diez canas en la barba desde

que empezamos a hablar. Dilo ya. ¿Rocco es qué? ¿Gay?

—No.

—¿Casado?

—No.

—¿El hijo secreto de Danny DeVito? —bromeó Josh.

Nuestra conversación descarriló en un instante.

—Rocco puede ser... —Suspiré—. Amable. Ahí lo tienes. Lo he dicho.

—¡Por todos los santos! —Josh se llevó una mano al pecho—. ¿Amable? ¡Ese hombre sí que es un sinvergüenza!

—No es broma. Destruí un cheque suyo sin querer, iba destinado al banco de alimentos. Escucha esto: era de un millón de dólares.

—Madre del amor hermoso —dijo Josh—. Ahora siento aún más admiración por ese chico, pero ¿cómo demonios ocurrió eso?

—Ni se te ocurra reírte. —Le señalé con el dedo.

—Ya sabes que no puedo prometer tal cosa.

—Está bien —dije, suspirando—. Me senté encima del cheque, después lo arrastré con el culo y salió volando del escritorio de Rocco. Para colmo, me quedé quieta y horrorizada mientras su perro intentaba comerse el cheque.

Como era de esperar, Josh estalló en carcajadas.

No esperaba menos de él.

—Por suerte, Rocco no parecía muy afectado —continué, mientras doblaba algunas camisetas y las guardaba en un cajón—. Dijo que podía hacer otro cheque, lo que me hizo sentir un poco menos culpable por el desastre. Pero lo que realmente me impacta es ¡que va a donar un millón de dólares! Sabes que me derrito cuando la gente hace gestos tan nobles. Simplemente me tomó por sorpresa, eso es todo.

—Creo que ahora te entiendo. —Josh asintió—. Te encuentras en un dilema porque inicialmente Rocco no te caía bien, pero ahora estás pensando en casarte con él, o solo devorarlo vivo.

—Sí, sí… —Me abaniqué la cara dramáticamente—. Solo de pensarlo, me sube la temperatura.

—Lo sabía —dijo Josh.

—¡Me muero por ser la esposa de Rocco Romano! —exclamé, negando con la cabeza ante la ridiculez de lo que acababa de decir mi hermano. Nada más lejos de la realidad.

El golpe en la puerta me sobresaltó.

Oh, no . . .

Miré en esa dirección y puse mi mano sobre mi pecho.

¿Rocco había oído lo que dije?

«Me muero por ser la esposa de Rocco Romano».

Creo que me escuchó.

—¿Por qué parece que acabas de comer una ostra en mal estado? —dijo Josh.

Me puse de pie, atónita, y miré de nuevo hacia la puerta.

—¿Está Rocco ahí? —susurró Josh.

Intenté estabilizar mi respiración, luego cerré los ojos y asentí.

—Bueno, no hagas esperar a tu futuro marido —dijo riendo.

Abrí los ojos, apreté la mandíbula, levanté el puño hacia la cámara y luego cerré de golpe el portátil para acabar mi videollamada con Josh.

Planearía su muerte más tarde.

—¿Beth? —dijo Rocco, tocando la puerta nuevamente.

Su voz se oyó fuerte y clara a través de la puerta, lo que significa que probablemente me había escuchado. También significa que me iba a morir de la vergüenza.

Capítulo Ocho

BETH

Quizá tuviera suerte. Quizá Rocco no me hubiera oído. O tal vez me encontraba sumida en un mundo de ensueño ilógico donde burros bailarines me servían café guatemalteco recién molido acompañado de rosquillas de chocolate de las de antes que, por algún milagro, elevaban mi inteligencia y disminuían la celulitis. ¿Sería tan terrible desear que un meteorito gigantesco atravesara el techo y me aplastara? Sin duda, merecía la pena intentarlo.

«*Meteorito, meteorito, meteorito*».

Nada.

Parece que no me quedaba más remedio que abrir la puerta. Lo único que podía esperar era que el estruendo del helicóptero que había pasado volando hace un minuto hubiera impedido que Rocco oyera mi confesión.

Solo había una forma de descubrirlo…

Inhalé profundamente y exhalé despacio, intentando calmar el frenesí de mi corazón a un ritmo menos alarmante y visible. Con una sonrisa forzada, giré el pomo de la puerta, que chirrió al abrirse.

—¡Ah! ¡Hola! —dije con la energía de veinticinco cafés.

Por eso no era actriz. Ni siquiera sabía cómo actuar con naturalidad.

Rocco estaba ahí, sosteniendo un peluche de ardilla en una mano y una bolsa de plástico de Rancho Santa Fe Suministros de Mascotas en la otra. Houdini, a su lado, me miraba moviendo la cola.

—Ya me estaba preguntando si abrirías —dijo.

Qué coincidencia, yo también lo estaba pensando.

El perro avanzó y me lamió la mano un par de veces antes de adentrarse ene la casita de invitados.

—Lo siento —dije al fin, intentando encontrar una disculpa por el retraso—. Me había liado con algo.

—¿Mirando sitios para celebrar bodas? —Rocco echó un vistazo por encima de mi hombro.

Parpadeé un par de veces.

Sin duda había escuchado lo que le conté a mi hermano.

«Me muero por ser la esposa de Rocco Romano».

Mi corazón estaba a punto de salírseme del pecho. Un calor sofocante me invadió el rostro. Quería desaparecer. Me costaba tragar, como si tuviera una espina atascada en la garganta, mientras las excusas para mi absurdo comportamiento daban vueltas en mi cabeza, como una moneda de veinticinco céntimos en una secadora.

Probablemente pensó que quería su fortuna. O, lo que es peor, su cuerpo. No me sorprendería

que decidiera despedirme en ese momento. Eso sería un desastre. Un auténtico desastre, porque ya había avisado al casero de mi apartamento de que me iba y había pagado la fianza del nuevo local que pensaba alquilar.

—¿Y quién es el afortunado novio? —preguntó Rocco—. A lo mejor lo conozco, ¿soy yo?

Mi cara era un auténtico infierno en llamas.

¿Qué podía decir?

—Verás... es que... —balbuceé sin encontrar las palabras adecuadas—. Claramente, lo del matrimonio no iba en serio, como puedes imaginar.

Rocco frunció el ceño, sacó su móvil, pulsó un botón y habló acercándose a la boca:

—Nota personal: cancelar los planes de comprar un anillo de compromiso. Buscar terapia para superar este desengaño amoroso. —Luego, se guardó el móvil de nuevo en el bolsillo—. En fin, ¿por dónde íbamos?

—Genial, ahora te burlas de mí. —Crucé los brazos.

—Sería un tonto si dejara pasar la oportunidad, especialmente porque estás muy guapa cuando te pones nerviosa. —Levantó un dedo—. Eso es un hecho, no un coqueteo.

Lo miré fijamente, pero tuvo poco efecto. Rocco parecía imperturbable, mientras que yo no podía controlar lo que salía de mí.

—Tranquila. Me estoy divirtiendo contigo. Era obvio que estabas siendo sarcástica cuando charlabas con tu amigo.

—Vaya… —Me sentí aliviada, pero también sorprendida.

—No parezcas tan sorprendida —dijo Rocco—. No me llevó mucho tiempo darme cuenta de que el sarcasmo es tu modus operandi.

—Sacas lo mejor de mí. —Sonreí.

—¿Has visto? —Rocco señaló mi cara—. Ahí lo tienes de nuevo, como un reloj.

Estaba haciendo todo lo posible para enfadarme con él y resistirme a su encanto, y claro, gran parte de mi comportamiento anti-Rocco salió como sarcasmo, pero ¿qué esperaba él? ¿Que me volvería loca por él como todas las demás mujeres?

Sí, Rocco es una delicia, pero también lo es un pastelito y no me lo como. Sin embargo, los pastelitos nunca me confunden. Una cosa era segura: Rocco me ponía muy difícil que le detestara cuando se comportaba así…

—Pasa, acabo de terminar de deshacer el equipaje. —Le hice un gesto a Rocco para que pasara, deseando concluir ya el asunto del perro.

—Muy bien —dijo Rocco.

Arrastré mi maleta hasta un rincón de la habitación y la apoyé contra la pared. —Y era con mi hermano Josh con quien estaba hablando, no con un amigo.

—Me cae bien tu hermano, pero no tienes que darme explicaciones. Y parece que alguien aquí se está poniendo cómodo—. Dirigió su atención a Houdini que se relajaba en el sofá.

—Sí, es un perro encantador. —Me acerqué sonriente y acaricié a Houdini en la cabeza.

—Y mimado —dijo Rocco.

—Obviamente no tienes ningún problema con eso. —Me di la vuelta.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—¿Y la ardilla? —Señalé el peluche que Rocco tenía en la mano—. ¿Es tuya o de Houdini?

—Este es el juguete preferido de Houdini. —Apretó la ardilla, provocando un chirrido que hizo que Houdini alzara la cabeza, en estado de alerta total—. No importa cuántas veces Gwen lo lave, nunca huele bien, pero por alguna razón no puede vivir sin él.

Lanzó la ardilla hacia el sofá, donde aterrizó a pocos centímetros de la boca de Houdini. El

perro le dio unos lametones antes de posar su barbilla sobre ella, como si la estuviera custodiando.

—Aquí tienes la correa y las bolsitas para la caca. —Rocco me pasó la bolsa de la tienda de mascotas que traía—. También he traído algunas galletas para perros. Úsalas si necesitas distraerlo o quieres que haga algún truco. Lo he estado adiestrando en todo lo que puedo.

—¿Ha probado estas antes? —Examiné el contenido de la bolsa, dudando de la calidad de las galletas. Yo prefería algo más natural, como las galletas que empezaré a vender dentro de poco.

—No, todavía estoy en busca de algo que sea nutritivo y apetecible al mismo tiempo, lo cual es complicado —dijo Rocco—. Se está haciendo mayor y la verdad es que me preocupa su alimentación, especialmente porque desconozco sus hábitos previos. Espero que estas sean adecuadas. Por cierto, se sabe todos los trucos básicos, por si quieres que haga alguno.

—Houdini, ven aquí. —Saqué una galleta de la bolsa.

Houdini saltó del sofá y se sentó justo frente a mis pies.

—Mi próxima orden iba a ser que te sentaras, pero veo que podemos saltárnosla. —No pude evitar reírme—. Dame la patita. —Le ofrecí mi mano.

Houdini colocó su pata sobre mi palma y la agité suavemente.

—Buen chico. —Le ofrecí la galleta y él la tomó con suavidad.

Sin embargo, segundos después, Houdini escupió la galleta, que aterrizó en uno de mis pies. Después se dirigió a la puerta y se tumbó en la alfombra, pareciendo frustrado.

—Mierda —murmuró Rocco.

—Literalmente —comenté, revisando los ingredientes en el paquete de galletas. Estaban llenos de cosas que ni siquiera puedo pronunciar —. Nada de esto es sano para los perros.

—Marcello lo compró en la tienda. Se supone que son muy populares.

—Puede ser, pero en ocasiones lo popular se debe más al precio que a la calidad.

—Sí, tiene sentido. —Rocco se pasó los dedos por el pelo—. Supongo que entonces nos toca tirarlas. Empezar de cero.

Estaba a punto de proponerle que devolviera las galletas para que le reembolsaran el dinero, dado que la calidad no cumplía sus expectativas (algo que a mí no me costaría hacer). Por suerte, recapacité justo a tiempo, pensando en lo absurdo que sería sugerirle a un multimillonario que reclamara sus cinco dólares.

—Un momento —intervine, lanzando sus galletas al cubo de la basura bajo el fregadero y después cogiendo la bolsa Ziploc con mis galletas caseras para perros de la encimera de la cocina.

Había diseñado personalmente los moldes para que mis galletas tuvieran forma de pequeños huesos, con un extremo modelando la cabeza de un perro sonriente. Siempre conseguían sacarme una sonrisa.

Justo ayer había preparado una nueva tanda de estas delicias y las había traído todas conmigo. Si a Houdini no le gustaban, no merecía la pena ni plantearse iniciar mi propio negocio para venderlas.

Rocco levantó una ceja y preguntó:

—¿Has traído galletas para perros?

—No eres el único que disfruta mimando a los perros. —Saqué una y dejé la bolsa sobre la encimera—. Houdini, ven.

Se acercó a mí y, de nuevo, se sentó justo delante de mis pies.

—Túmbate —ordené.

Houdini se echó al suelo, sin apartar los ojos de la galleta.

—Muy bien —dije y le di su premio.

Houdini devoró la galleta en un instante, sin ni siquiera pararse a masticarla.

—Es impresionante —comentó Rocco—. ¿Y son sanas?

—Orgánicas, sin conservantes, sin colorantes artificiales, sin aditivos —dije asintiendo.

Houdini hundió su nariz en mi mano, buscando más, lamiendo mis dedos uno a uno al darse cuenta de que no había nada.

—Míralo. —Rocco estaba boquiabierto—. Parece un adicto buscando su siguiente dosis.

Ver eso me llenó de alegría. Me entregaba en cuerpo y alma a mis creaciones y confiaba en que mis galletas orgánicas para perros serían las mejores del mercado.

—¿Podrías conseguirme más de esas? —preguntó Rocco—. Te las pago, por supuesto.

—Eso no debería ser un problema —respondí, optando por no revelar que yo era quien las había elaborado.

Lo último que deseaba era dar la impresión de estar buscando inversores o un préstamo. Los quince mil dólares que Rocco me ofrecía (sumados a mis ahorros) serían más que suficientes para arrancar la empresa.

—¿Me permites? —Rocco apuntó hacia mi bolsa de galletas—. Quiero enseñarte un par de trucos que puedes hacer con ellas y, después, te dejo tranquila.

—Claro…

—Son increíbles. —Rocco cogió dos galletas de la bolsa y las examinó detenidamente.

—Gracias —dije.

Levantó una ceja, quizás preguntándose por qué le agradecía el elogio de un producto que supuestamente no era mío.

Afortunadamente, no hizo comentario alguno al respecto y se giró hacia Houdini.

—Ahora verás por qué este can se ha ganado su nombre —dijo Rocco—. Bueno, una de las razones. Es un verdadero pícaro, así que estate atenta. Houdini, abre la puerta.

—Venga ya. —Me eché a reír—. Qué sentido del humor tienes.

Aguardé, esperando ver si Houdini realizaba algún movimiento. Ya me había convencido de que Rocco solo me estaba tomando el pelo. Me quedé impresionada cuando Houdini se dirigió hacia la puerta.

—No puede ser —exclamé, sacudiendo la cabeza, incrédula.

Houdini se puso sobre sus patas traseras, bajó el pomo con una pata y empujó la puerta para abrirla con el hocico.

—No tan deprisa, mi amigo peludo —dijo Rocco—. Cierra la puerta.

Houdini cerró la puerta usando el hombro y un lado de su cabeza, luego se giró hacia Rocco, esperando pacientemente moviendo la cola.

—¡Qué barbaridad! —Parpadeé dos veces.

—Eso no es nada. Mi bebé es un saco de sorpresas —comentó Rocco y le ofreció al perro una de las galletas de la palma de la mano.

Houdini se zampó la galleta al instante, tal y como hizo con la anterior, luego empujó la mano de Rocco, buscando más.

—Es alucinante lo que le pirran estas cosas —Rocco se volvió hacia mí—. Oye, ¿cómo van tus matemáticas?

Vaya pregunta más rara.

—Pues, la verdad, no son lo mío —dije—. ¿Por qué?

—No te preocupes, Houdini será tu profesor privado —bromeó Rocco, chasqueando los dedos para captar el interés del perro—. Ponme mucha atención, mi pequeño peludo Einstein.

¿Cuánto es uno más uno?

Houdini ladró dos veces.

—¿Y uno más dos?

El perro emitió tres ladridos.

—¿Qué tal dos más dos?

Cuatro ladridos resonaron en el aire.

Me quedé boquiabierta.

—Eso es, campeón —le felicitó Rocco, dándole otra galleta a Houdini.

El perro la engulló de un bocado, luego olisqueó el suelo, por si alguna se hubiera caído alguna migaja.

—Es un genio. —Agité la cabeza, impresionada.

—Mira esto —Rocco alzó la galleta sobre la cabeza del perro—. ¡Houdini, da una vuelta como un bailarín!

El perro intentó ponerse de pie sobre sus patas traseras, pero no pudo dar el salto al estar demasiado cerca de Rocco. En su lugar, la cabeza de Houdini impactó contra las partes nobles de su dueño.

Rocco emitió un gemido y su rostro se contorsionó de dolor. Se encogió, llevándose ambas manos a sus partes íntimas. Desde luego, debía de doler, más aún considerando el tamaño de la cabeza de Houdini.

—Ay, Dios mío, ¿estás bien? —pregunté, preocupada.

—Jamás he estado mejor —respondió Rocco, asintiendo con vehemencia como si intentara convencerse a sí mismo de que estaba en perfecto estado, aunque su voz sonaba varias octavas más agudas de lo normal.

Llámame insensible, llámame cruel, pero ver a Rocco fingiendo estar bien tras recibir un golpe en sus partes nobles me provocó una carcajada.

—¿Te hace gracia mi sufrimiento? —Rocco se apoyó en sus rodillas y alzó la vista.

Vale, quizás me invadió un ápice de culpa.

—Venga, no es para tanto —dije—. Y no me río de ti, me río contigo.

—¿En qué parte de mi expresión ves que me esté riendo ahora mismo?

Su mirada era un desafío, con la mandíbula tensa y una mueca en el rostro. Mis labios temblaron antes de que una risa incontenible se apoderara de mí de nuevo. Para mi sorpresa, Rocco comenzó a reírse también.

Había logrado hacer reír a Rocco Romano.

Él normalmente se reía de sus propias bromas, nunca de algo que yo dijera. Y no fue una risa forzada ni de compromiso. Fue auténtica, profunda y cálida, una risa que hacía que sus hoyuelos se marcaran aún más.

Como si necesitara ser más atractivo de lo que ya era.

—Eres un caso, ¿lo sabías? —dijo Rocco, aún entre risas.

—Quizás, pero he conseguido hacerte reír después de un golpe en las joyas de la corona, así que algo de mérito tengo.

—Y modestia, claro —añadió él.

—Bueno, ya es hora de superarlo. —Rocco tomó aire y lo soltó lentamente—. Esta vez me ha dado bien, lo reconozco.

—¿Esta vez? ¿Cuántas veces te ha pasado esto con Houdini?

—Más de las que quisiera recordar. —Frunció el ceño—. Tendré que comprar un protector u olvidarme de tener descendencia. Sé que no lo hace a propósito, pero me da cabezazos cuando se

emociona o busca atención. Eso no significa que tú debas empezar a hacer lo mismo.

Solté un bufido y luego me cubrí la boca.

Rocco me lanzó una mirada y carraspeó. Después dijo:

—Vamos.

Se dirigió a la puerta y salió. Eso fue raro. ¿Adónde iba? ¿Estuve metida en líos?

Houdini y yo seguimos a Rocco más allá de la piscina, hasta la amplia extensión de césped que se desplegaba al otro lado del patio. Unos instantes después, Houdini levantó la pata y marcó el territorio en una de las palmeras.

—Como ves, este es el rincón predilecto de Houdini para hacer pipí y caquita —comentó Rocco.

No pude contener otro bufido.

—¿Y ahora qué? —Rocco se giró hacia mí.

—Nada, nada. —Negué con la cabeza.

Se cruzó de brazos, aguardando alguna otra revelación.

—Es solo que me parece muy tierno que el Capitán Clapton hable de pipí y caca en la misma oración —dije.

—¿Estás coqueteando conmigo? —Rocco apoyó sus manos en las caderas.

—¿De verdad piensas que hablar de pipí y caca va a hacer que me suba la temperatura?

—Quién sabe.

—Vamos, por favor —repliqué—. Simplemente no me esperaba algo así de ti, eso es todo.

—Son palabras normales y cotidianas —dijo Rocco—. ¿Qué prefieres que diga? ¿Defecar y orinar? Te reirías aún más. Nadie dice eso.

—Es verdad, pero podemos probar algunas palabras y ver cuál funciona mejor para ti. Quiero oírte decir *número dos* o *excrementos*.

Intenté mantener la cara seria, pero no fue fácil ya que actuar no era mi profesión.

—Ya quisieras tu —dijo Rocco.

No pude evitar reírme de nuevo.

Un hombre mayor asomó la cabeza por encima del muro de la propiedad y me asustó muchísimo cuando dijo:

—¡Excrementos! ¡Estás hablando mi idioma!

—Beth, te presento a Douglas, mi vecino. —Rocco le hizo un gesto al hombre—. Te puede dar una charla entera sobre caquita, popó, o como prefieras llamarlo. Fue cuidador en el Zoológico de San Diego durante más de cuarenta años.

—Era un curro de mierda, pero alguien tenía que hacerlo. —Douglas soltó una carcajada y me dedicó una inclinación de su sombrero safari, ancho de color caqui, a modo de saludo—. Encantado de conocerte, joven.

—El gusto es mío. —Me acerqué a él, devolviéndole la sonrisa.

Si tuviera que hacer un cálculo, diría que rondaba los ochenta años, quizás ochenta y cinco, lo cual me llevó a preguntarme cómo podía sostenerse por encima del muro, dado que debía medir entre dos y dos metros y medio de altura.

—Cuarenta años es mucho tiempo en el mismo trabajo —dije—. Obviamente adoras a los animales.

—Me flipan, sobre todo los elefantes. —Los ojos de Douglas se iluminaron de entusiasmo—. ¿Sabías que un elefante puede consumir entre ciento treinta y ciento ochenta kilos de comida al día? A veces incluso más.

—Esa soy yo cuando tengo pizza a mano. —Sonreí.

—Me encantas. —Douglas soltó una risotada.

Lo curioso fue ver a Rocco reírse tanto.

Paró al ver mi mirada de asombro y dijo:

—¿Qué?

—¿Qué de qué? —Me encogí de hombros.

No hay nada como un diálogo inteligente entre dos adultos.

—Nunca fallo en mis primeras impresiones y Beth no es como las demás. Ya te lo digo yo —le comentó Douglas a Rocco.

—¿Las demás? —pregunté.

—Las chicas con las que ha salido...

—No le hagas caso. —Rocco carraspeó—. Hoy se ha debido pasar con el tequila.

—Martinis —corrigió Douglas—. Estoy perfectamente lúcido, gracias. Soy un experto en interpretar a los animales, sus comportamientos y su lenguaje corporal. Las personas no son tan distintas. Rocco, es como si hubieras encontrado un tesoro en el fondo del mar.

—¿Hablas de mí? —pregunté, más confusa que nunca.

—No es relevante —respondió Rocco.

—Ahí te equivocas, vecino —Douglas sonrió—. Sin amor, la vida carece de sentido.

—¿Amor? —Rocco y yo dijimos al mismo tiempo.

—¡Claro que sí! —declaró Douglas—. El amor está en el ambiente. ¿No lo sientes?

—Lo único que siento es una indigestión provocada por esta conversación —dijo Rocco.

—Tengo una variedad de medicinas para eso, incluso para flatulencias, si necesitas algo. —Douglas se rió entre dientes—. Dime, ¿cuánto tiempo lleváis saliendo?

¿Por qué haría esa pregunta? Lo único que Rocco y yo habíamos hecho juntos fue ver a Houdini marcar su territorio.

—¿Rocco y yo? —Hice un gesto señalando a Rocco y a mí misma—. No estamos saliendo. De ninguna manera. ¡Qué va!

—Estoy de acuerdo contigo, pero, vaya actitud. —Rocco se llevó las manos a las caderas—. No tienes porqué decirlo así.

Con las manos en las caderas, imité su lenguaje corporal y dije:

—Tú y yo sabemos que somos tan compatibles como un león y un jabalí.

—¿Y quién es exactamente el león? —Se cruzó de brazos.

Estaba a punto de cruzarme de brazos para imitar su postura, pero entonces Douglas decidió intervenir:

—El jabalí es parte de la familia de los cerdos así que . . .

—Pues, la respuesta es obvia entonces. —Rocco guiño un ojo.

—Qué gracioso —dije con un suspiro—. Eres increíble. De verdad.

—Sin coquetear. —Me señaló con el dedo y sonrió.

—¡Vaya pareja! —exclamó Douglas—. Cuando conocí a Lizzy, que en paz descanse, me soltó que preferiría afeitarse las piernas con un rallador de queso antes que salir conmigo. Y mira, casados más de cincuenta años.

La sonrisa compasiva de Rocco hacia Douglas me tomó por sorpresa. Luego dijo:

—Lizzy era excepcional. Pero lo de Beth y yo, ni pensarlo, vamos. Hasta se molesta cuando digo que es impresionante, y eso es la pura verdad. ¿Puedes creerlo?

¿Por qué había vuelto a mencionar eso?

—No me ofendí. Es sólo… —Solté un suspiro frustrado.

Un momento . . .

¿Cuándo ha pasado de atractiva a impresionante?

Había una gran diferencia entre las dos cosas, creo yo.

—¿Por qué no puedes simplemente aceptar el cumplido y decir gracias? —preguntó Rocco.

—¿Y por qué no puedes dejar de repartir cumplidos como si fueran caramelos de Halloween? —le respondí.

—Vale, como quieras —. Rocco bufó—. Retiro lo dicho. No eres impresionante en absoluto. ¿Contenta?

—Forcé una sonrisa y dije:

—Al borde del éxtasis.

—Os lo digo, Lizzy y yo éramos iguales que vosotros dos. —Douglas soltó otra risa—. Nos pasábamos el día discutiendo y bromeando hasta el infinito, pero acabó siendo lo mejor que me ha pasado en la vida. Sin duda, el amor de mi vida.

La expresión de Rocco se tornó inexpresiva. Seguramente se preguntaba, igual que yo, por qué Douglas nos estaba contando su vida amorosa.

Rocco suspiró, como si ya estuviera harto de la conversación y dijo:

—Volviendo a lo nuestro. Beth se hará cargo de Houdini durante las próximas tres semanas mientras me centro en un proyecto importante, así que no le des más vueltas. Y por favor, no llames a la policía si la ves por aquí. Lo diré una vez más, por si acaso: simplemente está trabajando para mí. Nada más y nada menos.

—Como tú digas, vecino. —Douglas observó a Rocco y luego alternó su mirada entre nosotros dos, esbozando una sonrisa. Inclinó su sombrero hacia mí y me guiñó un ojo—. ¡Hasta luego, Beth!

Antes de que pudiera responder, Douglas ya había desaparecido tras el muro.

Nos dirigimos de vuelta a la casa de invitados y entramos con Houdini, compartiendo un silencio incómodo.

Entonces, Rocco hizo algo sorprendente.

Y lo peor de todo, parecía que lo veía a cámara lenta.

Se agachó y besó a Houdini en la cabeza.

Fue un gesto tan tierno, tan dulce, que no era lo que esperaba ver. Siempre me ha encantado ver a un hombre mostrando cariño por los animales, especialmente por los perros.

—Sé un buen chaval —dijo Rocco, prolongando el beso con una suave caricia tras las orejas de Houdini antes de girarse hacia mí—. Luego nos vemos.

—Vale —contesté, cerrando la puerta antes de que Houdini corriera tras Rocco.

—¡Arriba! —Le indiqué el sofá.

Houdini saltó al sofá y acomodó su cabeza junto a la ardilla de juguete, sin apartar sus ojos de mí.

—Muy bien hecho —le dije, sonriéndole.

Me dirigí hacia el baño, sintiéndome aliviada por no tener que ver a Rocco en las próximas ocho horas. Eso me daba tiempo de sobra para decidir a quién llamar para que me revisaran el cerebro.

Estaba a punto de acomodarme en el váter cuando alguien golpeó la puerta con insistencia. Confundida, me subí los vaqueros y salí del baño, preguntándome si Rocco se había dejado algo.

—¡Beth! —exclamó Rocco, aporreando la puerta una vez más.

—¡Un momento!

¿Qué podría ser tan importante?

Caminé lentamente hacia la puerta principal, extrañada al ver que estaba entornada. Al

abrirla, me sorprendió ver a Rocco allí, pateando el felpudo con impaciencia.

Houdini estaba a su lado.

Miré de nuevo hacia el sofá vacío donde había dejado al perro justo un momento antes y luego volví la vista hacia Rocco.

—¿Perdiste algo? —preguntó.

«*Meteorito, meteorito, meteorito*».

Capítulo Nueve

ROCCO

A la mañana siguiente, temprano, hice mis largos en la piscina, deteniéndome ocasionalmente en la parte poco profunda para recuperar el aliento. Durante esos pequeños descansos, es posible que haya echado algún vistazo a la casa de invitados. Vale, posiblemente diez. Veinte como máximo.

Realmente necesitaba dejar de pensar en Beth.

La razón por la que la contraté fue porque Oliver me juró que yo no le caía bien y que me dejaría tranquilo. Sería contraproducente si empezara a gustarme a mí. Y ese era el problema. Beth ya me gustaba.

De hecho, cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de lo afortunado que era por el simple hecho de que no le caía bien. Era ese tipo de chica que me podría meter en líos, la que sin dudas me robaría el corazón para después triturarlo en la batidora y dárselo a los perros. La que me dejaría tirado cuando menos lo esperase.

Por raro que pareciera, Beth era mi tipo, y esa era justamente la razón por la cual debía evitarla a toda costa durante las próximas tres semanas. La cuestión era, ¿cómo iba a lograrlo si ella trabajaba para mí y vivía en mi propiedad?

La atracción y la química son cosas que no se pueden esconder. Me sentía atraído por ella. Y era evidente que ella sentía lo mismo por mí.

Beth podía fingir cuanto quisiera que no valoraba mis halagos sinceros, pero sus ojos no engañaban. Aun así, por alguna razón, se mantenía firme y dejaba muy en claro que ni mi dinero, ni mi fama, ni casi nada de lo que yo representaba le importaban. Eso hacía que me gustase aún más. Incluso a Douglas le caía bien, lo cual era extraño, porque nunca le había caído bien nadie que trajera a casa. Beth era diferente, de eso no cabía duda.

«*Deja de pensar en ella*».

Salí de la piscina y me regañé mentalmente por mirar hacia la casita de invitados por enésima vez. Para mi sorpresa, esta vez había algo distinto. Una de las persianas estaba ladeada, dejando un pequeño resquicio abierto. Podría jurar que vi dos dedos apartando las persianas.

¿Beth me estaba espiando? Todo apuntaba a que sí. Mi única opción lógica era montar un pequeño espectáculo. Si ella me hacía sentir incómodo, bien podía devolverle el favor.

«*Es hora de divertirme*».

Entrelacé los dedos y estiré los brazos hacia el cielo, inclinándome primero a la izquierda y luego a la derecha, ofreciéndole a Beth una panorámica completa de mi cuerpo, especialmente de los abdominales que tanto le gustaba criticar. Me acerqué a coger mi toalla, tensando los bíceps al secarme el pelo, y después la lancé sobre el respaldo de una silla. Luego, me giré para que Beth tuviera una buena vista de mi trasero, contrayendo los glúteos, izquierdo, derecho,

izquierdo, derecho, izquierdo. Me volví de frente e hice todo lo posible por mantenerme serio.

Recogí la toalla de nuevo y me tomé mi tiempo para secarme los hombros, brazos, pectorales, abdominales y piernas. Ese era todo el espectáculo por hoy. Volví a mirar hacia el resquicio de la persiana y sonreí. Las persianas se cerraron de golpe.

Reprimí la risa y me lie la toalla alrededor de la cintura, antes de echar un vistazo al reloj para comprobar cuánto tiempo me quedaba. Eran las ocho menos cuarto de la mañana y Marcello no tardaría en llegar para nuestra reunión. Mientras tanto, Houdini estaba en la gloria con Shannon, la propietaria de un servicio itinerante de peluquería canina de la zona.

En cuanto terminasen con él y lo dejaran guapo y limpio, lo llevaría con Beth para poder centrarme en los guiones de nuevo. Era su segundo día.

Entré en la casa para darme una ducha exprés antes de que Marcello llegase, y casi me doy de bruces con él junto a la isla de la cocina.

—¡Qué susto me has dado! —dije.

—Pues vas a tener que devolver tu traje de licra a Recursos Humanos, porque no eres el superhéroe que creía —bromeó Marcello, soltando una risa burlona y señalando hacia la casita de invitados por la ventana—. Imagino que todo fue bien ayer con Beth, ya que no supe nada de ti anoche.

—Si por bien te refieres a apenas sin incidentes, entonces sí.

Marcello abrió la nevera, cogió un batido de proteína, le quitó el tapón y dio un trago. Luego preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Nada, estoy exagerando. —Me encogí de hombros—. Más o menos. Houdini se le escapó dos veces, pero yo estaba aquí en ambas ocasiones, así que simplemente arañó la ventana del estudio para que le dejase entrar. La verdad, no me molestó porque echaba de menos su compañía. Beth estuvo en la cocina casi todo el día y parte de la noche. Olía increíble, fuera lo que fuese.

—¿Y no te ofreció nada?

—Tenía las persianas bajadas, supongo que intentando evitarme. En fin, anoche acabé pidiendo comida china. —Señalé los envases vacíos de comida en el mostrador, detrás de Marcello, y luego volví a mirar por la ventana.

—Debes de ser uno de los pocos actores de primera categoría que no tiene chef privado —dijo Marcello—. Quizás deberías contratar a Beth para que cocine para ti una vez que termine con lo del perro.

—Lo último que necesito es a Beth aquí a todas horas. —Me reí con sorna.

Volví a mirar por la ventana.

—Para alguien que no quiere tenerla cerca, parece que te interesa mucho saber lo que está haciendo. —Marcello se cruzó de brazos.

—Solo es precaución, eso es todo —dije—. Hay una desconocida en mi propiedad. Debo asegurarme de que no sea una psicópata, aunque conozca a su hermano.

—Claro, lo que tú digas —respondió Marcello, regalándome una sonrisa irónica.

Tengo que admitir que no entiendo lo que me pasa. No he dejado de pensar en Beth, lo cual es raro porque ella claramente no quiere tener nada que ver conmigo.

—No me sorprende. —Marcello asintió—. Siempre queremos lo que no podemos tener.

—No, no es eso. —Negué con la cabeza.

—Bueno, ella es muy guapa. ¿Quizás sea sólo un caso de atracción?

—No.

—En serio, invítala a salir —dijo Marcello.

—De ninguna manera. Si dijese que sí y las cosas se pusieran serias, me sentiría fatal al dejarla, lo cual, seamos sinceros, acabaría ocurriendo. Hay muchos precedentes.

—¿Y esa conciencia culpable dónde estaba cuando cortaste con Scarlett, Kate y Natalie? —preguntó Marcelo.

—Sabes que me sentí mal después de esas rupturas —respondí.

—Lo sé. —Él asintió—. Y no es que ellas no estuviesen avisadas. Les dejaste claro que tenías ciertos asuntos pendientes que podrían impedirte comprometerte del todo en la relación.

Por suerte, la mayoría de las personas en Hollywood supera una ruptura más rápido que la media. Cuanto más se ve a un actor en público con otro actor o celebridad, más atención genera, lo que a su vez produce más cobertura mediática. Cuando te ven con alguien nuevo, es como si hicieras magia; en minutos, apareces en todas las redes sociales, revistas y noticias.

—Tú y yo sabemos que Scarlett, Kate y Natalie seguramente ya tenían nuevas citas diez minutos después de salir por la puerta —comenté.

—O cinco minutos —dijo Marcelo, entre risas.

—Exacto. Es decir, vamos, Scarlett se ha casado dos veces desde que lo nuestro terminó, entonces, ¿qué te dice eso? Pero Beth, ella es distinta, es una chica normal. Hollywood la devoraría y la escupiría antes de que le diera tiempo a parpadear con esos ojos tan bonitos que tiene. No tengo ni idea de por qué siento la necesidad de protegerla, pero lo mejor es que se mantenga lejos de mí. Además está su hermano. Sí, mejor lejos.

El problema era que no estaba tan seguro de querer mantenerme lejos de ella.

—Lo respeto y lo apoyo —dijo Marcelo—. Tienes principios, algo que no puedo decir de otros que conozco.

—Bueno, por eso Beth se sitúa justo en el centro de mi categoría de relaciones en la que debo mantener distancia.

—Entonces, ¿le puedo pedir una cita? —Marcelo se rascó la barbilla, pensativo.

Le miré fijamente, sin tener claro si bromeaba o no.

Apuntó a mi cara y soltó una carcajada. Después dijo:

—¡Es broma, tío! ¿No ves que tengo un talento nato para la actuación?

—No está mal, para ser un aficionado. —Me eché a reír.

—Vamos, que algo sientes por Beth, eso está clarísimo.

—Te vendría bien mejorar ese don de observación. En fin, me voy a dar una ducha rápida antes de ponerme a trabajar. Cuando vuelva, no quiero oír ni una palabra más sobre esa persona.

—Vaya jefe más tirano que eres, ¿lo sabías? —comentó Marcelo.

—Y cruel a más no poder. —Asentí—. ¿Te hacen llorar tus condiciones laborales tan despiadadas?

Marcelo sonrió y jugueteó con las llaves del BMW que le regalé por su cumpleaños y dijo:

—Lloro como un descosido, pero saldré adelante.

—¿Entonces, estás disfrutando del coche?

—Es un BMW descapotable, flamante y a tope de extras, ¿qué crees? —Me dio unas palmadas en la espalda—. Sé que me repito, pero gracias, de verdad. Te daría otro abrazo si no fuera porque estás medio desnudo.

Me reí, di un par de pasos hacia el dormitorio y me giré para decir:

—Y deja de darme las gracias todo el rato. Eres el mejor empleado del mundo y te aprecio de corazón.

Marcelo sonrió, lleno de orgullo, y musitó un gracias antes de dar otro sorbo a su bebida.

Quiero a ese hombre como si fuera mi hermano.

Marcelo y yo nos criamos en el sistema de familias de acogida. Aunque suene a locura, nos juramos ser amigos de por vida. Pero luego ocurrió lo inesperado. Perdimos el contacto después de que a Marcelo lo mandaran con una familia de acogida fuera de la zona.

Así, de repente, mi mejor amigo, se había esfumado de mi vida.

Me sumergí tan profundamente en la tristeza que busqué refugio en mi pequeño universo de fantasía dentro del armario, un rincón donde mis únicos compañeros eran mis peluches.

Nunca me harían daño.

Nunca me dejarían.

Nunca morirían.

Por extraño que parezca, esas miles de conversaciones imaginarias y parodias con mis peluches me ayudaron a allanar el camino hacia una carrera como actor y, finalmente, me llevarían de regreso a mi mejor amigo perdido.

Después de que mi carrera como actor despegara, Marcello localizó a Oliver para pasarle su información de contacto cuando me vio en un tráiler de la primera peli de *Capitán Clapton*.

El día que volví a escuchar su voz de nuevo fue el más feliz de mi vida.

Mi mejor amigo había vuelto.

Marcello había estado trabajando en ventas en un concesionario de automóviles en Palm Springs. Solo tardé quince minutos al teléfono en convencerlo de que dejara su trabajo y se mudara a Los Ángeles, para trabajar para mí como mi asistente personal. Pensar en nuestra reunión todavía hace que se me salten las lágrimas.

Después de la ducha, me dirigí a la casa de invitados para dejar a Houdini y su nuevo arnés con Beth. Llamé a la puerta y luego me maldije en silencio por exhalar en la palma de mi mano y olerla para ver si mi aliento estaba bien.

«¿Qué estoy haciendo?»

Soy un completo idiota.

Unos instantes después, Beth abrió la puerta de la casita con unos vaqueros similares a los del día anterior, aunque algo más desgastados. En vez de camiseta, llevaba una blusa morada de cuello de pico que se ajustaba a su torso perfectamente (no es que me fijase en ello).

—Hola, guapo —dijo Beth, con una sonrisa.

—Veo que no tardas en coquetear. —Moví la cabeza.

—Le hablaba a Houdini. —Ella me sostuvo la mirada.

—Claro, seguro que sí.

Beth me ignoró y se inclinó para acariciar a Houdini en la cabeza. Después dijo:

—Mira qué limpio y aseado estás.

Bueno, quizá me molestó un poco que no se dirigiera a mí de esa manera. ¿Cómo podía Beth no darse cuenta de que yo también estaba fresco y limpio?

Houdini caminó junto a Beth hacia la cocina, olfateando el suelo en busca de restos y migas. Por alguna razón, ver a Beth descalza me tomó por sorpresa. Tenía los dedos de los pies muy bonitos, las uñas pintadas de un tono medio rosa. No tenía ningún fetiche con ninguna parte del cuerpo, pero ¿por qué sentí la repentina necesidad de darle un masaje en los pies mientras ella comía uvas y bebía champán?

—¿Nunca habías visto unos pies descalzos? —Beth siguió mi mirada y luego frunció el ceño.

—Nunca he visto pies tan monos. ¿Cuánto tiempo los has tenido?

Me reí entre dientes y luego levanté la cabeza cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo y de la estúpida pregunta que salió de mi boca.

«¿Cuánto tiempo los has tenido?»

¿Qué me pasa? Estaba tratando de hacerme el gracioso, pero ¿por qué?

Beth se iba a meter conmigo por coquetear, estaba seguro.

—Venga —dijo, haciendo un gesto con la mano en el aire—. Suéltalo ya.

—¿A qué te refieres? —Incliné la cabeza, confundido.

—Vamos, no me dirás que el tema de los pies bonitos es un hecho y no un intento de ligar. Eres tan predecible.

¿Por qué lo dijo como si fuera algo malo?

La previsibilidad no es aburrida. Me encantan mis rutinas y mis hábitos, porque me dan una sensación de control, lo que me quita estrés. Ser predecible no significaba que tuviera una vida aburrida. También sabía ser espontáneo en el momento adecuado. De hecho, esta era exactamente una de esas circunstancias en las que necesitaba hacer algo diferente, mantenerla intrigada y entretenerme en el proceso. La mejor manera de lograrlo era darle a Beth lo contrario de lo que esperaba. La verdad.

—Fue un coqueteo —dije.

Beth se quedó helada y luego parpadeó varias veces, como si el rápido aleteo de las pestañas funcionara como un molino de viento que generase suficiente energía para aclarar su confusión.

—¿Qué has dicho? —Ella me miró intensamente.

—Sí, estaba coqueteando contigo —le confesé.

Beth no apartaba su mirada.

¡Qué milagro! La dejé boquiabierta.

Al principio, me pareció una jugada maestra reconocer el coqueteo. Beth, claramente, no tenía ni idea de cómo gestionar mi confesión. Pero luego, reflexioné un poco más. ¿Acaso mi sinceridad podría volverse en mi contra? Sin duda, ella era lo bastante astuta para entender que, al admitir que había quebrantado nuestro acuerdo, le daba pie a cancelar el contrato y largarse. Lo último que quería era que Beth se fuera. Lástima que ya no podía hacer nada al respecto. Ya lo había dicho y la pelota estaba ahora en su tejado.

A menos que...

¿Y si mi encanto pudiera salvar la situación?

Definitivamente, merecía la pena intentarlo.

Capítulo Diez

ROCCO

—Es la verdad y nada más que la verdad —dije, levantando la mano, como si estuviera prestando juramento—. Coqueteé contigo. Y me gustaría disculparme formalmente por mi error, aunque, si lo piensas bien, no debería contar ya que en realidad no estaba tratando de coquetear.

—¿Y de verdad crees que eso se sustentaría en un tribunal de justicia? ¿Coqueteo involuntario? —preguntó Beth.

—Por supuesto. Salió de mí antes de que pudiera detenerlo.

—Suena como un problema de gases. —Ella sonrió.

—Sabes, realmente eres muy graciosa —dije—. El humor obviamente viene de familia.

—Corta el rollo. —Beth perdió la sonrisa.

Frustrado, levanté las palmas de las manos en el aire:

—¿Y ahora qué he hecho?

—Me estás haciendo la pelota para quedar bien conmigo después de haber roto las reglas —dijo ella.

«*Chica lista*».

Era cierto en parte, aunque el cumplido fue sincero.

—Entonces, ¿tienes una vena compasiva? —pregunté, tratando de mantener la cara seria.

Beth se cruzó de brazos y apretó los labios.

—Estoy bromeando —dije—. Pero hay algo que no entiendo... ¿Qué he hecho yo para que tengas esa imagen tan horrible de mí?

Beth cerró la boca con más fuerza, como si estuviera reprimiendo una sarta de epítetos.

—Bien —dije con un suspiro—. No respondas. Pero no soy quien crees que soy, de eso no hay duda. Obviamente te habías formado una opinión sobre mí mucho antes de que nos conociéramos, lo cual no es tan raro, considerando lo que se dice sobre mí en la televisión y las redes. Bueno, noticia de última hora, aquí estoy, mi verdadero yo, en persona, de carne y hueso, sin aditivos ni conservantes.

Me golpeé el pecho. Beth solo me miró fijamente, pero no dijo nada.

—Y, además, ¿qué tienen de malo los elogios? —añadí—. Gran parte de mi felicidad proviene de ver felices a otras personas. Si puedo alegrarle el día a alguien con un cumplido sincero, lo haré. El mundo necesita más felicidad y bondad.

Ella estaba haciendo esa cosa de mirar fijamente otra vez pero por fin habló:

—Ahora sí que estoy confundida.

—Ese es el problema… que no tienes ni idea de quién soy.

Decidí echarle una de las miradas que ella me había dedicado en múltiples ocasiones para darle a probar su propia medicina. No pasó mucho tiempo.

Beth se colocó un poco de pelo detrás de la oreja y luego señaló al interior de la casa de invitados:

—Bueno, ¿entras o te piras?

¿Eso significaba que iba a ignorar el coqueteo? Tal vez solo tenía que seguirle el rollo para no enfadarla. Dudé, luego entré, tomando la decisión inmediata de no quedarme mucho tiempo después de pasar junto a ella.

Beth olía divinamente.

Noté lavanda, tal vez un poco de vainilla y el más mínimo indicio de… joder, olía para comérsela. Un momento, ¿qué estaba pasando conmigo? Sonaba como un maldito experto en perfumes.

Por suerte, Beth reprimió mis ganas de oler la fina piel de su cuello cuando hizo un gesto hacia mi mano:

—¿Qué tienes ahí?

—Un nuevo arnés para mi amigo de cuatro patas —dije, sosteniéndolo en alto—. Se supone que son los mejores. Dado que a Houdini le gusta tirar mucho cuando ve gatos, esto te dará un mejor control cuando lo saques a pasear, en teoría. Houdini, ven.

El perro saltó del sofá y caminó hacia mí, mirando hacia arriba, con algo que parecía una sonrisa, mientras la lengua le colgaba por un lado de la boca.

Me incliné, le puse el arnés, y después dije:

—Vamos a probarlo y veremos si funciona bien.

—¿Y eso, cómo lo vas a hacer? —preguntó ella.

Enganché la correa al arnés y se la pasé a Beth mientras dije:

—Pan comido. Te lo demuestro ahora mismo. ¿Dónde guardas esas chuches que vuelven loco a Houdini?

Beth señaló hacia la cocina con un gesto de la mano y dijo:

—En la encimera, al lado de mi móvil.

—Genial. Sujeta la correa con fuerza, ¿vale?

Saqué una galleta del paquete, me puse delante del sofá y me giré. Houdini me observaba desde el otro extremo del salón:

—A ver... Voy a llamar a Houdini a ver si se acerca. Si este arnés es la bomba como dicen, al tirar de él debería girarse en vez de poder avanzar. ¿Lista?

—¿No sería mejor probarlo fuera? — Beth echó un vistazo alrededor del salón y después apuntó hacia la puerta.

—Qué va. Si está bien hecho, deberías poder manejarlo sin despeinarte. Bueno, al lío.

—No estoy muy convencida, eh —dijo Beth.

Solté un resoplido, alcé la galleta, y dije:

—No seas aguafiestas. ¡Houdini, ven aquí!

El perro se lanzó hacia mí, arrastrando a Beth en su estampida.

«*Uy, uy, uy*».

Un auténtico torbellino de pelo y patas se me venía encima. Adiós muy buenas al arnés milagroso. Esto pintaba a desastre.

Alcé las manos y dije:

—¡Quieto!

Pero ya era tarde.

Houdini saltó y me arrebató la galleta de un bocado. Beth venía justo detrás, lanzada hacia mí, con una expresión de terror absoluto en su rostro.

Extendí mis brazos para evitar que chocara con fuerza contra mí, pero fue inútil. Su impulso nos arrojó a ambos sobre el sofá que a su vez se estrelló contra la mesita, enviando la lámpara de cerámica al suelo y haciéndola añicos.

La cosa se puso mucho peor. O mucho mejor, dependiendo de a quién le preguntes. Beth ahora estaba literalmente encima de mí. Y no sólo un poquito.

Casi cada centímetro cuadrado de nuestros cuerpos se tocaba. Su cara estaba encajada en mi cuello como una ventosa, mientras su cabello me hacía cosquillas en la nariz. Éramos como tortitas humanas, lo único que faltaba era un poco de mantequilla, sirope, una guarnición de bacón y café con leche.

Beth levantó la cabeza y su rostro se frotó contra el mío, torturándome sin medida.

«*Por favor hazlo de nuevo mil veces*».

Tragué con dificultad y la miré a los ojos, ninguno de los dos abrió el pico.

Su blusa se le había subido por la espalda cuando cayó sobre mí y mis manos acabaron alrededor de su cintura, mis pulgares abarcaban desde sus oblicuos hasta sus abdominales.

—¿Estás bien? —le pregunté, disfrutando la suavidad de su piel y preguntándome si el resto de su cuerpo sería igual de suave.

Beth estaba sin aliento y dijo:

—Creo que sí.

Parecía lejos de estar bien.

De hecho, y dada la velocidad de sus latidos, estaba seguro de que ella sentía tanto dolor como yo, el dolor de querer estar más cerca, pero con la certeza de que todo cambiaría para siempre si alguno de nosotros moviera un solo músculo.

Beth me recordó a uno de esos pájaros que en ocasiones chocaba accidentalmente contra la ventana de mi cocina. Al principio, un poco aturdido por lo sucedido, luego sacudiéndose por el impacto de la colisión, para finalmente echar a volar, no sin antes dejar caer un regalito indeseado en una de mis sombrillas del patio.

La diferencia es que Beth no mostraba signos de querer levantar el vuelo.

Y, la verdad, no me importaba ni una pizca.

Lo que sí me fastidió fue tener que aguantar, otra vez, su embriagador perfume mientras su cuerpo continuaba pegado al mío. No me hizo ningún favor en lo que a mantener la calma se refiere, porque era evidente que ella se iba a dar cuenta muy pronto.

La verdad es que empezaba a sentirme un poco mareado y las ganas de echar un vistazo a sus labios eran tremendas, pero conseguí resistirme y sostenerle la mirada. La presencia de Beth alteraba todo mi ser. Removía algo que no sabía que existía y me despertaba las ganas. Ganas de más, mucho más.

Cuando Beth se olvidó de que estaba con Rocco Romano, el actor, empecé a ver su verdadera persona. Sería un mentiroso si dijera que eso no me atraía. La evidencia era irrefutable. Como un buen vino, quería que alguien me sirviera otra copa de esta mujer embriagadora, y seguir bebiendo hasta que me desmayara o muriera con una sonrisa en el rostro.

¿Qué tenía Beth que me desequilibraba tanto? Intenté ignorarla, pero era como si estuviera entretenido, fascinado, atraído y asustado, todo a la vez. Por fortuna, la hermosa ave recuperó el sentido justo a tiempo, lista para extender sus alas y volar antes de que yo hiciera algo peligroso, como intentar besarla.

Beth se levantó despacio y volvió a empujar mi pecho con sus palmas. Su blusa se abrió lo suficiente como para darme una vista tentadora. Estuve muy cerca de echar un vistazo. Por suerte, tuve la fuerza de voluntad para abstenerme.

—Te he pillado —dijo Beth.

Contra mi voluntad, se fue alejando poco a poco de mí.

—¿Qué he hecho? —dije, poniéndome de pie junto a ella.

Houdini comenzó a lamerme los dedos como un adicto al pollo frito.

—Miraste la apertura de mi blusa. —Beth se cruzó de brazos:

—Eso es incorrecto —dije, negando con la cabeza—. Técnicamente, tu blusa se abrió donde ya estaba mirando.

—¿Cuántos años tienes?, ¿doce? — Ella me miró fijamente.

—Dieciséis. La semana que viene me saco el carnet de conducir —dije con una sonrisa.

—Eres increíble, de verdad — Ella resopló y sacudió la cabeza.

—Gracias.

—No ha sido un cumplido, para tu información —me aleccionó con los ojos entrecerrados.

—No pasa nada. Yo sí tengo un cumplido para ti. ¿Lista?

—No.

—Eres una obra de arte — Sonreí.

Beth se quedó a cuadros.

Me encogí de hombros y dije:

—No es un cumplido, en realidad. Es un coqueteo, así que demándame.

Quizás debería haber omitido esa última parte. ¿Ves lo que pasa cuando intento ser espontáneo?

Beth frunció el ceño y apretó los labios con fuerza. Su silencio lo decía todo, como si tal vez ya estuviera cansada de negar la química electrizante entre nosotros. De cualquier manera, necesitaba recuperar el sentido y ponerme a trabajar. La mejor manera de hacerlo era cambiar de tema y escapar.

—Tengo que lavarme las manos —dije—. Tengo baba de perro en todas partes.

Caminé hacia el fregadero de la cocina y abrí el agua. Me puse un poco de jabón en las manos.

Beth estaba inquieta, mirándome en silencio, antes de acercarse lentamente hacia mí y dijo:

—¿Podemos olvidar lo que ha ocurrido en el sofá?

—No sé de qué estás hablando —mentí.

—Perfecto —dijo con alivio.

—¿Tienes todo lo que necesitas aquí?

—Sí, gracias por llenar el frigorífico y la despensa con comida orgánica. ¿Cómo sabes lo que prefiero?

—Solo lo mejor para mis invitados —dije, haciendo un gesto con la mano—. Y, para ser sinceros, seguro que mi agente, Oliver, ha hablado con tu hermano sobre tus gustos y le ha pasado la lista a Marcello.

—Bueno, sea como sea, gracias —dijo Beth.

—Un placer —dije mientras me secaba las manos con el paño de cocina y lo colgaba de nuevo en su sitio—. Y si necesitas algo más, ya sabes, me das un toque.

—No creo que haga falta. Has dejado este sitio petado de comida como para aguantar un asedio.

—No quiero que te desmayes de hambre o algo por el estilo. Supongo que debería ir tirando para la casa. Los guiones no se van a leer solitos.

—No tan deprisa, campeón. —Para mi sorpresa, Beth parecía tener ganas de seguir charlando.

Me crucé de brazos y dije:

—¿Qué pasa? ¿Quieres que hablemos sobre sitios chulos para casarnos? Por mi parte, algo con vistas al mar estaría de cine. Y, aunque tu comportamiento en el sofá era muy cuestionable, igual deberías poder vestirte de blanco para la boda. —No pude contener la risa.

El rostro de Beth se tiñó de un rosa encantador que le iba de fábula con su blusa morada y dijo:

—Esperaba que eso ya se te hubiera olvidado.

—Ni de coña —repliqué sonriendo—. Eso me lo llevo a la tumba. Pero, venga, ¿por qué no me puedo largar ya?

—No voy a dejarte escapar tan fácilmente —dijo—. No has cumplido una de las cláusulas de mi apéndice del contrato y ahora te toca apechugar con la multa. Responde a mi pregunta y haremos como que esto nunca pasó.

—Quizás. Dependerá de la pregunta. —Me metí los pulgares en los bolsillos.

—¿Qué se le pasa por la cabeza a un actor cuando está pensando en presentarse a un casting para un papel? Es una pregunta en general, nada personal, así que no te pongas paranoico creyendo que busco sacarte información jugosa para venderla a los paparazzi.

La pregunta me pilló desprevenido. No me esperaba que a ella le interesara lo más mínimo mi vida y cómo me las apañaba para ganarme las habichuelas.

—Vale, acepto el trato —dije, aún sorprendido de que quisiera hablar conmigo—. La mayoría de los actores lo único que quieren es currar. La mayor parte del tiempo se agarran a lo que pueden. El sueño dorado de cualquiera en Hollywood es poder vivir del cuento, currando a jornada completa en dos o tres proyectos clave y ganando lo suficiente como para no tener que preocuparse el resto de su vida. Pero eso sí, la competencia es brutal. Imagínate a tu agente mandando la foto de tu cara y tu currículum para un papel principal en una peli mientras que hay miles de tíos buscando lo mismo.

—Las probabilidades no están a tu favor —dijo Beth.

—Ni por asomo. Por suerte, gracias al pelotazo de la trilogía, tengo el lujo de escoger en qué quiero meterme ahora. Y, sinceramente, me apetece algo divertido que me llene y que, de paso, entretenga al personal.

—¿Algo tipo Capitán Clapton? ¿Eso te llena? —Beth me miró de arriba abajo por un instante

Apoyé la espalda contra la puerta. Me metí las manos en los bolsillos y dije:

—La primera película fue emocionante. Era nueva, mi gran oportunidad. Incluso me encantó la historia de un superhéroe que intenta mejo rar el mundo. Sí, tuve que quitarme la camisa varias veces, cosa que consideré innecesaria, pero hubo muchos más aspectos positivos que negativos en la trilogía.

—Parece que la segunda y la tercera parte de la serie no fueron tan divertidas como la primera —dijo Beth.

—Filmar la segunda película fue divertido, pero para la tercera, admito que me hubiera gustado algo diferente, algo más ligero. No me malinterpretes, me encantó que hiciéramos historia con las ventas de taquilla y el hecho de que millones de personas disfrutaran las películas. Tú no, pero no todo el mundo tiene buen gusto.

—Afróntalo —dijo—. No se puede complacer a todo el mundo.

—Ya lo sé —dije—. Obviamente, al ser chef lo sabrías mejor que nadie. No importa lo bien que prepares un plato o lo delicioso que esté, siempre habrá un quisquilloso al que, por cualquier motivo, no le guste tu comida o la forma en que esté preparada, ¿verdad?

Algo cambió en los ojos de Beth. Se tocó el interior de la mejilla con la lengua y luego

deslizó la mandíbula hacia adelante y hacia atrás, derecha, izquierda, derecha, izquierda, como el péndulo de mi antiguo reloj de pie.

Toqué un tema sensible de verdad. Fue incluso más fuerte que la reacción que tuvo cuando Gwen y yo estábamos hablando con ella sobre ser chef. Quizás su carrera en la cocina no fue una experiencia muy positiva. Su lenguaje corporal ciertamente parecía indicarlo.

—La gente puede ser quisquillosa con la comida, de eso no hay duda —agregué, preguntándome si eso la incitaría a decir algo sobre el tema o la haría sentir mejor.

Beth parecía querer decir algo, pero luego cambió de opinión.

Sabía que el negocio de los restaurantes era agotador, con largas horas de trabajo y dolor en los pies. Quizás por eso ya no era chef y quería expandirse por su cuenta para crear su propia línea de comida. La admiraba por eso, por hacer un cambio para mejor, en lugar de seguir con algo que no la satisfacía. Qué coincidencia, yo estaba exactamente en el mismo camino, buscando algo más satisfactorio.

Lástima que Beth todavía se aferrara a la negatividad de esos clientes desagradecidos del pasado. Ella tenía que dejarlo ir, pero no estaba seguro de que fuera mi responsabilidad darle ese consejo, a pesar de que era tentador.

—Sí, definitivamente he tenido mi cuota de clientes groseros que pensaban que sabían preparar mi plato mejor que yo —dijo—. Y otros que querían hacer cambios o sustituciones ridículas cuando el menú decía muy claro que no estaban permitidos. Siempre se espera que las personas que no están satisfechas con algo sean educadas y respetuosas al respecto. Por desgracia, ese no es siempre el caso.

Definitivamente había una historia ahí, pero ¿por qué me estaba mirando fijamente como si fuera culpa mía? Entendía que fuera un tema delicado para ella, aun así, no había ninguna razón para pagarla conmigo.

Asentí, simpatizando con ella y por lo que le había pasado.

—La gente puede ser cruel. No creo que se den cuenta de lo mucho que conlleva preparar una comida gourmet. —Señalé algunas de las cosas que tenía en el mostrador de la cocina: una botella de vino blanco, una bolsa de harina orgánica para múltiples usos, dos limones, pasta de cabello de ángel y alcaparras italianas—. Cualquiera puede juntar todos estos ingredientes, pero puede resultar completamente diferente dependiendo de quién lo prepare. Lo que tú haces es una forma de arte, de verdad.

Estaba tratando de hacerla sentir mejor, pero el estado de Beth no cambió en absoluto. Cuando no tenía una expresión aturdida en su rostro, parecía como si quisiera estrangular a alguien. Esperaba, por mi bien, que ese alguien no fuera yo.

Cogí el tarro de alcaparras y lo inspeccioné, con la esperanza de distraerla dije:

—¿Qué hay en el menú? Algo sabroso, me imagino.

—Piccata de pollo —dijo con los dientes apretados. —No es algo que espero que aprecies.

Era evidente que arrastraba ciertos fantasmas de su pasado, pero ¿qué tenía yo que ver con eso? Actuaba como si yo fuera el origen de sus males.

—¿A qué viene eso? —pregunté, volviendo a dejar el tarro de alcaparras sobre la encimera.

—Tú y yo sabemos bien que eres más de pollo cocido a secas—dijo, soltando un bufido y cruzándose de brazos—. Puedo simplemente dejarlo caer en una olla con agua hirviendo hasta que se convierta en goma, luego puedes comértelo con algunas verduras aburridas e insípidas en lugar de pasta. Como un salvaje.

Me sentí completamente perdido. Era como si de repente me hubieran trasladado a otra escena sin avisar, sin guion que seguir. ¿Estaba siendo irónica? De ser así, tenía una cara de

póker impresionante, porque no había manera de discernirlo. Pero había algo en su tono que me hacía pensar que iba en serio.

Beth se aclaró la garganta y dijo:

—Deberías ponerte al lío. Gracias por pasarte.

—Bueno, ya sabes, justo estaba por la zona —dije, intentando soltar una risa forzada.

No le hizo ni pizca de gracia. Beth solo me lanzó una mirada que lo decía todo. Mensaje captado. No quería verme ni en pintura. No tenía ni idea de en qué había metido la pata, pero ya tocaba pirarme antes de que decidiera hacerme picadillo para la sopa.

—Vale, pues... —Me acerqué a Houdini, me agaché y le planté un beso en la cabeza—. Sé un buen chico, ¿vale? —Me giré hacia Beth—. Nos vemos luego.

Ella asintió, sin soltar prenda.

De vuelta en la casa principal, me pregunté qué diablos le había pasado a Beth. Nuestra química era de otro planeta en el sofá y, de buenas a primeras, se había vuelto más fría que un témpano.

¿Creería que me estaba auto invitando a cenar con ella? ¿O que esperaba que se metiera en la cocina para mí? No era eso para nada.

A ver, la piccata de pollo me chifla, con su limón, alcaparras, mantequilla, especias, hierbas y perejil fresco. La he comido mil veces y casi podría jurar, por el aroma que salía de la cocina, la que Beth había preparado estaba de rechupete.

¿Por qué podría pensar que no me gustaba en absoluto? Solo la pedí así una vez en el Santo Domingo Grill. ¿Sería posible que Beth fuera la chef de ese restaurante?

Lo recordaba como si fuera ayer, porque fue una experiencia para olvidar. El chef se puso farruco y no quería cambiar ni una coma del pedido que hice para llevar, no importa cuántas veces lo mandara de vuelta a la cocina. Era piccata de pollo. Al final, conseguí lo que quería, pero tuve que llegar al extremo de pedir hablar con el gerente. Le expliqué por qué era tan importante que el plato se hiciera de una manera tan concreta. Por suerte, al final accedió.

Eché un vistazo a la casa de invitados.

Si Beth había sido la chef aquella noche, eso lo explicaba todo, no solo por qué se enfadó tanto cuando mencioné la piccata de pollo, sino también su actitud conmigo desde la primera vez que cruzamos palabra por teléfono. Todo encajaba, pero necesitaba confirmar mis sospechas.

Una cosa era segura: necesitaba asegurarme de que hubiera testigos cerca cuando Beth y yo charlásemos, por si la cosa se ponía fea y ella intentaba arrancarme la cabeza con sus propias manos.

Capítulo Once

BETH

—No me juzgues —le dije a Houdini mientras abría todas las ventanas de la casa de invitados. Estaba preparando la piccata de pollo y quería que el olor viajara hacia la casa principal para torturar a Rocco, ya que no le gustaba—. Tu padre necesita una pequeña venganza por sus transgresiones, eso es todo.

Houdini me lanzó una mirada desde su trono improvisado en el suelo de la cocina, como si estuviese al cien por cien con el plan.

No había visto a Rocco en todo el día, lo cual fue bueno, ya que me dio tiempo para concentrarme en una nueva receta de galletas de calabaza para perros que había estado tratando de perfeccionar. Después de sacar del horno un par de tandas y dejarlas enfriar en las rejillas, me puse con la piccata de pollo, cruzando los dedos para tenerla en su punto justo cuando Rocco viniera a buscar a Houdini. Estaba que no cabía en mí de las ganas por verle la cara de pocos amigos al descubrir la sorpresita que le había preparado.

Me dio un poco de rabia conmigo misma por haber perdido la calma esta mañana, pero es que ya no podía más, por más que intentara contenerme. Cuanto más hablábamos de ser chef, más me irritaba, pero fue la piccata de pollo lo que me llevó al límite.

Vale, a lo mejor mi ego se sintió un poco magullado cuando se negó a comer el plato tal y como se servía en el restaurante, pero lo que realmente me sacó de quicio fue que se creyese que por ser quien era tenía carta libre para hacer lo que le viniera en gana, ignorando olímpicamente que en el menú ponía bien claro que no se hacían cambios ni sustituciones. El tío claramente no pensaba que las normas fuesen para él, especialmente las que yo estipulé en el apéndice del contrato, con ese flirteo tan descarado. Hasta se atrevió a reconocerlo abiertamente, cosa que, para qué negarlo, me dejó a cuadros y, por qué no decirlo, hasta me subió un poco el color y la temperatura.

Y para colmo va y salta con que yo estaba colada por él. Aunque la verdad es que un poco sí que podría estarlo, o bastante, considerando su encanto y su atractivo, especialmente cuando me vi encima de él. Me tenía tan embobada con su proximidad y su aroma que llegué a plantearme la idea de acampar ahí mismo, sobre su pecho, y no moverme en uno o dos años. Claro, al final caí en la cuenta de lo absurdo del plan, más que nada porque, en algún momento, tendría que hacer una pausa para ir al baño.

Sacando el pollo ya en su punto de la sartén, lo coloqué sobre la pasta que esperaba en el plato y la bañé de salsa. Mi plato estrella se veía perfecto, como siempre. El momento también fue acertado. Rocco salió de la casa,dirigiéndose hacia la casa de invitados.

—Ya empieza el espectáculo —murmuré con regocijo.

Quizás mi comportamiento era un poco infantil, pero alguien necesitaba poner a Rocco en su

lugar por no considerar los sentimientos de los demás.

Houdini soltó un ladrido al oír el toque en la puerta.

—Tranquilo —le respondió Rocco desde fuera.

—Pasa —grité, quitándome el delantal y dejando la cena lista en la mesa.

Rocco entró y se agachó a saludar a su perro y rascarle el cuello.

Houdini estaba que se salía de contento.

—Ya, ya —dijo Rocco—. Yo también te eché de menos —Se puso de pie de repente, el radar en la nariz de Rocco apuntó su mirada hacia la mesa de la cocina donde yo había colocado la comida —Algo huele rico por aquí. Perdona, no quería interrumpir tu cena. Qué inoportuno.

—No, hombre, por favor, la que lo siente soy yo —le seguí el rollo, siguiendo su mirada—. Debería haber esperado a que estuvieras con Houdini antes de ponerme con la cena.

—¡Qué va! Este es tu lugar —respondió Rocco—. Puedes comer cuando quieras.

—Pues, qué lástima que no te guste la piccata de pollo o te invitaría a acompañarme. —Señalé la comida, conteniendo una carcajada.

Este era el momento en que él soltaría alguna excusita de esas de andar por casa, tipo que si la salsa le parecía demasiado ácida para su delicado paladar. O que tal vez estaba tratando de reducir el consumo de mantequilla y pasta para mantener esos ridículos abdominales con los que había soñado anoche como la patético tonta que soy.

Rocco miró la cena y luego a mí. Después esbozó una de sus sonrisas y dijo:

—Pues me apunto a esa cena contigo. —Estaba seguro de haberlo oído mal, pero entonces Rocco se acercó a la mesa, se sentó y se frotó las manos—. Huele fantástico y seguro que sabe aún mejor. Gracias.

—¿De veras? —dije, caminando hacia la mesa. —Sabes que es piccata de pollo, ¿verdad?

—¡Claro que sí! —exclamó con el entusiasmo y espontaneidad desmedidos propios de un niño—. ¿Por qué crees que me he plantado aquí tan rápido? —Se rió y luego inhaló profundamente—. Por Dios, huele divino. Gracias de nuevo por invitarme.

—Por supuesto… —Forcé una sonrisa.

Nada de esto tenía pies ni cabeza. ¿Qué hacía aquí si detestaba el plato? Mi plan de hacerle pasar un mal rato se iba al garete. Arrastrando los pies hasta la cocina, cogí otro plato, cubiertos y volví a la mesa para colocárselos delante.

—Muchísimas gracias. Qué amable. —Él volvió a sonreír ampliamente.

¿Iba a comérselo solo por llevarme la contraria? ¡Tenía que ser eso! Rocco sabía que estaba mosca con él e iba a fingir que le encantaba mi comida solo para intentar apaciguar los ánimos.

«*Sí, claro, mucha suerte con eso*».

Si a un niño no le gusta el brócoli y lo fuerzas a comerlo, no podrá disimular el asco en su cara. Rocco podría ser un actor de primera, pero... ¿De veras me lo había creído? De todos modos, lo sabría en cuanto diera el primer bocado. Y yo no me iba a quedar callada.

—¿Te apetece un poco de vino con la cena? —Cogí una botella de Archimedes Cabernet Sauvignon del 2017 de la bodega de Francis Ford Coppola y la alcé.

—Por supuesto. Ya sabes que aquí hay vino para parar un tren —comentó Rocco, recordándome que Marcello había surtido la casa de invitados con botellas de su bodega privada.

—Por favor, empieza a comer. —Le señalé la comida y serví a Rocco una copa.

—Muchísimas gracias —dijo de nuevo, mientras llenaba su plato con pollo y pasta. Pareció dudar un momento antes de añadir un poco más de pasta—. Espero que no te moleste que me ponga un poco más. Esto tiene una pinta estupenda.

Podría jugarme hasta el último céntimo a que estaría vigilándolo como un halcón por si se le

ocurría hacer el paripé de escupir la comida en la servilleta.

Comimos en silencio, bueno, al menos yo lo hice. Los gemidos continuos que procedían del actor que tenía enfrente empezaban a sonar sospechosamente obscenos. Con cada bocado, mi irritación crecía, esperando que pusiera cara de asco, pero esa cara nunca apareció.

¡Y luego tuvo la cara dura de ir a servirse aún más!

Al final, solté el tenedor y me limpié con la servilleta, mirándolo fijamente.

Rocco se dio cuenta y se quedó congelado a medio servirse, con un poco de pasta de cabello de ángel colgando del borde del cucharón. Después devolvió la pasta a la fuente.

—La comida está hecha para disfrutarla, hombre —. Señalé el plato, sin saber muy bien qué más decirle al que devoraba mi comida como si no hubiera un mañana.

—Eso esperaba que dijeras. —Rocco soltó una sonrisa y se sirvió la pasta y a continuación se aventuró a añadir otra pechuga de pollo, interpretando mi señal como un semáforo en verde—. Por la expresión de tu cara, no estaba seguro de si era mosqueo o simplemente cansancio. —Sin decir más, se metió otro trocito de pechuga en la boca, soltando un gemido mientras masticaba, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación.

Sí, estaba mosqueada, pero no iba a sacar el tema. Lo último que quería era montar un pollo con Rocco y que me echara a patadas. Solo tenía que acabar de comer y largarse antes de que soltara algo de lo que luego me pudiera arrepentir.

Rocco se cruzó de brazos y me echó una mirada de esas que intentan leer hasta el alma, acercándose más de lo que yo hubiera querido.

—¿Qué? —dije.

—Si tienes algo que te ronda la cabeza y te está recomiendo por dentro, aquí me tienes para echarte un cable. Soy todo oídos.

Le eché un vistazo a sus orejas.

«*Qué monas*».

Y ahí estaba yo, siendo ridícula otra vez, porque no debería haberme distraído con sus orejas cuando estaba que echaba chispas con él. Es que estaba muy, pero que muy cabreada.

—¿Un chef no debe ponerse contento cuando a alguien le flipa su comida? —añadió Rocco, atacando el pollo y la pasta como un salvaje—. Pensé que ese era el mayor piropo que podías recibir. No entiendo esa cara de pocos amigos que gastas.

—¡Y yo no entiendo cómo no te gustó la piccata de pollo en Santo Domingo Grill cuando esta es la misma receta! —exploté, señalando con el dedo acusador hacia la comida en la mesa.

«¡*Mierda!*»

Demasiado tarde para echarme atrás. Mi boca me había jugado una mala pasada otra vez. Cerré los ojos y sacudí la cabeza, esperando conectar de alguna forma con el restaurante y la dichosa piccata de pollo. Sabía que no tardaría en arrepentirme.

—¿Santo Domingo Grill? —dijo él, pasándose una mano por el pelo. Por supuesto que no se había enterado de nada.

Debería haber imaginado que no se acordaría. Un día más en la vida de Rocco Romano, pasándose por el arco del triunfo a todo el que se cruza en su camino, sin pararse a pensar en las consecuencias de sus actos.

Dudé un momento y dije:

—Da igual. No espero que lo recuerdes.

—El diez de julio, hace tres años —soltó Rocco con una naturalidad pasmosa.

—Sí…eso es. —Me quedé mirándolo boquiabierta—. ¿Cómo has sacado esa fecha de la nada? —Yo la recordaba perfectamente porque no me iba a olvidar del único día que me habían

echado de un trabajo.

Rocco dejó el tenedor, se inclinó hacia adelante en su silla. Me apuntó con el dedo y dijo:

—¡Sabía que eras tú! ¡La chef que me tocó las narices en el restaurante esa noche!

—¿Yo? —Lancé la cabeza hacia atrás y me di un golpecito en el pecho con el dedo—. ¡Pero si has sido tú el que se pasó tres pueblos! Nunca en mi vida me había cruzado con un cliente tan maleducado.

—¿Maleducado? —replicó él.

—¡Sí! Exigiendo que prepare esa comida a tu gusto. Y luego tuviste la cara de quejarte a mi jefe como un crío.

—Estás muy equivocada, señorita —protestó Rocco.

—Vaya, la estrellita de cine no consiguió lo que quería y tuvo que echar mano de su fama para salirse con la suya.

Rocco estaba a punto de dar un sorbo a su vino, pero se paró. Después dejó el vaso en la mesa y preguntó:

—¿En serio piensas eso?

—Totalmente. —Asentí—. ¿Qué hiciste? ¿Le ofreciste al gerente un pase vip por los estudios a cambio de echarme? No, espera, seguro que se paseó contigo por la alfombra roja en la entrega de los Oscars, ¿a que sí? A menos que le hayas pagado en metálico.

—¿Te echaron por eso? —Rocco me miró fijamente.

—Claro, como si no lo supieras. —Me eché a reír con sarcasmo. Cogí mi copa de vino y le pegué un trago que casi me dejó sin aire.

—¡Qué va! ¿Cómo iba yo a saber algo así? —exclamó con una expresión seria que no había visto antes en él.

Rocco sacudió la cabeza, visiblemente frustrado, y se acabó lo que quedaba en su copa de un tirón. Se acercó para servirse más vino, pero justo en ese momento fui a coger la botella y chocamos. Ambos retiramos las manos al mismo tiempo.

Rocco señaló la botella y dijo:

—Anda.

—No, por favor, tú primero. —Negué con la cabeza.

—Las damas primero.

—Primero las estrellitas consentidas.

—No tienes ni idea. —Rocco soltó un suspiro y cogió la botella. Me llenó el vaso hasta el borde—. A lo mejor así vuelves en ti.

Decidí que no merecía la pena contestar a eso. Rocco se sirvió un poco de vino y dejó la botella en la mesa. Nos bebimos el vino a la vez, cruzando miradas. Luego, volvimos a dejar las copas sobre la mesa, al unísono.

¿Por qué parecía él el molesto?

Si alguien tenía motivos para estar cabreada aquí, esa era yo.

—Fue una putada que te despidieran —dijo por fin Rocco—. Debería comprar ese restaurante solo para tener el gusto de echar al gerente. No era mi intención ser un coñazo ese día, de verdad. Pensaba que igual te saltarías un poco las normas al saber por qué necesitaba la comida de esa manera tan especial.

Lo miré sin entender nada, preguntándome a qué diablos se refería.

—Un momento. —Rocco me observó con detenimiento—. ¿El gerente no te contó el motivo?

—No. —Negué con la cabeza—. Me ordenó hacerlo y después me echó cuando decidí no

cumplir la orden.

—Vaya gilipollas —murmuró Rocco, llevándose la mano a la frente—. Esa comida era para mi perra, Trixie, su última cena.

—¿Murió? —Me llevé la mano al pecho, conmocionada.

—¿Qué? ¡No, no, eso habría sido un dramón! —exclamó Rocco—. La estaba cuidando mientras estaba entre rodajes. Fue la última comida de Trixie conmigo antes de llevarla a su nuevo hogar con una familia encantadora. La verdad es que no me esperaba encariñarme tanto con ella en tan poco tiempo.

Me había hecho una imagen de Rocco como un niñato consentido.

Qué equivocada estaba.

¡La comida no era para él, sino para una perra!

Una vez más Rocco me había sorprendido.

—¿Estuviste cuidando a una perra? —pregunté.

—Sí, Marcello me lió —dijo Rocco—. Me dijo que el refugio estaba a tope y que me vendría bien para distraerme después de romper con Kate. Era un momento perfecto porque tenía un descanso entre películas. Y me hacía ilusión de verdad. Quería que Trixie tuviera una despedida especial, pero había pocas opciones porque seguía una dieta estricta. Así que, pollo y verduras cocidas sin más eran lo suyo, le chiflaban. También le compré una caja de juguetes para morder y una camita nueva para que se la llevara. Una tontería, ya lo sé, pero era mi manera de agradecerle el tiempo que pasamos juntos.

Eso era lo más tierno que había oído nunca.

Intenté contener las lágrimas, pero fue en vano. Empecé con un suspiro y un momento después ya estaba llorando. Todo este tiempo había estado enfadada con Rocco, sin conocer toda la historia. Menuda pérdida de tiempo y energía por mi parte.

Me sentí fatal por cómo había tratado a Rocco, por haberlo prejuzgado, por creerme que era el peor típo del mundo. La ironía del asunto es que estaba resultando ser uno de los hombres más majos, auténticos y carismáticos que había conocido. Y eso me daba aún más ganas de llorar.

Me levanté y me di la vuelta, intentando que Rocco no me pillara en pleno mogollón. Hice como que ordenaba cosas en el mostrador. El ruido de su silla alejándose de la mesa me hizo pegar un bote. Notaba su presencia, estaba justo detrás de mí.

—¿Estás bien? —preguntó Rocco con una voz tan suave que, de no ser por el mar de emociones en el que nadaba, me habría parecido súper sexy.

Opté por asentir sin girarme.

—Déjame ver tu cara —insistió.

Me negué con la cabeza mientras una lágrima traicionera rodaba mejilla abajo. Quizás debería hacer una escapada al baño antes de…

Demasiado tarde.

—Eso no tiene buena pinta. —Rocco se plantó delante de mí y me regañó con el dedo—. Aquí no está permitido.

—¿Qué no se permite? —Mis palabras apenas eran un susurro.

—Eso. —Señaló hacia mi cara—. Llorar está terminantemente prohibido. Está en el contrato, ¿no lo leíste?

—Venga ya, eso no está en ningún contrato y lo sabes. —Me sequé las lágrimas e inevitablemente, una sonrisa se me escapó ante su intento de tomarme el pelo con lo del contrato.

—Pues debería estarlo —replicó, ofreciéndome una servilleta limpia que había cogido de la mesa—. Toma.

—Gracias —dije, aún sonriendo.

—Y a todo esto, ¿por qué lloras? —preguntó Rocco—. Trixie está contenta y sana, eso es lo que cuenta, y puedo verla cuando quiera porque no vive lejos de aquí.

—Lo siento muchísimo. Por favor, perdóname. —No sé qué me pasó en ese momento, pero me lancé hacia él y lo abracé con todas mis fuerzas.

Él se quedó paralizado, sin abrazarme, sin mover un solo músculo. Yo solo quería que me correspondiera en el abrazo, como si no pudiera resistirse.

Nada.

Estaba a punto de soltarlo cuando me rodeó con sus brazos, acercándome aún más a él. —No tienes qué pedir perdón. El que lo siente soy yo.

Si dijera que no era una maravilla estar entre sus brazos, estaría mintiendo. Y el aroma de este hombre casi me hacía perder el norte. Finalmente, me aparté cuando empecé a recordar nuestro pequeño incidente en el sofá y lo mucho que me gustó.

—Perdona por ponerme tan sentimental —dije—. No sé qué me ha pasado.

—Te prefería cuando estabas de mala uva —bromeó Rocco—. Así que, si puedes volver a eso, te lo agradecería un montón.

—Ya no tengo motivos para estar de mala leche. —Solté una risa.

—Claro que los tienes. Sigo siendo el motivo de que te echaran, aunque no quería que pasase. Lo siento de veras.

Su disculpa sincera me llegó al alma y las lágrimas empezaron a aflorar, aunque más despacio esta vez.

—La razón de que me echaran fue porque el jefe del restaurante era un capullo —dije—. Siempre decía que no se hacían excepciones con las normas de no cambios ni sustituciones. Luego me criticó por no haber hecho una excepción contigo y me despidió sin explicarme nada.

—Si hubiera sabido que iba a causar un desastre tan grande, me habría parado en El Pollo Loco de camino a casa para así evitarte el mal rato y tu despido.

—Claro, Rocco Romano pasando por un restaurante de comida rápida en su Maserati. —Bufé y me sequé los ojos otra vez.

—Bueno, en aquel entonces no tenía el Maserati, pero podría haber sido el coche de Mr. Bean.

—Tampoco me imagino eso —dije.

—Nunca se sabe, la vida está llena de sorpresas. —Rocco sonrió—. En fin, ¿está todo aclarado?

—Sí, todo aclarado. —Asentí y nos miramos—. Me alegro de que lo hayamos hablado.

—Sí... yo también —dijo Rocco—. Y voy a compensarte por lo que perdiste entre trabajos. Dime cuánto fue y te lo doblo, te haré un cheque.

—Vamos, que no es para tanto —le corté en seco—. Tenía que pasar así.

—¿Y eso cómo lo sabes? —Inclinó la cabeza, confundido.

—A veces lo que más nos fastidia en la vida es justo lo que necesitamos para seguir otro camino hacia nuestro destino. —Me encogí de hombros.

—¿De verdad piensas eso? —preguntó Rocco.

—Sin duda. Me echaron por no querer hacerte el plato, pero si hubiese sabido la razón por la que querías que lo preparase de esa manera especial, te lo habría hecho, y me habrían echado de todas formas. Al final, parece que tenía que perder el curro ese día por algo. Quizás para animarme a montar algo por mi cuenta.

—Vaya perspectiva más curiosa. —Rocco asintió—. Bueno, ya que todo parece estar

conectado, supongo que era cosa del destino que acabaras cuidando de mi perro y te quedaras en mi casa de invitados.

—Efectivamente —respondí.

—Teníamos que cruzarnos. —Rocco me lanzó una sonrisa.

—Para que por fin pudiera conocer a Douglas, evidentemente —bromeé.

—Claro, porque estabas deseando conocer a un empleado del zoológico que no para de hablar de excrementos todo el día. —Se echó a reír.

—Mejor eso que un actor de cine con aires de grandeza —contesté.

—Vamos a ver, que no estoy tan subido. —Rocco se cruzó de brazos, imitándome.

—Vaya, algo de autenticidad por fin. —Solté una carcajada y negué con la cabeza.

Rocco miró por encima de mi hombro y dijo:

—A diferencia de ti, que has estado escondiéndome cosas. ¿Qué tenemos aquí? —Rodeó la isla hasta llegar a las galletas para perros que había en las rejillas de enfriamiento, mirándolas como si le tentara la idea de robar una para probarla—. Que sepas que me vuelven loco las galletas.

Por suerte para él, no soy tan mala persona y le dije:

—Gracias por compartirlo, pero esas no son para ti.

—Eso no me parece justo. Usas mi cocina y luego no me dejas catar lo que haces —se quejó Rocco—. ¿Qué temes? ¿Que no me gusten?

—Estoy casi segura de que no te van a molar. —Me reí, sintiéndome medio tentada de dejarle probar una.

Rocco siguió intentándolo como un hombre testarudo y dijo:

—Sabes que tienen catadores profesionales a quienes se les paga por probarlas. Por suerte para ti, lo haré gratis.

—En serio, no te gustarán —dije, señalando la mesa—. ¿Podemos volver allí y terminar la cena?

—En algunos países la gente come el postre antes del plato principal. —Rocco cogió una de las galletas para perros—. Tal vez podamos comenzar una nueva tendencia y comer postre en medio de la cena.

—No te rindes. —Me reí.

—Cuando veo algo que me gusta, lo tomo —dijo Rocco—. No hay nada malo en eso.

¿Estaba hablando de las galletas para perros?

Antes de que pudiera detenerlo, se metió una entera en la boca.

Dios mío.

Ahora no podía hacer nada más que mirar y tratar de no reírme.

La sonrisa de Rocco se desvaneció lentamente, luego su masticación se hizo más lenta, probablemente cuando se dio cuenta de que no sabían nada de galletas. Siguió masticando y masticando y masticando, hasta que finalmente tragó con gran esfuerzo, poniendo la cara que yo había esperado que pusiera al probar mi plato estrella hacía un rato

—¿Bien? —dije, haciendo lo imposible para contener la risa. —¿Qué opinas?

Él asintió, sacando algunos restos de la galleta de sus dientes con la lengua y tragándoselos de nuevo.

—¿Rocco? —dije.

—Tengo que decir que nunca he probado algo así en toda mi vida —dijo—. Bastante única.

—¿Única? Eso no suena como un cumplido —dije, exagerando para ver cómo reaccionaría —. No te gustan.

—No he dicho eso —dijo Rocco—. Por favor, no empieces a llorar de nuevo.

—Tu cara lo dice todo. —Le señalé.

—Vale, ya verás —Rocco bufó y cogió otra galleta del estante.

—¡Ni se te ocurra! —Alcé la mano.

Pero ya era demasiado tarde.

Rocco se la metió en la boca y repitió el proceso como un masoquista, masticando durante una eternidad, antes de tragársela con asco.

—¿Y esta vez, qué? —pregunté.

—Te lo digo —Siguió con la sonrisa más falsa que jamás había visto en mi vida—. Es una delicia inolvidable. Mmm.

—Eres el peor actor del mundo —dije, riéndome—. ¿Cómo eres capaz de conseguir audiciones?

—Sigo preguntándome la misma cosa cada día —dijo Rocco, acercándose a la mesa y tomando un gran trago. Tomó un segundo sorbo, esta vez haciendo gárgaras con el vino antes de tragárselo.

No pude evitar reírme aún más.

—No está mal —dijo—. No lo disfruté tanto como la piccata de pollo. En realidad, no lo disfruté para nada. Lo siento, creo que deberías trabajar un poco más en esa receta.

—Te advertí que no lo comieras porque no era para ti —le dije.

—¿Qué diablos era ese sabor tan extraño?

—Carne asada. —Sonreí.

—Obviamente has perdido la cabeza —dijo Rocco—. Nadie comerá jamás galletas de carne asada.

—No estoy de acuerdo contigo —dije. —Busqué la galleta más grande de todas y me volví hacia el fiel compañero de Rocco que estaba descansando debajo de la mesa—. Houdini, ven.

El perro se puso de pie de un salto y corrió hacia mí, sentándose a centímetros de mis dedos.

—¿Cuánto es uno más uno? —pregunté.

Houdini ladró dos veces.

—¡Muy bien! —. Me reí y le entregué una galleta.

Houdini la devoró.

—Por favor, no me digas que comí galletas para perros con sabor a carne asada. —Rocco parpadeó repetidamente.

—No hay problema. No diré nada. —Me reí.

Rocco quedó estupefacto y gritó:

—¡No puedo creer que me dejaras comer esa cosa! —Se acercó a mí, como si fuera a vengarse de mí.

Corrí hacia el otro lado de la mesa y tiré de una de las sillas, arrastrándola para bloquear su camino mientras me reía histéricamente.

—¡Traté de decírtelo, pero no me escuchaste! —dije.

—¡Pensé que eran galletas! —replicó Rocco.

—Lo son. Galletas para perros. Y no te preocupes, no contienen nada dañino para los humanos. Todo es natural.

—Naturalmente repugnante. —Rocco negó con la cabeza, con una expresión divertida en su rostro—. ¿Son estas las delicias que te pedí que compraras?

Asentí, sintiéndome ahora lo suficientemente cómoda como para contarle mi plan:

—Básicamente, sí, pero es una receta diferente. También quería ver si les gustaría a los

perros al ser redondas como muchas galletas humanas, ya que casi todas las empresas las fabrican con forma de huesos. Quizás haga ambas cosas, todavía no estoy segura. De cualquier manera, me dedicaré al negocio de las galletas para perros.

—Tengo que decir que estoy impresionado —dijo Rocco—. A juzgar por la forma en que Houdini las devora, tengo la sensación de que te irá muy bien.

—Gracias, esa es mi esperanza, aunque estoy un poco decepcionada de que no te hayan gustado.

—Creo que todavía tengo algo metido entre los dientes. —Rocco hizo una mueca. Cogió su copa de vino y tomó otro sorbo largo, agitándolo en su boca y haciendo gárgaras una vez más y al estómago.

—¿Mejor? —dije.

—Mucho mejor. —Él asintió.

—Me alegro. —Me reí.

—Si no te importa, me gustaría continuar con esta fabulosa cena —dijo Rocco—. ¿Te importaría unirte a mí?

—Por supuesto —dije.

—Conozco a la chef y es absolutamente increíble —dijo Rocco—. Es a la vez un hecho y un coqueteo.

—Eres incorregible. Tal vez sea mejor tirar mi apéndice del contrato por la ventana.

—Finalmente estamos de acuerdo en algo. —Rocco se rió entre dientes y se sentó frente a mí en la mesa, levantando su copa de vino en el aire—. Para hacer las cosas bien.

Unimos nuestras copas.

—Chin chin —dije.

Tomando un sorbo de mi vino, no pude evitar notar lo relajada que me sentía, como si me hubieran quitado un peso de encima. En lugar de querer deshacerme de Rocco o matarlo, estaba deseando pasar más tiempo con él, ansiosa por aprender todo sobre él, cosas que no fueran de conocimiento público.

Todo lo que sabía hasta ese momento me llevaba a una pregunta que no podía quitarme de la cabeza: ¿Cómo es posible que estuviera soltero? Y, aunque sonara a película de otra galaxia, no podía evitar darle vueltas a la idea, por remota que fuera, de que alguien como él, un auténtico crack del cine, pudiera fijarse en alguien tan del montón como yo.

Sí, seguía trabajando para él, pero casi podría jurar que algo había cambiado entre nosotros. Como si, después de aclarar las cosas, se hubiera abierto la puerta a algo más. Aunque bien podría ser producto de mi imaginación.

Era evidente que había atracción mutua, eso no se podía negar. Pero lo nuestro trascendía la mera química física. Era casi como si el universo se hubiese confabulado para unirnos, a pesar de que nos esforzáramos en aferrarnos a cualquier cosa que pudiera alejarnos el uno del otro.

A veces, simplemente hay que dejar que las cosas fluyan y se coloquen donde les corresponde. ¿Sería capaz de no darle demasiadas vueltas al tema y simplemente dejar que ocurra lo que tenga que ocurrir?

Rocco y yo cenamos en silencio, intercambiando miradas y sonrisas ocasionalmente, probablemente preguntándonos lo mismo.

¿Qué nos deparará el futuro?

Capítulo Doce

BETH

El toque tan temprano en mi puerta de la casa de invitados me arrancó de uno de esos sueños de los que uno no quiere salir. Me incorporé en la cama, apoyándome en los codos, y me quedé escuchando.

Eché un vistazo al reloj.

Las 6:00 de la mañana. Casi estaba amaneciendo.

Rocco no tenía previsto traer a Houdini hasta dentro de un par de horas, así que, o me lo había imaginado todo, o había un pájaro carpintero en plena acción.

Menuda manera de despertarme.

Estaba en ensueño, a punto de tirarme encima de Rocco, pero esta vez iba con toda la intención del mundo. Dejé caer la cabeza sobre la almohada, solté un bostezo que casi me disloca la mandíbula, y cerré los ojos de nuevo. Con un poco de suerte, podría continuar con el sueño donde lo dejé.

—¿Beth? —dijo una voz sexy desde afuera.

Y otro toque en la puerta.

Abrí los ojos otra vez.

El tal pájaro carpintero resultó ser Rocco.

Todavía con el cerebro a medio arrancar, salté de la cama y me dirigí a la puerta, frotándome los ojos y bostezando de nuevo, antes de abrirla.

Rocco vestía una camiseta negra, pantalones cortos Nike negros que marcaban unos cuádriceps de infarto, a juego con con tenis y calcetines negros. Llevaba el pelo hecho un desastre y la cara le brillaba, como si viniera de correr un maratón.

Houdini estaba a su lado, con una sonrisa en el rostro y moviendo la cola.

—Buenos días —saludó Rocco—. Lo siento, pero hoy tengo que dejar a Houdini antes de lo normal. Quédate ahí. —Lanzó un par de juguetes para perros dentro de la casa de invitados y luego me señaló—. Tú no. Houdini.

El perro se quedó quieto como un pasmarote, sin mover ni un músculo, ojo avizor a los juguetes que había lanzado dentro.

La mirada de Rocco descansó directamente sobre mi pecho.

Bajé la vista, preguntándome si tendría babas en la camiseta. Pero no, era algo mucho peor. Me había olvidado por completo de que me había quedado dormida con la camiseta del Capitán Clapton que Marcello había dejado en la casa de los invitados. Y ahí no quedaba la cosa.

No llevaba pantalones de pijama con el calorazo que había hecho esta noche. No tenía ni idea de si Rocco estaba mirando mis bragas moradas, ya que la camiseta me quedaba bastante corta. Me bajé la camiseta hasta las rodillas.

—No he visto nada —dijo Rocco inmediatamente.

Sin embargo, sus ojos decían otra cosa, actuando como si fuera el siguiente en la cola de un buffet de comida china y acabaran de sacar una bandeja humeante de cerdo agridulce.

—Es lo que te digo desde el principio —contesté, notando cómo me subía el calor de la vergüenza a la cara—. No eres muy buen actor que digamos.

—No dejas de decirme eso, pero mírate, llevando la camiseta de mi película como si fueras mi fan número uno. —Rocco esbozó una sonrisa.

—Me gusta el tejido, eso es todo. Y ni siquiera he visto esa película.

—Casi me recitaste el argumento entero cuando hablamos por teléfono —replicó Rocco con un aire de triunfo, como si me hubiera pillado infraganti, lo que en realidad había hecho—. Entonces dime ¿quién es el mal actor aquí?

—Haz el favor de cerrar los ojos o darte la vuelta, Señor Listillo. Necesito vestirme como Dios manda.

—Como quieras —dijo Rocco, cerrando los ojos.

—Sin trampas.

—Soy un caballero.

—Ya, claro… —Bufé con ironía.

Dándome la vuelta, me dirigí al dormitorio para quitarme la camiseta de Capitán Clapton y ponerme algo por abajo. No había dado ni cinco pasos cuando pisé algo duro que chilló como una rata agonizante. O quizás el chillido salió de mí, ya que perdí el equilibrio y caí al suelo con un golpe sordo espectacular.

—¿Estás bien? —Rocco se acercó rápidamente, arrodillándose a mi lado y pasando su mano detrás de mi cabeza para sostenerla.

—Creo que sí… —Parpadeé un par de veces, clavando la mirada en sus ojos.

—Lo siento de veras. No debería haber tirado los juguetes de Houdini al suelo. Eso ha sido enteramente culpa mía. —Me apartó suavemente un mechón de pelo de la frente, con una mueca de preocupación—. ¿Seguro que estás bien? ¿Te duele algo?

Rocco examinó mi cuerpo con la mirada, desde el cuello hacia abajo, reduciendo la velocidad al pasar por mi estómago y cintura, para luego seguir bajando hasta mis piernas y terminar en los dedos de los pies.

«*Madre mía*».

Bajé la vista, horrorizada por lo que vi. La camiseta se me había subido hasta el alma. Mi estómago, mis bragas moradas y cada centímetro de mis piernas estaban al aire, expuestos sin remedio al ojo del huracán Rocco.

«*Bendita la hora en la que decidí depilarme anoche*».

Por extraño que parezca, me quedé paralizada por un momento, mi corazón latiendo a mil, disfrutando de manera culpable cómo Rocco me devoraba con la mirada. Casi me sorprendo a mí misma considerando dejar que siguiera mirando, porque ningún hombre me había mirado así. Por suerte, reaccioné a tiempo y tomé cartas en el asunto antes de que la situación se descontrolara. Me bajé la camiseta rápidamente, me enderecé y alcancé uno de los cojines grandes del sofá, cubriéndome con él tanto como pude.

—A ver si nos comportamos —dije.

—Yo no he visto nada… —Rocco carraspeó.

—Y un jamón —le corté.

—Oye, quizá me haya fijado un poco esta vez, pero ya se me ha olvidado —Soltó un suspiro —. Mira… —Se golpeó ligeramente el lado de la cabeza con el dedo—. ¿Has visto? No hay

nada aquí, solo aire.

—Eres un caso, ¿lo sabías? —No pude contener la risa.

—Ya me lo dicen a menudo. —Rocco soltó una carcajada. Se levantó y me ofreció la mano —. Venga, te ayudo a levantarte.

Acepté su mano y, una vez de pie, me dejé caer de inmediato en el sofá, abrazando una almohada en mi regazo. Cogí un par más e intenté cubrir cualquier trozo de piel que quedase al descubierto.

—¿En serio? —preguntó Rocco—. Vamos, somos dos adultos en pleno uso de su consentimiento.

—Eso es discutible —repliqué.

—Si me has visto en bañador —señaló él.

¿Por qué tenía que recordarme eso ahora?

—No hay mucha diferencia entre tu ropa interior y la parte de abajo de un bikini —añadió Rocco—. No te tenía por una puritana. No te taparías en la playa si me vieras, ¿a qué no?

«Quizás sí».

La verdad es que me sentía algo intimidada por Rocco, ya que, al fin y al cabo, era considerado el hombre más sexy del mundo. Ha estado saliendo con algunas de las mujeres más guapas del planeta, actrices, super modelos, cantantes, y demás.

«*Yo solo soy una chica del montón*».

Por otro lado, estaba dándole demasiadas vueltas al asunto porque, si no estuviera interesado, no habría razón para que me mirase de esa manera.

—¿Me vas a decir por qué me has despertado tan temprano? —pregunté, intentando cambiar de tema—. Solo has dicho que tenías que dejar a Houdini, pero no la razón.

—Me marcho a Nueva York —soltó Rocco como una bomba.

Eso me pilló completamente por sorpresa. Me había comentado que podría tener que volver a rodar algunas escenas de la película, pero lo había olvidado . O tal vez había estado intentando no pensar en ello, considerando la posibilidad de tener que dormir en su cama.

—Mi vuelo sale en dos horas, por eso he tenido que dejar a Houdini antes de lo normal —comentó Rocco—. Perdona que no te lo dijera anoche. Cuando me enteré, tus luces ya estaban apagadas.

—¿No crees que vas un poco justo si tu vuelo sale en dos horas? —pregunté.

—Tengo un jet privado. Saldrá cuando yo llegue —dijo como si tal cosa—. Según nuestro trato, necesito que te quedes en la casa principal con Houdini hasta que vuelva. Y dormir en mi cama.

—Vale… —Tragué saliva.

—¿Esta vez no vas a poner pegas? —Rocco me miró fijamente.

—Estoy demasiado reventada para discutir. —Me tapé la boca bostezando.

—Recuérdame que solo busque pelea contigo por la mañana. —dijo sonriendo.

—Y tú recuérdame que solo te abra la puerta por la tarde.

Rocco se echó a reír.

—¿Puedo volver a la cama ahora? —pregunté.

—Claro que puedes. Solo quería decirte que Gwen se ha tomado el día libre y que es posible que Marcello tampoco aparezca por aquí. Tienes todo el sitio para ti sola. Bueno, excepto por algunos trabajadores que van a instalar detectores de movimiento nuevos y cámaras en la carretera de entrada a la propiedad.

—¿Reforzando la seguridad? —pregunté.

—Están actualizando el sistema —dijo Rocco—. Seguro que por tu hermano ya sabes que estar en el candelero puede atraer a más de un fan algo obsesionado.

—Quieres decir a unos cuantos frikis.

—Sí, algo así. —Rocco soltó una carcajada.

—Como la que se pegó un chapuzón en bolas en tu piscina.

—Esa misma, sí. En fin, debería irme ya. —Me apuntó con el dedo—. Nada de fiestorras, jovencita.

—¿Jovencita? —Crucé los brazos—. Soy mayor que tú.

—¿Ah, sí? —Rocco levantó una ceja—. ¿Cómo sabes mi edad? ¿Me has buscado en Google?

—Bueno… simplemente lo supuse —mentí, prefiriendo no mencionar que había visto el documental de su vida en Netflix. Dos veces—. Bueno, que tengas un buen viaje.

—Gracias, pero prefiero estar aquí contigo. —Los músculos de Rocco se tensaron en la parte superior de su cuerpo—. No quiero decir *solo* contigo. Quiero decir que preferiría quedarme en la finca contigo y con mi perro. —Dejó escapar un suspiro. Parecía un poco nervioso por alguna razón—. En fin, te llamo esta noche para ver cómo va Houdini.

—Me parece perfecto —dije y asentí—. Si te apetece, podemos hacer una videollamada por Zoom luego para que le digas hola a tu hijo peludo por la cámara.

—Me encanta la idea. Tengo una cena a las siete, así que estaré libre sobre las nueve, hora de Nueva York. Te mando un WhatsApp con el enlace de Zoom cuando esté listo.

—Genial —respondí.

—Bueno, tengo que hacer la maleta. Hablamos luego. —Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo y se giró—. Y gracias por todo, de verdad.

—Un placer —contesté, alzando la vista de nuevo para encontrarme en su mirada, ya que le había estado echando un ojo a su culo.

—Compórtate —me advirtió Rocco, antes de salir por la puerta, soltando una carcajada.

—Qué vergüenza —murmuré, tapándome la cara con una almohada.

Capítulo Trece

BETH

Menos mal que Houdini se portó como un campeón y me dejó dormir a pierna suelta una horita más antes de que el recital de lametazos en sus partes nobles me despertara.

Echaría de menos a Rocco, no iba a engañarme, pero tenía un montón de cosas que preparar para el nuevo negocio, incluido meterle caña al sitio web.

Esa misma tarde, supe de Josh, que había estado más callado que un muerto estos últimos días, lo cual me tenía un pelín inquieta porque se estaba quedando en mi piso. Se suponía que Holly iba a pasarse por allí también, pero de ella no supe ni pío. A ver si Josh se lanzaba ya porque me moría de ganas de tenerla de cuñada.

—¿Qué tal por ahí? —dijo Josh—. ¿Ya tenéis fecha para la boda?

—Eso debería preguntártelo yo a ti —contesté mientras metía unos potingues en el neceser para llevarlos a la casa grande.

—Ni se te ocurra mencionarlo —susurró Josh—. Todavía estoy buscando la manera perfecta de pedírselo y quiero que sea toda una sorpresa.

Casi no se le escuchaba, así que Holly tenía que estar cerca.

—Te lo digo yo, la sorpresa te la vas a llevar tú por esperar cuatro años. ¡Espabila, hombre!

—Cambia de tema, por favor. Ella está aquí —volvió a susurrar Josh. Se aclaró la garganta y subió el volumen—. A todo esto, ¿has jugado ya a los bolos con Rocco?

—No, pero me molaría un montón, igual cuando vuelva. Ahora mismo está de camino a Nueva York para volver a rodar unas escenas de una peli.

—Por cierto, ¿has visto ya su colección de licras? —soltó Josh, partiéndose.

Me sumé a su carcajada y dije:

—No, pero esta noche me quedo en la mansión, así que vete tú a saber lo qué me puedo encontrar.

—¡Guay! ¿Vas a tener ese pedazo de casa para ti solita? Es tiempo de pasarlo en grande.

—Ni de coña —contesté—. Oye, pásale el móvil a Holly. Hace un montón que no hablo con ella.

—Holly dice que ya no quiere ser tu amiga desde que la cambiaste por Rocco —soltó Josh.

—¡No he dicho eso! —gritó Holly de fondo—. ¡Dame el móvil, payaso!

—Ya estoy metido en líos otra vez. Un momentito, hermanita. —Josh se rio.

—No le hagas caso —dijo Holly.

—Claro que no, ¿por qué iba a empezar a hacerle caso ahora? —respondí—. ¿Qué tal estás? Te echo de menos mogollón.

—Yo también te echo de menos. Es super raro estar aquí en tu casa cuando tú no estás.

—Sabes, no podía dejar pasar la oportunidad —dije, mientras metía mi camiseta del Capitán

Clapton en una maleta.

—Te entiendo perfectamente. Yo hubiera hecho lo mismo. —dijo Holly—. Pero no me puedo creer que te estés quedando en la casa de Rocco Romano. ¿Es tan guapo en persona como en las pelis?

—¡Te estoy oyendo! —gritó Josh.

—Parece que alguien está muriéndose de celos —Me eché a reír—. Bueno, digamos que el título de hombre más sexy del mundo no le viene grande y podemos dejarlo ahí. —No pude evitar sonreír al oír un ladrido durante la llamada—. ¿Cómo está mi preciosa Sage?

Sage es su golden retriever, como una mini versión femenina de Houdini.

—Está muy bien —dijo Holly—. ¿Te vienes un rato para verla? ¡De hecho, trae a Houdini y hacemos una quedada canina! Será amor al primer ladrido.

—Justo estaba pensando lo mismo —respondí—. Pero ahora tengo que estar pendiente de Houdini las veinticuatro horas, ya que Rocco se acaba de ir a Nueva York. Probablemente debería quedarme por aquí hasta que vuelva, pero sin falta te hago una visita pronto. Estaba pensando en ir a ver una de las actuaciones de Josh, así que igual podemos quedar para cenar esa noche.

—Me encantaría —respondió Holly.

Houdini se dirigió a la puerta y, girando sobre sus patas, soltó un ladrido que resonó en toda la casa.

—Ay, que me tengo que pirar —dije—. Creo que Houdini tiene que hacer sus necesidades. Necesito recoger mis cosas e instalarme en la casa principal. ¿Podemos seguir la charla un poco más tarde, como en una hora o dos?

—Claro que sí. Te llamo luego, después de sacar a Sage a su paseo de la tarde —respondió Holly—. Te quiero un montón.

—Y yo a ti, un montonazo.

Tras colgar, cogí una bolsita de caquita de Houdini. Abrí la puerta y dije:

—Venga, al lío.

Cruzamos al lado de la piscina hasta llegar a la amplia zona verde al otro extremo del patio. A los pocos segundos, Houdini alzó la pata y marcó su palmera favorita.

—¡Eh, Beth! —Douglas asomó la cabeza por encima del muro de la finca, dándome un susto de muerte, otra vez—. ¿Cómo estás en este día tan espléndido?

—Pues aquí me tienes, Douglas, preguntándome cómo es que apareces por arte de magia sobre ese muro gigante. ¿Tienes piernas de dos metros? —Le ofrecí una sonrisa sincera.

—Que va, no hay magia alguna —Douglas soltó una risita—. Lo que pasa es que las propiedades de esta calle están cuesta arriba, así que donde me encuentro yo está un par de metros más elevado que donde estás tú. Sin trucos, sin escaleras, solo un poco de desnivel. ¿Dónde se ha metido Rocco hoy? ¿Está liado con sus guiones, como siempre?

—Se ha ido a Nueva York a rodar unas escenas que faltaban de una peli —contesté, sintiéndome de repente culpable porque no estaba segura de si debía soltar prenda—. La verdad es que no sé si esa información es confidencial.

—No te preocupes —me tranquilizó Douglas—. Rocco siempre me avisa cuando se va de viaje. Solo que se me habrá pasado que iba Nueva York esta semana. Se me ha ido la olla con mis cosas.

—No, en verdad ha sido algo de última hora —Miré a Houdini, que estaba agachado, en plena faena—. Siento que tengas que ver esto.

—Eso no es nada comparado con lo que he visto en el zoológico —dijo Douglas—.

¿Recuerdas que te dije que algunos de mis elefantes comen entre ciento cincuenta y doscientos kilos de comida al día?

—Es difícil de olvidar —dije.

—Bueno, sabiendo eso, ¿quieres adivinar la media diaria de su producción fecal?

La gastronomía era mi pasión, pero lo último que quería era charlar sobre la parte final del sistema digestivo e intestinal.

—Venga, inténtalo —me animó Douglas, notando mi reticencia—. A ver si aciertas.

—No tengo ni idea —dije, preguntándome cómo podría salir elegantemente de la conversación sin herir sus sentimientos. Era un cielo de hombre, pero había algunas cosas de las que prefería no hablar, especialmente si salían del orificio trasero de un animal.

La presión al no contestar y dejarlo esperando me hizo sentir incómoda. Me encogí de hombros, francamente, prefería seguir en la ignorancia sobre el tema fecal de sus elefantes.

—Realmente no tengo la más remota idea —dije.

—¡Cincuenta kilos de heces al día! —dijo Douglas con deleite—. ¡Eso es el equivalente a treinta y tres melones cayendo del culo del elefante!

El melón era mi fruta favorita hasta hace unos diez segundos. Nunca volveré a ver un melón de la misma manera.

—¡Los caballos defecan el equivalente a quince piñas al día! —Douglas continuó con el entusiasmo de quien acaba de descubrir la electricidad.

Realmente necesitaba cambiar de tema antes de eliminar toda la fruta de mi dieta.

—Qué fascinante. Realmente debería regresar a casa —dije, señalando a la casa de invitados.

—Espera. Hay algo que apuesto que no sabías —dijo Douglas—. Los pingüinos son expertos en hacer caca con proyectiles. Lo he visto con mis propios ojos muchas veces. Me pregunto si tengo un vídeo —dijo, sacando el teléfono.

Nunca pensé que diría esto, pero realmente necesitaba que el Capitán Clapton me rescatara de esta conversación. Incluso prometería no burlarme de su licra.

Douglas debió haberse dado cuenta de la cara de póker que se me quedó, porque soltó:

—Vaya, lo siento mucho. Se me olvida que no todo el mundo está tan interesado en las curiosidades sobre los excrementos como yo. Lo dejamos.

—No pasa nada. Qué tengas un buen día —le respondí con una sonrisa.

—¡Ale, tú también! ¡Espero verte para la noche de bolos! —exclamó Douglas.

Me dirigí hacia la casa de invitados, pero algo me hizo parar y girarme. Después le pregunté:

—¿Noche de bolos? ¿Te refieres a jugar aquí?

—¡Claro que sí! —Douglas soltó una risita—. Rocco es el único en Rancho Santa Fe que se ha montado una bolera en casa. Quizá el único en todo el condado, de hecho. Vamos, que nos juntamos para echar una partida cuando está por aquí, entre rodaje y rodaje.

—Suena de maravilla. ¿Hace mucho que lo hacéis? —pregunté.

—A ver... La primera vez que Rocco me invitó fue hace unos cuatro años, justo después de que nos dejara Lizzy, que descanse en paz. Y seguimos haciéndolo desde entonces.

Sentí como si algo me tocara la fibra sensible. Sabiendo lo que ahora sé sobre Rocco, lo más seguro es que invitara a Douglas a jugar a los bolos porque no quería verlo solo y triste, como si quizás esa quedada fuese más un truco para distraerlo del dolor de perder a alguien tan querido. El corazón de Rocco resultó ser aún más grande de lo que imaginaba, lo cual era un problema para mí, porque me vuelven loca los hombres con un corazón que no les cabe en el pecho.

—Deberías apuntarte —me animó Douglas.

—Gracias, pero no quiero ser una molestia —contesté.

—La novia de Rocco no necesita invitación —dijo Douglas.

—No soy su novia ni *una* novia.

—¿Amiga especial, entonces?

—Me haces sentir como Julia Roberts en Pretty Woman.

No me importa en absoluto que me comparen con ella.

Excepto porque ella es una prostituta.

Me acordé del Lotus Esprit SE de 1989 que salía en esa peli, el que Rocco tenía en su garaje, y me preguntaba si alguna vez me dejaría ponerme al volante. Lo dudo. Los hombres eran muy protectores con sus coches, más que con sus extremidades, en realidad.

—Te digo que la manera en la que Rocco te mira tiene que significar algo —dijo Douglas.

Yo también había pillado esa mirada. La verdad es que me hacía un poco de ilusión sentirla.

—Somos... amigos, nada más. —Me encogí de hombros disimulando.

Tenía sentido asumir que lo éramos, considerando que acabábamos de superarla mala racha que nos había tenido peleando como lo hacen dos cabras montesas.

—Bueno, sea lo que sea que tienes con él, no te comas el coco —me dijo Douglas—. Yo te lo hago más fácil. Vas a echar una partida o dos de bolos con nosotros cuando Rocco vuelva de Nueva York. Insisto.

—Vale... si tú lo pides.

No iba a ponerme tiquismiquis ya que la idea sonaba divertida. A ver si Rocco iba a creer que me invité yo sola o si le importa que me una al grupo.

—¡Pues nos vemos! —dijo Douglas mientras desaparecía tras la pared de la finca.

Usé la bolsa de plástico para recoger el regalito que Houdini había dejado cerca de la palmera y dije:

—Vámonos, Houdini.

Volví a la casa de invitados a por mis cosas. Quince minutos después, atravesé la cocina de la casa principal y el largo pasillo dirigiéndome al dormitorio de Rocco.

Todas las puertas de las habitaciones a ambos lados estaban cerradas, menos la de su habitación. Avancé un par de pasos hacia dentro, miré alrededor y entonces lo noté.

El aroma de la colonia de Rocco aún flotaba en el ambiente, a pesar de que había salido hacía horas. Tal vez me regodeé demasiado en su aroma, porque volví a inhalar, esta vez más profundamente, como un perro de caza siguiendo una pista.

Houdini saltó a la cama y ocupó su sitio habitual. Se acomodó con la barbilla sobre las patas y soltó un suspiro. Era difícil decir si echaba de menos a Rocco o si simplemente estaba la mar de contento de echarse una siestecita allí.

Dejé mis bártulos sobre la cama y después le di un apretón al colchón con la mano, como quien tantea la mercancía antes de soltar la pasta.

Echando un vistazo alrededor, me acerqué a la puerta abierta del vestidor de Rocco y asomé la cabeza.

—¡Madre del amor hermoso! —musité, adentrándome mientras las luces se encendían solas.

Su armario era tan espacioso como todo mi salón, pero lo que realmente me dejó flipando fue la enorme cantidad de ropa, todo milimétricamente organizado por tipo de prenda. Lo único que no necesitaba era ordenarlo por colores.

—Rocco, Rocco, Rocco… —murmuré, sacudiendo la cabeza entre divertida y asombrada mientras deslizaba los dedos por la interminable fila de camisetas, todas negras, tal y como sospechaba.

El tío tenía más ropa negra que un enterrador en temporada alta. Pantalones, chaquetas,

camisas, corbatas, zapatos elegantes, todo negro. Hasta conté cinco pares de zapatillas negras en el suelo, todas de marca, alineadas a la perfección, sin un mísero arañazo.

Examiné un zapato de vestir negro del estante.

Salvatore Ferragamo.

—Italiano y carísimo, claro está —me dije a mi misma, devolviendo el zapato a su sitio en el estante—. Tienes un gusto exquisito, señor Romano, pero le hace falta un toque de color a tu vida.

De vuelta junto a la cama, cogí una de las almohadas decorativas y la olisqueé, sacudiendo la cabeza con un atisbo de decepción. Gwen debía haber lavado las fundas, porque no conseguía captar el olor de Rocco. Iba a por otra almohada, pero paré en seco cuando mi lado paranoico empezó a carburar.

¿Y si Rocco tuviera cámaras ocultas en el dormitorio?

¿Dentro del armario, quizás?

Miré bien, primero a la derecha, luego a la izquierda, antes de acercarme a la imponente cómoda de caoba y de bajar el osito de peluche que descansaba encima. La gente esconde cámaras en los juguetes y peluches. Lo he visto mil veces en las películas.

—¿Habrá alguien ahí metido? —Miré fijamente al oso.

Con la punta de mis dedos, palpé los ojos del peluche un par de veces, luego le di un apretón a la cabeza, al estómago y finalmente a las patas.

Dejé el oso encima de la cómoda, convencida de que no había ninguna cámara. Tal vez me estaba volviendo loca. Lo que de verdad me hacía falta era distraerme y ponerme al día con mis lecturas hasta que llegase el momento de la videollamada por Zoom con Rocco. El sillón mullido frente a la ventana era el refugio perfecto para mi aventura literaria.

Una pena que se me hubiera olvidado mi Kindle en la casa de invitados.

Miré a Houdini. Sus ojos ahora estaban cerrados, como si estuviese sumiéndose en una siestecita larga, así que decidí no molestarlo. Salí de puntillas del dormitorio, atravesé el pasillo y la cocina hasta llegar a la puerta de cristal que daba al jardín trasero y salí.

Ya en la casa de invitados, fui a por mi Kindle pero me detuve en la cocina, al ver el plato de galletas para perros sobre el mostrador. Imaginándome lo contento que se pondría Houdini al verlas, decidí llevármelas, pero en ese momento, le di sin querer a una botella de vino vacía que cayó al suelo de baldosas, haciéndose añicos.

—Qué patosa soy —murmuré, sacudiendo la cabeza.

Exhalé un suspiro de frustración y comencé a barrer los pedazos de cristal esparcidos por el suelo, tirándolos a la basura. Paranoica por si me había dejado algún trozo, pasé la aspiradora dos veces. Lo último que quería era que Houdini o yo misma, que solía andar descalza por casa, nos clavásemos un cristal.

Segura de haber recogido todos los fragmentos, volví a la casa principal, dejé las galletas para perros en la encimera de la cocina y seguí por el pasillo con mi Kindle en la mano, lista para relajarme y sumergirme en mi libro.

Al entrar al dormitorio de Rocco, me quedé de piedra. Houdini no estaba durmiendo a los pies de la cama.

—¿Houdini? —lo llamé, y luego escuché atentamente.

Nada.

Revisé cada rincón de la casa, gritando su nombre varias veces, hasta que llegué a la entrada y vi algo que preferiría no haber visto.

La puerta principal estaba abierta de par en par.

Tragué saliva, con un mal presentimiento en el estómago.
Houdini se había escapado otra vez.

Capítulo Catorce

BETH

Ya había buscado por todo el patio trasero a Houdini, pero no lo encontraba por ningún lado. Jamás me lo perdonaría si le pasara algo. El sonido de mi teléfono me sacó por un momento de la angustia que estaba viviendo. Era Holly.

—Lo siento, pero te llamo más tarde, ¿vale? Estoy metida en un buen lío —le solté nada más descolgar el teléfono, sin darle la oportunidad de decir nada.

—¿Qué ha pasado? —dijo Holly.

—Me va a dar algo. —Me lancé calle abajo por el camino sinuoso, intentando no chocarme con nada mientras charlaba por el móvil.

—¡Relájate y cuéntame!

—¡Houdini! —grité, observando a izquierda y derecha—. El perro de Rocco se ha esfumado, y esta vez no lo encuentro por ninguna parte, ni fuera ni dentro.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Holly—. Pero si decías que la propiedad de Rocco era más segura que el Museo del Prado.

—Y lo es —confirmé.

—Qué raro que no lo encuentres. ¿Crees que alguien se lo ha llevado?

—¿Qué? ¡Venga ya! ¿Por qué iban a querer secuestrarlo? Estaba en el dormitorio.

—Estamos hablando de Rocco, que tiene una fortuna —dijo Holly—. A lo mejor van a pedir un rescate y sacar un dineral por él.

—¿Por qué tienes que meterme esas ideas en la cabeza? —Me planté en seco en la entrada.

—¡Es que estas cosas pasan! ¿No te acuerdas de lo de Lady Gaga?

No quería pensar en ello. Qué marrón me ha caído encima.

—Tengo que pensar en soluciones prácticas, no puedo ponerme en lo peor y hacerle daño a Rocco —repliqué.

—Perdona, tienes toda la razón —admitió Holly—. ¿Y ahora qué piensas hacer?

—Me enteré por Internet que el ochenta por ciento de las mascotas que se pierden acaban apareciendo a menos de dos kilómetros de casa, así que me toca hacer de detective por el barrio y preguntarle a los vecinos.

—Vale —dijo Holly—. ¿Y si pruebas a poner un anuncio en la web de *Tus Vecinos*?

—Todavía no. El anuncio puede llegarle a Rocco y prefiero que se entere por mí si no consigo dar con Houdini. Solo necesito un pelín más de tiempo antes de tirar la toalla. ¿Cómo se las arregló para escaparse si la puerta estaba cerrada con llave?

—Bueno, supongo que se llama Houdini por algo —apuntó Holly—. ¿No dejaría alguien la puerta abierta sin querer?

—No. La única despistada aquí soy yo.

A menos que…

Rocco dijo que iban a instalar un sistema de seguridad en la puerta principal que daba a la calle. Tienen que haberla abierto para instalarlo, ¿no?

—Vaya por Dios —murmuré para mis adentros, preguntándome si Houdini habría aprovechado ese momento para irse de aventura por el barrio.

Rocco vive en una urbanización cerrada, por lo menos sé que no van a atropellarlo. Pero Houdini puede estar lejos si tenemos en cuenta que vivimos pegados a un parque natural inmenso.

—¿Qué te pasa? Beth, ¿sigues ahí? —preguntó Holly.

—Sí, pero tengo que colgar. Te llamo luego —contesté, cortando la llamada y echando a correr hacia el portón, que encontré abierto de par en par.

Allí estaban tres obreros, todos con vaqueros y camisetas de la empresa, con el logotipo en el pecho. Estaban inmersos en sus tareas, con la música sonando a todo volumen desde uno de sus móviles.

—Perdón, ¿habéis visto un golden retriever por aquí? —les pregunté, casi sin aliento.

Los tres se giraron y negaron con la cabeza al unísono.

—Yo no —dijo uno.

—Yo vi un gato antes —comentó otro.

«*Eso no me ayuda nada*».

Un cuarto hombre surgió de la parte de atrás de una de las furgonetas de la empresa y soltó:

—He visto a un perro hace poco, pero no sé si era un labrador retriever. Siempre me lío con esas razas.

—¿Dónde lo viste? —pregunté.

—Allí arriba —respondió, señalando la calle que estaba pasada la casa de Douglas—. Supuse que alguien lo había sacado a hacer sus cosas. Pero desapareció cuando volví a mirar un minuto después.

—Te lo agradezco un montón.

Les pasé mi número de móvil a los currantes y les pedí que me dieran un toque si veían a Houdini.

Me lancé a correr de nuevo por el camino de la entrada, sintiendo cómo mis piernas y mi trasero se quejaban con cada zancada. Intentaba llamar a Holly sin caerme de morros en el intento.

—Oye, ¿has averiguado algo? —contestó al primer timbre.

—Uno de los trabajadores ha visto a un perro suelto por la calle. Voy a cerrar la casa y buscaré por el barrio, llamando de puerta en puerta si hace falta.

—Te echo una mano. Estaré ahí en un periquete —dijo, colgando antes de que pudiera replicar. Me llevo a Sage para que pueda rastrear.

No me extrañó que se ofreciera a ayudar sin que se lo pidiera. Holly tiene un don con los perros y un corazón que no le cabe en el pecho, lo que me hacía quererla todavía más como cuñada.

Me puse a buscar de nuevo y avancé calle arriba, la frustración me comía porque la mayoría de los vecinos ni se molestaban en responder cuando llamaba al timbre de sus verjas enormes. Seguramente pensaban que era uno de esos frikis con los que Rocco tenía que lidiar.

Mientras subía la cuesta hacia la siguiente casa, un coche me pitó desde atrás. Al darme la vuelta, vi a Holly en su coche de alquiler, con Sage sacando la cabeza por la ventanilla trasera, disfrutando del paseo y la brisa.

—Oye —dijo Holly, poniéndose a mi altura y asomando la cabeza por la ventanilla—. Esperaba que le hubieras echado el guante a Houdini cuando llegase.

—Pues no he tenido esa suerte. —Me acerqué a su coche y le di una caricia en la cabeza a Sage—. La mayoría de gente de por aquí ni se molesta en responder cuando llamo al timbre de la entrada. Me juego el cuello a que, o no están en casa, o pasan de mí olímpicamente cuando me ven por la cámara.

—Claro, hoy es laborable —apuntó Holly.

—Yo es que me había montado la película de que todos eran unos ricachones que viven del aire y no necesitan dar palo al agua. —Me encogí de hombros.

—No sé si eso es posible. Estas mansiones son descomunales y alguien tiene que pagar la hipoteca, los impuestos y al servicio del hogar, porque las casas no se limpian solas. Aunque, bueno, igual algunos sí que viven del aire. En fin, súbete y vamos a probar suerte en la siguiente mansión.

Paramos en cada casa a lo largo de la cuesta, pero ni por esas dimos con Houdini. Al llegar al final de la calle, volvimos a bajarnos del coche y caminamos hasta la entrada del sendero de la reserva natural.

—¿Por aquí se ven animales salvajes? —preguntó Holly, ojeando el paisaje de colinas y árboles frente a nosotras.

—Lo típico... coyotes, mofetas y linces, pero es raro verlos de día.

—Es mejor saberlo. Oye, ¿Houdini tiene microchip?

—Sí —contesté—. Y lleva una placa con la dirección de Rocco. El problema es que también tiene su número, pero con un poco de suerte, si algún vecino da con Houdini, optará por traerlo a casa en lugar de llamar.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Volvamos a casa para poner un anuncio en la página de *Tus Vecinos* —propuse—. Me da un palo tremendo, pero no veo otra alternativa. Crucemos los dedos para que Rocco no se entere hasta que hable con él. Le va a dar algo y no quiero que se le suba el cortisol estando al otro lado del país, sin poder hacer nada.

De vuelta en la casa de Rocco, fui a por mi portátil para conectarme cuando mi móvil vibró con un mensaje de texto.

Rocco: Hola Beth. Ya estoy listo para conectarnos. Te mando un enlace de Zoom.

—Ay, no. Rocco quiere conectarse en Zoom ahora mismo. Quiere echarle un vistazo a Houdini —dije, leyendo el mensaje, con el corazón a cien por hora.

—Tienes que distraerlo para ganar tiempo y poder encontrarlo —soltó Holly—. Dile que ahora mismo no puedes conectarte.

—Es que no puedo escaquearme sin una excusa de peso y no tengo ninguna que sea creíble. No me apetece mentir.

—Te entiendo. Suéltale que te encuentras un poco pachucha.

—No estoy segura de que cuele. No me gustan las mentiras. —Negué con la cabeza, más agobiada que antes.

—Las mentiras piadosas nunca han matado a nadie —apuntó ella.

—Paso —Negué otra vez con la cabeza.

—Pues suelta algo ambiguo que no sea mentira.

—Esa sí que es una buena idea —asentí, tecleando mi respuesta a Rocco.

Yo: Estoy liada con algo ahora mismo. ¿Podemos hablar más tarde?

Era cierto, aunque a Rocco no le haría gracia saber que su cuidadora de perros estaba en una

misión de rescatar al mismo perro por el que le pagaban. Esperé su respuesta como agua de mayo.

«*Por favor, que diga que sí*».

Rocco: No puedo conectarme más tarde. Tengo una cita con el director y un par de productores para tomar algo. Lo hacemos rápido. Te acabo de mandar el enlace de Zoom.

—¿Y ahora qué? —dije, enseñándole el mensaje a Holly—. A fin de cuentas, es mi jefe, no tengo más opciones. Va a empezar a sospechar. Mi único trabajo es estar con Houdini. No tengo excusa.

—Tranqui —dijo Holly—. Conéctate un momentito solo para saludarlo. Dile que Houdini está echando una siestecita al otro lado de la casa o algo así, y luego le cuelgas a mitad de una frase. Al cabo de un minuto le mandas un mensaje disculpándote, diciendo que parece que tienes problemas de conexión o que te estás quedando sin batería.

—Te lo dije, no voy a mentirle —le solté.

—¿Y si corto el wifi en plena llamada para que te quedes sin conexión? Técnicamente no estarías mintiendo.

—Ni se te ocurra. ¿Y si luego no podemos enchufarlo de nuevo?

—Eso sería un problemón —dijo Holly, alzando las manos en señal de rendición—. Hasta mis maldades tienen su límite.

Me sorprendió que me hiciese gracia, teniendo en cuenta los nervios que tenía encima. Quizás, en el fondo, algo me decía que todo saldría bien. Apoyé el portátil en la encimera de la cocina, con el salón de fondo. Me coloqué unos mechones rebeldes detrás de la oreja y me planté la sonrisa más fingida que tenía en el repertorio.

—Allá vamos —dije, haciendo click en el enlace de Zoom para entrar.

—Suerte —me lanzó Holly.

—Gracias. Tú quédate por ahí, con Sage —señalé hacia la nevera.

¿En serio?

—Sí. Mejor si no sales en cámara, así no tengo que dar explicaciones de por qué estás aquí.

—¿No puedes tener amigos o qué? —replicó Holly, arrugando el ceño mientras se acercaba al frigo.

—Claro que sí, pero Rocco no aprobó *lo de traer colegas al curro*.

—Pues debería. ¿Quieres que hable con él? Ya sabes lo persuasiva que puedo llegar a ser, aparte de que me muero por echarle un ojo a ese buenorro.

Con un dedo en los labios, le pedí silencio.

—¿Ya me estás mandando callar? —soltó Rocco, irrumpiendo en mi pantalla desde su habitación de hotel—. Al menos déjame meter la pata.

—En eso no tardarás mucho, te lo aseguro —contesté con una sonrisa.

—Muy cierto. ¿Y por qué me mandabas callar?

—No sé de qué estás hablando —respondí.

—A alguien le estabas pidiendo silencio. Sé reconocer un gesto de *chitón* cuando lo veo.

No sabía cómo salir de esa sin soltar una mentira.

Holly dio un par de pasos hacia mí y se inclinó hacia un lado para mirar a Rocco. Miró hacia el logo de Google y luego articuló las palabras: «*¡Qué guapo!*». Tocó la pantalla con la mano e hizo como si se hubiese quemado. Esta vez apreté los dientes y traté de ahuyentarla con un movimiento de mi mano fuera de cámara.

—¿Beth? Estás actuando un poco extraña en este momento. ¿Qué pasa? —dijo Rocco, inclinando la cabeza hacia un lado.

—¡Nada! —mentí.

—¿Hay alguien ahí? —Me analizó—. Ya te lo dije, nada de fiestas.

Di una risotada y señalé hacia el salón vacío mientras le decía:

—Sí, mira a toda esta gente salvaje y alocada detrás de mí bebiendo cerveza. Será mejor que llames a la policía antes de que se desmadre.

—Entonces, ¿a quién estabas haciendo callar exactamente? —insistió Rocco.

No había planeado que siguiera con el tema, pero necesitaba encontrar una excusa para responder a eso, aunque no quería mentir.

«¡Piensa, piensa, piensa!»

Por suerte, Holly me salvó señalando su estómago y frotándoselo. Luego usó una cuchara al lado de la cafetera para fingir que comía algo. Me aseguraré de que la próxima vez que juegue a Charadas ella esté en mi equipo.

—Le estaba diciendo a mi estómago que se callara. Me muero de hambre y gruñe como un oso —mentí por segunda vez.

—Lástima que no conozcas un chef que pueda cocinarte algo bueno… —dijo Rocco, sonriendo.

—Una gran lástima. —Sonreí y asentí.

—Entonces, ¿dónde está Houdini? Quiero saludar a mi chico.

—Oh... Bueno... Está echando una siesta en tu habitación en este momento. No quería despertarlo porque parecía que estaba muy cómodo.

Me sentí fatal por la cantidad de mentiras que estaban saliendo por mi boca.

—¿Echando una siesta ahora? —Rocco miró su reloj—. Qué raro. Casi nunca se queda quieto después de cenar. ¿Es que no ha comido todavía o ha jugado mucho?

Las mentiras número cuatro, cinco y seis estaban a punto de hacer su entrada triunfal. Me encontraba bajo una montaña de estrés y presión, consciente de que cada minuto que pasaba con Rocco era un minuto menos para buscar al perro.

—Verás, Houdini ha estado jugando justo antes de zamparse su comida. Quizá por eso le han entrado unas ganas locas de echarse una siestecita justo después. Es como yo en Navidad, que después del atracón voy directa al sofá a reposar, incapaz de moverme tras tanta comida y dulces.

Las mentiras se amontonaban como churros. Por extraño que parezca, cada vez me resultaba más fácil mentir, algo de lo que no me enorgullecía para nada. Empezaba a pensar que las mentiras eran como las patatas fritas: cuantas más comes, más difícil es parar. La diferencia es que estas mentiras dejaban un gusto amargo en mi interior, como un gas atrapado, sin posibilidad alguna de liberación.

Holly se acercó por detrás hasta mi ordenador y echó un vistazo por encima de mi hombro. La sorpresa se dibujó en su rostro al ver a Sage en la cámara, husmeando en el salón detrás de mí.

Esto era el fin.

—¡Ahí está mi chico! ¿Has tenido una buena siestecita? Houdini, ven aquí. —Rocco llamaba con una sonrisa.

Sage, como era de esperar, lo ignoró por completo. En lugar de eso, se fue directa a por uno de los juguetes de Houdini y luego saltó al sofá para empezar a masticarlo delante de todos.

—No me lo puedo creer, me está ignorando —dijo Rocco, inclinándose hacia su pantalla para ver mejor—. Pero, ¿y ese collar rosa? ¿De dónde lo ha sacado?

Tenía un nudo en la garganta, era incapaz de pensar una excusa lo suficientemente buena como para reemplazar la mentira que sabía que iba a salir de mi boca. Había llegado el momento

de la verdad. La culpa me pesaba tanto como un buen plato de paella en la barriga después de un atracón. Tenía que dar con Houdini, pero sin asustar a Rocco, que estaba a tope de curro al otro lado del país. Pero venga, era lo que tocaba. Si el chucho fuera mío, me gustaría que me lo dijesen.

Con más miedo que vergüenza, intenté soltar el bombazo:

—Verás, lo que pasa es que ese, en realidad no es…

—La cosa es que ese, en realidad no es…

Holly se quitó la sandalia y la golpeó contra la encimera de la cocina; el sonido resonó por toda la casa. Obviamente estaba tratando de decirme que no confesara, pero ya no podía seguir con la farsa.

—¿Qué ha sido ese ruido? —soltó Rocco.

Con una sonrisa más forzada que un te quiero en la primera cita, aplaudí torpemente intentando imitar el sonido, pero ni de coña. Entonces solté:

—He visto una mosca y he intentado espachurrarla. Pero nada, se me ha escapado otra vez.

—Te veo un poco rarita. ¿Has estado bebiendo? —preguntó Rocco.

—¿Yo? Qué va, hombre —contesté, soltando una carcajada nerviosa que sonó peor que la risa de una hiena. Pero ni empinando el codo me libraría de este marrón. Esta videollamada con Rocco tenía pinta de acabar en un desastre monumental.

Justo entonces, el móvil de Rocco empezó a sonar.

—Perdona un momentito. Estoy esperando un mensaje del director y puede que tenga que contestar —dijo.

—Sin problema, voy a por un vaso de agua mientras —solté yo.

Otra trola más a la colección.

Muy pronto, el Club de Mentirosos de América organizaría festivales y desfiles en mi honor y me nominarían para presidenta, alegando que nadie había dicho tantas mentiras en tan poco tiempo. Tal vez incluso les mentiría y les diría que no lo merezco. Apartándome de la cámara, me acerqué a Holly de puntillas.

—¿Pero qué haces? —susurré.

—Está claro que Rocco piensa que Sage es el mismísimo Houdini. Dejémosle que lo crea, así podremos seguir buscándolo sin que se preocupe.

—Pero odio mentirle. ¿Y cómo narices le explico lo del collar rosa? —pregunté.

—Mira, si le sueltas el rollo ahora, se va a pasar la noche en blanco y mañana en el rodaje va a estar hecho polvo. Sé un libro abierto con él, pero suéltale la bomba cuando Houdini vuelva a aparecer sano y salvo.

—¿Beth? —Rocco alzó la voz.

—¡Si! ¡Un momentito! —dije.

—Es el plan perfecto. Confía en mí. No se dará cuenta —susurró Holly.

La sensación en mis entrañas me decía que las cosas solo iban a empeorar. Caminé frente a la cámara nuevamente y puse otra sonrisa falsa en mi rostro porque estaba segura de que me estaba saliendo una urticaria.

—Aquí estoy —dije.

—Quiero que Houdini me haga uno de sus trucos antes de irme —dijo Rocco.

Parpadeé dos veces, sin saber cómo responder a eso. Fue entonces cuando supe que tenía razón. Las cosas estaban a punto de ponerse mucho peor.

Capítulo Quince

ROCCO

Justo cuando creía que empezaba a pillarle el tranquillo a Beth va y me la juega, pero bien. ¿De verdad pensaba que no me iba a percatar de que estaba usando a un doble en vez del auténtico Houdini durante el Zoom? Igual estaba probando suerte con un nuevo negocio de alquiler de perros señuelo o alguna chorrada por el estilo.

Desde el primer momento que nos conectamos, algo en el comportamiento de Beth me olía a chamusquina. Estaba hecha un flan, intentando disimular, pero se le veía el plumero, como quien intenta aparentar que todo está normal.

Vale, reconozco que al principio me coló al otro perro y pensé que era Houdini, pero solo porque estaba lejos de la cámara y porque era lo lógico. Llegué a pensar que se veía más pequeño, aunque le eché la culpa a la posición de la cámara o a problemas con nuestra conexión.

Pero luego me extrañó mogollón que no reaccionara cuando le hablaba. El collar rosa fue la gota que colmó el vaso. Por suerte, la pieza que faltaba del puzle me llegó en forma de un mensaje de texto de Douglas diciéndome que Houdini estaba otra vez en su jardín. Eso quería decir que el perro que tenía Beth era un doble.

¿De quién era ese perro? ¿Cómo lo había conseguido tan deprisa? ¿Por qué sintió la necesidad de engañarme? Las respuestas tendrían que esperar, porque era el momento de devolverle la jugada a Beth.

—¿Perdón? —Beth se quedó pálida como el papel.

Me costó un mundo no descojonarme allí mismo y me acerqué a la cámara de mi portátil, repitiendo mi petición:

—Quiero que Houdini me haga uno de sus trucos antes de irme a tomar algo con el director. Acércalo para que pueda verme y oírme mejor.

Beth era la cosa más linda del mundo cuando se sentía incómoda. Ella miró hacia atrás y luego se volvió hacia mí lentamente, probablemente su cabeza estaba a punto de explotar buscando una escapatoria. Después de todo eso, dijo:

—¿Podemos hacer esto mañana? Debes estar ocupado y es mejor que te deje.

—Voy bien de tiempo —dije.

—Oh... ¿estás seguro? De verdad, no hay problema.

—¿Estás tratando de deshacerte de mí? —Ladeé la cabeza hacia la izquierda.

—¿Yo? —Beth se señaló a sí misma—. ¿Por qué dices eso? —Soltó una risa exagerada.

—Estás comportándote de una forma extraña otra vez —dije—. ¿Hay algo que me estés ocultando? ¿Sacaste uno de mis coches y fuiste a la playa?

—¿De verdad crees que haría algo así a tus espaldas? —Ella se cruzó de brazos.

«No dudo que lo harías».

—Tal vez no —mentí—Está bien, entonces lleva el portátil al salón.

Beth vaciló, miró por encima de la pantalla y de nuevo a mí . Estaba seguro de que alguien estaba allí con ella, tal vez el dueño del perro.

—Mira, hay algo que necesito decirte —dijo Beth.

No podía dejar que me contase la verdad. Si ella confiesa que el perro no es Houdini, mi diversión se habrá acabado. Beth no se iba a librar tan fácilmente.

—Hagamos un truco primero. Me hará sentir mejor porque echo mucho de menos a Houdini —le dije.

Beth volvió a dudar. —Pero...

—Sin peros. Quiero decir, a menos que tengas algo que decir que me haga sentir mejor ahora mismo —dije.

Ella quería confesar. Por suerte para mí, no lo hizo.

—Bueno... —Beth asintió. Cogió su portátil y se volvió hacia el salón. En ese momento, por una fracción de segundo, vi a una mujer detrás de ella, agachándose para esconderse detrás del mostrador de la cocina.

«Lo sabía».

Alguien estaba allí con ella. Beth colocó su portátil en la mesa del salón y se sentó en el sofá junto al perro impostor.

—Perfecto, pero levántate un segundo —dije.

—¿Estás hablándome a mí? —Beth arqueó una ceja.

—Claro. —Me reí—. ¿Con quién más estaría hablando? Te va a encantar este truco.

Ella dudó y finalmente se puso de pie. —Bueno... ¿Estás seguro de que no quieres hacer esto mañana?

—No hay nada como el momento presente. Ahora, ponte sobre un pie, no importa cuál.

—¿En serio? —preguntó Beth.

—En serio. —Mantuve un gesto neutral y convincente.

Beth se puso de pie y levantó la rodilla derecha hasta el nivel de la cadera, de modo que se quedó de pie sobre una pierna, luego extendió los brazos rápidamente para mantener el equilibrio. Parecía Daniel LaRusso preparándose para eliminar a Johnny Lawrence con la infame patada de la peli *Karate Kid*. Ella estaba probando mis habilidades de actuación mientras mantenía una expresión muy seria, de concentración.

—Ahora, tócate la nariz con el dedo índice derecho —dije.

—¿Quién hace el truco? ¿el perro o yo? —Beth miró hacia la cámara, tambaleándose, tratando de mantener el equilibrio.

—Vamos, hazlo. Me hará sentir mejor. Necesito desestresarme.

Beth levantó una mano y puso el dedo índice en la punta de su nariz.

—Perfecto —dije.

—Me siento como si estuviera haciendo una prueba de alcoholemia. —Ella frunció el ceño.

—¿Estás borracha? —pregunté.

—Por supuesto que no —dijo con firmeza.

—Entonces no tienes de qué preocuparte.

—¿Me estás tomando el pelo? Será mejor que no estés grabando esto.

—¡Qué va! Yo no haría algo así. Pon mucha atención —dije, tratando de pensar en qué debería hacer a continuación, ya que estaba improvisando—. Ahora, prepárate para lo que viene. Va a ser épico. El último paso. Ladra como un perro, pero dos veces. Aquí es donde se desata la magia.

—Rocco...

Se lo tenía merecido por mentir, pero Beth no podía estar más mona y graciosa, aunque lo intentase.

—Venga, hazlo por mí. Solo tienes que ladrar dos veces y ya está.

Ella vaciló, soltó un suspiro y finalmente:

—¡*Guau, guau*!

—Hazlo más fuerte, anda.

Ella dudó y me lanzó una mirada que podría haberme exterminado en un segundo.

—Porfa —le rogué.

—¡*Guau, guau*!

Me quedé en silencio unos segundos, a punto de reventar de la risa, pero me contuve y dije:

—No me lo puedo creer, ¡Houdini no ha hecho el truco después de oír esos ladridos! Algo no va bien con él. ¿Estará pachucho? Se le ve algo raro.

—No está malito. Es por algo que llevo un rato intentando decirte —dijo Beth, bajando la pierna y acomodándose en el sofá.

—Claro, por algo será. Que no se acabe la magia. Houdini, ¿cuánto es uno más uno? —pregunté.

El perro impostor seguía mordisqueando uno de los juguetes de Houdini, pasando olímpicamente de todo. Beth parecía sufrir el peor caso de hemorroides del mundo, cambiándose de postura en el sofá todo el rato, luego cerró los ojos y se masajeó el puente de la nariz.

—A ver, ¿cuánto es uno más uno? —volví a preguntar, aunque ya sabía que ese perro iba a seguir pasando de mí.

Houdini era el único perro que conocía que fuera un crack en matemáticas.

—Rocco... —Beth suspiró, abriendo los ojos.

—Vale, Houdini, ¿cuánto es dos más dos? —pregunté, dándole unos segundos—. ¿Por qué no me contesta como siempre? Esto es muy raro.

—Rocco...

—¿Y dos más dos? ¿Tres más tres?

—¡Por favor, basta ya! —dijo Beth, cubriéndose la cara con las manos.

—¿Qué pasa, estás bien? —dije, sintiéndome un poco culpable.

Se secó los ojos y negó con la cabeza.

—¿Estás llorando? —pregunté, aunque la respuesta saltaba a la vista.

—Puede ser. —Beth se encogió de hombros, sin apartar la mirada del suelo.

«*Vaya por Dios*».

Creo que me he pasado tres pueblos con la broma.

«Menudo capullo estoy hecho».

—Oye, no tienes motivos para llorar —dije, deseando poder echar el tiempo atrás.

—Te equivocas. —Se secó los ojos nuevamente—. Tengo una razón de peso. Houdini se ha vuelto a escapar.

—No pasa nada. Ya lo sé —dije sin dudarlo.

—Sin embargo, esta vez no lo encuentro... —Beth me miró y tragó saliva—. ¿Qué has dicho?

—Que ya sé que Houdini se ha escapado. Ahora mismo está con Douglas, en su casa.

—¿De verdad? —Beth se animó un poco.

—Sí, relájate.

—¡Gracias a Dios! —Beth suspiró aliviada—. Un tío que estaba trabajando por aquí me dijo que vio a Houdini un par de casas más allá, pero no se me ocurrió preguntarle a Douglas.

Entonces, ¿Houdini está bien?

—Está más feliz que una perdiz, como siempre. —Asentí y sonreí—. Apuesto a que Douglas está haciendo un estudio exhaustivo de sus cacas en este momento.

Eso no consiguió sacarle una sonrisa a Beth. Para mi sorpresa, empezó a llorar de nuevo.

—Vaya tela… —dije—. ¿Qué te pasa ahora? ¿Por qué vuelves a llorar?

—Es que no lo entiendes. ¡Estaba aterrada! No me lo habría perdonado nunca si le hubiera pasado algo a Houdini —dijo Beth, sin parar de llorar mientras se secaba las lágrimas al mismo tiempo.

Por alguna razón, mi cerebro de mosquito pensó que sacarle una sonrisa a Beth a costa de un susto era una buena idea, pero no me paré a pensar en lo mal que lo había estado pasando desde que creyó haber perdido a Houdini. Ver a Beth llorar me partía el alma, y sabía que tenía que arreglarlo.

—Pero mira, al final no ha sido para tanto —intenté animarla—. Está sano y salvo, que es lo que importa, ¿verdad? Debería haberte avisado en cuanto me enteré de que Douglas tenía a Houdini. —Le lancé una sonrisa, esperando transmitirle un poco de calma.

Beth, perdida en sus pensamientos, parpadeó un par de veces antes de preguntar:

—¿Desde cuándo sabes que Houdini estaba en la casa de al lado?

—Pues, no sé, ¿diez minutos? —Me encogí de hombros—. El mensaje que recibí antes era de Douglas.

Beth dejó de parpadear y su cara cambió por completo, su expresión no presagiaba nada bueno. Entrecerró los ojos. Apretó los labios. Se le dilataron las fosas nasales. Pasó de ser una persona sensible a una aspirante a asesina en serie en un instante. Al parecer, yo era la siguiente víctima de su lista. Contuve la respiración, seguro de que estaba metido en un lío.

—¿Así que todo esto te parecía un juego? —me espetó Beth, cruzándose de brazos.

—¡Qué va! —me defendí—. Solo te estaba tomando el pelo por traer a una perra impostora e intentar hacerla pasar por Houdini. Lo digo por lo del collar rosa.

—Vale. —Ella bufó—. Me la has colado y me siento fatal. ¿Contento?

—Pues no, la verdad. Me siento muy culpable en este momento. Sólo quería castigarte un poquito. Perdona.

—Ya te vale. Deberías sentirte mal. Jugar con los sentimientos de la gente no se hace. Yo estaba aterrada pensando que algo malo le había pasado a Houdini.

—Lo siento de veras. Gracias por preocuparte tanto, lo valoro un montón, pero ¿por qué no me dijiste la verdad cuando lo perdiste? Lo hubiese entendido y, seguramente, te habría mandado a casa de Douglas, ya que no es la primera vez que Houdini hace de las suyas por allí. Se escapa más que un billete de cincuenta en rebajas, ¿te acuerdas?

—Ya, pero me daba palo admitir que te había fallado. Adoro a Houdini y pensaba que era mi deber cuidarlo y protegerlo como oro en paño.

—No me fallaste. —Dejé escapar un suspiro—. Simplemente tuviste dificultades con la tarea asignada. Te dije que Houdini tiene ese nombre por una razón.

Beth resopló, lo cual era señal de que estaba recuperando la compostura. Luego, con una sonrisa, dijo:

—Eso es quedarse corto.

—Y hablando de intentos, bien hecho con el perro señuelo —Me reí por lo bajo, intentando suavizar el ambiente aún más, pues todavía me sentía un poco gilipollas por haberla hecho llorar.

—Para que lo sepas, no tenía planeado hacer eso con Sage, pero Holly apareció y una cosa llevó a la otra. Sage es el perro de Holly —explicó Beth, acercándose y rascando la cabeza del

can.

—¿Y Holly quién es?

Una mujer tomó asiento al lado de Beth en el sofá, la misma que antes había visto agachada detrás de la barra de la cocina.

—Soy yo. Amiga del alma de Beth —dijo.

—Más que amiga, la novia de mi hermano —añadió Beth, con un tono que denotaba complicidad.

—¿Tu novio es Josh Myers? —pregunté, sorprendido.

—El mismísimo. —Holly asintió con una sonrisa.

—Qué pasada. Soy un gran fan suyo —confesé.

—Y él de ti. —Su sonrisa creció aún más.

—Dile que espero conocerlo. Debería haber sucedido hace mucho tiempo, ya que tenemos el mismo agente.

Miré mi móvil al sentirlo vibrar, leí el texto y dije:

—Esa es mi señal. Tengo a unos cuantos colegas esperándome en el restaurante de abajo y tengo que irme. Entonces, Beth, ¿todo en orden entre nosotros?

—Me hiciste ponerme sobre un pie y ladrar como un perro. ¿Qué te crees? —respondió con un tono que no sabía si era de cabreo o de guasa.

—Te compensaré a la vuelta. Palabrita —prometí.

—¿Y qué vas a hacer exactamente? —inquirió Beth, alzando una ceja.

—¡Invítala a cenar a un sitio guay y mímala como a una diva! —saltó Holly, metiéndose en la conversación.

—Suena muy bien. Así será —dije.

—Esto no es una cita. ¿Piensas que una cenita va a compensar la vergüenza que he pasado? Repito, ¡me has hecho ladrar! —dijo Beth.

—Si te sirve de algo, fue un ladrido muy mono—intenté aliviar la situación.

—Yo también lo creo —secundó Holly, añadiendo un aire de complicidad.

—No estás ayudando, ¿sabes? —le espetó Beth a Holly, luego se giró hacia mí, fingiendo seguir enfadada a pesar de que su mirada asesina había desaparecido hacía rato—. Y aún no he acabado contigo.

—La verdad, espero que no. —Sonreí.

Beth levantó la palma de la mano hacia la cámara y su labio inferior se curvó ligeramente hacia arriba, dándome a entender que, en el fondo, todo estaba bien. Después dijo:

—Déjate de coñas, por favor.

—Puedes coquetear conmigo —cuchicheó Holly, acercándose a la cámara.

—Tú también o se lo diré a Josh —dijo Beth.

Holly soltó una carcajada y dijo:

—Josh ya sabe que soy fan número uno de Rocco Romano.

—Muchas gracias —dije—. Ahora, sería perfecto si pudiéramos conseguir que tu mejor amiga aceptase mi invitación. Beth ha dejado muy claro que no es una fan. Ni siquiera quiere ver mis películas.

—¿De qué estás hablando? —Los ojos de Holly se salieron de las órbitas—. Beth se ha tragado todas tus pelis. Algunas hasta dos veces. Créeme, estaba allí. Y, por cierto, hace las mejores palomitas caseras.

—Anda, mira qué hora es. Deberíamos ir a buscar a Houdini. —Beth se puso roja como un tomate.

—También Beth me confesó, en secreto, que eso de ser considerado el tío más sexy del mundo te lo has ganado solito —añadió Holly con una sonrisa de oreja a oreja.

Beth se lanzó hacia el portátil y exclamó:

—Mira, se me está acabando la batería. Necesito…

La llamada de Zoom se cortó.

Me reí mientras cerraba mi portátil, sin creer ni por un segundo que su batería se estaba agotando. A Beth le molo, pero no quiere que lo sepa. Ese es el muro que nos separa. Beth me cae más que genial y no tengo pelos en la lengua a la hora de decírselo. Y por si no había quedado claro lo mucho que me gustaba, iba a hacer que le subiese la temperatura cuando regresara a casa desde Nueva York.

Capítulo Dieciséis

BETH

—Pero, ¿qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca? —Volví a la cocina, dejé el portátil en la encimera y me giré.

Holly soltó una carcajada y se levantó del sofá. Se acercó a mí, con esa sonrisa pícara que la caracteriza, y soltó:

—Te has marcado un teatrillo con lo de la batería para colgarle a Rocco porque no podías aguantar el calorcito que te estaba entrando, ¿verdad? ¿Y me llamas loca a mí?

—Se suponía que lo de sus películas era un secreto. ¡Va a creer que estoy coladita por sus huesos, como todas! ¿Y por qué me siento como una cría en plena pubertad?

—¡Venga ya, mujer! —Holly volvió a soltar una carcajada—. Solo estaba intentando darle un empujoncito a esto en la dirección en la que todos sabemos que debe ir.

—Eso era totalmente innecesario —repliqué.

—Ahí te equivocas. Las chispas que saltan entre tú y Rocco podrían quemar un bosque, y Dios sabe que te harías la remolona hasta los ciento diez años. Te digo yo que, para entonces, tendrás las tetas y el culo por los suelos, así que buena suerte encontrando a alguien con ese panorama.

—No había chispas —mentí, intentando zanjar el tema de una vez por todas.

—¿Pero estás ciega o qué? —Holly no daba crédito.

—Y sorda. ¿Me hablas a mí? Vamos a por Houdini a la casa de Douglas.

—Cambias de tema, pero eso no cambia el hecho de que entre Rocco y tú hay algo.

—No siento nada por Rocco —dije.

—¿Y no te parece guapo? —Holly se plantó delante de mí, con las manos en las caderas, desafiante.

—Claro que sí, pero…

—Te van los tíos con sentido del humor, y él lo tiene de sobra.

—Lo sé, pero… —suspiré con resignación.

—¿Y es majo y generoso? —insistió Holly.

—Sí, pero…

—Venga ya, ¿nunca has echado un ojo a ciertas partes de su anatomía pensando: «*joder, este tío está para parar un tren*»?

—¿Con esas palabras exactas? —pregunté, incrédula—. Jamás. Ese lenguaje no va conmigo. La experta en genes aquí eres tú.

—A lo que voy es que el tío está hecho un Adonis.

—Bueno, puede que tenga su encanto y sea medio guapo —admití.

—¿Medio? —Holly soltó otra carcajada—. Estuve a punto de llamar a los bomberos porque

casi se me queman los pantalones en la videollamada.

—Ahora sí que te pasas —me reí—. Que Rocco tenga sus puntos fuertes no significa que tenga que pasar algo entre nosotros ni que estemos destinados a estar juntos. Somos como el agua y el aceite, vivimos en mundos distintos.

—Los polos opuestos se atraen. Mira Josh y yo —señaló Holly.

—Rocco casi nunca está en casa —repliqué, intentando encontrar rápidamente otra excusa que se sostuviera.

—Josh casi nunca está tampoco.

—Rocco es una estrella. Yo soy una chica de lo más normal.

—Como Josh y yo —replicó Holly—. Él se gana la vida entreteniendo a la gente. Yo paso mis días en un laboratorio estudiando cómo los genes interactúan, evolucionan y se replican en humanos, animales y plantas. No tiene nada que ver.

—¿Podrías dejar de tener respuesta para todo? —bufé, irritada—. Es bastante insoportable.

—Entonces prepárate porque esto te va a chocar — soltó Holly con esa complicidad que la caracterizaba—. Me soltaste que Rocco está en busca de una comedia para ser el protagonista, echar raíces y establecerse. Eso de que casi nunca pisa su casa es algo temporal. ¡Josh está buscando lo mismito! Si yo puedo sobrevivir a eso, tú también, porque te sobra garra, e incluso más que a mí. Todavía no me has dado ni un solo argumento de peso por el cual tú y Rocco no podáis daros una oportunidad y liarla parda juntos. Os veo con afinidad, ¿sabes? Además, ¡te invitó a salir en una cita real!

—Vas lista. —Negué con la cabeza, descreída—. Se lo sugeriste tú y él picó. No cuenta, porque no salió de él. Y ni se te ocurra olvidar que Rocco es un rompecorazones de cajón. Solo sería cuestión de tiempo antes de que me dejase con el corazón roto. No me vengas con que Josh es igual porque, al fin y al cabo, es mi hermano. No tiene ningún problema en eso de comprometerse y jamás te haría trizas el corazón.

—Sí, pero en esta historia, la que ha roto corazones he sido yo. Me he dejado enamorar por un buen puñado de hombres antes de dar con Josh. Lo que quiero decir es que la gente cambia. Sobre todo, cuando se encuentran con la persona que les hace tilín.

Holly estaba consiguiendo que me carcomiera la cabeza con su lógica. No me hacía ni pizca de gracia.

—Está bien, vale —asentí con un suspiro—. Aquí tienes algo para lo que no tendrás respuesta: ¿Y si Rocco y yo lo intentamos y la cosa no cuaja? Me lo encontraría en la tele, en vallas publicitarias, revistas y periódicos por todos lados, hasta el fin de mis días. ¿Te imaginas ese suplicio?

Holly me lanzó una de esas sonrisas cómplices y soltó:

—Por disparatado que suene, estás a un tris de seguir mis pasos, pero con demasiado canguelo como para pisar a fondo.

—No es miedo, es paranoia —precisé—. Hay un mundo de diferencia.

En el amor no hay nada garantizado, bien lo sabía, pero las probabilidades de que saliera escaldada con alguien como Rocco, famoso por quitarse de enmedio justo cuando la cosa se ponía interesante, eran enormes.

—Cariño, sabes que te quiero un montón. —Holly me envolvió en un abrazo.

—Pero, ¿qué? —Puse los ojos en blanco.

—Pero... A veces lo que necesitas es una patada en el culo que te mande a la luna. ¿Quieres vivir metida en una burbuja gigante?

—¿Pagaría alquiler? —Me reí, captando la indirecta.

Quería curarme en salud. No es que no me hiciera ilusión la idea de liarme con Rocco, ya que la aventura prometía, y mucho. Además, el numerito en el restaurante ya estaba olvidado, así que no era eso lo que me echaba para atrás. Lo que me frenaba era el canguelo a lo que pudiera pasar si nos dábamos una oportunidad.

—Venga, vamos a jugar a los pros y los contras —propuso Holly.

—No lo hagamos y finjamos que ya lo hemos hecho. —Sonreí.

Ella me ignoró y comenzó el juego:

—Rocco podría ser tu media naranja.

—O la naranja entera que sale podrida. —No pude contener la risa.

—Podrías ser la mar de feliz —dijo Holly.

—O puedo ahogarme en un mar de lágrimas cuando me deje y comience a salir con su próxima coprotagonista.Por cierto, ya ha hecho de esas un par de veces.

Ella se lo pensó y siguió:

—Podrías ser la afortunada que recibe miles de besos de película de Rocco.

—No vayas por ahí. —Le dije que no con el dedo.

Holly hizo como que no me oía y continuó:

—Imagínate en los brazos de Rocco, y que él te planta un besazo, suavito y con pasión, en los labios. Venga, piénsalo un momento. O dos.

—¿Por qué haces que me imagine eso? —Me crucé de brazos—. No estás jugando limpio.

—Soy un monstruo. —Ella sonrió con malicia.

—Recuérdame buscar una nueva mejor amiga.

—Ya lo tienes. Se llama Rocco.

Levanté la mano y repliqué:

—Buen intento, pero todavía estamos en la fase de conocernos. No se ha ganado el título de mejor amigo.

—Todavía no, pero sucederá pronto.

—Y con respecto a lo otro, ¿de dónde te sacas que sus besos son para tirar cohetes? Igual tiene un aliento que tira para atrás por un problema de estómago sin tratar y se pasa el rato chocando sus dientes contra los míos mientras su lengua se mueve en mi boca como un pez fuera del agua.

Holly soltó una carcajada y contestó:

—De verdad, tienes una imaginación increíble. Vamos, sabes de sobra que Rocco no es de los que hacen eso. ¿No te acuerdas del besazo en la primera peli del Capitán Clapton?

¿Cómo olvidarlo?

Estoy más que segura de que se oyó un grito contenido en masa y luego un suspiro de todas las mujeres en el cine, todas soñando que éramos la afortunada en sus brazos. Confieso que yo era una de esas.

Holly esbozó una sonrisa, pero se quedó callada.

—Eres cruel, mandando mis pensamientos por esos derroteros —le dije.

Ella se encogió de hombros y soltó:

—Ya sabes que no soy de fiar. Y tú, deja de comerte la cabeza con lo que vendrá. Vive el momento presente. Disfruta el viaje.

Tenía razón, sin un ápice de duda. Vi una entrevista en Internet hace poco donde Deepak Chopra decía que la gente debería vivir el ahora y abrazar la incertidumbre. No es que no lo hubiera pensado, pero es que del dicho al hecho hay mucho trecho.

—En serio —prosiguió Holly—, prefiero tener una relación de película que acabe con el

corazón hecho añicos antes que una vida gris y aburrida llena de remordimientos preguntándome «*qué habría pasado de haber hecho lo que no hice*».

—Josh nunca te haría eso. —Suspiré.

—Ahora lo sé, pero al principio no tenía ni idea de lo que iba a pasar. Hubo momentos en los que creí que mi karma había llegado y que Josh me dejaría con el corazón hecho pedazos, justo como había hecho yo con algunos novios. Viví acojonada un tiempo y nunca te lo dije porque me convencí a mí misma de que no era para tanto.

—No me lo puedo creer. No tenía ni idea de que te sentías así —dije.

—Pues sí, así fue. ¿Y qué pasa si tienes un rollo increíble con Rocco y luego te deja colgada? Si pasa, pues ya sabes que no era para ti, te sacudes el polvo y a esperar al que realmente te mereces. No puedes empezar algo pensando que te va a salir rana. Hay que estar abierta a lo que venga y ver qué pasa.

Miré a Holly un momento y le dije:

—Tienes razón, lo sé. Pero, ¿por qué insistes tanto con lo de Rocco? Nunca has sido así con otros tíos que me han gustado antes.

—Tengo un presentimiento enorme. —Holly se encogió de hombros y luego esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Quiero verte feliz. Te mereces a alguien que te cuide a lo grande. Además, estaría de lujo fardar de que mi colega está casada con Rocco Romano. —Soltó una carcajada.

Yo agité la cabeza, incrédula, y dije:

—¿Casada? Pero si ni siquiera hemos salido juntos todavía.

—¡Todavía! —exclamó Holly, rebosante de alegría—. ¡Eso quiere decir que no descartas la idea!

Vaya por Dios.

No era mi intención decir eso, pero se me escapó sin más. Era como si el lado derecho de mi cerebro ya hubiera decidido darle una oportunidad a Rocco, olvidando pasar el aviso al lado izquierdo.

Holly cerró el puño, visiblemente emocionada ante la posibilidad de que Rocco y yo nos diésemos una oportunidad. Instantes después dijo:

—Vas a tener la boda más alucinante del siglo.

—¡Qué barbaridad! —le respondí.

—Créeme, todo va a ir sobre ruedas, ya lo verás. Deja de resistirte y deja que las cosas fluyan. —Me abrazó tan fuerte que me dejó sin respiración—. Estoy flipando en colores por ti. A saber, Rocco podría ser el amor de tu vida.

En algo tenía razón. Necesitaba dejar que las cosas sucedieran por sí solas porque resistirme a mis sentimientos y negar la química entre Rocco y yo era un auténtico suplicio.

Se acabaron las dudas. Se acabó fingir que no me interesaba. Se acabó darle mil vueltas a todo. Si Rocco me invitaba a salir, aceptaría. Si él coqueteaba conmigo, yo le seguiría el rollo. Pero algo que no iba a hacer era cambiar mi forma de ser solo porque él era la estrella más rutilante de Hollywood. Tenía que aceptarme tal y como soy, con mis defectos y mis virtudes.

Una corriente de nerviosismo y emoción recorrió mi cuerpo al tomar la decisión de ignorar el miedo y abrazar la incertidumbre. Iba a lanzarme a la piscina. Y Rocco no tendría ni idea de lo que le había caído encima.

Capítulo Diecisiete

BETH

Tres días después...

Mientras Rocco estaba fuera, me dediqué a perfeccionar tres recetas de galletas para perros y dos platos que bien podrían pasar por menús gourmet orgánicos caninos. A Houdini le chiflaron. También conseguí darle forma al logo de mi flamante negocio. Pero hoy, Holly me sugirió que me tomara un respiro y me convenció de que era un pecado capital malgastar un día tan espléndido encerrada en casa cocinando.

Y oye, cuánta razón tenía.

Era un día de postal en el sur de California: un sol radiante y una brisa que jugueteaba con las palmeras, como invitándome a disfrutar del agüita de la piscina flotando panza arriba. Vamos, un paraíso terrenal.

Houdini estaba en su salsa, acostado en una de las tumbonas, echándome un vistazo de vez en cuando mientras yo me daba chapuzones. Desde el último intento de fuga no había vuelto a probar suerte, pero no por eso dejaba de estar pendiente. Incluso cuando me duchaba lo arrastraba conmigo al baño, con la puerta bien cerrada.

Rocco tenía que volver de Nueva York en cinco horas. Bueno, cinco horas y veintidós minutos para ser más exactos, según el enorme reloj del patio, que colgaba en la pared de la ducha y al que le echaba un vistazo cada dos por tres. Gwen y Marcello también iban a llegar sobre esa hora, así que estarían en casa para cuando Rocco pisara tierra.

La mala fortuna quiso que no hiciésemos nuestras últimas dos videollamadas nocturnas por Zoom, debido a sus jornadas interminables de trabajo de quince horas de rodaje. Por lo visto, hubo un lío con los permisos en Nueva York y perdieron un día de trabajo. Me moría de ganas de que Rocco volviera; la verdad es que me aburría un montón sin él.

Desde el momento en que decidí cambiar mi actitud con él, mi imaginación se había disparado, soñando con todas las posibilidades y escenarios donde podríamos acabar juntos. Por ejemplo, justo ahora me lo estaba imaginando al otro lado de la piscina, acercándose a mí nadando, con la cabeza sobresaliendo un poco del agua, el pelo hacia atrás y esa sonrisa que quita el hipo. Luego, se ponía de pie, mientras su pecho brillaba bajo el sol, el agua se deslizaba sobre él como si fuese un anuncio de colonia, mientras la parte superior de su bañador de competición negro asomaba por el agua y yo me quedaba ahí, deseando que alguien vaciara la piscina para poder apreciar el resto de su anatomía.

Estaba a punto de llegar a la parte del sueño en la que Rocco me tomaba en sus brazos y me besaba hasta dejarme sin aliento, pero Houdini me sacó de mis pensamientos al ladrar y correr

hacia un lado de la casa. Sin duda, el gato del vecino estaba merodeando otra vez. Era el momento perfecto para recordarme que debía parar de fantasear tanto con Rocco, ya que todavía había un muro enorme entre nosotros. Decidí hacer otro largo de piscina y volver al curro.

Esta vez, aguanté la respiración y me sumergí. Nadé todo lo que pude antes de quedarme sin aire hasta el otro extremo. Me giré, tomé aire profundamente y nadé en sentido contrario bajo el agua, asombrada de lo lejos que había llegado considerando el tamaño de la piscina.

Claramente, mi imaginación estaba dándome otro paseo gratuito por el universo de Rocco. Vi unas piernas musculosas bajo el agua. Unas piernas que vestían un bañador de competición negro muy familiar.

Alcé la cabeza para coger aire, o más bien soltar un grito ahogado, ya que había estado admirando esas piernas bajo el agua más tiempo del debido. Me limpié la cara y los ojos con las manos como si fueran limpiaparabrisas.

Rocco estaba ahí, el agua le llegaba a la cintura.

—Hola. —Me esforcé por mantener el contacto visual.

—Hola —replicó él.

—¿Qué haces aquí? —Parpadeé un par de veces.

—Pues ahora me haces dudar, pero diría que esta es mi casa —contestó Rocco, con un tono que mezclaba la sorpresa con un toque de guasa, típico de quien se topa con una situación inesperada pero agradable.

—Muy gracioso. No te esperaba hasta dentro de cinco horas. Me has pillado por sorpresa.

—¿Una sorpresa buena o mala?

«*Ya no fingiré más*».

Me acerqué a él desde el extremo menos profundo y emergí lentamente del agua para revelar primero la parte superior del bikini negro y luego mi vientre.

—Una sorpresa buena —dije con una sonrisa.

Rocco alzó una ceja, entreabrió ligeramente los labios, y su sonrisa pícara se ensanchó. Luego dijo:

—Vaya, ahora el sorprendido soy yo. Ese bikini te sienta de maravilla. —Su mirada descendió hacia mis pechos por un breve segundo antes de bajar hasta mi ombligo y regresar a mis ojos.

—Gracias. —Sonreí, aunque por dentro me moría de ganas de reírme.

Estaba claro que estaba usando el comentario sobre el bikini como excusa para echar una miradita a mi cuerpo, no cabía duda. En otro momento le hubiese soltado algo para que se cortase un poco, pero esta vez no. Dejar que disfrutara de la vista fue un juego muy estimulante para mí. Me encantaba cómo me miraba. Y lo que es justo es justo: le devolví la mirada con la misma intensidad.

Houdini iba y venía por el borde de la piscina, moviendo el rabo, como si estuviera deseando saltar y unirse a nosotros.

—Sé un buen chico. Quédate ahí —le dijo Rocco a Houdini.

El perro se sentó al borde de la piscina.

Rocco se giró hacia mí y comenzó a agitar las manos en el agua. Luego dijo:

—Al final terminamos el rodaje antes de lo previsto porque decidieron cortar una de las escenas. Llamé al piloto y conseguí que el avión estuviese listo para despegar a las seis de la mañana. Tenía más razones para volver pronto a casa que para quedarme en Nueva York.

Me encantó como sonó eso.

—¿Y una de esas razones era que te morías de ganas por darte un chapuzón? —le vacilé,

imitando su gesto y haciendo círculos con las manos en el agua.

Rocco soltó una risita y dijo:

—Pues sí, esa era una. El hotel era un desastre, sin piscina ni nada, y estaba deseando volver a mis largos habituales. Te confieso que verte en el agua aumentó enormemente mis ganas de nadar. —Me lanzó un guiño y echó otro vistazo a mi cuerpo.

¿Es cosa mía o aquí ha subido la temperatura? La piscina se estaba convirtiendo en un caldo. Necesitaba zambullirme de nuevo en el agua para enfriarme un par de grados.

—A lo mejor ser entrenadora personal es mi verdadera vocación y mi don es hacer que la gente entrene sin demasiado esfuerzo —solté al final.

—Apúntame en la lista. —Rocco sonrió.

—No te alcanzaría el presupuesto. —Le devolví la sonrisa.

Él alzó una ceja.

—Bueno, igual sí, pero soy de un exigente que no te imaginas. No acepto a cualquiera como cliente, ¿sabes? —le solté.

—Una mujer de negocios muy astuta. Me encanta.

Houdini ladró tres veces y meneó el rabo.

Rocco negó con la cabeza y me explicó:

—A veces lo dejo chapotear conmigo. Le encanta, pero es un coñazo secarlo porque tiene un pelo muy largo y luego va y se cuela en casa para saltar sobre la cama empapado. Cambiando de tema, ¿te apetecería dar unas brazadas conmigo?

Moví la cabeza negando y respondí:

—Tira tú. Yo haré de vigilante desde el borde para ver tu estilo.

Rocco soltó una carcajada y dijo:

—Vaya, ahora sí que tengo presión. ¿No serás un tiburón disfrazado? ¿no?

—La verdad es que sí, pero ya llevo casi una hora aquí metida. Prefiero salir antes de convertirme en una pasa.

—¿Y sueles nadar a menudo?

—Cuando puedo. Vivo en un bloque de apartamentos que está a tiro de piedra de la playa —contesté.

—¿Y te metes en el agua todo el año? —preguntó Rocco.

—Prefiero la piscina climatizada del gimnasio en invierno, aunque normalmente me apunto a clases de aquagym, no hago largos. Son ejercicios bastante sencillos y de bajo impacto, como el footing acuático y levantamientos de rodilla, algo así. —Hice una demostración del movimiento, pero paré en seco al sentir un tirón en el pie izquierdo.

—¿Estás bien? —inquirió Rocco, notando mi gesto de molestia.

Forcé una sonrisa y dije:

—Es un calambre. Solo necesito estirar un momentito. —Alcé el pie intentando masajear la zona donde sentía el calambre.

—Puedo ayudarte. Soy bastante bueno en esto de relajar los músculos contraídos —comentó Rocco, tomando mi pierna izquierda para sacarla del agua, apoyando el talón de mi pie contra sus abdominales marcados.

«Ojalá el calambre hubiese sido en la mano»

—Muchas gracias —dije, mientras el músculo de mi pie se tensaba todavía más.

Rocco colocó su mano en la parte superior de mi pie y la deslizó por mi espinilla, deteniéndose justo antes de la rodilla. Luego, pasó su otra mano por debajo, empezando por el talón y subiéndola hasta el tendón de Aquiles.

—¿Mejor así? —preguntó, masajeándome la pantorrilla suavemente con una mano mientras con la otra me sostenía la rodilla.

Me derretí en cuestión de segundos. Tragué saliva, dividida entre dejarle seguir masajeando el lugar equivocado, ya que me sentía más cerca del cielo que nunca, o pedirle que se centrara en el verdadero problema bajo mi pie, que me estaba matando de dolor. ¿Cómo había llegado a desearle tanto? Tomé una decisión cuando el dolor se intensificó y no pude aguantar más.

—Es por debajo del pie —conseguí decir entre dientes, mientras me mantenía a duras penas de pie en el agua.

—No te preocupes. Estoy en ello —respondió Rocco, retirando ambas manos de mi pierna y rodeando con sus diez dedos mi pie. Presionó con los pulgares en la punta del pie con movimientos circulares y luego avanzó lentamente hacia el arco—. Vaya, esto está muy tenso.

—Sí, así es. —Cerré los ojos, tomando aire profundamente mientras Rocco obraba maravillas con sus dedos.

—Pídeme lo que quieras —dijo él.

—Un poco más fuerte, por favor —rogaba yo.

—¿Mejor así? ¿Qué tal va? —Rocco seguía dándole a mi pie, aumentando la presión.

—Así, justo así. Perfecto. —Sonreí, con los ojos todavía cerrados, aliviada de que el calambre se me iba pasando—. Madre mía, no te detengas. Sigue. Dale un poco más. Sí, eso es. Más fuerte. Sí, sí, sí. —Mis ojos se abrieron de golpe al darme cuenta de que sonaba como una actriz de peli para adultos.

Rocco debió pensar lo mismo porque parecía que se le cortaba la respiración. Todavía tenía mi pie contra su abdomen, pero el masaje se paró en seco.

—Tengo que elegir mejor mis palabras. ¿Puedes fingir que no escuchaste nada de eso? —dije.

—Ya lo grabé en mi memoria para recordarlo cuando no estés. —Rocco soltó una sonrisa pícara.

—Voy a fingir que no escuché eso. Y ten cuidado, o acabarás en la caseta del perro con Houdini.

Al escuchar su nombre, el perro saltó desde el borde de la piscina al agua detrás de Rocco, provocando una sacudida. La fuerza del agua empujó a Rocco hacia mí. Al caer hacia atrás, mi pie derecho se deslizó hacia arriba por su abdomen, cruzando su pecho hasta posarse en su hombro, mientras mi otra pierna se enroscaba alrededor de su cintura, aferrándome a él mientras intentaba no hundirme.

Rocco agarró mi cintura para evitar que me cayera, pero se impulsó hacia delante demasiado y cayó sobre mí, empujándome bajo el agua antes de que pudiera aguantar la respiración. Me levantó rápidamente, nuestros cuerpos estaban pegados el uno al otro, ambos jadeando y tosiendo agua.

Pensando que era un juego, Houdini nos rodeaba, intentando acercarse y chocando con Rocco, empujándonos más el uno contra el otro. Nuestros cuerpos resbalaban, la sensación era parecida a recibir un masaje con aceite caliente, activando muchas de mis zonas sensibles al máximo. Si no fuera porque estaba completamente empapada de pies a cabeza e intentando sacar el agua de mi nariz, el contacto piel con piel me habría hecho arder viva. Sentirlo tan cerca, en cada parte de mí, llevó mi mente al límite. Si muero ahora moriría feliz.

—Houdini, sal de la piscina ya. —Rocco lo dijo manteniendo el contacto visual conmigo, como si entre nosotros hubiese un código secreto.

El perro, obediente, pero con cierta lentitud, volvió nadando hacia los escalones menos

profundos, salió del agua y se sacudió, regalándonos una lluvia fresca.

Las manos de Rocco, firmes y seguras, me sujetaban como si yo fuese lo único que lo mantenía anclado al suelo. Se aventuró a retirar una de ellas solo para apartar con delicadeza un mechón rebelde de mi frente.

—¿Todo bien? —preguntó, rozando mi mejilla con una ternura que desarmaba, antes de dejar que su mano descendiera suavemente hacia mi cintura.

—Sí, el calambre ya pasó —confirmé, asintiendo mientras me deshacía del nudo en la garganta, intentando procesar lo que había ocurrido.

—Me alegra oírlo. —La risa de Rocco vibró a través de mí, contagiándome.

Nos reímos juntos, pero cometí el error de dejar que mi mirada se perdiera en sus labios. Él no tardó en responder, bajando sus ojos hacia los míos. La risa de Rocco se apagó, y sus ojos se tornaron de un marrón más profundo e intenso, recordándome al chocolate negro, ese del 86% de cacao; una mirada que conocía demasiado bien.

Quería besarme.

Mi corazón latía desbocado en mi pecho, convencida de que él lo oía, dada la proximidad de nuestros cuerpos, permitiéndome sentir cada contorno, cada músculo de su ser. Era evidente que disfrutaba tenerme entre sus brazos. ¿Iba a besarme? No tenía ni idea. Pero, ¿quería yo que lo hiciera? Más que el aliento. Podría reunir todas mis metas, sueños, los planes para el negocio nuevo, incluso los quince mil dólares que me iba a pagar y tirarlos a la basura. Un solo beso de Rocco valía más que todo eso en este momento.

«*Bésame*».

Lamentablemente, los mensajes subliminales no eran mi fuerte, y estaba claro que no iba a ser yo quien rompiese la tensión, no con el contrato de por medio. Si alguien debía dar el paso, tenía que ser él, así no podía culparme a mí o, peor aún, despedirme. Parece que el momento de película se había acabado.

Ay, no… Rocco parecía estar sopesando la idea de otro beso. Echó un vistazo a mis labios y se acercó un pelín más. El ruido de alguien aclarándose la garganta nos sacó de nuestra competición de miradas cargadas de intenciones.

«¡Vaya por Dios!»

Giramos la cabeza despacio hacia el lado. Totalmente ajeno a nuestra situación, Marcello había aparecido por sorpresa y se encontraba al lado de la piscina.

—Hola, Beth. Cuánto tiempo sin verte. —Él me lanzó una sonrisa y me saludó con la mano.

—Lo mismo digo. —Esforcé una sonrisa, preguntándome cuánto más pensaba Rocco tenerme pegada a él. No es que me molestase, pero ahora teníamos público—. Es que me ha dado un calambre en el pie y Rocco estaba intentando arreglarlo.

Marcello levantó una ceja, echando un vistazo a cómo estábamos agarrados. Seguíamos abrazados como si fuéramos dos monos en celo.

—¿Un calambre en el pie, dices? —comentó él.

—Sí. Ya se me ha pasado. Gracias por salvarme, Capitán Clapton —dije, soltándome rápidamente de Rocco y preguntándome cómo había acabado con las manos en su pecho.

—Otro trabajo bien hecho. —Rocco soltó lo que parecía ser un suspiro profundo de frustración, como si le costara aceptar que había tenido que separarse de mí. No más frustrado que yo, desde luego.

—Tienes tu videoconferencia con Spielberg en quince minutos —le informó Marcello a Rocco.

—¿Steven Spielberg? —no pude contenerme.

—Es un secreto, no has escuchado nada —respondió Rocco, guiñándome un ojo.

—Han tenido que adelantar la reunión —explicó Marcello.

—¿Y eso? —inquirió Rocco.

—Ni idea, pero ya les he dicho que estarías listo. Te envié un WhatsApp, pero ya veo que no tienes dónde guardar el móvil. —Marcello soltó una carcajada y se dio media vuelta, alejándose de la piscina.

Rocco se giró hacia mí e hizo un gesto hacia la casa. —Debería ponerme en marcha. Necesito cambiarme de ropa.

Asentí y dije:

—Oye, como has vuelto prontito, estaba pensando... ¿Te importaría hacerme un súper favor?

—Pídeme lo que quieras —respondió Rocco al instante.

—El dueño del local que estoy pensando en alquilar va a estar hoy allí un par de horas, poniendo unas lámparas nuevas. Me ha invitado a echar un vistazo. Se supone que tengo que estar al loro con Houdini, pero, ¿crees que podrías cubrirme durante una horita o así?

—Claro que sí. ¿Quieres que te acompañe? —propuso Rocco.

Parpadeé sorprendida.

—¿Qué? —dijo.

—¿En serio? ¿Te apetece venir conmigo?

—¿Por qué no? Será divertido. —Rocco sonrió.

¿Divertido? A ver, para mí sería genial porque podría empezar a imaginarme montando allí mi negocio, pensando en la decoración y esas movidas, pero ¿divertido? No lo tenía tan claro. ¿Y a santo de qué le apetecía a Rocco acompañarme en este recado?

Quizás era una chorrada preguntárselo después de lo que había pasado entre nosotros en la piscina. Si él estaba por la labor, igual que yo, seguramente lo que quería era pasar más rato juntos. Y daba igual el lugar y lo que hiciésemos.

—Perdón, olvídalo. No quise hacerte sentir incómoda —dijo Rocco.

—¡Que no, que no! Me mola la idea de que vengas —le corté.

—¿Seguro? —preguntó, con una media sonrisa que le curvaba el labio inferior.

—Sí, hombre, sí. Solo que me pilló por sorpresa, no me imaginaba que te atraería algo así, eso es todo.

—Salir me encanta cuando el tiempo me lo permite. Y esto, además, me brinda la ocasión de compensarte por haberte hecho ladrar el otro día.

—Como ya te dije, va a hacer falta algo más que una comida de lujo para que ese episodio quede en el olvido. —dije.

—No es ninguna sorpresa, pero estoy más que preparado para el desafío. Además, conozco el sitio ideal para ir a picar algo mientras estamos fuera. Espero que vayas con hambre.

—Pues hambre no me falta, pero no sé yo si fiarme de ti para elegir sitio, con los rumores que corren de que te pirran las galletas de perro.

Rocco sacudió la cabeza. —Solo de pensarlo me entran arcadas. Y no, no te voy a llevar a un restaurante cualquiera. Créeme, te va a encantar. —Su sonrisa pícara se agrandó aún más.

—Vale, pues te dejo ir a tu reunión. Simplemente dame un toque cuando consigas escaparte.

Rocco asintió, lanzando una mirada entre la casa principal y donde yo estaba, indeciso. Luego dijo:

—Oye, ¿por qué no te adelantas? Me voy a quedar un ratito más en el agua para, eh, refrescarme un poco.

Casi podía adivinar la razón.

—De acuerdo —dije, sabiendo de sobra que probablemente se quedaría mirando cómo salíamos mi trasero y yo de la piscina en dirección a la casa de invitados.

No es que me sintiera incómoda con mi cuerpo, pero tampoco era una sílfide como algunas de esas tías con las que Rocco solía juntarse. Pero, por alguna razón, eso no me importaba en absoluto. Como ya he dicho antes, tenía que aceptarme tal y como soy, con todos mis defectos. Tengo que reconocer que me sentía bastante sexy con mi nuevo bikini.

Regalándole una sonrisa a Rocco, me dirigí a las escaleras y salí de la piscina. Me sequé en un periquete y, puedes llamarme loca, pero no me enrollé la toalla alrededor de la cintura mientras caminaba hacia la casa de invitados, estaba casi segura de que Rocco todavía me estaba mirando. Entonces, el diablillo que llevo sobre el hombro me sugirió que jugara un poco con Rocco.

Como una versión femenina de Dwayne Johnson, hice una flexión de glúteos, justo como Rocco había hecho cuando me pilló espiándolo en la piscina. Incluso añadí unas cuantas flexiones de bíceps. Me costó un mundo no partirme de risa.

—¡Me estás matando! ¡De verdad! —gritó Rocco.

Con una última pose ridícula al estilo de la Venus de Milo —pero con brazos—, eché un vistazo al reflejo de la piscina en la ventana de la casa de invitados para ver si Rocco seguía mirándome. Imaginé que lo hacía. Le lancé una mirada súper sexy, un beso al aire y entré. Algo me decía que él no saldría del agua en un buen rato.

Riendo por lo bajo, cerré la puerta tras de mí. No tenía ni idea de qué me había dado, pero creo que nunca en mi vida me había sentido más viva y llena de energía.

Capítulo Dieciocho

ROCCO

Estaba seguro de padecer una de esas enfermedades raras llamada: *Beth en el cerebro*. No existía ningún remedio para mitigar sus síntomas. La única solución era una nueva dosis de Beth, en carne y hueso, lo más cerca de mí posible, y la necesitaba ya, antes de que mi estado empeorase irremisiblemente.

Era una locura sentirme así, teniendo en cuenta que acababa de verla. Definitivamente, algo había cambiado en Beth, algo me atraía todavía más de ella.

Por un lado, se mostraba menos tensa cuando estaba conmigo, más suelta que nunca, calambre aparte. Luego estaba esa forma en la que meneaba el culo al salir de la piscina. Como si nadie la estuviera observando, aunque sabía perfectamente que yo no podía quitarle los ojos de encima.

No conseguía quitarme esa imagen de la cabeza. Era como si le hubiese dado al interruptor de la inhibición y ahora estuviese dispuesta a explorar esa conexión nuestra, abriéndose a que algo sucediese entre nosotros realmente. Y eso me parecía perfecto, porque yo estaba más que listo. Beth ya me había cautivado, incluso antes de nuestro encuentro en la piscina cargado de tensión sexual estilo Circo del Sol, donde casi la ahogo. Me tenía loco incluso antes de que apareciese con ese bikini negro tan sexy.

Me encantaba que fuera luchadora, con carácter, obstinada, preciosa, inteligente y divertida. Beth sabía lo que quería y no se iba a conformar con menos. Eso me impresionaba, incluso si me había puesto en mi sitio más de una vez por comportarme como un imbécil. Eso significaba que no era ninguna pusilánime, una cualidad más que añadir a su lista de puntos positivos y otra razón más por la que necesitaba pasar más tiempo con ella y conocerla mejor.

Cerré el portátil y salí de mi despacho hacia la cocina, donde Marcello estaba echando azúcar a su café.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó, y después movió su café con la cuchara antes de dejarla en el fregadero.

—Parece que a Spielberg se le ha encendido la bombilla, así que tenemos que volver a planificar todo. —Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿qué? ¿Volvemos al montón de guiones en tu escritorio? —preguntó Marcello.

—Exactamente —respondí—. Tengo que ponerme las pilas porque he perdido muchos días en Nueva York. Le meto mano en cuanto vuelva.

—¿A dónde vas? No veo ningún plan en tu agenda para hoy.

—Voy a salir con Beth un rato. Mándame un mensaje si necesitas algo.

—¿Y eso que decías de tomarte el trabajo en serio? —Marcello me lanzó una mirada cómplice y soltó una carcajada.

—Bueno, en teoría tenía previsto llegar más tarde, así que tengo varias horas libres, además Oliver ha vuelto de Hawái, va a empezar a revisar algunos guiones y a descartar los que no valgan la pena. Lo único que quiero ahora mismo es pasar más tiempo con Beth. —No pude evitar sonreír.

—Parece que os estáis llevando de maravilla, por lo que vi en la piscina —comentó Marcello.

—Así es. Tenemos mucha química y ahora que hemos derribado las barreras no puedo dejar de pensar en ella —confesé, intentando moderar mi entusiasmo.

—¿Y qué hay de tu contrato? —Marcelo levantó una ceja—. Acuérdate de sus anexos. Sigues teniendo obligaciones legales, ¿sabes? Te puede caer un marrón, y no es por ser desconfiado.

—Lo sé, lo sé. Todavía estoy intentando solucionar esa parte, pero bueno, ella está en la misma situación, así que estoy seguro de que lo tiene en cuenta. Lo resolveremos. En serio, me veo con ella como pareja, lo cual es raro porque ni siquiera hemos tenido una cita propiamente dicha.

—No me sorprende —Marcello afirmó—. Estáis pasando mucho tiempo juntos con la cosa del trabajo. Mucha gente se enamora de sus compañeros de trabajo.

—Mis sentimientos cada vez son más fuertes —admití—. Y cuanto más tiempo paso con ella, más deseo estar a su lado. Es alguien especial, créeme.

—No necesitas convencerme, pero ten cuidado.

—¿A qué viene eso? —incliné la cabeza, con curiosidad.

—Porque te conozco, bacalao. Primero, está el tema del contrato y el anexo que ambos firmasteis. Figúrate el marrón legal si no lo cumples. Además, estoy de acuerdo en que Beth parece maja, así que, no queremos que acabe cantándote la canción de Elton John: «*no vayas a romperme el corazón*».

Marcello estaba hablando de mi coraza, esa que me protegía, la que me impedía pillarme demasiado por alguien y cortar antes de que la cosa se pusiese seria. Estaba convencido de que con Beth sería diferente.

—Oye, que no es que yo empiece cada rollo pensando en la fecha de caducidad —contesté.

—Ya lo sé —dijo Marcello.

Había asistido a la consulta de una psicóloga para intentar desenterrar mis traumas, hasta que empezó a tirarme los tejos. Según ella, tengo un problema de identidad y miedo al abandono que está relacionado con mi infancia, cuando mis padres me abandonaron y me vi obligado a vivir con familias de acogida.

Para colmo, vine al mundo con el corazón algo chungo. Me hicieron falta unas cuantas operaciones a lo largo de los años, pero a los padres que me querían adoptar les echaba para atrás jugársela conmigo. Por suerte, todo salió con éxito en los quirófanos. La mayoría de las cicatrices se quedaron en mi alma. También me costaba un mundo lo de hacer amigos, porque, total, ¿para qué esforzarme si al final me volvería a mudar a otro sitio?

No es que mis padres adoptivos fuesen malos, o que mi infancia hubiese sido horrible. La verdad era que mi miedo al abandono no empezó hasta que me hice adulto y mantuve una relación, pensando que las cosas estaban mejorando. Siempre rompía con las mujeres antes de que ellas tuvieran la oportunidad de romper conmigo, antes de que me abandonaran como lo habían hecho mis padres. Era como un reloj, una mujer tras otra, un problema horrible del que no estaba orgulloso.

Las revistas sensacionalistas me etiquetaron como: «El rompecorazones de Hollywood», algo

que casi me enfermó.

La verdad es que lo de Marcello siempre me ha parecido curioso, porque él también creció en familias de acogida, pero por alguna razón nunca le pesó tanto como a mí. A lo mejor es que él es más fuerte, o será que ya lleva cinco años casado y está locamente enamorado de su mujer; eso es algo que me llena de alegría. Estoy convencido de que mi momento, el de encontrar el amor de mi vida, está al caer.

¿Será Beth? Solo el tiempo lo dirá.

—Lo tuyo es miedo en estado puro —Marcello me dio una palmada en el hombro—. Siempre te imaginas el peor escenario posible y cortas por lo sano antes de que la cosa pueda torcerse. La verdad es que cada vez que empiezas algo con alguien, me pregunto cuánto te durará esta vez.

—Reconozco que arrastro unos cuantos fantasmas que no me dejan avanzar. Pero tengo la sensación de que con Beth puedo cambiar la dinámica. Esta vez es diferente, de verdad. Podría ser ella la definitiva.

La sonrisa de Marcello se iluminó y dijo:

—Nada me haría más feliz. Nunca te había visto tan ilusionado con nadie, aun así, pisa con cuidado. Si notas la más mínima señal de que puedes caer en los mismos errores de siempre, haz lo que debas, pero no te líes con Beth. No le hagas daño.

Marcello tenía razón. Debía pensar en los sentimientos de Beth antes de lanzarme a algo serio con ella. Pero algo en mi interior me decía que estaba tomando la decisión correcta. Por muy cursi que suene, lo sentía en lo más hondo de mi ser... ella era la mía.

—Por eso te quiero tanto —dije de corazón—. Te preocupas por todos, incluso por alguien que acabas de conocer, como Beth. —Le devolví la palmadita en la espalda, seguida de un abrazo—. Todo va a salir bien, ya lo verás. Me alegro de que estés a mi lado.

—Siempre lo estaré, amigo. —Marcello soltó una sonrisa.

—A todo esto, gracias por cuidar de Houdini.

—Eso ha sido un favor puntual porque llegabas tarde a la reunión. —Alzó su dedo índice—. Me debes una.

—Ya lo sé —me eché a reír—. Y te debo el doble por quedarte con Houdini durante mi cita esta tarde.

—¿Qué? —Marcello echó la cabeza hacia atrás, incrédulo—. No, no, no y no. Eso no me convence.

—Te compensaré, lo prometo —aseguré—. De hecho, te sorprenderé con un almuerzo especial a mi vuelta.

—¿Estás insinuando lo que creo que estás insinuando? —Los hombros de Marcello se relajaron y alzó una ceja con expectación.

—Ya lo verás —le dije, guiñándole un ojo.

—Está bien, por esta vez te lo paso —concedió Marcello, esbozando una sonrisa.

—Muchas gracias, campeón. Ahora vuelvo.

Me dirigí al garaje, cogí la llave del Maserati y me encaminé a la casa de invitados. Beth abrió la puerta irradiando una sonrisa con su bolso al hombro, unos vaqueros claros desgastados y una blusa negra. Estaba increíblemente sexy, pero no podía desaprovechar la oportunidad de devolverle la jugada por todas las puyas que me lanzaba por mi ropa.

—Una blusa negra, qué poco original —comenté, frunciendo el ceño como si acabara de oler uno de los legendarios pedos de Houdini después de un festín de queso.

Beth soportó el golpe, sin amedrentarse ante un pique amistoso y dijo:

—No te oí quejarte de mi bikini negro.

Su sonrisa picarona me estremeció el corazón. En ese momento, comprendí cómo se sentía Superman. Y no, no me refiero al traje de licra. Las mujeres con esa seguridad en sí mismas eran mi perdición. Mi kriptonita.

Beth era creativa, ingeniosa y absolutamente cautivadora. El tipo de mujer que no se deja definir ni por su trabajo ni por sus relaciones. Podría ser feliz conmigo o sin mí, lo cual a la vez me impresionaba y me aterrorizaba, porque deseaba que me quisiera. Beth se mantenía fiel a sí misma, sabía lo que quería y no aceptaba menos. No hay nada más atractivo que una mujer con esas características.

Cada pequeña cosa que hacía o decía Beth me enamoraba un poco más. Quería robarle un beso. Estaba impaciente porque se diera ese momento. Solo había un pequeño problema. Era esa molesta cláusula de no besar en el contrato. La única forma de evitarlo sería que ella me besara primero. ¿Pero cómo iba a hacer que eso sucediera? Estaba seguro de que encontraría alguna manera.

Beth cerró la puerta y dio dos pasos a mi lado, manteniendo su sonrisa, pero de pronto se paró en seco y se giró hacia mí:

—¿Quién conduce?

—Tú —respondí.

—Entonces tengo que volver a entrar. He dejado mis llaves sobre la mesa.

—No hace falta. —Le sonreí, depositando en su mano la llave del Maserati y cerrando sus dedos sobre ella.

—Estás bromeando, ¿no? —Beth titubeó, observando la llave.

—Ni por asomo.

—¿Me vas a dejar conducir tu Maserati nuevo? —Miró de nuevo la llave y después me miró a mí.

—Exacto. —Asentí.

—¿El que solo ha recorrido quince kilómetros?

—Exacto. —Crucé los brazos.

—Ni siquiera tú has conducido ese coche.

—No me estaré perdiendo algo, ¿verdad? ¿Cuál es el problema?

—¿Confías en mí? —Beth parpadeó un par de veces y luego se encogió de hombros.

Me eché a reír y le dije:

—Manejas un Ford Shelby Mustang de 1966 que está impoluto; no le encontré ni un rasguño y mira que lo intenté. Probablemente tu coche causaría más expectación en una subasta que el mío.

Beth alzó las manos y dijo:

—¿Y eso qué tiene que ver? Quieres que conduzca tu coche, un Maserati.

—Lo que quiero decir es que, si no confiara en ti, ni te lo habría propuesto. Pero oye, si te da miedo llevarlo, no pasa nada. Pásame la llave.

—Ni se te ocurra, ¿eh? —Beth la escondió detrás de su espalda—. Venga, vamos. —Ella soltó una risa, apretándome el brazo con complicidad, y juntos nos encaminamos hacia la casa.

—Me lo figuraba. —Me reí, contagiado por su buen humor.

Ya en el garaje, Beth pulsó el mando para que las puertas de mariposa del Maserati se alzaran majestuosas. Soltó un suspiro y sacudió la cabeza, maravillada al ver ambas puertas elevarse.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Esto me flipa más de lo que te imaginas —respondió—. ¿Listo?

—Más que nunca. —Me instalé en el asiento del copiloto.

Beth se acomodó al volante, se abrochó el cinturón y respiró hondo. Después dijo:

—El aroma de este cuero es puro vicio, pero yo no te he dicho eso.

—No he oído nada, nada, limonada. —contesté, fingiendo desinterés con una sonrisa traviesa.

—Así me gusta.

Saqué el móvil y simulé apuntar una nota:

—Nota para mí: comprar un jabón que huela a cuero y ducharme con él cada día.

—Eres incorregible. —Beth negó con la cabeza, divertida.

El coche dio marcha atrás y tomó el camino de salida, deteniéndose un momento a la espera de que se abriera la puerta automática. Ella se sumió en el silencio, saboreando el momento mientras conducíamos por mi calle y, en cuanto llegamos a la carretera principal que conecta Rancho Santa Fe con Encinitas, Beth recuperó su confianza. La alegría se dibujaba en su rostro, sus ojos brillaban con una luz especial.

—¿Todo bien? —inquirí, deseoso de conocer sus impresiones al llevar mi coche.

—Es alucinante —respondió ella con una sonrisa radiante—. Simplemente estoy disfrutando el aquí y el ahora. Es un día precioso, todo está en calma. Y este coche es la bomba.

—¡Cuidado! —exclamé al encarar una curva.

Beth frenó de golpe, lo que causó que la parte trasera del coche derrapara hacia la derecha y nos sacara de la carretera. Aguanté la respiración mientras el coche patinaba sobre la grava directo hacia uno de los eucaliptos más grandes y majestuosos de todo Rancho Santa Fe.

«*Joder, vamos a empotrarnos contra el árbol*».

Por instinto, puse mi brazo por delante de Beth, consciente de que, si se abría el *airbag* tras el choque, podría romperle la nariz. Todos mis músculos se tensaron en anticipación al impacto. Esto iba a doler.

Capítulo Diecinueve

BETH

Sentí que el corazón se detenía momentáneamente en mi pecho al ver que el Maserati se había parado por completo, a sólo unos centímetros del eucalipto. El polvo flotaba en el aire, una nube gigante envolvía el coche, como si estuviéramos atrapados en medio de una tormenta de arena. Tenía bastante experiencia conduciendo deportivos y generalmente podía manejarlos bien, pero evitar chocar con ese árbol fue un verdadero milagro.

Respiré profundamente un par de veces para orientarme y repetí lo que acababa de suceder en mi cabeza, alegrándome de que estuviéramos vivos. Mi mente se disparó en mil direcciones diferentes, pero ningún pensamiento era capaz de distraerme de la extraña sensación que sentía en el pecho. Era una presión constante, casi como si el cinturón de seguridad estuviera demasiado apretado. Miré hacia abajo y me quedé perpleja con lo que vi.

—Oye, Rocco... —dije.

Él tenía la boca abierta y la mirada fija en el árbol de eucalipto. Por fin respondió:

—¿Qué? —Parecía como si no pudiese apartar los ojos del árbol.

—¿A santo de qué tienes la mano en mi pecho? —le dije.

Por fin me miró, vio dónde tenía su mano y luego la retiró tan rápido como si tocarme le quemara la piel.

—Lo siento mucho —dijo—. Pensé que el *airbag* iba a abrirse y que podría romperte la nariz e incluso la mandíbula. Obviamente no quería que terminaras desfigurada, así que traté de detenerla antes de que te golpeara en la cara.

—¿No has notado que mi nariz está ubicada aquí arriba como la de la mayoría de la gente? —Le señalé mi cara—. Tu mano estaba a mil kilómetros de su objetivo.

—No estaba tratando de tocar tu cuerpo, te lo prometo. —Rocco se pasó la mano por el pelo, negando con la cabeza—. En serio, solo quería protegerte, pero el coche dio un salto en ese bache y me lancé hacia delante sin querer. Te juro que no le quitaba ojo al árbol.

—Te creo —Le dije, extendiendo la mano para darle una palmadita en el brazo—. Pero, dime, ¿a qué ha venido ese susto? ¿Ante qué se suponía que tenía que estar alerta? No vi nada.

—Había un conejito en la carretera —confesó Rocco.

Le miré fijamente un momento antes de responder:

—¿Un conejito?

—Eso mismo.

—No lo vi.

—Sé que no lo viste, por eso grité —explicó Rocco.

—Arriesgaste nuestras vidas y la posibilidad de destrozar tu coche de doscientos mil dólares por un…

—En realidad, trescientos mil —me cortó él—. Hay que tener en cuenta los impuestos que he pagado, más una prima por ser la primera persona en Estados Unidos en poseer este modelo.

—Déjame entenderlo… —Giré la cabeza hacia su dirección—. ¿Consigues el primer Maserati MC20 de todo el país y lo dejas aparcado en el garaje sin moverlo?

—Tenía miedo de atropellar a los conejitos. Son tan monos. —Él sonrió entre dientes.

—Préstame mucha atención señor sabelotodo. La vida de un conejo no es más importante que la vida humana.

—Apuesto a que *él* no estaría de acuerdo contigo. —Señaló al conejo que había a la izquierda del árbol.

—Eres ridículo. —Miré a Rocco y luego me reí.

—Eso me lo dices a cada minuto —dijo Rocco.

Seguí riéndome y añadí:

—Gracias. Necesitaba una buena risa después de este susto. —Miré el árbol a través del parabrisas—. Pero en serio, gracias a Dios que no destrocé tu coche nuevo.

Rocco me miró con una ternura que desarmaba, apartándome un mechón de pelo de la frente con un gesto suave.

—El coche me da igual —dijo—. Lo único que me importa eres tú. —Se acercó un poco más y clavó su mirada en mis labios. Vaya por Dios, la cosa se puso seria de repente. Sus palabras me hicieron sentir un cosquilleo en todo el cuerpo y, acto seguido, me dejaron sin aliento. —El coche es solo una cosa material.

—Es cierto, pero tu casa está llena de cosas materiales —dije—. Si no te gustaran, no las tendrías. Y no te critico, todos tenemos cosas materiales, aunque unos tienen más que otros.

—Tienes razón, pero la diferencia es que no tengo apego a ellas. Si desaparecieran de repente, mi vida no cambiaría. En cambio, si desaparecieras tú, bueno, esa es otra cosa. —Me miró de nuevo.

«Madre mía, qué guapo es, por Dios».

—Me gustas, Beth. Mucho. —Sus ojos se entrecerraron, y luego volvió a fijarse en mis labios.

Quería besarme, no había ninguna duda. Y la verdad es que el sentimiento era mutuo. Deseaba que me besara mil veces más que ponerme al volante de su coche. Pero este no era el lugar. Aunque por otra parte, ¿realmente hay un lugar inapropiado para un beso? Mi mente siempre ha sido muy inflexible, pero parece que se olvidó del apartado de nuestro acuerdo donde se prohibían los besos, lo que ahora empezaba a ser un verdadero quebradero de cabeza. Mientras no besara primero a Rocco, todo iría bien. Sí, estaría violando la cláusula de mi apéndice, pero lo perdonaría al instante siempre y cuando él me besara una segunda vez. Y luego una tercera.

La verdad es que estaba deseando ese beso tanto como el aire, pero tenía claro que me tocaba armarme de paciencia. Todo se torció por mi culpa, en el momento en que dejé de hacer como si Rocco me cayera gordo. Desde entonces, mis sentimientos por él empezaron a dispararse a toda leche. Lo notaba en los huesos, en el corazón y hasta en el alma. Eso no quitaba que estuviera un pelín acojonada. Al fin y al cabo, él era Rocco Romano y podía elegir a cualquier tía del planeta.

Por suerte, pensé en lo que dijo Holly:

«Rocco podría ser tu media naranja».

Había que esperar y ver, pero el cosquilleo en la barriga me indicaba que podría ser él. Sin rodeos.

—Tú también me molas. —Le solté una sonrisa a Rocco.

—¿Mucho? —Inclinó la cabeza, con una media sonrisa.

—Sí. Un montón. —Me reí, sintiéndome como una chiquilla.

—Me alegra oír eso. —Rocco sonrió y me echó otra ojeada a los labios. Esta vez, con más intensidad. Sus ojos brillaban, eran más oscuros que nunca. Se me acercó y se humedeció los labios.

Mi corazón empezó a galopar. Nada nos detendría ya. Excepto, quizás, el porrazo en la ventana, que nos hizo pegar un bote a los dos. La situación se estaba volviendo cómica. Suspiré y bajé la ventanilla, flipando con quién me encontré.

—¡Sabía que tenía que ser tu coche, Rocco! —exclamó Douglas, asomándose para ver al copiloto—. ¡Por fin lo sacaste del garaje! ¿Todo bien? Vi marcas de un frenazo en la carretera y me preocupé.

—Buenas, vecino. —Rocco le saludó con la mano, con un entusiasmo que brillaba por su ausencia, como si estuviera tan molesto como yo por la interrupción—. Estamos bien, no te preocupes.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Douglas.

—Rocco se ha cagado vivo al ver un conejo —respondí—. Yo he pisado a fondo los frenos por el susto y aquí nos tienes. Ni siquiera vi al conejo.

—Que sí, que había un conejo, ¡lo juro! —se defendió Rocco.

—¡Anda! Yo también iba a llevarme a uno por delante justo antes de parar —dijo Douglas.

Miré a Rocco buscando su reacción.

—Menos mal que estamos bien, y el conejo también. —Me lanzó una sonrisa cómplice.

—Os soltaría un rollo sobre la barbaridad de caca que puede llegar a hacer un conejo, pero estoy casi seguro de que ese pobre ya ha vaciado lo que no está escrito después de vuestro encuentro —bromeó Douglas, partiéndose.

—Gracias por ahorrarnos los detalles —contestó Rocco, uniéndose a la risa—. Bueno, vamos a seguir a lo nuestro.

—Vale, jovencitos. —Douglas nos lanzó una sonrisa—. Nos vemos en la noche de bolos.

—Me apunto —confirmó Rocco.

—Hasta luego, Douglas —me despedí, sonriendo.

Douglas se giró para irse a su coche, pero se paró en seco y soltó:

—Oye, que se me ha ocurrido una cosa. ¿Te viene mal que la noche de bolos sea justo el día de tu cumple? Podemos cambiarlo si tú y Beth tenéis algo en mente.

—Este año quiero hacer algo tranquilo en mi cumpleaños, así que me viene de perlas. —dijo Rocco.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —pregunté.

—¡En dos días! —saltó Douglas todo contento por Rocco—. Me sorprende que no lo sepas, ya que eres su chica.

Parecía que Rocco iba a corregir a Douglas, pero de repente cambió de opinión. Sin embargo yo no me iba a quedar callada, pasando de esas palabras sin decir nada, especialmente si podía divertirme un poco al mismo tiempo.

—Rocco, Rocco, Rocco. Tengo que estar al tanto de estas cosas, no sabía que fuese tu chica —dije, acercándome y dándole un toquecito en el brazo a modo de broma.

—Más que mi chica, eres mi tortura. No me provoques que me acerco —replicó Rocco, devolviéndome la broma con otro empujón.

Me partí de risa, teniendo en cuenta que estábamos casi pegados en el coche.

—Es maravilloso veros como dos tortolitos que no se toman nada en serio —dijo Douglas—.

¡La vida es corta! ¡Tenemos que divertirnos!

¿Tortolitos? Miré a Rocco para ver su reacción, pero él tampoco quiso mojarse. No dijo ni pío.

—Por cierto, he invitado a Beth a jugar a los bolos con nosotros —añadió Douglas.

—Seguro que no sabe dónde se está metiendo. —Rocco levantó una ceja.

—Ya. Gwen me lo ha chivado todo, ¿te acuerdas? —dije.

—Es que el tío es un crack. —Douglas asintió—. Una vez jugó con la mano izquierda y aun así me ganó. Hazte un favor y no apuestes nada contra él en los bolos, o puedes decir adiós a tus ahorros.

—No le tengo miedo. —Sonreí, divertida por ser la segunda persona en advertirme sobre Rocco.

—Ah, ¿no? Pues, ¿qué te apuestas? —dijo Rocco.

Me moría por apostar mil besos. Claro que no lo iba a soltar delante de Douglas ni de Rocco, pero eso no quitaba que pudiera soñar con ello.

—Apostar dinero es un cliché —dije.

—Lo que sea —se echó a reír Rocco.

—Me gustaría apostar algo un poco más... interesante.

Eso captó su interés de lleno. Rocco se acomodó en su asiento y miró mis labios por un instante antes de volver a encontrarse con mi mirada y soltar:

—Ah, ¿sí? ¿Y qué se te ocurre?

—Ya se me ocurrirá algo, pero ahora mismo lo único que quiero es comer algo.

—Entonces os dejo. Cuidado con esos conejos, nos vemos pronto. —Douglas golpeó el capó del auto, lo que hizo que Rocco hiciera una mueca.

—Hasta ahora —contesté.

Douglas se dirigió a su coche, arrancó y se fue.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—Podríamos. —Rocco se encogió de hombros con aire despreocupado—. A no ser que prefieras seguir con la conversación que teníamos antes de que Douglas hiciera su aparición estelar.

—No tengo ni idea de qué hablas —mentí con la cara más dura del mundo.

—Creo que sí lo sabes —dijo, sonriendo mientras sus ojos volvían a mis labios, aunque sin acercarse más.

Un nudo de frustración se formó en mi estómago. Esto rozaba lo absurdo. ¿Por qué no me besa? No tenía ningún sentido. Estaba claro que lo deseaba, pero se estaba reprimiendo por alguna extraña razón. Mi aliento estaba bien, con un toque de menta, así que por eso no era. Además, llevaba puesto ese perfume que volvía loco a Rocco. Lo había intentado todo, esperando que no pudiera resistirse más.

Si no fuera por su estúpido contrato ya lo habría besado, pero, ¿por qué demonios no me besaba cuando estaba tan claro que sentía atracción por mí? Solo me llevó unos segundos caer en la cuenta.

¡Tenía que ser por ese apéndice del contrato!

Eso era. Rocco quería que fuera yo quien diera el primer paso. Quería que fuera yo quien rompiera las reglas, no él, porque así tendría el control total. Ese hombre astuto estaba intentando superarme en mi propio juego. Buen intento. Ya veremos quién gana esta partida, pero estaba cien por cien segura de que no sería él.

Capítulo Veinte

BETH

Estaba a punto de relamerme los labios otra vez y darle a Rocco de su propia medicina cuando mi estómago decidió montar un concierto.

—No escuchaste eso —dije.

—Para nada. Pero parece que alguien está pidiendo comida a gritos —dijo él riendo.

—Vale, no puedo negar que me muero de hambre. ¿Qué tienes en mente?

—Te he dicho que es una sorpresa, pero ya te adelanto que no vamos a un Burger King. Venga, salgamos de aquí y vamos a comer ya. ¿Te apetece conducir?

—Un pequeño susto no va a impedirme ponerme al volante de esta joya —respondí—. Intenta mantener la calma si aparece otro conejo en el camino.

—Entendido —dijo Rocco—. ¿Y si nos cruzamos con un coyote?

—Creo que ya sabes la respuesta. De todas formas, iré más atenta.

—Pues vámonos ya.

Con una sonrisa, di marcha atrás, salí a la calle y aceleré. Luego dije:

—Deberíamos hacer primero una parada en mi nueva casa, ya que el dueño no va a estar allí todo el día.

—Por mí perfecto —respondió Rocco, asintiendo.

Por suerte, el resto del camino transcurrió sin más aventuras. Aparqué justo delante del edificio y señalé con un gesto:

—Bienvenido a mi nuevo hogar. Hay una cocina industrial en la planta baja. Viviría en el apartamento de arriba. Es una oferta genial porque es como si estuviera alquilando la cocina y el apartamento fuese gratis.

—Suena de maravilla. —Rocco asintió mientras nos bajábamos del coche.

—Ya verás —contesté.

Abrí la puerta principal y entramos al edificio.

—¿Cómo va lo de tu proyecto nuevo? —preguntó Rocco con curiosidad.

—Todavía estoy en ello, trabajando a tope en la marca, el embalaje y el acopio de material. Los folletos ya están a punto, solo falta mandarlos a imprimir. —Miré alrededor—. ¿Jacob? ¿Hola?

Jacob Rasmussen era el dueño del edificio y de varios más de esa zona. Se le veía realmente contento de tenerme como arrendataria, lo cual era un descanso, teniendo en cuenta las historias de terror sobre inquilinos y caseros que circulan por ahí.

—¡Beth! —Jacob apareció desde la cocina con una sonrisa—. Qué alegría que hayas podido venir. —Miró a Rocco de arriba abajo antes de que su sonrisa se desvaneciera—. ¡Vaya, el Capitán Clapton!

—El mismo. Pero llámame Rocco. —Sonrió y le tendió la mano.

—Por supuesto. Es un honor tenerte por aquí. Soy un admirador de tus pelis —dijo Jacob, estrechándole la mano a Rocco con tal ímpetu que casi se la arranca de cuajo.

—Muchas gracias.

—¿Sois socios en el negocio? —Jacob nos hizo un gesto a los dos.

—No, solo la acompaño. Como amigo. —Rocco movió la cabeza negando.

No era exactamente lo que quería escuchar, aunque tampoco esperaba que le confesara a Jacob que era la chica de sus sueños.

—Buenos amigos —añadió Rocco, guiñándome un ojo.

Eso sonaba mucho mejor.

—Bueno, esto sí que es un placer. —Jacob sonrió—. ¿Te importaría que nos hiciéramos una foto? Es para mi mujer, claro.

—Por supuesto. —Rocco asintió con una sonrisa.

Jacob sacó su móvil del bolsillo, se colocó junto a Rocco, sonrió y capturó el momento:

—Una, dos y tres. Ya. Muchísimas gracias. —Jacob señaló hacia el vestíbulo y la sala principal. —Beth, siéntete como en casa. Bueno, de hecho, este va a ser tu hogar. Solo estoy cambiando unas cuantas bombillas en el piso de arriba. Cualquier cosa, me dices.

—Mil gracias —respondí.

Rocco me siguió a la cocina, miró los electrodomésticos profesionales y dijo:

—Este sitio es alucinante. Parece que tienes todo lo que te hace falta para arrancar. Nunca te he preguntado, ¿dónde tienes pensado vender las galletas para perros?

—Pues voy a empezar poco a poco. —Me recosté sobre uno de los mostradores de acero inoxidable—. Puedo montar un puesto en el mercadillo local y participar en algunos eventos para perros, para ir soltándome y hablar de mis productos. A la larga, quiero vender mis galletas en tiendas de animales y peluquerías caninas de la zona, antes de pensar en ampliar más. Llevo casi un año dándole vueltas.

—Veo que lo tienes todo pensado —dijo Rocco—. Si en algún momento necesitas un empujón en temas legales para cubrirte las espaldas, dime y te pongo en contacto con mi abogado. Me debe un montón de favores, así que no te costaría nada.

—Eres un sol por ofrecérmelo. No descarto aceptarlo —respondí, genuinamente agradecida por su generosidad. Le di un apretón en el brazo.

—Harías bien —dijo Rocco, fijándose en mi mano aún en su bíceps, sonriendo—. Intentando comprobar si hay química, ¿no?

—¿Vas en serio? —Retiré el brazo y negué con la cabeza—. Si el que no puede mantener las manos quietas eres tú.

—Estaba en shock porque casi me matas.

—¡Venga ya! ¿Quién fue el que me puso la mano en el pecho? ¿Esperas que me trague que solo intentabas protegerme de que el airbag me reventara en la cara como si fuera una bomba? Buena excusa.

—No dije que el airbag fuera a estallar como una bomba —Rocco se echó a reír—. *Desplegar* fue la palabra, la escogí con mucho cuidado. A ti te encanta exagerar.

—De todos modos, estabas tocando mi pecho —contesté entre risas.

Justo en ese momento, Jacob entró y se quedó de piedra. Después dijo:

—Eh... uh... Disculpad, no quería interrumpir. Mejor me vuelvo por donde he venido. —Hizo una mueca y luego señaló hacia la puerta.

Sentí cómo el calor me subía desde el cuello hasta la cara.

Estaba... mortificada. Otra vez.

—Espera —conseguí decir finalmente, echándole un vistazo a Rocco antes de girarme hacia Jacob—. ¿Necesitas ayuda con algo?

—No, nada —Jacob esbozó una sonrisa forzada—. Es que tengo que ausentarme unos treinta minutos. Tengo que ir a la ferretería. Si quieres, puedo dejarte la llave para que cierres al irte.

—No hace falta —respondí, sacudiendo la cabeza—. Nos vamos ya, que estoy que me subo por las paredes de hambre. Ya volveré en otro momento, si no te importa.

—Cuando quieras. Capitán... Digo, Rocco. Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente —respondió Rocco con un gesto afirmativo.

—Y si estás buscando un buen lugar para comer, os recomiendo el Santo Domingo Grill —añadió Jacob—. Es espectacular.

Forcé una sonrisa, sin querer decirle a Jacob que preferiría comerme un clavo oxidado antes que pisar ese restaurante de nuevo. Luego dije:

—Gracias, pero Rocco me tiene una sorpresa para el almuerzo. Nos vemos pronto. —Prácticamente arrastré a Rocco fuera del edificio y me paré frente al Maserati—. Vaya papelón. Olvidemos lo que ha pasado ahí dentro. Y no menciones más eso de tu mano en mi pecho o voy acabar en un lío.

Una mujer pasó por nuestro lado, mirándome el pecho y frunciendo el ceño, sin percatarse de que estaba justo al lado de la mayor estrella de Hollywood.

—Vale. Se acabaron las charlas sobre pechos, aunque fuiste tú quien sacó el tema primero, no yo —comentó Rocco.

—Deja de decir esa palabra —le susurré—. No estarás pensando en llevarme de vuelta al lugar del delito, ¿verdad?

—¿Al Santo Domingo Grill? —preguntó Rocco con inocencia.

—No me malinterpretes, agradezco el detalle si tu intención era transformar un mal recuerdo en uno bueno, pero mi exjefe todavía trabaja allí y es la última persona que quiero encontrarme.

—Te entiendo perfectamente. Y no, no tenía pensado llevarte allí. De hecho, no vamos a ir a ningún restaurante.

Parpadeé un par de veces, tratando de asimilar la información, y pregunté:

—Me estás asustando. ¿Qué? ¿Vamos a hurgar en los contenedores de un callejón o a comprar comida rápida de Costco? Ninguna de esas opciones me parece muy romántica, la verdad.

—¿Romántico? —Rocco arqueó una ceja—. ¿Consideras esta escapada una cita? —Una sonrisa lenta iluminó su rostro.

—Es posible. Impresióname. Y hazlo rápido. Me pongo de un humor de perros cuando tengo hambre. Ahora puedes conducir. —Le entregué la llave del Maserati, presionándola contra la palma de su mano.

Rocco asintió, con más ánimo que nunca desde que insinué que esto podía ser una cita. Pulsó un botón de la llave y las puertas se desbloquearon automáticamente. Al abrocharme el cinturón de seguridad, me detuve un momento. Se me acababa de ocurrir una idea brillante, algo que haría que Rocco quisiera besarme ahí mismo. Estaba segura. Me ajusté el cinturón de seguridad con fuerza, de manera deliberada, pillándome la parte inferior de mi blusa entre la hebilla y la lengüeta.

—Mierda —exclamé.

—¿Qué pasa? —preguntó Rocco.

—No tengo ni idea de cómo lo he hecho, pero tengo la blusa atascada. —Hice una mueca y

miré mi cinturón de seguridad.

—No te preocupes. —Rocco metió medio cuerpo en el coche y colocó una mano a cada lado de mis piernas rodeando el asiento, luego se inclinó sobre mí hacia el cinturón de seguridad, rozando su mejilla contra la mía en el proceso.

Sentí una chispa eléctrica recorrer mi cuerpo.

«*Por favor, hazlo otra vez*».

Clavé la mirada en el costado de su cuello, a apenas unos centímetros de mi boca, imaginando exactamente lo que debe sentir Drácula antes de clavar sus colmillos en su víctima. Claramente, no había contemplado la posibilidad de que mi plan se volviera en mi contra.

—No me cabe en la cabeza cómo se te ha metido aquí la blusa —dijo Rocco, agachando la cabeza, concentrado en sacar mi blusa sin romperla.

—Yo tampoco tengo ni idea —mentí, preguntándome si su cuello sabría tan bien como olía.

Rocco trató de desabrocharme el cinturón de seguridad y, sin querer, me dio un codazo en el pecho.

—¡Ay! ¿Pero qué te pasa hoy con mis pechos, hombre? De verdad... —exclamé.

—Lo siento, debe ser otro bache —se disculpó Rocco, entre risas.

—Sí, claro, un bache estando parados —dije, poniendo los ojos en blanco.

—¿Un terremoto, entonces?

—No cuela —respondí, aguantando la risa.

Rocco siguió con su misión, pero esta vez su hombro chocó levemente contra mi barbilla—. Vaya, lo siento otra vez, creo que he encontrado la manera de sacar la blusa de la hebilla. A ver si ahora...

Mi estrategia para que me besara estaba siendo un auténtico fracaso. Necesitaba un plan B y lo necesitaba ya, antes de que consiguiera soltarme la blusa. ¿Qué podría volver loco a Rocco?

«Venga, piensa, piensa. ¡Dale al coco!»

De repente, se me vino la idea perfecta. Coloqué las palmas de mis manos sobre su camisa, justo encima de esos abdominales marcados y le dije:

—Así evitaré que vuelvas a caer sobre mí.

Rocco soltó un quejido y dijo:

—Me estás matando.

Y esa fue la reacción que estaba buscando.

—Pero, ¿qué he hecho? —pregunté, fingiendo inocencia. Me encantaba cómo se estremecía al sentir mi tacto.

—Sabes perfectamente lo que estás haciendo —respondió Rocco.

—Lo siento, no tengo ni idea.

Entonces, Rocco dejó de prestar atención al cinturón de seguridad y se giró hacia mí, rozando su rostro con el mío una vez más. Después dijo:

—¿De verdad? ¿No se te ocurre nada? —Acercó de nuevo su rostro al mío.

Negué con la cabeza, incapaz de articular palabra. Tragué saliva mientras mi respiración se entrecortaba. Solo unos centímetros nos separaban, quizás menos.

—Llevas ese perfume que tanto me gusta. —Rocco inhaló lentamente y susurró—. Lavanda. Y algo más, ¿es vainilla?

Asentí, todavía sin hablar.

—Eso pensaba. No tienes ni idea de lo que me hace ese aroma —murmuró Rocco, acercando su nariz lo suficiente para rozar mi cuello mientras volvía a inhalar.

«*Ni te imaginas lo que me haces tú, Rocco*».

Su aliento acariciaba mi cuello, provocando escalofríos por todo mi cuerpo. Mi corazón latía desbocado, casi saliéndose del pecho. Estaba claro que se estaba burlando de mí, y aquello era una auténtica tortura. Parte de mí deseaba que se detuviera, pero, al mismo tiempo, ansiaba que no lo hiciera. Cerré los ojos, tragando saliva nuevamente, aunque sonó más fuerte de lo esperado. Rocco se retiró levemente, esbozando una sonrisa mientras su mirada descendía hacia mis labios. Era el momento. No había forma de que pudiera resistirse más. Si no teníamos cuidado, nuestros cuerpos acabarían incendiando el coche. Me pasé la lengua por los labios, provocándolo, tentándolo, deseando, anticipando, necesitando... prácticamente suplicándole con la mirada que diera el paso. Se acercó un poco más, sin embargo, no avanzó. Rocco se mantenía a un suspiro de distancia de mis labios, haciéndome perder la cabeza aún más.

Él esperaba que yo diera el primer paso. Y yo esperaba que él se lanzara. Pero entonces, los ojos de Rocco se tornaron inexpresivos. Comenzó a moverse en sentido contrario, alejándose de mí. Así, nuestro efímero momento se esfumó.

«Vaya por Dios».

Rocco se retiró completamente y salió del coche, dejándome ahí, con la boca seca, el corazón acelerado y una libido muy frustrada.

—Pero, ¿qué haces? ¡Estabas a punto de hacerlo! —exclamé, frustrada.

—¿A punto de hacer qué? —preguntó él, cruzándose de brazos y adoptando una expresión de fingida inocencia.

—Ya sabes... sacar mi blusa de la hebilla —mentí—. ¿Qué más podría ser? No puedo creer que te estés echando atrás.

—Eso es justamente lo que estoy haciendo —confirmó Rocco asintiendo con la cabeza.

—Pero... ¿por qué?

—Sabes perfectamente por qué —me dijo, regalándome una sonrisa cómplice.

—No tengo ni idea de lo que hablas. ¿No vas a ayudarme?

—Nunca se trató de un problema con el cinturón de seguridad y ambos lo sabemos —dijo Rocco, sus labios curvándose en una sonrisa maliciosa—. Buen intento —Pulsó el botón de su llave para cerrar mi puerta automáticamente.

Había descubierto mi juego. Rocco sabía que intentaba hacer que él diera el primer paso. Y yo sabía que él quería que yo lo hiciera. ¿Qué íbamos a hacer ahora? Ninguno de los dos podía avanzar. Si esto fuera una partida de ajedrez, nos encontraríamos en tablas.

Esto lo cambió todo.

Capítulo Veintiuno

ROCCO

Fue realmente ingenioso por parte de Beth eso de meter la blusa en la hebilla del cinturón, sabiendo de sobra que yo no dudaría ni un segundo en reptar por su cuerpo para ayudarla a liberarse. Capitán Clapton al rescate. Casi caigo en su trampa sin remedio.

Cuando Beth puso ambas manos sobre mis abdominales, por poco me da un síncope ahí mismo y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad, invocando a los dioses del autocontrol, para no lanzarme a besar esos labios que me llamaban a gritos. Todavía no sé cómo me contuve cuando el mantra: «al diablo con el apéndice del contrato», no paraba de resonar en mi cabeza.

Lo que no me cuadraba era cómo Beth había podido resistirse a nuestra química explosiva y no besarme cuando le rocé el cuello con la nariz. Estaba convencido de que eso la haría caer rendida, pero la mujer tenía un autocontrol digno de una monja en primera fila en un espectáculo de *strippers* masculinos de Las Vegas.

Yo era el culpable de este embrollo. Si no la hubiese hecho firmar ese contrato, no habríamos añadido el dichoso apéndice, lo que significaba que ahora mismo estaríamos besándonos sin parar frente a su nuevo edificio. En cambio, mientras conducíamos en busca de algo para saciar el apetito, ninguno de los dos abrimos el pico.

¿Qué estaría maquinando Beth en ese momento? Era imposible que estuviese tan frustrada como yo. ¿Estaría tramando su próximo movimiento magistral? Sin duda alguna. Una cosa estaba clara, todo se había complicado ahora que ella sabía que no iba a besarla a menos que fuese ella la que tomara la iniciativa. Lo que significaba que tenía que ser más astuto y, tenía que admitir que no sería nada fácil.

Entré en el centro comercial Del Rayo Village y ocupé la primera plaza de aparcamiento que encontré, preguntándome cuánto tardaría Beth en hacer algún comentario sobre la ubicación.

Ella se quedó mirando a la gente que visitaba los diferentes puestos. Finalmente, se giró hacia mí frunciendo el ceño y dijo:

—¿Me has traído a un mercadillo al aire libre?

—Sí —dije.

—¿Para comer?

—Exacto, otra vez. —Abrí las puertas del coche y después me bajé.

—¿No se te olvida algo? —preguntó Beth. Se señaló el cinturón de seguridad con una mirada de impotencia, como si la estuviese abandonando allí a su suerte, condenada a morir de hambre. Obviamente, estaba intentando repetir su pequeña trampa, pero yo no iba a picar de nuevo.

Suspiré y alcancé a desabrochar su cinturón de seguridad estirando el brazo por encima de la consola central, lográndolo solo pulsando con mi dedo índice.

—Mira por dónde, se ha soltado —dije—. Debe ser que antes no le di en el ángulo correcto. —Salí del coche riéndome y cerré la puerta tras de mí.

—Espera un momento. ¿Eso qué ha sido? —preguntó Beth, señalando hacia el coche.

—¿El qué? —pregunté.

—Eso que ya sabes.

—Solo te he desabrochado el cinturón. —Me encogí de hombros, haciéndome el despistado.

—¿Y has visto lo fácil que ha sido esta vez? —dijo Beth.

—Una locura, ¿verdad? Casi tan fácil como cuando se te enganchó la blusa —dije, conteniendo la risa.

—Te crees muy listo. —Beth negó con la cabeza.

—Puede ser, pero no tanto como tú.

Ella abrió la boca para replicar, pero la cerró de golpe al darse cuenta de lo que había dicho. Es difícil discutir con alguien que te acaba de halagar.

—Déjalo ya, es la hora de tu experiencia gastronómica de cinco estrellas —dije, pensando que cambiar de tema nos vendría bien a los dos—. Por aquí, por favor. Ve delante. —Seguí a Beth entre dos coches.

Se agachó bajo un pino, pero se enganchó el pelo en una de las ramas bajas, haciéndole perder el equilibrio por un instante antes de continuar.

—¿Has estado bebiendo? —le pregunté, soltando una risa y agachándome también bajo el pino. Por supuesto, acabé dándome un coscorrón con el árbol.

—Debería hacerte yo esa pregunta —respondió Beth, riéndose de mí.

—El ataque del pino asesino —dije con un estilo teatral—. Pagaría por ver esa peli.

Beth sacudió la cabeza ante mi chiste y esperó a que la alcanzase. Luego señaló con la cabeza a tres mujeres que bebían batidos y me observaban descaradamente sonriendo.

—Ya se han percatado —comentó Beth—. Va a ser todo un espectáculo salir contigo en público.

—No te preocupes —respondí—. La gente aquí es distinta. Esto no es Los Ángeles ni Nueva York; es más bien un remanso de paz al estilo de Rancho Santa Fe. Por algo escogí vivir aquí.

—¿Quieres decir que todo el mundo te deja tranquilo? —Beth dirigió la mirada hacia las mujeres.

—Más o menos, pero son menos pesados aquí. Algunos piden *selfies* y autógrafos. Muchos simplemente tomarán una foto a escondidas y la subirán a las redes. No hay mucho que pueda hacer al respecto, así que espero que no te importe.

—¿Y a mí qué me va a importar? —inquirió Beth.

—Porque estás conmigo, y lo más seguro es que aparezcas en algunas de esas fotos.

—Ah... No había caído en eso —admitió Beth.

—Y eso sin contar la parte en la que especularán si hay algo entre nosotros. Se preguntarán quién es esa misteriosa acompañante mía, cuál es su historia y si está esperando un hijo mío.

Beth se palpó el vientre, entrando al juego con humor, y dijo:

—Hmm... ¿Lo estaré? ¿Cómo podría saberlo? ¿Existen pruebas para estas cosas?

—Claro que sí —dije sonriendo—. Pero la prueba más fiable es que te entren antojos de comer pepinillos con helado a medianoche.

—Así empiezan los rumores. Cuidado, estás en público —dijo riendo.

—Vale… pero hablando en serio, no te extrañes si un día te ves en la portada de alguna revista de cotilleos mientras haces la compra.

Beth me miró como si viera un fantasma.

—No te agobies —dije, poniendo mis manos sobre sus hombros—. Es algo a lo que te tendrás que acostumbrar si quieres ser mi amiga.

—Tu amiga... —Ella asintió, con una sonrisa cómplice.

—Lo siento —dijo, haciendo una mueca—. Quise decir prometida, olvidé que estabas planeando nuestra boda.

—Ya estamos. —Beth negó con la cabeza—. Nunca dejarás que lo olvide.

—No se me va a olvidar en cincuenta años por lo menos. A propósito, tienes algo en el pelo, del árbol que te atacó. —Le hice un gesto a su cabeza.

—Por favor, no me digas que es una araña. Quítamela. —Beth se sobresaltó.

—Relájate. No es algo vivo. Ven... —Me acerqué tanto que nuestros cuerpos se tocaron. Pasé mis dedos por su pelo, tratando de quitar algunas hojas de pino que estaban enredadas.

Beth tragó mientras sus ojos me miraban. Intenté sacar la primera aguja de pino, con cuidado de no arrancar el pelo, casi como si estuviera sacando un bloque de madera de una tambaleante torre *Jenga*. Beth cerró los ojos el tiempo suficiente para que yo pudiera mirar sus labios. La necesidad de besarla regresó, más intensa que nunca.

«*Al diablo con el apéndice del contrato. Bésala ahora*».

Como si pudiera leer mi mente, los ojos de Beth se abrieron de golpe y dio un paso atrás.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Lo sabes de sobra —Ella dijo, señalándome con el dedo.

—¿De qué estás hablando esta vez? —Ladeé la cabeza hacia la izquierda.

—No voy a caer en eso otra vez. Vámonos ya a comer. —Dio media vuelta y se dirigió hacia los puestos del mercado al aire libre.

—¡Pero de verdad tienes algo en el pelo! —grité.

—¡No te creo! —ella respondió mientras seguía caminando.

Sacudí la cabeza, riéndome para mis adentros. ¿Cómo diablos íbamos a avanzar en nuestra relación si ninguno de los dos era capaz de dar el paso?

Cuando Beth comenzó a caminar en la dirección opuesta, cogí su mano y la guié hacia el otro lado.

—Vamos por aquí —le dije—. Te voy a llevar a probar la mejor comida que has probado en tu vida, princesa.

—¿Princesa? ¿No te parece un poco exagerado? —Beth se rio, mirando cómo nuestros dedos se entrelazaban, y de repente soltó mi mano—. Ay, no.

—¿Qué pasa? —pregunté—. Espero que no me digas que te he contagiado piojos.

Beth pasó por alto mi intento de introducir un poco de humor y dijo:

—Creo que acabo de ver a alguien sacándonos una foto mientras íbamos de la mano.

—¿Y qué más da? —contesté, encogiéndome de hombros.

—¿No te preocupa? ¿Y si se hace viral o aparece en las revistas?

—¿Y qué van a decir? —Me eché a reír—. ¿Que a Rocco Romano lo han visto en un mercadillo al aire libre cogido de la mano con una mujer preciosa? Vaya escándalo.

—Hablo en serio —dijo Beth—. A veces pueden ser muy crueles. ¿Cómo lo llevan las celebridades?

—O lo ignoran o se lo toman con humor. Y ahora, ¿quieres ser mi amante robot extraterrestre que está esperando un bebé de tres cabezas o qué?

—Te lo diré después de comer —respondió Beth y soltó una carcajada, lo cual era buena señal.

—Pues vamos a comer algo, que estoy deseando saber la respuesta —dije, sonriendo.

Cruzamos la zona de frutas y verduras, pasamos por el puesto de pan y bollería francesa, los zumos naturales y el famoso puesto con comida a la brasa. Nos detuvimos al final de una larga cola.

—¿Toda esta gente está esperando para comer paella? —Beth miró a su alrededor y luego fijó su vista más allá de la gente, hacia el puesto con la bandera española al final del pasillo.

—No es cualquier paella —dije asintiendo—. Hablamos de la mejor paella de Estados Unidos. Créeme, la espera merece la pena.

—¡Mira, mamá! ¡Es el Capitán Clapton! Es mi superhéroe favorito —exclamó un niño pequeño, arrastrando a su madre hacia nosotros y luego tirando de mi camisa.

—¿En serio? —Sonreí y me agaché para quedar a su altura—. Pues te lo agradezco un montón, eso es todo un honor para mí.

—Eres un héroe porque salvas a la gente. Yo quiero salvar vidas cuando sea mayor.

—¿De veras? ¿Vas a ser un superhéroe? —pregunté.

—No. —El chico negó con la cabeza—. Mamá dice que puedo ser médico, porque los superhéroes no ganan dinero.

—Bueno, tiene toda la razón. —Me reí y luego miré a su madre.

—Me da corte preguntar, pero ¿te importaría si os hago una foto juntos? —dijo la madre del niño tímidamente.

—Claro que no —Le resté importancia con un gesto de la mano.

—Qué detalle, muchas gracias —dijo ella, sacando el móvil de su bolso y enfocándonos con él.

—Oye, tengo una idea. Agárrate fuerte con las dos manos y no te sueltes. —Estiré el brazo hacia un lado hasta que quedó en paralelo al suelo.

—¡Genial! —El chaval se apretó con fuerza a mi brazo.

—¡Allá vamos! —gruñí mientras lo elevaba en el aire, sorprendido de lo pesado que era.

El niño se partía de risa mientras colgaba de mi brazo.

—Foto perfecta. Gracias. —dijo la madre, capturando el momento.

—Es un placer —contesté y bajé al niño justo cuando mi brazo empezaba a sentir calambres.

—Perdona, pero tienes algo en el pelo. —La mujer señaló la cabeza de Beth—. Parecen hojas de pino. ¿Te las quito?

—Oh... Sí, claro, gracias —respondió Beth, mirándome un par de veces, con una expresión más confusa que nunca.

—Ya está —dijo la mujer, dejando caer las hojas de pino al suelo—. Estas cosas pegajosas me tienen harta.

—Mil gracias —respondió Beth.

—De nada, guapa. Hasta luego —se despidió la mujer, alejándose con su hijo.

—Claro, a ella sí la crees, pero a mí no. Ya veo cómo va esto —me crucé de brazos con gesto desafiante.

—Confío en ti. Lo que pasa es que no me fío de mí misma. —Beth me miró, entrecerrando los ojos.

Observé a Beth, asintiendo, valorando que por fin había reconocido el problema que teníamos entre manos y dije:

—Así que, en resumen, te traigo de cabeza.

—Y de varias maneras. —Ella soltó una carcajada.

—El sentimiento es mutuo. Entonces, ¿qué hacemos para arreglarlo? —pregunté.

—Pues, me parece que tendremos que esperar a que se acaben mis tres semanas de trabajo

contigo para tener esta conversación —dijo Beth.

«*Vaya por dios, esto no me gusta nada*».

La idea de esperar un día más para besar a Beth me resultaba insoportable. Catorce días más, como ella sugería, serían un verdadero suplicio.

—¡Capitán Clapton! —exclamaron unas voces.

Lamentablemente, mi enérgica protesta contra su absurda propuesta tendría que esperar, ya que nos vimos interrumpidos por varias peticiones de fotos y autógrafos.

Después del último autógrafo, mientras nos acercábamos al principio de la fila, Beth se volvió hacia mí y dijo:

—Has sido muy amable. ¿No te agotas de tanta foto y tanto autógrafo?

Evidentemente, estaba esquivando nuestra conversación anterior, pero yo retomaría el tema en cuanto tuviéramos un momento a solas. Me encogí de hombros y dije:

—No es algo que ocurra todos los días. Además, nunca está de más recordar de dónde vengo. Sin mis fans, mi carrera no sería nada.

—Es un buen punto de vista. —Beth miró el letrero cuando finalmente llegamos al puesto—. La paella de Emilio. Estoy deseando que me sorprenda.

—Te va a encantar, ya verás —dije sonriendo—. Usan azafrán auténtico de España.

Emilio me vio, dejó de lado lo que estaba haciendo y vino hacia nosotros desde detrás de sus dos enormes paelleras. Iba vestido con un chaleco negro sobre una camisa blanca, mangas remangadas y los primeros botones desabrochados, luciendo un colgante con un toro plateado al cuello y un pañuelo rojo anudado en la cabeza.

Tenía toda la pinta de un pirata exótico, tipo Johnny Depp.

—¡Compañero! ¿Qué tal estás? —me saludó Emilio con una sonrisa que irradiaba felicidad.

—De maravilla. Me muero por volver a saborear tu paella —le dije, dándole un abrazo—. Ya te comenté que te ficharía como mi chef personal. Dime tu precio.

—Aunque la idea me tienta, amigo, lo mío es el bullicio y la gente —Emilio hizo un gesto hacia los que nos rodeaban y saludó a los que esperaban en la cola detrás de nosotros—. Su energía me alimenta. Ver esas caras llenas de expectación por probar o repetir mi comida me da la vida.

—Pues nada, no te puedo reprochar eso. Por cierto, te presento a mi amiga Beth.

—Todo amigo de Rocco es amigo mío —Emilio se acercó a ella y le plantó un beso en cada mejilla—. Encantado de conocerte.

—Igualmente —respondió ella con una sonrisa.

—Beth era chef, pero ahora está lanzando su propia marca de galletas orgánicas para perros —comenté.

—¡Qué bien! —exclamó Emilio.

—Seguramente la verás más a menudo porque va a empezar a venderlas aquí —añadí.

—Montar tu propio negocio no tiene precio. Felicidades. —Emilio sonrió.

—Gracias —dijo Beth.

Emilio señaló a las paelleras y preguntó:

—¿Qué os pongo, una ración para cada uno?

—Sí señor. Dos grandes —respondí, levantando dos dedos, y luego saqué la cartera para pagar, aunque él nunca me había dejado hacerlo antes.

—Guarda eso —dijo Emilio, negando con la cabeza—. Tu dinero no vale nada aquí. —Volvió a su paellera, cogió la paleta y nos sirvió dos raciones generosas con un par de rebanadas de pan y unos gajos de limón.

Aproveché un descuido suyo para dejar un billete de cincuenta euros en el bote de las propinas, guiñándole un ojo a la esposa de Emilio, que suele encargarse de las finanzas. Ella me devolvió una sonrisa cómplice y asintió, justo antes de que Emilio regresara con nuestras raciones de paella.

—Espero que te guste, Beth. —Emilio nos las entregó con una sonrisa.

—Seguro que sí. Tiene una pinta estupenda y huele que alimenta. Gracias —dijo ella. con los ojos brillando de emoción.

—Es un placer —respondió Emilio con un gesto amable.

Nos sentamos en la primera mesa que encontramos libre y no tardamos en meterle mano a nuestra paella. La música en directo de fondo y la temperatura tan agradable convirtieron el momento en algo casi mágico. Los ojos de Beth se iluminaron de puro éxtasis tras probar el primer bocado. Siguió comiendo con entusiasmo, como si estuviera dispuesta a devorar toda la ración sin pausa para respirar.

—Qué delicia, por Dios —exclamó Beth, exprimiendo uno de los gajos de limón sobre los mariscos y el arroz.

—Oye, quizás deberías comértela con más tranquilidad, nadie te la va a robar. —No pude evitar reírme.

—Yo como a mi ritmo. —Ella movió la cabeza, desestimando mi comentario—. Esto es increíble. Tenías razón, es de cinco estrellas. —Siguió comiendo con gusto, casi gimiendo de placer.

—Ya te lo dije. Emilio es un hacha.

—¿Y por qué no abre su propio restaurante? —preguntó Beth, con curiosidad.

—Es como él dice, prefiere el trato con la gente a estar metido en la cocina todo el día —expliqué—. Tú lo entiendes mejor que nadie, ¿verdad?

—Totalmente. El mundo de la restauración puede ser un auténtico infierno. —Beth asintió comprensivamente antes de seguir comiendo.

—Además, Emilio hace bastantes caterings privados. Aunque probablemente saque más beneficio de esto, y encima tiene la libertad de tomarse descansos cuando le apetece. No está nada mal.

Beth llevó su mirada a la mesa de enfrente, luego se inclinó hacia mí y susurró:

—Parece que hay alguien grabando un vídeo de ti en este momento.

—Querrás decir de nosotros. —Sonreí, consciente de donde me estaba metiendo.

Ella dejó el tenedor en el plato y parpadeó un par de veces, sorprendida.

—Tranqui —le dije entre risas—. Mientras no montes un espectáculo, todo irá sobre ruedas.

—¿Y cómo se supone que podría yo montar un espectáculo? —preguntó Beth.

—No sé —respondí, meditabundo—. Podrías hacer como que nuestra mesa es un Maserati y que estamos a punto de chocar contra un árbol.

—Eres un caso, ¿lo sabías? —Beth no pudo evitar soltar una risa.

—Por algo me conocen como el chico malo de Hollywood.

—Lo siento por quitarte la ilusión, pero ese título no te pega ni con cola. No tienes ni una de los atributos que te harían merecedor de la etiqueta de chico malo.

—Ya encontraré alguno.

—A ver, ilústrame. —Beth se cruzó de brazos.

Rebusqué en mi mente, esperando que algo me iluminara. Nada.

—Es lo que me imaginaba. —Beth señaló mi camisa negra—. Y la ropa no hace al monje, así que eso tampoco cuenta. De hecho, eres uno de los tíos más majos que he conocido.

Sus palabras me llegaron al alma y, sinceramente, me pillaron desprevenido.

—Gracias, pero baja el volumen —dije—. Así es como empiezan los cotilleos.

—En serio, ¿quién te colgó el sambenito de chico malo? ¿Comenzó cuando secuestraste a ese perro? —dijo Beth.

—No secuestré al perro —defendí—. Me llevé al perro, pero no es lo que estás pensando.

—Entonces, ¿qué pasó? —dijo Beth, acercándose—. He firmado tu absurdo acuerdo de confidencialidad, así que puedes abrirte conmigo. No diré nada.

—Incluso sin el acuerdo de confidencialidad, confiaría en ti —afirmé.

Para mi sorpresa, se inclinó sobre la mesa y me cogió de la mano y dijo:

—Eso significa mucho para mí.

—Probablemente haya alguien sacándonos una foto con tu mano sobre la mía en este mismo instante.

Beth retiró la mano como si le hubiera picado una abeja.

—No te preocupes. —Me eché a reír—. Da igual lo que piense la gente. Simplemente sé tú misma.

—Deja de esquivar mi pregunta. ¿Qué pasó con el perro?

Me planteé contarle la historia, lo cual me sorprendió un poco ya que la había mantenido en secreto. Me llevé el tenedor con paella a la boca, pensativo mientras masticaba.

—¿Rocco? —dijo Beth—. No empieces a tomarme el pelo, por favor.

—Vale, vale —dije, soltando el tenedor. Nunca había compartido esta historia con ninguna mujer en mi vida. De hecho, solo Marcello y Oliver están al tanto de la verdad. Me masajeé la barbilla, pensando cómo empezar, y solté:

—Acababa de volver del Festival de Cine de Cannes. Esto fue antes de conseguir el contrato para *Capitán Clapton*. Me pasaba las semanas en audiciones para películas, aunque sin encontrar nada que realmente me convenciera. Pero, claro, tenía que ganarme el pan de alguna manera. Una forma fue trabajando en una empresa de telegramas cantados en Los Ángeles.

—No me digas —Beth soltó una carcajada—. ¿Tú cantabas?

—Sí. Bueno, lo hacía antes. —Asentí con una sonrisa.

—Cántame algo, por favor. —Juntó las manos en posición de rezoa.

—Solo si estamos a solas y he bebido más de la cuenta.

—Vale, sigue con la historia entonces. —Beth asintió, fingiendo decepción.

—Aquel día, me tocó ir vestido de John Travolta en *Grease*. Canté *Sandy* a una chica de Beverly Hills que cumplía veintiún años. Y sí, se llamaba Sandy, por si te lo estabas preguntando.

—Sabía que tenías una obsesión con *Grease* en cuanto vi ese póster en tu garaje —comentó Beth, sonriente—. Eso y que tienes el coche de la película.

—¿Puedo seguir? —Crucé los brazos—. A este paso, vamos a estar aquí toda la vida y se nos va a enfriar la paella.

—Continúa, pero ahora me gustas mucho más. —Sonrió.

—Tomo nota y te lo agradezco —respondí con una sonrisa aún mayor que la suya—. Bueno, regresaba a casa después de aquel trabajillo y me paré en un semáforo. Entonces, vi a un perro con la lengua fuera encerrado solo en un coche, con todas las ventanas subidas. Imagínate el horror, con el calorazo que hacía ese día.

—¿Y qué hiciste? —Beth se llevó una mano al pecho.

—Ante tal situación, aparqué e hice lo que habría hecho cualquiera con un mínimo de corazón al no dar con el dueño del coche: rompí una de las ventanillas traseras. Ya sé que hay

quien habría llamado a la policía o al servicio de protección animal, pero es que no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba el pobre animal ahí metido, y la verdad es que estaba furioso con el dueño por su falta de consideración. Solo quería liberar al perro y darle agua.

—Claro que sí —dijo Beth, al borde de su asiento—. Lo rescataste.

—Exacto —respondí—. Tras romper la ventanilla, metí la mano para abrir la puerta, agarré al perro y su correa, que estaba tirada en el asiento. Por suerte, yo tenía una botella de agua. No te imaginas lo rápido que el perro se bebió el agua de mi mano.

—Menos mal que llegaste justo a tiempo. ¿Y luego qué hiciste?

—Ahí es donde la cosa se torció —dije—. Iba de camino para dejar al perro en el refugio de animales, pero me paró la policía y acabé en la cárcel por robo y vandalismo, por romper la ventanilla. La policía me localizó después de que alguien grabara en vídeo todo el incidente y obtuviera mi número de matrícula y la descripción del coche.

—¡Pero si solo estabas intentando salvar al perro! ¡No es justo! ¿Es que no se puede salvar a un perro de morir asfixiado? Debe haber leyes para eso.

—Pues mira, creo que ahora sí hay leyes que permiten meterse en un coche ajeno en ciertas circunstancias, pero antes no existían y a mí me cayó el marrón.

—Eso es espantoso —dijo Beth, extendiendo su mano sobre la mesa y cogiendo la mía de nuevo—. Al final, ¿te metieron en la cárcel?

—Sí. Y no pienso volver a pisar otra en la vida. ¿Y qué pasa cuando pillan al chico de esa película que arrasó en el Festival de Cine de Cannes *in fraganti* en vídeo, vestido con una cazadora de cuero negra y el pelo engominado hacia atrás? Los paparazzi inmediatamente lo etiquetan como: «el chico malo de Hollywood».

—No lo entiendo. —Beth se rascó la cabeza, pensativa—. ¿Por qué no se contó la verdad en Internet o en las noticias? Porque casi todos los artículos dicen que robaste un perro y que te detuvieron. ¿Es que nadie te creyó cuando contaste tu versión de los hechos? ¿No te defendiste?

—Nadie lo sabe —confesé—. Algunos medios dijeron que estaba pasando por una mala racha y necesitaba un perro como apoyo emocional. Mi agente, Oliver, me aconsejó que no soltara prenda sobre la verdad a nadie, aunque fuera inocente de todos los cargos. Decía que podía sacar tajada de aquel arresto porque a Hollywood le encantan los tipos estilo James Dean. Y no se equivocaba. El vídeo se hizo viral y eso me llevó a conseguir la audición y el papel de Capitán Clapton dos meses después. El resto es historia.

—Vaya, no tenía ni idea —dijo Beth, con una sonrisa comprensiva en sus labios—. Gracias por rescatar al perro. Hacer actos de bondad dice mucho sobre ti.

—Supongo que cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi situación —contesté y me llevé más paella a la boca.

—No sé, pero tú hiciste lo correcto. —Beth se perdió en sus pensamientos.

Terminé de masticar mirando a Beth y dije:

—Bueno, ¿sabes qué espero yo?

—¿Qué? —preguntó ella.

—Que podamos retomar la conversación sobre nosotros.

—Oh… ——A Beth pareció entrarle la timidez en ese momento y cierto rubor rosa apareció en su rostro.

—¿No crees que debemos hablar de lo que está sucediendo entre nosotros? —pregunté.

Ella evitó mi mirada y dijo:

—Yo... no. Pero gracias por preguntar. ¿Te gusta la paella tanto como a mí? —Se metió el tenedor lleno en la boca.

—Beth...

Ella tragó su comida sin prisa y dijo con un suspiro:

—Mira, no soy tonta, algo pasa entre nosotros. Me agrada hacia dónde va esto, de verdad, pero ¿no sería mejor hablar de ello cuando no sea tu empleada? No es apropiado y tenemos un contrato. ¿Podemos dejarlo por ahora?

—No creo. —Sonreí— Pero gracias por preguntar.

—Rocco...

—Beth...

Lo que ella no sabía era que había ideado el plan perfecto para que acabara besándome. No aquí, en el mercado al aire libre, sino más tarde, al volver a casa. Era un plan genial, modestia aparte. Estaba convencido de que un beso bastaría para que olvidásemos el dichoso contrato y todas sus cláusulas.

—¿Por qué esa sonrisa? —Beth frunció el ceño.

—Ya lo verás. —Me encogí de hombros.

—Rocco...

—Beth...

Sí, esta noche es la noche. Y no tenía ninguna duda de que los fuegos artificiales iban a ser épicos.

Capítulo Veintidós

BETH

Llegué a casa hace horas y aún no he conseguido sacarme a Rocco de la cabeza, el incidente con el coche, la paella y, sobre todo, aquellos intentos fallidos de que me diera un beso. Finalmente había sentido lo que sería salir con él y no tenía ninguna duda de que quería más. Mucho más.

Algo debió estar mal en mi cabeza cuando le sugerí que nos diéramos un tiempo para explorar lo que estaba sucediendo entre nosotros. Jamás en la vida había deseado besar a alguien con tanta ansia. Nunca había querido estar tan cerca de alguien. ¿Acaso me había convertido en una masoquista de primera al hacerle esa propuesta?

Rocco descartó mi sugerencia de inmediato, pero aquella mirada torturada que me lanzó en el mercadillo al aire libre me hizo preguntarme si estaba tramando algo. No me sorprendería en absoluto que intentara lanzarse a la piscina otra vez. Aunque no sabía si esta vez podría negarme.

Houdini se acercó a la puerta, en la casa de invitados, me miró y ladró.

—¿Necesitas salir a hacer pis? —le pregunté.

El perro ladró de nuevo.

—Vale, vale… vamos a tu sitio favorito, entonces.

Una vez fuera, seguí a Houdini más allá de la piscina hasta su palmera predilecta, donde no tardó en alzar la pata para se sabe qué. Curiosamente, Douglas no asomó la cabeza por encima del muro para saludar, pero la voz de Rocco me cogió por sorpresa, especialmente por el tono.

—¡Concéntrate! —exclamó desde el interior de la casa.

Sorprendida, me giré hacia la ventana abierta de su despacho. Desde mi posición, junto a las palmeras, era imposible verlo bien, pero podía distinguir su silueta moviéndose de un lado a otro. Me pregunté qué estaba ocurriendo. Desde que lo conocía, jamás lo había oído alzar la voz de esa manera. Debía de ser algo grave. ¿Se había vuelto viral una de nuestras fotos en el mercadillo?

—¡No pienso darme por vencido sin pelear! —exclamó Rocco.

Vaya, eso sonó mucho más dramático y, de algún modo, me alarmó. Rocco estaba enfadado. ¿Con quién o a qué quería enfrentarse? Me tocó la fibra sensible; deseaba abrazarlo, decirle que todo se solucionaría, cualquiera que fuese el problema. Yo estaba ahí para apoyarle y haría lo que fuese necesario para ayudarle. Eso es lo que hacen los amigos, estar ahí para consolar a sus seres queridos en los momentos difíciles. En ese instante, decidí que eso era precisamente lo que haría.

Me dirigí hacia la puerta corredera de cristal y entré en la casa con Houdini. Todo estaba tranquilo, lo cual no me sorprendió puesto que Marcello y Gwen ya se habían marchado. Avancé por el pasillo, pero me detuve en seco al oír un fuerte estruendo proveniente del despacho de Rocco, como si algo se hubiera caído al suelo. ¿O quizá había lanzado algo él mismo?

—¡Concéntrate de nuevo en lo que estabas haciendo! —se oyó decir a Rocco.

—¿Rocco? —Llamé a la puerta del despacho, deseando poder ayudar.

Unos segundos más tarde, Rocco apareció con el ceño fruncido y sujetando algunos papeles entre sus manos. Houdini entró en el despacho y se lanzó sobre uno de los guiones que yacían en el suelo.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Rocco.

Su pregunta me pilló por sorpresa, ya que yo estaba a punto de hacerle a él la misma.

—Te he oído gritar y me he preocupado —respondí.

—Lo siento. No era mi intención molestarte. —Se encogió de hombros.

—¿Puedo echarte una mano en algo? —pregunté.

—Creo que no. —Rocco mostró los papeles que tenía en la mano—. Esto me está sacando de quicio. Pasa. —Se metió los dedos por el pelo y volvió a su escritorio.

—¿Has recibido malas noticias? —Señalé a los papeles.

—No, es un guion —dijo Rocco, soltando un suspiro—. Es una comedia con un montón de potencial, pero los productores insisten en que haga pruebas de química leyéndolo con las tres candidatas principales para el papel femenino.

—¿Y eso te parece un problema?

—¿Leer con ellas? Para nada —respondió Rocco—. Pero por alguna razón, me cuesta un mundo concentrarme mientras repaso el texto. Esto nunca me había pasado. Estoy dudando de mí mismo, incluso interpretando al personaje. En fin, perdona que te dé la lata con esto. Ya lo solucionaré. —Lanzó los papeles sobre el escritorio y se apoyó en él, vencido por el peso.

—No es ninguna molestia, hombre. —Le quité importancia con un gesto de la mano.

Vi lo mucho que le afectaba y no me lo pensé dos veces. Di un par de pasos para acortar la distancia entre nosotros y coloqué mi mano sobre su hombro, notando el calor que irradiaba a través de su camisa. Mi mano, como si tuviera vida propia, comenzó a masajearle la espalda suavemente.

Quería ofrecerle consuelo al hombre que tanto significaba para mí y le dije:

—¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudarte? Solo tienes que decírmelo.

—Si fueras actriz, te pediría que me ayudaras a repasar las líneas para tener con quien ensayar, aunque no estoy seguro de que eso me ayudase mucho —confesó Rocco—. No te preocupes, me tomaré un vinito para relajarme e intentaré volver a encontrar mi chispa más tarde, esta noche o mañana por la mañana.

Rocco es el hombre más seguro de sí mismo que conozco. Era raro verlo sumido en la duda. Me dolía verlo sufrir así tanto como a él. Miré hacia el escritorio, donde los papeles estaban esparcidos, con una curiosidad creciente. Me acerqué, los recogí y entonces vi el nombre del programa de televisión en la primera página.

Diagnóstico: Mal de Amores

—Qué título más intrigante —comenté, apoyando casualmente mi trasero en el borde de su escritorio mientras pasaba las páginas.

—Tiene todo el sentido del mundo una vez que conoces la premisa y el guion —asintió Rocco.

—Sabes, no me importaría echarte una mano repasando —dije, después de pensarlo un poco —. Puedo echar un vistazo al texto contigo. Vamos, si crees que te podría ser de ayuda.

—¿En serio? —Rocco me miró como si mis palabras fueran de otro mundo. Se giró para apoyarse en el escritorio a mi lado.

—Claro que sí —afirmé—. No puede ser tan difícil. Solo hay que leer, ¿no?

Me miró fijamente, perdido en sus pensamientos, y finalmente dijo:

—No sé...

—Venga, hombre —le dije con más entusiasmo—. Al menos tenemos que probarlo, ¿no crees? —Le di una palmadita en el brazo, esperando que se animase a aceptar mi oferta. Lo que fuera para hacerlo sentir mejor.

—¡Vamos! —añadí con una sonrisa—. Obviamente no soy una profesional, pero te prometo que no lo haré mal. Será divertido para mí. Estuve apuntada a teatro un año en el instituto.

—¿En serio? —Rocco levantó una ceja.

—No te sorprendas tanto —le contesté—. No era para tirar cohetes, pero tampoco lo hacía tan mal. Anda, hagámoslo antes de que me arrepienta y cambie de opinión.

—Gracias, te lo agradezco de verdad. —Rocco vaciló un momento y luego asintió—. Espera un momentito.

Me alegró que me dejara ayudarlo. Nunca se sabe cómo pueden reaccionar los egos masculinos.

Imprimió otra copia de la escena del guion y me la entregó:

—Aquí lo tienes.

—Genial —dije, ojeando las páginas—. Entonces, ¿quieres contarme un poco sobre la historia o nos ponemos directamente a ello?

—Sí, sería buena idea —respondió Rocco—. La comedia va de un tío simpático y algo despistado que se llama Luke, ese soy yo. Empieza cuando le diagnostican una enfermedad terminal.

—No me digas —interrumpí, levantando la mano—. Me habías dicho que querías hacer una comedia. Esto suena a dramón total.

—Vamos, eso mismo pensaba yo al principio, pero resulta que le dieron un diagnóstico equivocado y después se enamora de la doctora que había metido la pata. Se llama Daphne y ese papel lo harías tú.

—Hombre, si yo fuera Luke, en vez de enamorarme, estaría por estrangular a Daphne después de semejante metedura de pata —comenté entre risas.

—Todo lo contrario, sigue inventándose enfermedades para volver a verla, esperando que algún día ella lo vea como algo más que a un simple paciente. ¿No te parece tierno? —dijo Rocco.

—¿Eso no es ilegal? —Sonreí—. Decir que es un encanto y un poco despistado es quedarse corto. Luke suena a sociópata y acosador. ¿Seguro que quieres este papel? ¿Y si te encasillan y acabas haciendo de lo mismo toda la vida?

—No creo que eso pase.

—Te convertirás en la versión estadounidense de Hugh Grant, un británico con su encanto pero que no da pie con bola y con una moral un tanto distraída, pero que en lugar de enamorar a las mujeres como él, las espantaría y acabaría encerrado. Vaya imán para las chicas.

Rocco sonrió, con la diversión pintada en su cara y dijo:

—Vale, claramente mi explicación no te ha convencido. Recuerda, esto es una comedia, por lo que debes dejar a un lado la lógica y el realismo. ¿Por qué no leemos un poco? A lo mejor cambias de opinión.

—Lista para el reto. —Sonreí.

—Perfecto. Empecemos por el principio de la página once, donde Daphne le cuenta que ha solicitado un traslado a otro hospital de otra ciudad.

—No puedo culparla, la verdad. Corre, Daphne, mientras puedas.

Rocco se echó a reír.

Pasé las hojas del guion hasta llegar a la página once y luego leí la primera frase:

—Luke, tengo malas noticias y no sé cómo decírtelo.

Rocco alzó su guion para seguirme con sus frases:

—Por favor, Daphne, no te andes por las ramas. ¿Es por el dolor de barriga?

Negué con la cabeza y dije:

—No, qué va, son solo gases, seguramente de las dos latas de judías que te zampaste en el almuerzo. —Me llevé la mano a la boca intentando sofocar la risa.

Rocco se carcajeó conmigo y luego, cruzándose de brazos, comentó:

—Se supone que tienes que meterte en tu papel. No te descojones, que me desconcentras. Y sigue las marcas del escenario, si es que puedes. Venga, vamos a intentarlo de nuevo desde el principio.

—Lo siento. —Asentí y me recompuse, borrando la sonrisa de mi cara. El guion indicaba que debía dar un paso hacia Luke, así que me acerqué a Rocco—. No sé cómo decírtelo, pero he solicitado trabajo en otro hospital. Es una promoción con un aumento de sueldo considerable y plaza de aparcamiento propia. Tengo mucha probabilidad de conseguirlo.

—No entiendo por qué eso es una mala noticia —dijo Rocco—. ¿Me estoy perdiendo algo?

Fruncí el ceño y seguí con el guion, diciendo:

—El hospital está a cinco horas de aquí, Luke. Tendría que mudarme.

Rocco me miró fijamente, con una expresión de angustia. El gesto de dolor en su rostro y la intensidad de su mirada me hicieron sentir como si realmente le estuviera dando la noticia en la vida real y no a través de un guion de una comedia. Fue impresionante.

Me acerqué un paso más, siguiendo el guion. Entonces dije:

—Es el hospital con más prestigio de la costa oeste. He soñado con trabajar allí desde que empecé mi residencia. Sería una locura no aprovechar esta oportunidad.

—Pero... ¿y yo? —dijo Rocco, con expresión de derrota—. ¿Qué pasa con nosotros?

Sus hombros se desplomaron, sus ojos le suplicaban a Daphne una respuesta que le diera esperanza.

—Ya te he dicho que nunca podremos tener nada —dije y le apreté el brazo— . Los médicos no pueden tener relaciones con sus pacientes. Está en mi contrato.

Parpadeé un par de veces, releyendo esa última frase para adentro. Qué ironía que Rocco y yo nos encontráramos casi en la misma situación con el contrato. Era capaz de sentir el tormento de ambos personajes. Pero, ¿y la comedia? Esto me olía muchísimo a drama.

—No me puedo creer que estés haciendo esto —dijo Rocco, sin salir de su papel.

—Ya te lo dije, no puedo dejarlo pasar —contesté.

—Tienes miedo, lo entiendo, pero sé que sientes algo por mí. Venga, admítelo —respondió Rocco.

—Solo estoy siguiendo el protocolo estándar médico-paciente. Aquí mis sentimientos no cuentan. —Pasé a la siguiente página del guion.

—A mí sí me importan. Estás esquivando tus sentimientos para no tener que enfrentarte a ellos. Estás eligiendo el camino fácil.

—No es tan sencillo —dije, soltando un suspiro de frustración, aunque el guion no lo pedía. ¿Estaba metiéndome demasiado en el personaje?

—No hay nada más fácil que esto —. Rocco me atrapó en sus brazos y me apretó contra su cuerpo con tanta fuerza que casi no podía respirar—. Deja de pensar en el maldito trabajo, Daphne.

—Sería fácil si no estuvieras cortándome la circulación al cerebro. ¿Podrías aflojar un poco? —contesté.

Luke, quiero decir, Rocco, pasó de mi comentario y dijo:

—Imagina que solo existimos tú y yo, y nada más en el mundo.

—¿Y cómo íbamos a sobrevivir sin comida? —pregunté.

—No le hagas caso a tu cabeza. Escucha a tu corazón.

Rocco era un actor tan convincente que casi daba la sensación de que hablaba de nosotros y no de lo que les ocurría a los personajes. Me sentí tan a gusto en sus brazos que no quería que me soltara, ni siquiera que aflojara un poco el abrazo.

—¿Qué te está diciendo tu corazón en este mismo instante? —Rocco acarició un lado de mi cara—. Venga, dilo. Lo primero que se te pase por la cabeza.

—Me estoy enamorando de ti —solté sin pensar, como quien deja caer una bomba sin previo aviso. Parpadeé, sintiendo cómo el frío se apoderaba de mí de golpe.

«*Ay, madre mía, qué metedura de pata*».

Esto no estaba en el guion. Me había enamorado de Rocco Romano y se lo acababa de soltar así, sin más. Rocco frunció el ceño y se puso a hojear el guion, seguramente preguntándose de dónde había sacado yo esa frase.

«*Me ha salido del alma, Rocco*».

Él asintió, sumido en sus pensamientos por un momento. Acto seguido, lanzó el guion a un lado y exclamó:

—No me lo puedo creer.

Ahora me tocaba a mí buscar la frase que acababa de decir. No la encontré. ¿Estaba improvisando? ¿Estaba hablando de nosotros de verdad? El límite entre la realidad y la ficción se estaba volviendo demasiado borroso para mí.

Rocco clavó su mirada en mis labios y soltó:

—Porque si de verdad te estuvieras enamorando de mí, lo demostrarías. Ya sabes que en estos casos, las acciones valen más que mil palabras.

Contener mis sentimientos y seguir en mi papel se me hacía cuesta arriba. Deslicé una mano por su pecho, lo que tampoco estaba en el guion.

—De verdad, tienes que creerme, estoy loca por ti —le confié, con el corazón en la mano.

Rocco acercó su mano desde mi cintura hasta mi mejilla, sus ojos se tornaron más intensos mientras recorría con su pulgar mi labio inferior, robándome el aliento y provocando que mis labios se entreabrieran suavemente.

—Demuéstrame cuánto te importo, Daphne —articuló—. Quiero que me lo demuestres aquí y ahora.

La tensión era palpable. Mi cuerpo vibraba de anticipación al contacto de nuestros labios y, antes de darme cuenta, tiré mi fuerza de voluntad por la ventana.

—¿Te parece esto prueba suficiente? —Dejé el guion a un lado, elevé la mano y atraje la cabeza de Rocco hacia mí, presionando mis labios contra los suyos. Mis manos exploraban su pelo mientras mi cuerpo se estremecía, buscando desesperadamente acercarse aún más a él.

Rocco me leyó el pensamiento y me besó intensamente, estrechándome más contra él. Me faltaba el aire, pero prefería dejar de respirar antes que poner fin a ese instante. Un minuto después, me separé de Rocco y tomé conciencia de lo ocurrido. Me toqué los labios y luego retrocedí unos pasos, reflexiva.

—¿Qué pasa? —preguntó Rocco, igualmente sin aliento.

—Lo siento muchísimo —me disculpé, confundida—. No tengo ni idea de qué me ha pasado.

Tienes todo el derecho a echarme ahora mismo.

—Pero, ¿qué dices? —Me miró como si le hablase en chino—. ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—El contrato —dije con la voz temblorosa—. He incumplido una cláusula esencial.

—Eso es verdad. —Una sonrisa se dibujó en el rostro de Rocco.

—¿Por qué te ríes? —Parpadeé y miré hacia el guion que ahora Houdini masticaba en el suelo—. No me digas... ¿Todo esto era una trampa para que te besara o de verdad piensas hacer la prueba para conseguir ese papel?

—¿De verdad has caído? —Rocco alzó una ceja—. Ese es el guion más horrendo que he leído en toda mi vida. La única razón por la que no terminó en la chimenea fue por esa escena del beso. Ese era el truco que tenía bajo la manga, conseguir que me besaras.

—Eres un caso. —Le señalé con el dedo, riéndome.

Rocco se inclinó y apartó con su brazo un montón de guiones de encima del escritorio, tirándolos al suelo para hacer espacio. Me cogió de la cintura, me alzó y me sentó sobre el escritorio frente a él. Luego se acercó, rozándose contra mis vaqueros mientras se colaba entre mis piernas. Deslizó sus dedos por mi espalda y luego me atrajo hacia él.

—Ya sabes que soy el chico malo de Hollywood —dijo, sonriendo con picardía.

—Esto no está nada mal —contesté, devolviéndole la sonrisa. Tragué saliva y deslicé ambas manos por sus abdominales, deteniéndome en su pecho, dibujando círculos con mis dedos—. Entonces... ¿Qué pasa ahora con el contrato?

—Volvió a mirar mis labios y dijo:

—Que le den al contrato.

—Esperaba que dijeras eso. —Sonreí.

Y entonces Rocco se inclinó y me besó. Pero no fue un beso cualquiera, sino el de un hombre que parecía poseído por el deseo.

Capítulo Veintitrés

ROCCO

Le eché el brazo por encima a Beth, en el asiento delantero de mi Ford De Luxe, y con un tono juguetón, le dejé caer:

—Estás demasiado lejos para mi gusto. —Usé la parte superior del volante, como palanca para acercarla más a mí.

—Si me acerco más, terminaré en tu regazo —respondió Beth, con un suspiro entre divertido y resignado.

—Acepto la oferta. —Le devolví la sonrisa con complicidad.

—De eso nada.

—Mi gozo en un pozo.

—Ay, el pobre —comentó Beth, sin poder contener la risa. Sus ojos se iluminaron de emoción cuando la canción *Hopelessly Devoted to You* de Olivia Newton-John comenzó a sonar por el sistema de sonido del garaje—. Me encanta esta canción. No puedo creer que esté aquí, sentada en el coche de *Grease*, escuchando la banda sonora.

Eché un vistazo a los demás coches y lancé una idea al aire:

—Mañana podríamos sentarnos en el Lotus y ponernos la banda sonora de *Pretty Woman*. Yo seré Richard Gere y tú, Julia Roberts. ¿Te acuerdas de que él la dejó conducir este coche en la peli?

—Acepto la propuesta. —Beth me regaló una de esas sonrisas que brillan más que el sol—. Qué bien nos ha venido escaparnos un rato de la fiesta.

—No podría estar más de acuerdo. —Le apreté la mano en señal de complicidad.

Originalmente, mi fiesta de cumpleaños iba a ser un asunto íntimo, solo con Beth, Douglas y yo, pero subió a diez invitados después de que Beth me convenciera de invitar a más gente para que la fiesta no fuese un «muermo». Al principio me resistí, pero bastaron un par de besos suyos para que mi opinión diera un giro de ciento ochenta grados. Al final, fue una de las noches más divertidas que viví en mucho tiempo, sin contar el primer beso de Beth la noche anterior, que realmente me dejó flotando.

A pesar de que nos lo estábamos pasando pipa jugando a los bolos y disfrutando con mis colegas, ambos teníamos ganas de un momento de intimidad, aunque solo fueran cinco minutos. Beth propuso que diéramos un paseo, pero al final acabamos en el garaje.

No es que me importase, la verdad.

—Gracias —dije, estrechando su mano.

—¿Por? —Beth se giró hacia mí.

—Por ser tan considerada, por darte cuenta de que la mejor manera de celebrar mi cumpleaños era rodeándome de las personas que más me importan

Allí estaba Marcello con su mujer, Jade. También Oliver y su novia, Laura. Y, cómo no, Douglas y Gwen.

—De nada —respondió Beth—. Y gracias a ti por dejar que mi hermano y Holly se sumen a la fiesta.

Le había dicho a Beth que podía invitar a su hermano Josh, ya que llevaba un montón de tiempo queriendo conocerlo. Por suerte, el momento no pudo ser más oportuno, puesto que tenía la noche libre en su gira de monólogos. Y, claro, habría quedado fatal no invitar a Holly, sobre todo porque es la mejor amiga de Beth y porque ya había estado antes en mi casa.

Holly incluso trajo a su perra Sage, la impostora, que enseguida le cogió cariño a Houdini, y el sentimiento fue mutuo. La última vez que los vimos estaban enroscados en el suelo junto a la vinoteca de abajo, con los hocicos pegados mientras tenían sueños perrunos. Cómo pudieron dormirse con el jaleo de los bolos es algo que se me escapa. Probablemente fue porque jugaron incansablemente durante las dos primeras horas.

—Ha sido un puntazo charlar con Josh y Holly y tener la oportunidad de conocerlos. Espero que tú también te lo hayas pasado bien —dije.

—Sí, ha sido genial, pero hay algo que haría que esta noche fuese redonda.

—Lo que tú digas. Me quito la ropa ahora mismo. —Mantuve la cara seria mientras fingía quitarme la camiseta.

—¿No te había dicho antes que te comportaras? —Ella se rio y, de forma juguetona, me pellizcó la pierna.

—Es que soy un auténtico desastre escuchando —respondí entre risas.

—Bueno, hablaré más despacito para que captes lo que de verdad quiero. —Beth se giró hacia mí y me lanzó una mirada aleteando las pestañas—. Cántame *Sandy*.

Negué con la cabeza, incrédulo, y dije:

—Y yo hablaré despacio, para que lo entiendas muy bien. Ni de coña. —No pude evitar reírme, sabiendo que esa respuesta no iba a hacerle ni pizca de gracia.

—Venga ya. —Beth frunció el ceño—. Porfa. *Grease* es una de mis pelis favoritas y me chifló cuando John Travolta le dedicó esa canción. Fue super emocionante y romántico.

—¿Romántico? ¡Él le cantó eso después de que ella le arrancase el corazón y lo pisotease! ¡John Travolta estaba hecho polvo!

Beth soltó una carcajada y dijo:

—¡Hombre! Mira que te gusta exagerar. Al final todo salió bien, ¿no? Además, quiero un chico al que yo le importe tanto, que quiera expresar sus sentimientos hacia mí con una canción. ¿Tan malo es eso? —Se le notaba la melancolía en la cara mientras ponía ojitos de pollito mojado.

Estaba intentando tomarme el pelo. Y yo era tan gilipollas que estaba picando. Fue culpa mía por contarle a Beth que el garito que tenía montado abajo, al lado de la bolera, venía con un sistema de karaoke de última generación, cargado con más de diez mil temas. Qué fallo, sobre todo cuando ella ya sabía que yo me dedicaba a entregar telegramas cantados.

Por suerte, Marcello entró al garaje desde la casa y nos cortó el rollo. Se paró a admirar el Maserati y deslizó los dedos por la línea de su techo.

—Perdona, Rocco —dijo.

—Salvado por el asistente, una vez más —le susurré a Beth.

—¿Le has mandado un mensaje para que viniera al rescate y así librarte de cantar? —preguntó ella.

—Tengo el móvil en mi bolsillo trasero. Tengo unas habilidades impresionantes para ciertas

cosas, pero aún debo aprender a enviar mensajes con mis nalgas.

—Esto no ha terminado aquí —me advirtió.

—Lo sé, créeme —contesté entre risas.

—Tienes que volver a los bolos ——dijo Marcello—. Gwen está echando una partida contra Douglas y hay muchas posibilidades de que se lleve la apuesta.

—¿En serio? Cuando nos fuimos iba perdiendo. ¿Qué ha pasado? —pregunté.

Marcello soltó una carcajada y dijo:

—En cuanto Douglas le corrigió la postura y le enseñó a agarrar la bola y a dónde apuntar, no ha parado de hacer plenos. Es la caña. Date prisa antes de que te lo pierdas. —Marcello desapareció dentro de la casa antes de que pudiéramos responder.

—Esto promete ser interesante. ¿Qué crees que han apostado? —comenté, saliendo del coche.

Beth cerró su puerta y me siguió al interior de la casa, luego dijo:

—Ni idea, pero debe ser algo gordo, viendo cómo estaba Marcello. Eso me recuerda que tienes una deuda pendiente.

Beth y yo habíamos jugado a los bolos antes y ella me ganó por un solo punto, lo que significaba que le debía cien besos en veinticuatro horas. Mi orgullo estaba intacto después de perder contra ella, considerando lo mucho que disfrutaría saldando mi deuda. Era como si hubiese ganado.

—Ha sido un placer. —Me incliné y la besé de nuevo, antes de unirnos al grupo.

—Quiero ver tu colección de juguetes. —Beth me paró frente a la puerta cerrada de mi cuarto de juguetes. Claramente recordaba cuando Gwen trajo el Volkswagen Beetle de las Tortugas Ninja con mando a distancia a la habitación la semana pasada—. ¿Sigue siendo esta habitación territorio prohibido para mí?

—Ya no. —Giré el pomo y abrí la puerta—. Ahora tienes pase VIP con acceso total a toda la casa. Pero rápido, quiero ver qué está pasando con Gwen y Douglas.

—Yo también. —Beth sonrió, pasó por mi lado, encendió la luz y deambuló por la habitación. Observó algunos de los juguetes y luego los dejó en su lugar—. No has abierto ninguno. —Se quedó parada, mirando todo con incredulidad.

—Tienes razón —admití.

Beth examinó la habitación y los innumerables juguetes apilados desde el suelo hasta el techo. Después dijo:

— ¿Por qué tienes todos estos juguetes? ¿Eres coleccionista o simplemente eres raro?

—Lo último seguramente sea probable, pero estos juguetes no son para mí —dije.

—¿Vas a donarlos? —Se llevó la palma de su mano al pecho.

—Sí. Gwen y Marcello los encuentran por Internet y me los compran. Se acumulan durante el año y luego, en diciembre, los dono a la organización Juguetes Para Niños. Es algo que me gusta hacer todos los años, para contribuir.

—Eres increíble —dijo Beth, inclinándose hacia mí para darme un beso.

—Si hubiera sabido que era tan fácil recibir un beso tuyo, te habría mostrado los juguetes el día que nos conocimos. —La abracé.

—Parece que tienes mala memoria porque yo no era fan tuyo en ese momento. —Ella pasó sus dedos por mi pecho.

—No recuerdo eso para nada. —Arqueé una ceja—. ¿Qué te parece ahora? ¿Eres mi fan número uno?

—Estoy llegando a ese punto de serlo —dijo, besándome de nuevo. Miró las cinco cajas de

cartón sin marcar en la esquina de la habitación—. ¿Qué escondes ahí?

—Nada que merezca la pena —dije. Evité el contacto visual y traté de actuar con calma, sabiendo que si ella veía lo que había dentro de esas cajas, se reiría de mí de por vida. La empujé hacia la puerta—. Deberíamos bajar las escaleras.

—Estás actuando muy raro —dijo Beth.

—¿Yo? Qué va.

—¿Qué estás escondiendo? —Beth me llevó de regreso a las cajas.

—Nada.

—Mírame a los ojos y dilo otra vez.

Las mujeres intuitivas me desconcertaban. Lentamente me volví hacia ella y forcé una sonrisa mientras miraba fijamente su frente. Despues dije:

—No estoy ocultando nada.

—¿Qué no? —Beth se rio mientras señalaba mi cara—. Claramente estás escondiendo algo. Ni siquiera puedes sostenerme la mirada. —Se acercó a la caja de arriba y le dio un tirón a una de las solapas.

—Te digo que no merece la pena —intenté decirlo con seriedad, pero el esfuerzo por ocultar mi diversión era más que evidente, especialmente porque ella estaba tan empeñada en abrirla como yo en que se quedara cerrada.

—Tengo pase VIP con acceso total, ¿recuerdas? —Ella me regaló una sonrisa traviesa.

Negué con la cabeza, fingiendo estar apenado y dije:

—Permiso revocado por comportamiento indebido. —Pero mis palabras se las llevó el viento.

Beth sacó de la caja una de las figuras articuladas del *Capitán Clapton*, con los ojos brillando de ilusión. Rompió a reír a carcajadas y dijo:

—¡Pero si son los muñecos más monos del mundo!

—Eh, que no se te olvide, no son muñecos. —Levanté un dedo, corrigiendo su error, y clarifiqué—. Son figuras articuladas de superhéroe.

—Qué hombre tan varonil estoy viendo. —Ella continuó riéndose—. Vale. Son figuras articuladas de superhéroe y son una monada.

—Tengo que reconocer que pensaba que te ibas a cachondear de la licra —admití.

—Pues mira, la licra me mola tanto como el tipo que la lleva. —Beth se encogió de hombros —. ¿Me regalas uno de estos, porfi, porfi, porfi?

Me eché a reír y respondí:

—Vale, pero no de estos. Ya están asignados para una donación. Te consigo uno para antes de que acabe la semana.

Ella asintió con la cabeza y volvió a colocar la figura articulada dentro de la caja. Luego dijo:

—Justo cuando pensaba que ya no podías sorprenderme más. Bueno, vamos a ver en qué están liados Gwen y Douglas.

Llegamos a la bolera donde todos se lo estaban pasando bomba, charlando, bebiendo, riendo y jugando a los bolos. El sonido de sus carcajadas traspasaba las paredes. Eso me provocó una sonrisa.

Nunca antes había celebrado un cumpleaños de esta manera. Siempre me había negado el placer de conmemorar mi llegada al mundo, convencido de que era irrelevante, seguramente porque creía que mis padres biológicos habían pensado lo mismo. Cada cumpleaños era un recordatorio profundo de que las personas que me trajeron a este mundo probablemente hubieran preferido no haberlo hecho. Hacer las cosas sin darle mucho bombo había sido mi lema durante

todos estos años.

Esta vez, todo fue radicalmente distinto, infinitamente mejor, gracias a Beth. Para mí, esto era lo que significaba ser parte de una familia. A veces un poco caótica, otras veces feliz, pero, sobre todo, era tener un lugar al que pertenecer.

Me paré en seco, dejando que la realidad me calara hondo. Todos estos amigos increíbles eran, en verdad, mi familia. No eran parientes de sangre, pero estábamos unidos por el amor. No es que no tuviera curiosidad por saber quiénes eran mis padres biológicos, pero haber crecido en hogares de acogida desde bebé me dejó prácticamente sin información sobre mis orígenes. A pesar de ello, hace un par de meses me animé a hacerme una de esas pruebas de ADN con la empresa 23andMe. Incluso tenía un correo electrónico esperándome que decía: «Tus informes están listos».

Y ahí me detuve. Sabía que al hacer clic en ese enlace y acceder a mi cuenta, me encontraría los resultados del ADN. Vería a personas reales, dispersas por el mundo, con las que compartía vínculos de sangre. ¿De verdad quería saberlo? ¿Y si no me gustaba lo que encontrase?

Tenía un pequeño círculo de amigos íntimos a quienes quería con todo mi corazón. ¿Para qué complicar las cosas? Vale, sí, estaba aterrorizado por descubrir la verdad. Esa era la razón por la que aún no lo había mirado.

—Me hice una de esas pruebas de ADN —solté de sopetón, no sé por qué—. Para ver si encontraba a algún familiar en el mundo. —A lo mejor, en el fondo, quería que Beth me diera un empujoncito para ver los resultados.

—Qué idea tan genial. ¿Y? ¿Qué has descubierto? —preguntó ella, con una sonrisa que desprendía curiosidad.

—Nada aún. No me he atrevido a entrar para ver los resultados.

—¿Cuándo los recibiste?

Me encogí de hombros y dije:

—Hace un par de meses.

—¿Te estás quedando conmigo? —Beth inclinó la cabeza, incrédula.

—Pues, no. —Negué con la cabeza.

—¡Rocco! ¿A qué esperas? ¡Podrías tener familiares increíbles!

—Sí, pero también podrían ser unos criminales o políticos corruptos. ¿Y si resulta que estoy emparentado con la mafia?

—¡Qué tonterías dices! —Beth se rio.

—Es una posibilidad —repliqué.

—Has pasado por cosas que mucha gente ni se imagina. —Ella me acarició el brazo suavemente—. Aun así, deberías mirarlo. Tal vez te lleves una sorpresa.

Marcello nos hizo una señal para que nos acercáramos. —¡Os estáis perdiendo lo mejor! Tenéis que ver esto—. Apuntó hacia la pantalla con los resultados de los bolos—. Gwen está echando una partida contra Douglas y todo se va a decidir en este último lanzamiento. Si tira siete bolos, gana.

—¿Y qué se juegan? —pregunté.

—Si gano, que ganaré, Douglas me invita a salir —dijo Gwen, con ese brillo inconfundible en los ojos que denotaba ilusión.

Sabía que le gustaba, pero no tenía ni idea de que estuviera tan interesada en él.

Sin duda, harían buena pareja.

—Y si gano yo, que ganaré, Gwen me invita a salir. —Douglas sonrió.

Alcé las manos al aire y pregunté:

—¿Pero qué clase de apuesta es esa? Sea quien sea el ganador, ambos conseguiréis lo mismo.

—Qué va —dijo Gwen—. Si gano, que ganaré, tendremos nuestra cita, pero él no podrá mencionar la palabra "*caca*" ni ningún sinónimo durante toda la noche.

—Y si lo menciona, que, seamos sinceros, seguramente lo hará, ¿qué pasa? —pregunté.

Gwen sonrió y dijo:

—Se tendrá que zampar una de las galletas para perros de Beth cada vez que la diga.

Todos en la sala se partieron de risa.

Yo bufé y dije:

—¡Eso ya lo he hecho yo!

—¡Me chifla la apuesta! ¡Vamos, Gwen! —exclamó Beth.

Moví la cabeza, mostrando mi desaprobación, y dije:

—Créeme, Douglas, no querrás perder. Esas galletas son asquerosas, te lo digo por experiencia.

Douglas dijo con una confianza desbordante:

—No me preocupa lo más mínimo, colega.

—¿De verdad crees que vas a ganarle a Gwen?

—¿Un perro tiene cuatro patas? —preguntó Douglas.

—Pues claro, evidentemente.

—¡Ahí tienes tu respuesta! Va a perder, evidentemente, ya lo verás.

—Te vas a tener que comer esas palabras... y después unas cuantas galletas para perros. —Gwen le advirtió.

Todos se rieron, excepto Douglas, que empezó a parecer algo nervioso. Casi le ofrezco una servilleta para que se secara el sudor que se formó en su labio superior. Gwen alzó la bola de color rosa y la posicionó debajo de su barbilla con ambas manos, concentrándose en los diez bolos que había al final de la pista. Unos segundos después, exhaló un suspiro y lanzó la bola.

—¡Vamos, Gwen! —gritó Beth mientras la bola avanzaba por la pista.

Al darle a los bolos, estos colisionaron entre sí y cayeron los diez.

—¡Pleno! —exclamó Beth.

No pude contener la risa. Las chicas se acercaron a felicitar a Gwen, felicitándola y abrazándola. Los chicos, por su parte, se acercaron a consolar y animar a Douglas.

Marcello le dio unas palmaditas en la espalda y le dijo:

—Lo siento, colega. Estaba de tu parte.

Yo le apreté el hombro a Douglas y le dije:

—No te envidio ni un pelo, pero, oye, ¿podrías grabarlo en vídeo? Es imprescindible documentarlo para el disfrute de todos los presentes.

—No tiene gracia —respondió Douglas.

Pero, como caballero que era, se acercó a felicitar a Gwen, aceptando su derrota. Beth y Holly se dirigieron hacia mí, ambas con una sonrisa de oreja a oreja.

—El amor es un misterio —comentó Holly.

—Desde luego —asentí—. No tenía ni idea de que esos dos se llevaran tan bien.

Holly señaló hacia la barra y dijo:

—Me refería a esos dos.

Beth y yo seguimos la dirección en la que apuntaba su dedo. Houdini y Sage seguían acurrucados debajo de la barra.

—Ay, por Dios, si es que es lo más tierno del mundo —exclamó Beth, sacando su móvil para hacer una foto.

—Ahora vuelvo. Voy al servicio —anunció Holly, alejándose.

Josh se nos acercó y, al ver que Holly entraba al baño que estaba al otro lado de la barra del bar, se giró rápidamente hacia nosotros y bajó la voz:

—Solo tengo un minuto antes de que Holly vuelva. Mañana por la noche es el gran momento. Voy a pedirle que se case conmigo.

—¡Sí! —Beth gritó, lanzándose a abrazar a su hermano.

Josh frunció el ceño y se apartó, llevándose un dedo a los labios:

—Por favor, bajemos un poco la voz.

—Es que no puedo contenerme. ¡Por fin! —Beth dio un salto e hizo como si gritara sin emitir sonido. Luego, avanzó un paso y tomó las manos de su hermano—. Cuéntame rápido. ¿Cuál es el plan? ¿Necesitas ayuda?

Josh miró de nuevo hacia el baño y luego a Beth, diciendo:

—Lo haré en el escenario del club de comedia, justo antes de terminar mi actuación. Necesito que vosotras la llevéis allí.

—¡Hecho! —dijo Beth.

—Perfecto. Solo dale tu nombre al de la taquilla. Tendréis una mesa reservada en primera fila, llamaré a Holly al escenario justo después de hablar sobre el matrimonio en mi monólogo. Vas a estar allí, ¿verdad?

—No me lo perdería por nada del mundo. No todos los días se tiene la oportunidad de presenciar una pedida de mano en directo —dije.

—Espero no liarla —Josh asintió con firmeza.

—Estarás bien —Le di una palmadita en la espalda.

—Aquí viene Holly. —Beth se acercó y me apretó la mano—. Vamos a comportarnos con naturalidad.

—Tú pareces la única que está a punto de ponerse a hiperventilar. —No pude evitar soltar una carcajada.

Holly se nos acercó, lanzando miradas alternas entre los tres. Luego soltó:

—¿Qué me he perdido?

—Nada —respondió Beth a toda prisa—. Absolutamente nada.

Holly se plantó con las manos en las caderas y soltó:

—¿Me ocultas algo?

—¡Qué va! Estábamos hablando de Douglas y Gwen. Son la mar de monos juntos, ¿a que sí?

Asentí, intentando apoyar el comentario de Beth y añadí:

—No pueden hacer mejor pareja.

Los ojos de Beth brillaron de ilusión.

—Totalmente —intervino Josh con un entusiasmo contagioso, volviéndose hacia Holly—. ¿Qué te parece si nos marcamos otra partidita de bolos?

—Me apunto. —Holly esbozó una sonrisa.

—Genial —dijo Josh, cogiéndola de la mano y tirando de ella con ganas.

Esperé a que se retiraran y luego me giré hacia Beth para comentarle:

—¿Estás segura de que vas a poder mantener la boca cerrada con lo de la pedida de mano veinticuatro horas más? Te veo más nerviosa que a Josh.

—Es que no me cabe el gozo en el pecho. Mi hermano va a pedirle matrimonio a mi mejor amiga —confesó Beth—. —Qué alegría.

—Sí, es algo especial. —Asentí, reflexionando sobre ello.

—Me chiflan las bodas. —Sonrió.

—¿Y qué es lo que más te gusta de las bodas? Digo, aparte de la comida, imagino, siendo tú un crack en la cocina.

—El intercambio de anillos —respondió Beth sin dudarlo.

—¿De veras? —pregunté—. ¿Y eso?

—Los anillos son el símbolo de las promesas. Y yo siempre cumplo lo que prometo.

—Eso está genial —afirmé.

—Y a ti, ¿qué es lo que más te gusta de una boda? —inquirió Beth.

Con una sonrisa, contesté:

—El beso.

—¿Por qué no me sorprende? —Ella soltó un suspiro, poniendo los ojos en blanco.

Me incliné y la besé, luego acaricié suavemente su mejilla.

—¿En qué piensas? —preguntó Beth.

—Serás una novia guapísima —le solté antes de poder morderme la lengua.

—Oh... —Las mejillas de Beth se tiñeron de un rosa pálido. Sin duda, le había pillado por sorpresa.

De repente, noté cómo el sudor humedecía las palmas de mis manos. ¿Por qué demonios había soltado eso en voz alta? Era cierto, pero pensar en bodas ahora era algo precipitado. Sí, me estaba enamorando de Beth, pero no tenía intención de anticipar las cosas. Lo último que quería era asustarla o, peor aún, asustarme a mí mismo.

Aun así, no pude evitar sentir un atisbo de envidia, pensando que Josh estaba a punto de pedirle matrimonio a Holly. Me preguntaba cómo se sentiría tener esa certeza de querer compartir toda una vida con alguien.

¿Llegaría yo a tener esa seguridad alguna vez?

En ese momento, todo lo que deseaba era otro beso, antes de perderme en mis pensamientos o complicarlo todo. Lo último que necesitaba era echar a perder nuestra relación antes de que tuviera la oportunidad de florecer.

Capítulo Veinticuatro

BETH

No sé cómo llegué al Club de la Comedia sin sufrir un ataque de nervios. Estaba tan entusiasmada con la propuesta de matrimonio que iba a explotar. Obviamente, no podía hacer eso porque Holly sospecharía si viese partes de mi cuerpo esparcidas por todo el suelo. Y lo de la propuesta era solo la punta del iceberg. Las palabras que Rocco soltó anoche no paraban de dar vueltas en mi cabeza.

«*Serías una novia guapísima*».

Esas palabras derritieron mi corazón, pero también me aterrorizaron. Me vi deseando tener ese tipo de conexión con él y, a la vez, muerta de miedo por no estar a la altura. Quería despertarme con sus besos y que sus abrazos fueran lo último que sintiera cada noche.

Por Dios, necesitaba un tranquilizante de caballo. Todo estaba pasando demasiado rápido. Hace apenas una semana, no quería ni ver a ese hombre, y ahora me moría por estar a solas con él. ¿Cómo había cambiado tanto la cosa? Incluso anoche tuve un sueño que de repente se convirtió en una pesadilla. Rocco se arrodillaba para pedirme matrimonio en directo por la tele, delante de todo el país, y luego le entraba un canguelo de película, al estilo *Novia a La Fuga.*

En el último segundo, soltó:

—¿Sabes qué? Se me ha olvidado que yo no llevo bien lo del compromiso. ¡Hasta luego!

Me desperté temblando como un flan y con el corazón a mil por hora. Con mi mejor amiga a punto de recibir la gran pregunta, Rocco diciéndome que estaría guapísima de novia y esa pesadilla con él dándome calabazas, la verdad es que no había manera de pensar con claridad.

Gracias a Dios, Rocco se ofreció a llevarnos en su SUV, el Audi Q5, de lo contrario habría chocado contra el primer eucalipto del camino. No pude calmarme ni un poco hasta que él aparcó y salimos, entonces una brisa fresca y agradable me acarició la cara, trayéndome de vuelta al presente.

«*Relájate. Haz una respiración profunda*».

Una vez dentro, el bullicio y el ambiente crearon una atmósfera única. La alegría de la gente, las carcajadas y el tintineo de los vasos se veían de lo más normal. Nos llevaron a nuestra mesa y pedimos unas bebidas. No pasó mucho tiempo antes de que Josh subiera al escenario, desplegando un arsenal de imitaciones que provocaban carcajadas en todos, menos en mí. Era como si sus chistes me entraran por un oído y me salieran por el otro.

¿Por qué me sentía tan desconectada de todo?

Por suerte, había conseguido mantener la propuesta de matrimonio en secreto hasta ese momento, pero Josh tenía que darse prisa y cerrar su monólogo, porque no iba a hacer ninguna promesa después de la siguiente hora. Di un sorbo a mi piña colada, esperando encontrar algo de consuelo en ella.

Holly se inclinó hacia mí y susurró:

—¿Estás bien?

—Sí, perfectamente. —Contesté, esbozando una sonrisa forzada.

Rocco se acercó y tomó mi mano. Por un instante, estuve a punto de retirarla, pero al sentir cómo acariciaba con delicadeza la piel de mi dorso, un calor reconfortante recorrió mi brazo desde nuestros dedos entrelazados. ¿Por qué me sentía tan distraída? Tenía que ser por la propuesta.

—¿Cuántos casados hay por aquí? —preguntó Josh al público.

Varias manos se alzaron en respuesta.

Era mi momento. Después de esta parte, Josh le haría la gran pregunta a Holly. Me moví en mi asiento. Rocco apretó mi mano, sonriéndome, tratando de transmitirme calma. Josh soltó un comentario sobre cómo colgar el papel higiénico, desatando más risas.

Rocco soltó una carcajada y se acercó más a mí, diciendo:

—Tu hermano es un crack.

Me incliné y le susurré:

—Me alegro de que estés disfrutando de la velada.

—Si estoy contigo, ¿cómo no voy a disfrutar? —respondió Rocco, antes de besarme.

De repente, mi ansiedad se esfumó. Eché un vistazo al reloj, preguntándome cuánto más se alargaría esto. Aunque adoraba ver a mi hermano en su salsa, deseaba con todas mis fuerzas que mi mejor amiga diera el paso. Por suerte, apenas dos minutos después, mi deseo se cumplió cuando Josh concluyó su actuación.

Josh alzó la mano e hizo el gesto de pedir silencio. Acto seguido, exclamó:

—¡Muchísimas gracias, damas y caballeros! ¡Habéis sido increíbles!

El público estalló en aplausos y muchos se pusieron de pie para ovacionarlo. Yo, por mi parte, apreté la mano de Rocco con tanta fuerza que seguramente le corté la circulación, pero es que aquel era el momento que había estado esperando con tanta ansia. ¡Por fin había llegado la hora de la propuesta de matrimonio!

Josh se aclaró la garganta y añadió:

—De verdad, muchísimas gracias. Bueno, antes de despedirme, quería darle las gracias a mi novia, Holly, por su apoyo incondicional. Está ahí sentada, en primera fila, junto a mi hermana, Beth, y su novio, el inigualable Rocco Romano. —Nos señaló con la mano.

¿Novio? El tema de ser novios nunca lo habíamos hablado. Pero, la verdad, me encantó cómo sonó. Miré a Rocco, buscando su reacción. Él simplemente sonrió y saludó al público, como si no le diera mayor importancia. Respiré aliviada, me erguí un poco más en la silla y sonreí para mis adentros.

Yo era la novia de Rocco Romano.

—¡Vaya! —exclamó Josh, llevándose una mano a la boca—. ¿Era privado lo de que estáis juntos? Si no, pues no os preocupéis demasiado. Esto queda entre nosotros, yo, la gente que está aquí esta noche y los millones de personas que lo verán en las redes sociales en las próximas veinticuatro horas. Nadie más.

El público soltó una carcajada, mientras sacaban fotos y grababan vídeos. Esperaba que Josh se diera prisa en terminar, porque Holly era quien realmente merecía toda la atención en ese momento. No quería robarle el protagonismo en el instante más especial de su vida, uno que sin duda recordaría siempre.

Josh me guiñó un ojo y continuó:

—Bueno, pero volviendo a lo mío con mi novia, Holly. Su apoyo, ánimo y amor durante

estos últimos cuatro años han sido fundamentales para mí. No es fácil estar lejos del ser amado, así que solo quería darte las gracias. Y decirte que te quiero muchísimo.

Le lanzó un beso a Holly.

—Y yo a ti —respondió Holly, devolviéndole el beso.

—De hecho, ven aquí un momento. Quiero que todos conozcan a mi flamante novia. —Josh la invitó a subir al escenario.

Como Holly nunca ha sido de las que se achican, se levantó y caminó hacia las escaleras situadas a la derecha del escenario. Josh le extendió la mano, ayudándola a subir con un gesto caballeroso, para después guiarla hasta el centro del escenario.

Saqué mi móvil y empecé a grabar un vídeo.

—Holly, mi vida... —Josh sacó el anillo de su bolsillo trasero y se arrodilló.

Holly se llevó la mano al pecho, sorprendida hasta el último aliento. Abrió la boca, sin palabras. Las lágrimas le corrían por las mejillas mientras el público enloquecía, vitoreando y sacando sus móviles para capturar el momento. A mí también se me escaparon unas lágrimas, para qué negarlo; apenas podía ver lo que estaba grabando a través del velo de emoción.

—Te quiero con toda mi alma —prosiguió Josh—. Hazme el hombre más afortunado del mundo, ¿quieres casarte conmigo?

Holly era casi incapaz de hablar, asintió con fuerza mientras lograba decir: «Sí».

Josh sonrió, le colocó el anillo en el dedo y se levantó para besarla. Luego, la atrajo hacia él en un abrazo cargado de amor y alegría.

—¡Me voy a casar! —exclamó Josh, provocando aún más aplausos mientras todo el club de comedia se ponía en pie, celebrando su compromiso con un entusiasmo aún mayor.

El momento no pudo ser más perfecto. Mi corazón rebosaba de felicidad por mi mejor amiga y mi hermano. Mis sueños se habían hecho realidad. Josh y Holly se alejaron tras bambalinas agarrados de la mano, irradiando una felicidad contagiosa mientras el público seguía en su delirio.

—¿Qué te ha parecido la pedida de mano? —Rocco me envolvió con su brazo.

—Me ha encantado —le respondí con una sonrisa envuelta en lágrimas—. ¿Y a ti?

—No podría haber sido más perfecto. —Él sonrió, compartiendo el sentimiento.

De repente, la multitud nos rodeó pidiéndole a Rocco fotos y autógrafos. Uno tras otro, y él lo hizo con una sonrisa de agradecimiento perpetua en la cara. De vez en cuando, me lanzaba miradas, asegurándose de que seguía ahí, dedicándome guiños y sonrisas llenos de complicidad. Fue un gesto que me llegó al alma. Me fascinó que, en medio del frenesí de sus seguidores, él siguiera pendiente de mí. Incluso hubo quien nos pidió una foto juntos, abrazados, haciéndome sentir aún más en una nube.

—Fue genial cómo manejaste toda la situación —me dijo Rocco, sellando sus palabras con un beso.

Nos deslizamos tras el escenario para felicitar a mi hermano y a Holly. Tras el intercambio de besos y abrazos, Holly se giró hacia mí, luciendo su anillo como si fuera el trofeo más preciado del mundo.

—¡Estoy prometida! —exclamó, rebosante de entusiasmo.

—Vaya que si lo estás —respondí, tomando su mano para admirar el anillo—. Es una preciosidad. Sé que todo esto es muy reciente, pero, ¿ya tenéis alguna idea de cuándo o dónde queréis celebrarlo?

—Aún no hay nada decidido, pero espero que mi dama de honor esté a mi lado para ayudarme a organizarlo todo —dijo Holly, enganchándose de mi brazo.

—Será un honor. —Me costó tragar saliva, parpadeando rápido para frenar el torrente de lágrimas.

Con los brazos entrelazados nos acercamos a Rocco y a Josh, con cuidado de no interrumpir su charla.

—Y me está costando un triunfo encontrar el guion perfecto para mi salto a la televisión —comentaba Rocco.

—Quizá deberías producir tu propia comedia y fichar a un guionista que plasme exactamente lo que buscas —sugirió Josh.

—No es mala idea —reconoció él—. ¿Has pensado alguna vez en escribir para la televisión?

Josh asintió, entusiasmado:

—Claro que sí. Se me ocurren mil historias para comedias de enredo.

—Pues deberíamos charlar un día de estos —propuso Rocco, pasándole un brazo por los hombros—. Quizás haya algo en lo que podamos colaborar.

—Me encantaría —aseguró Josh.

—Sería espectacular —dijo Holly, iluminándosele la cara de ilusión—. ¿Los dos titanes del entretenimiento juntos en un programa de televisión? Eso sería la bomba.

—Totalmente de acuerdo —dije.

Tanto Rocco como Josh sonrieron, como si hubieran dado con algo que podría causar furor en Hollywood.

—¡La única manera de superar eso sería planeando una boda doble! —exclamó Holly, entre risas.

Una pena que fuese la única que se reía. Giré la cabeza hacia Rocco, curiosa por ver su reacción. Su expresión era un poema.

«*Esto no pinta bien*».

Miré a Holly, esperando y rogando por dentro que se diera cuenta de que tenía que retractarse o, al menos, cambiar de tema.

Una sonrisa traviesa empezó a dibujarse en el rostro de Rocco y dijo:

—Ya dije que serías una novia guapísima. —Me guiñó un ojo.

No podía decir si estaba de broma o no.

—¡Estaba bromeando! —exclamó Holly, captando mi señal, casi por telepatía—. Sé que vosotros dos necesitáis algo más de tiempo antes de pensar en casaros y empezar a tener niños.

«*Esto empeora por momentos*».

Acababa de mencionar el tema de los bebés. Lo último que necesitaba era que Rocco pensara que Holly y yo habíamos estado charlando sobre matrimonio, bebés o cualquier otro tema remotamente relacionado. Preferiría desaparecer en ese mismo instante.

«Meteorito, meteorito, meteorito».

Capítulo Veinticinco

BETH

Era oficial. Estaba perdidamente enamorada de Rocco Romano. Y era la sensación más alucinante que había experimentado jamás. Es posible que ya estuviera coladita por él cuando fuimos al club de comedia el otro día. Pero las pocas dudas que pudieran quedarme se esfumaron después de haber pasado el día de ayer con él, viéndole firmar dos cheques de un millón de dólares cada uno para obras benéficas, uno destinado a ayudar a niños y el otro a animales. Me encantaba Rocco por su corazón enorme y su capacidad para empatizar. Había tantísimas cosas que adoraba de él, que eran demasiadas para poder enumerarlas.

Ayer fue un día increíble, aunque hubo momentos en los que me sentí culpable. Culpable de seguir cobrando por cuidar a Houdini a pesar de que por la mañana estuve nadando con Rocco, comimos juntos por la tarde en la casa principal, sin olvidar el café que compartimos más tarde en el patio después de que él terminara unas cuantas llamadas de trabajo. Incluso vimos una película juntos en su cine por la noche. *Grease*, por supuesto.

Aún no había conseguido que me cantara *Sandy*, pero no pensaba tirar la toalla todavía. Solo de pensar en su voz cantándome, ya me derretía.

Pero bueno, había temas más urgentes que requerían mi atención. Como, por ejemplo, declararle a Rocco lo que sentía por él. Decidí hacerlo con una nota acompañada de un regalo que dejé en su vestidor anoche, pero obviamente aún no lo había visto, o hubiera mencionado algo al dejar a Houdini esta tarde.

Desafortunadamente, cualquier cosa relacionada con Rocco tenía que esperar, ya que me había dicho que tenía reuniones durante casi todo el día. Estaba metiendo los platos en el lavavajillas cuando sonó mi móvil. Era una llamada de Holly.

—¡Hola, guapa! —exclamé, rebosante de emoción al pensar que Holly sería la primera en enterarse de lo locamente enamorada que estaba—. ¿No es un día precioso?

—Beth... —Holly vaciló.

La conocía lo suficientemente bien como para darme cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —pregunté.

—¿No has visto las noticias? —inquirió Holly.

Parpadeé un par de veces, sin tener ni idea de a qué se refería. El tono de su voz insinuaba que algo grave ocurría.

—¿Ha pasado algo con Josh? —indagué.

—No, enciende la tele y pon el canal cinco, ya.

—Vale... —respondí.

Busqué el mando a distancia en la mesita junto al sofá, encendí la televisión y cambié al canal cinco. Mi corazón empezó a acelerarse con aprensión.

—Ahora mismo están poniendo un anuncio de Prozac —comenté.

—Ya, espera a que termine.

Era evidente que algo sucedía. No entendía su reticencia a dar detalles. El mero hecho de que me remitiera a las noticias de la tele ya era motivo de alarma. Solo podía pensar en Rocco.

—Pero, ¿qué sucede? —insistí, sintiendo cómo mi corazón tomaba más velocidad justo cuando el anuncio llegaba a su fin para dar paso a las noticias.

—Hollywood está al rojo vivo con los últimos rumores sobre el nuevo gran proyecto de Rocco Romano —anunció Jack Marston, el presentador de noticias—. Para más detalles sobre el mundo del entretenimiento, conectamos con Skip Jenson, en directo desde el centro de San Diego.

—Así es, Jack —confirmó el reportero—. Los rumores vuelan más rápido que la última atracción de SeaWorld. Todo comenzó hace cuarenta y ocho horas cuando el comediante Josh Myers le pidió matrimonio a su novia en el escenario, justo al final de su actuación aquí, en este club de comedia.

Me relajé al oír hablar de la propuesta de matrimonio. Mostraron imágenes de Josh sacando el anillo y arrodillándose.

—¡Eh, ahí sales tú! —exclamé.

—¡Calla! —me cortó Holly.

—Rocco Romano estaba esa noche allí —prosiguió el periodista—. Y nos han informado de que estaba acompañado de su novia, Beth Myers, quien curiosamente es la hermana de Josh Myers.

El noticiero mostraba imágenes de vídeo de Rocco besándome.

«*Madre mía*».

La expresión de Rocco mientras me besaba me derretía el corazón y una sensación cálida recorrió todo mi cuerpo. Se le veía enamorado. Enamorado de mí. Y lo mejor de todo es que Rocco me estaba besando en la tele delante de todo el país. Y ahora, había dejado de ser una desconocida.

—Una fuente anónima nos ha contado que Josh Myers y Rocco Romano fueron pillados charlando tras bambalinas después del programa sobre una posible colaboración en una comedia. Eso, desde luego, sería un bombazo en el mundo del espectáculo si logran llevarlo a cabo.

—¿En serio? —exclamé, totalmente sorprendida—. ¿Alguien estaba husmeando detrás del escenario y lo filtró a la prensa? ¡Qué horror! ¿Quién habrá sido?

Holly me mandó callar otra vez. —Eso no es nada comparado con lo que viene.

El periodista añadió:

—Pero esa conversación de hace apenas cuarenta y ocho horas entre dos de las estrellas más destacadas de Hollywood podría haber pasado ya a segundo plano.

Apareció un gráfico en pantalla:

¿Se unirá Rocco Romano a Steven Spielberg?

Eso sí que captó mi atención.

—Nuestras fuentes también nos informan de que Capitán Clapton está en negociaciones con Steven Spielberg para ser el protagonista de una emocionante trilogía de acción situada en Roma, Italia. Al parecer, Romano está muy interesado en el proyecto, ambientado en una región donde recientemente descubrió que tiene familiares, gracias a una prueba de ADN. Su sueño de toda la vida de colaborar con Spielberg, seguramente, llegará pronto a buen puerto.

—Eso no puede ser verdad —susurré para mí misma mientras el programa mostraba imágenes de Rocco de la primera película de *Capitán Clapton*.

—Se rumorea que las tres películas se rodarán una detrás de otra a lo largo de dos años —comentó el periodista—. Por supuesto, seguiremos informándoles sobre esta historia conforme se desarrolle.

Sentí como si me hubieran chupado la energía. Dos años. En Italia. Apagué la tele y lancé el mando a distancia al sofá. Mi cabeza estaba hecha un lío.

—¿Sabías que había estado hablando con Steven Spielberg? —preguntó Holly.

—Sí —respondí—. Marcello mencionó el encuentro con Spielberg cuando estábamos en la piscina, pero Rocco no entró en detalles. Solo me guiñó un ojo y me dijo que era confidencial.

—Algo no cuadra, sobre todo después de la charla de Rocco con Josh. Y más sabiendo que ese hombre está loco por ti. Lo vi con mis propios ojos.

Si le importaba tanto, ¿por qué no había compartido la noticia conmigo? Tal vez era verdad. ¿Significaba esto que el hombre del que me había enamorado iba a estar lejos de mí durante dos años? ¿Era capaz de tener una relación a distancia?

—¿Beth? —dijo Holly.

—Sí...

—Averigua qué pasa. Rocco dijo que quería hacer una comedia, así que podría ser solo un rumor. A estos programas de cotilleo y revistas les encanta exagerar. De todas formas, necesitas hablar con Rocco antes de sacar conclusiones precipitadas.

—Tienes razón. —Asentí, pensando en Rocco—. Te llamo luego.

Colgué y me dirigí hacia la casa principal con Houdini. Rocco quería trabajar con mi hermano, lo había oído con mis propios oídos. Definitivamente no podía hacer ambas cosas a la vez, desde dos extremos del mundo.

Gwen estaba liada en la despensa cuando entré a la cocina. —Hola, Beth. Rocco está en su estudio.

Me forcé a sonreír. —Gracias. —Avancé por el pasillo, sin tener muy claro cómo iba a empezar la conversación.

«*Hola, Rocco. Te quiero. ¿Me estás dejando?*».

Estaba tan absorta en mis propios pensamientos que no me di cuenta de que Rocco estaba hablando por teléfono hasta que giré el pomo de la puerta y entré a su despacho.

—Sí, pero dos años fuera de casa es mucho tiempo —dijo Rocco.

—¿Entonces es cierto? —pregunté, quedándome ahí plantada—. ¿Te vas a Italia?

Rocco se giró en su silla de oficina para mirarme, con el teléfono pegado a la oreja y con una expresión de asombro que me recordaba a un pez fuera del agua.

No pude evitar quedarme boquiabierta ante él.

—Oye, Oliver, te llamo luego —dijo Rocco, colgando de repente. Dejó el teléfono sobre el escritorio, su cara era todo un poema, como un crío pillado con las manos en la masa justo después de que su madre le hubiera dicho que nada de dulces.

Pero Rocco aún no había contestado a mi pregunta, lo que no auguraba nada bueno. Por fin, se levantó, se acercó al borde de su escritorio y se pasó una mano por el pelo, con gesto pensativo.

—Beth... Aún no es seguro, pero sí, me muero por hacer el proyecto. Estaba a punto de contártelo. De hecho, hoy mismo.

No pude hacer otra cosa más que reírme, sentándome, aunque de gracioso tenía poco. Entonces, le solté:

—Pues vaya, es un poco tarde, porque me he enterado por las noticias.

—Los equipos de prensa sueltan bulos a los medios a menudo —explicó Rocco—. Buscan

que la gente se ponga a hablar del tema porque eso genera expectación y consiguen publicidad gratis.

Los tejemanejes de las relaciones públicas me traían sin cuidado. Solo había una cosa que realmente me importaba y fui directa al grano:

—¿Y qué pasa con lo nuestro?

Quizá no tenía derecho a preguntar. Al fin y al cabo, no era más que la cuidadora de su perro, que había tenido la suerte de besar al hombre más deseado del planeta. Pero, por otro lado, estaba ese pequeño detalle de que me había enamorado de él.

Rocco se acercó a mí y dijo:

—Me importas. Y mucho. Pero trabajar con Spielberg ha sido mi sueño desde que entré en este mundillo, y esta trilogía podría ser aún más grande que *Capitán Clapton*. Y para colmo, los resultados del ADN han confirmado que tengo familia directa en Roma, ¡justo donde vamos a rodar la trilogía! ¿Te lo puedes creer? Eso me ha dado el último empujón para decidirme. Tú fuiste quien me animó a no dejarlo pasar y a mirar esos resultados, pero ahora me da la impresión de que piensas que estoy haciendo algo mal.

Negué con la cabeza y le espeté:

—Lo que no tiene ni pies ni cabeza es que no me sueltes prenda sobre que quizás desaparezcas durante los próximos dos años, después de soltarle a mi hermano que te molaría currar con él. ¿Qué pasa con la comedia? Esa era la movida por la que me fichaste, para dar con el proyecto de tus sueños que te anclara aquí. No me malinterpretes, me encanta que hayas descubierto que tienes familia, pero echar raíces no es largarse a Italia durante dos años. Podrías conocer a tu familia en un viajecito de dos semanas.

Rocco soltó un suspiro y replicó:

—La idea de montar una comedia con tu hermano sigue en pie, aunque se ha torcido un poco el plan.

Me mofé y repliqué:

—¿Un poco? Dos años no es un poco, Rocco.

—Beth...

—¿No estarás usando este proyecto para meter un poco de distancia entre nosotros? A lo mejor lo que pasa es que te has hartado o te estás acojonado.

—Pero, ¿qué dices? ¡Qué va! No estoy acojonado —se defendió Rocco.

—¿Seguro que no? Es el mismo rollo de siempre contigo. Ya lo hiciste con Scarlett, con Kate y con Natalie. Y ahora me lo estás haciendo a mí. Te metes en una relación y cuando empieza a ir sobre ruedas, sales por patas como si te persiguieran.

Era consciente de que no me había prometido el oro y el moro. Los adultos tienen líos, rollos y eso no implica vivir felices y comer perdices juntos el resto de sus vidas, pero es que yo aspiraba a algo más que eso. Como Julia Roberts en *Pretty Woman*, quería mi final feliz. Igual era una ilusa por pensar que Rocco pudiera estar enamorado de mí.

—Eso no es justo, Beth —se quejó Rocco—. Sí, es cierto que me he largado otras veces, pero esto es diferente. Eran otras circunstancias.

—Vale, pongamos que así es. Entonces, ¿qué pasa con nosotros?

Rocco se paseó frente a su escritorio, se paró y se giró hacia mí. Después de un momento pensando, dijo:

—La verdad, no tengo ni idea. Oye, ¿y si probamos a tener lo mejor de ambos mundos? Ven a Italia conmigo.

—¿Qué? —exclamé, echando la cabeza hacia atrás—. ¿Lo dices en serio?

—¡Claro que sí! ¡Va a ser alucinante! Imagínate, dos años de vacaciones en Italia. Nosotros dos, juntitos, en uno de los países más románticos del mundo. Sería de locos decir que no.

—Pero es que tú estarías trabajando todo el rato, lo que significa que yo me quedaría sola. ¿Qué tiene eso de romántico? Además, no estoy por la labor de poner mi vida en pausa durante dos años. Estoy a punto de lanzar un nuevo proyecto, algo que me ilusiona un montón. Me estás poniendo entre la espada y la pared, teniendo que elegir entre mis sueños y tú.

Rocco se lo pensó un momento y luego soltó:

—¿Acaso no me estás pidiendo lo mismo a mí?

Tenía toda la razón y yo no tenía derecho a pedirle tal cosa. Otro punto muerto. Ninguno de los dos iba a dar su brazo a torcer o abandonar su trabajo por el otro. Nos quedamos en silencio, un silencio que se hizo eterno. Finalmente, Rocco arrastró una silla hasta colocarla junto a la mía y se sentó.

—Beth...

No contesté. La verdad, ¿qué más podía decir en ese momento? Rocco ya había tomado su decisión. Lo único que me quedaba era aceptarlo y marcharme con la dignidad intacta.

—Dime qué quieres hacer, Beth —insistió Rocco.

Un nudo de tristeza se formó en mi garganta. Era imposible seguir viéndolo todos los días, sabiendo que se iría.

Me levanté, lo miré fijamente a los ojos y dije:

—Creo que lo mejor es que siga adelante, recoja mis cosas y deje de estorbarte. Le dejaré las llaves a Gwen cuando me vaya.

Rocco me miró como si hubiera perdido el juicio. Quizás tenía razón, pero me había prometido a mí misma vivir la vida según mis propias reglas. Me giré para irme, pero en la puerta me detuve y volví a mirarlo. Entonces añadí:

—Te deseo lo mejor, Rocco. Espero que consigas todo lo que te propongas en la vida. Y lo digo de corazón. —Me giré y me alejé.

Capítulo Veintiséis

ROCCO

Una semana más tarde...

Me encontraba en un pozo sin fondo. Pero de los malos, de verdad. Echaba de menos a Beth con toda mi alma. ¿Cómo era posible sentir algo así? Y a eso había que añadirle las noches en vela, la irritabilidad que me consumía, la falta de apetito y mi incapacidad para concentrarme; era un desastre con patas. Seguramente, encerrarme tanto tiempo en el garaje no era lo mejor para superar la situación, pero es que no sabía cómo afrontar este vacío que sentía en mi pecho. Me sentía desorientado. Perdido, sin Beth.

Marcello entró en el garaje y ocupó el asiento del copiloto en el Ford De Luxe donde me encontraba. Me miró sin decir nada. Gwen, Douglas y Marcello ya habían intentado una sesión conmigo antes, pero logré esquivarla alegando que la migraña me estaba matando y que necesitaba encerrarme a oscuras. Patético, ya lo sé. Pero esta vez, Marcello parecía dispuesto a lanzarse en solitario.

«*Suerte con eso*».

—Rocco… —Me lanzó otra mirada.

Exhalé un suspiro cargado de frustración, consciente de que era su tercera incursión en el garaje en las últimas tres horas. Luego dije:

—Pareces un enfermero de guardia, visitándome todo el rato.

—Quizás debería tomarte el pulso —soltó Marcello.

—No hace falta, ya estoy muerto por dentro. —Negué con la cabeza.

Lanzó una ojeada hacia los altavoces del garaje y dijo:

—Ya lo sé. Esta canción está acabando conmigo.

Ahí estaba yo, una vez más, escuchando *Sandy* de John Travolta a todo volumen.

Me encogí de hombros y solté:

—Escucha esa angustia en su voz. El pobre está hundido.

—Desde luego que sí. Ahí lo tienes, abandonado en el autocine, haciendo el ridículo —se mofó Marcello, soltando una carcajada. Luego, volvió a mirarme y suspiró—. Basta ya. Se acabó. Vamos, acompáñame. —Salió del coche cerrando la puerta con decisión.

Giré mi cabeza hacia el asiento del copiloto y pregunté:

—¿Y eso? ¿A dónde vamos?

—A la cocina —contestó él, adentrándose en la casa.

Estaba convencido de que Marcello iba a tirar de su lógica particular para intentar sacarme de este bache. Eso me pasa por juntarme con gente inteligente. Salí del coche, entré a la casa y me

detuve en la encimera de la cocina. Marcello estaba allí, plantado frente a un plato con comida.

—A comer —dijo alargándome una cuchara—. Y sin quejarte. Gwen ya se ha ido y esto es lo único que se me ocurrió. No esperes milagros, que no soy ningún chef.

Eso, por supuesto, me hizo pensar en Beth, y hasta en sus galletas de perro que daban náuseas. Cualquier cosa me llevaba a ella. Pero yo no era el único que la extrañaba. Houdini se había vuelto un terremoto, destrozando todo a su paso.

La sonrisa de Beth podía derretirme el corazón. Su roce electrificaba mi piel. No conseguía sacarme de la cabeza su imagen herida. Me había roto por dentro ver el dolor y la confusión en sus ojos cuando hablamos en mi despacho. Y dejarla ir había sido lo más duro que había hecho jamás. ¿Qué clase de mundo cruel le hacía a alguien elegir entre las dos cosas que más quería?

No me digas…, ¿acababa de admitir que quiero a Beth?

Antes de que pudiera darle más vueltas a mis pensamientos, Marcello me apuntó con el dedo y me ordenó:

—Deja de darle al coco y empieza a comer.

Hice una mueca, observé el contenido del bol y pregunté:

—¿Y esto qué es? Tiene una pinta rarísima.

Marcello suspiró y explicó:

—Es una mezcla de dos huevos duros, un aguacate, mayonesa y mostaza.

Asentí, le di un bocado y lo mastiqué. Luego, tres más antes de girar la cabeza hacia Marcello y alzar una ceja. La verdad, estaba para chuparse los dedos.

Marcello movió la cabeza de lado a lado y soltó:

—No te hagas el sorprendido.

El plato se quedó limpio en dos minutos. Posiblemente menos.

Marcello se frotó las manos y dijo:

—Tenemos que hablar, y en serio. Esto ya se te está yendo de las manos y hay que zanjar unas cuantas cosas.

—¿Qué hay de postre? —bromeé. —Yo era el rey de la evasión estos días.

Marcello se plantó más firme y se cruzó de brazos, echándome una mirada que parecía querer ponerme en mi sitio. Entonces, soltó:

—Mira, tío. Spielberg lleva un siglo esperando una respuesta y Oliver está que trina conmigo porque no le coges el teléfono. Le dijiste a Josh que querías hablar con él, pero la has cagado también. Sin contar que dejaste que lo mejor de tu vida se te escapara entre los dedos.

—No tenía ni idea de que ella iba a ponerme entre la espada y la pared de esa manera —contesté—. Pensaba que encontraríamos la forma de arreglarlo.

—¿Pero lo has intentado? Porque me da la sensación de que has tirado la toalla.

—Yo no he tirado la toalla, Beth lo ha hecho. Ella es la que se ha alejado.

—La dejaste escapar. Solo pensabas en ti mismo y en lo que te convenía. Mira, que te lo dice alguien que lleva cinco años felizmente casado... Eso no es forma de mantener una relación. Tienes que poner a la otra persona primero y por encima de todo si quieres tener una mínima oportunidad de tener algo que dure. Tomaste tu decisión sin tenerla en cuenta a ella. No te estoy diciendo que te anules, pero que al menos tengas en cuenta sus sentimientos y opiniones antes de decidir nada. Así es como va el amor.

—Oye, yo no he mencionado la palabra amor. —Lo miré fijo.

La carcajada de Marcello resonó con fuerza y dijo:

—No me tomes por gilipollas. Te tiene loco, pero no lo quieres admitir. Estás cagado.

—No tengo miedo.

—Ah, ¿no? Pues, ¿a qué viene que aún no hayas ni mirado la tarjeta ni el regalo que te dejó? Llevan más de una semana en tu escritorio cogiendo polvo . Te lo digo yo. Porque te aterra solo pensar lo que puedas encontrar al abrirlo. O, que la tarjeta diga algo que te toque la fibra.

—Estás completamente equivocado —le contesté.

Marcelo se encogió de hombros. —¿Sí? Venga, demuéstralo. Abre la tarjeta y el regalo.

—Vale, vale... Lo haré.

Me miró fijamente. —Ahora.

Dudé y luego negué con la cabeza. —Eres un coñazo, ¿lo sabías?

Marcelo se rió. —Por eso me pagas un pastón. Para tener tu vida organizada y guiarte por el buen camino.

—Lo que tú digas.

Caminé hasta mi despacho y cogí el regalo y la tarjeta de mi estante, luego los llevé a la cocina y los dejé en la encimera.

Marcelo simplemente me miró y esperó.

Suspiré, abrí el sobre, saqué la tarjeta y leí la portada.

El destino decide quién entra en tu vida.

Tu corazón decide a quién dejas quedarse.

Le enseñé a Marcelo la cita.

—Más cierto imposible. —Él asintió.

Abrí la tarjeta para ver lo que Beth había escrito dentro:

Querido Rocco,

El destino nos cruzó.

Mi corazón se alegra de ello.

Iluminas mi vida con todo

lo que haces. Quería devolverte el favor e

iluminar tu vida con este regalo.

Te quiero.

Con todo mi corazón.

Beth

Me quedé mirando esas dos palabras.

«Te quiero».

Y la dejé ir. Tragué saliva, luchando contra las ganas de llorar, preguntándome cuánto tardaría Marcello en llamarme gilipollas de nuevo.

—A ver —dijo, extendiendo la mano.

Vacilé, pero después le pasé la tarjeta.

—Ya lo sabía. Ella te quiere. —Marcello me apuntó con el dedo.

Asentí.

—Eres un gilipollas —añadió.

Y ahí estaba. La cruda verdad. Rocco Romano es un gilipollas.

—¿A qué esperas? —Marcello señaló el paquete.

Le quité el papel de regalo y miré lo que había dentro. Era un polo. Morado. No pude evitar sonreír, pensando en todas las veces que me había criticado por vestir siempre de negro. Mi sonrisa se transformó en carcajada. Desplegué el polo y me lo coloqué delante. Para mi sorpresa, me gustó. Y mucho.

Marcello también se rio y dijo:

—¡Quería darte un toque de alegría con un polo lavanda! Eso es muy de ella.

—Creo que es más bien violeta, en realidad —comenté.

Él se burló:

—¡Qué va! Tira más a cardo, o quizás a ciruela.

—Mira lo emocionante que es mi vida —dije—. Aquí estamos, debatiendo sobre tonos de morado.

Marcello se cruzó de brazos y dijo:

—Lo verdaderamente sorprendente es que todavía estés aquí, dándole vueltas a lo que Beth escribió en esa tarjeta. Si no actúas pronto, podrías perderla para siempre. Tenía razón. Lo que escribió en esa tarjeta me había tocado el alma.

—Pero lo que hagas tiene que ser algo grande —insistió Marcello—. Algo espectacular, para demostrarle cuánto significa para ti. Ella tiene su orgullo y amor propio, así que vas a necesitar suerte.

Aún había una cuestión importante sin resolver.

—¿Y qué pasa con Spielberg e Italia? —pregunté—. Quiero a Beth, pero eso no significa que esté dispuesto a tirar por la borda el contrato de la película. Y, por supuesto, sigo queriendo hacer la comedia con Josh.

—¿Quién dice que no puedes tenerlo todo? —preguntó Marcelo con una sonrisa—. Eres la estrella más luminosa de este universo. Incluso un pez gordo como Spielberg tendría que hacerte caso. Déjale claras tus condiciones. Te apuesto lo que quieras a que te hará caso.

En ese instante, mi móvil empezó a sonar. Eché un vistazo al identificador de llamadas y luego a Marcello.

—Qué casualidad, es Josh —comenté.

—Eso no es ninguna casualidad, es el destino —exclamó, lanzando sus manos al aire—. ¡Es una señal, coge el teléfono!

Presioné el botón verde de mi teléfono y contesté:

—Hola, Josh. Lamento mucho no haberme puesto en contacto antes.

—No te llamo por eso —dijo él—. Se trata de Beth.

Sentí cómo mi corazón diera un salto en mi pecho y dije:

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

—Físicamente, sí. Mentalmente, está por los suelos. Está atravesando una mala racha, pero hoy está siendo especialmente duro porque el evento benéfico en el que está metida es un auténtico desastre.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con preocupación.

—No me he enterado del todo, pero por lo visto tuvieron que cambiar el lugar a última hora por lo que sea. No consiguieron avisar a tiempo a todo el mundo y algunos medios de comunicación seguían anunciando la ubicación antigua. La gente se presentó y no había nadie. Un desastre total. El resultado es que la asistencia es penosa, no están recaudando ni un euro y nadie se anima a adoptar a los animales. Y para colmo, las galletas para perros de Beth están pasando desapercibidas, ya que no hay casi nadie.

—Qué desastre —dije.

—Así es la cosa. Me encantaría poder echar una mano, pero estoy en Seattle con mi gira de monólogos. Holly tampoco puede porque está aquí conmigo y no le daría tiempo a llegar. No sé si podrás hacer algo, pero a Beth le vendría de perlas tu apoyo ahora mismo, incluso si eso significa ir allí con algunos amigos. Estoy llamando a todo el que conozco en el sur de California para intentar reunir a la mayor cantidad de gente posible, así que, si podéis echar una mano para difundir la voz, os lo agradecería un montón. El evento dura todo el día, así que todavía quedan

casi seis horas.

—No necesitas decir más. Me pongo en marcha.

—Gracias, te paso la dirección por mensaje. Me sabe fatal pedírtelo, sabiendo que tú y Beth no estáis precisamente en vuestro mejor momento.

—No te preocupes por eso —le aseguré—. Voy a solucionarlo inmediatamente.

—Esperaba que dijeras eso. Gracias. —respondió Josh.

Nos despedimos y colgué.

—¿Qué está pasando? —preguntó Marcelo.

—Pues que se me acaba de presentar la oportunidad de oro para solucionar las cosas con Beth. Dijiste que iba a triunfar, y sé exactamente lo que tengo que hacer para recuperarla. Va a ser épico.

Capítulo Veintisiete

BETH

Negaba con la cabeza al contemplar el panorama desolador en la explanada de Rancho Santa Fe, donde tenía lugar el evento benéfico para mascotas. Más que una feria de recaudación de fondos para *Patitas y Zarpas*, aquello parecía un pueblo fantasma. Los vendedores, aburridos de lo lindo en sus puestos desiertos, se entretenían con sus móviles. El único sonido que parecía romper el silencio era el de un partido de una liga infantil en un campo de béisbol cercano.

A pesar de todo, la organización benéfica sobreviviría, aunque el impacto en las donaciones sería duro. Este era, sin exagerar, su evento estrella para recaudar fondos cada año. Y qué decir de los perros y gatos que hoy deberían haber encontrado un hogar permanente. Por suerte, teníamos los anuncios en Internet, así que aún había esperanza de encontrarles una familia, aunque fuese a un ritmo más lento que cuando los ven en persona y sienten ese cariño instantáneo por el animal.

Los cientos de galletas para perros que seguramente sobrarían eran lo de menos. Podría donarlas al refugio de animales sin problema alguno.

Lo que realmente no tenía solución era el tema entre Rocco y yo.

Nuestra relación se había acabado.

Se había roto.

Al igual que mi corazón.

Había revivido la escena en su despacho una y mil veces, preguntándome si debí haber dicho o hecho algo diferente. Cuando le dije que lo dejaba, secretamente deseaba que me agarrara del brazo y me detuviera. Que me soltara ese te quiero que tanto necesitaba escuchar y que me dijera que haría lo imposible para arreglarlo todo.

En cambio, me dejó marchar sin más.

Ni siquiera se dignó a contestar a la tarjeta que le dejé con el polo.

Debí haberlo visto venir a leguas.

Éramos como el agua y el aceite, viviendo en eternos universos paralelos.

¿Cómo pude ser tan ilusa de pensar que podríamos fusionar ambos mundos sin problema?

A pesar de todo, no podía evitar recordar las mil formas en las que me había sorprendido. Los cheques de un millón de dólares que donaba a organizaciones benéficas. Los juguetes que iba juntando a lo largo del año para luego repartirlos entre los niños en Navidad. Esa noche de bolos que montó para Douglas cuando perdió a su esposa, solo para asegurarse de que no estuviera solo.

Rocco era un hombre bondadoso y generoso, con un corazón enorme.

Un corazón que, por alguna razón, no quería compartir conmigo.

Me reprendí mentalmente por volver a pensar en ello.

La canción *Déjame que te deje ir* de Faith Hill no paraba de sonar en mi cabeza.

«*Piensa en algo positivo*».

—Oye, fíjate en ese grupo grande de gente —comentó el veterinario de la mesa de al lado, señalando hacia el otro extremo del aparcamiento—. Parece que vienen hacia aquí.

Miré con interés, esperando y pidiendo que fuera así. Necesitábamos un golpe de suerte para darle la vuelta a la situación. Debían de ser unas quince personas, quizás veinte.

—¡Sí! ¡Vienen hacia aquí! Y mira, detrás de ellos vienen aún más —exclamó la mujer que vendía collares y arneses enfrente de mí. Ella aplaudía mientras su rostro se iluminaba con una sonrisa radiante.

Eché otro vistazo, cubriéndome los ojos con la mano por el sol, intentando verlos mejor. En efecto, una multitud se acercaba hacia nosotros. Y seguían llegando, y llegando, y llegando.

—¡Es un milagro! —exclamó el vendedor de camas para perros y gatos, organizando y preparando los accesorios y folletos sobre su mesa.

Alguien debió haber encontrado la manera de correr la voz sobre el cambio de ubicación. En nada de tiempo, había al menos mil personas allí, probablemente más, llenando cada uno de los puestos y el área de adopción de mascotas. Incluso se formó una cola larga para comprar mis galletas para perros que me costaba seguir el ritmo. ¡Vaya problema más maravilloso!

Sacudí la cabeza y le entregué una galleta para perros al siguiente cliente en la cola. El sonido de la gente pasándolo en grande, las carcajadas resonando por doquier, los animales recibiendo la atención que tanto necesitaban, todo ello fue medicina para mi corazón herido.

—Esto es alucinante —exclamé—. ¿De dónde ha salido toda esta gente? Es como si hubieran brotado de la nada.

El hombre enfrente de mí sonrió con complicidad. —¿No te has enterado? Rocco Romano anunció en la radio que vendría en persona a hacerse fotos y firmarle autógrafos a cualquiera que compre algo, haga un donativo o adopte un animal.

—¿Rocco Romano? —las palabras brotaron de mí boca en un susurro apagado.

No podía ser casualidad que justo hoy decidiera venir. Imposible.

Rocco volvía a ser Rocco de nuevo.

Considerado. Generoso. Irresistible.

Me empezaron a escocer los ojos. Parpadeé intentando contener las lágrimas, pero fue en vano. Me limpié los ojos con el dorso de la mano mientras cogía otra galleta para el siguiente cliente, procurando mantener la compostura.

—Ya lo sé, una locura, ¿a que sí? —El hombre asintió, compartiendo mi asombro—. Es increíble.

Miré a través de la multitud intentando avistar a Rocco, pero no hubo suerte. Mi corazón latía a mil por hora ante la sola idea de volver a verlo.

—Me pregunto si se dejará convencer para quitarse la camiseta y hacerse una foto conmigo —comentó una señora en la cola—. Muero por tocar esos abdominales.

—Mira ¿Es él? —preguntó otra, elevando la voz por encima del murmullo general.

Todos giramos la cabeza en esa dirección.

—¡Qué va! Rocco es mucho más alto que este tío —comentó un hombre.

No me cabía en la cabeza que hubiera conseguido reunir a tanta gente para el evento. Me retracté inmediatamente de ese pensamiento. Era justo lo que esperaría de alguien con un corazón gigante. Pero, ¿por qué habría hecho algo así después de haberlo dejado tirado de esa manera?

Él había elegido Italia, no a mí.

Eso era lo que no acababa de entender.

Había cientos de organizaciones benéficas a las que podría haber ayudado.

Y como la romántica empedernida que soy, quería creer que había cambiado de opinión sobre nosotros y que aparecería llevando el polo lavanda que le regalé; aunque quizás ese era un sueño que debía enterrar para siempre.

De repente, la multitud estalló en un estruendo de vítores y comenzó a correr hacia la calle. Los gritos eran casi ensordecedores, parecidos a los de una legión de adolescentes enloquecidos ante la aparición de su ídolo en el escenario.

—¡Ha llegado! —exclamó una mujer, abriéndose paso entre la multitud con una determinación que dejaba claro que nada ni nadie la detendría.

Saqué mi silla de debajo el dosel del quiosco y me subí encima, estirándome todo lo que podía para descubrir el origen de semejante revuelo.

Y entonces, lo vi.

Parpadeé un par de veces y murmuré:

—Madre mía.

Mis ojos debían de estar engañándome. Era imposible.

—¡Es el coche de *Grease*! —gritó alguien con gran entusiasmo.

La capota del Ford De Luxe estaba bajada, y Rocco se encontraba en el asiento trasero con un micrófono en la mano. Marcello iba al volante con una sonrisa radiante. Rocco, con el pelo engominado hacia atrás, llevaba una camiseta blanca y una chaqueta de cuero negra.

Era la viva imagen de John Travolta en *Grease*. Y estaba para comérselo. Por poco pierdo el sentido cuando empezó a cantar *Sandy*. Me resultaba cada vez más difícil respirar a medida que el coche se acercaba. Finalmente se paró y los ojos de Rocco buscaban algo entre la multitud.

No parpadeé; ni siquiera habría podido aunque quisiera. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que le había dicho a Rocco que deseaba importarle tanto a alguien que tuviera la necesidad de cantar sobre su amor por mí.

Y vaya si le importaba.

Eso es una declaración en regla.

Sin darme cuenta, me había alejado de mi puesto, avanzando hasta quedar a unos quince metros de la acera y la carretera. La multitud había cercado el coche de tal manera que era imposible acercarme más.

Fue entonces cuando él me vio.

Nuestras miradas se entrelazaron.

Rocco me cantaba a mí y solo a mí. Su voz era divina.

Se estaba dejando el alma y yo no podía aguantar mucho más.

Finalmente, parpadeé. Mis ojos se tensaron y escocieron cuando me señaló con el dedo, cambiando las dos últimas palabras de la canción de «*Oh, Sandy*» por «*Oh, Beth*».

Dejé salir un suspiro profundo.

Necesitaba tenerlo más cerca, a mi alcance.

—¡Beth! —dijo Rocco, señalándome—. ¡Te elijo a ti! ¡Siempre te elegiré a ti!

Saboreé sus palabras, mientras una ola de calor recorría mi cuerpo.

Era justo lo que necesitaba oír en ese momento.

Nada más importaba.

Las lágrimas inundaron mis ojos, mis emociones desbordadas ya no tenían freno.

Entonces ocurrió lo inesperado.

La multitud se giró, siguiendo la dirección en la que Rocco señalaba.

Todo el mundo me miraba.

Tragué saliva, incapaz de mover un músculo, pero ansiando estar pegada a Rocco.

Él soltó el micrófono en el asiento trasero, saltó del coche y se puso bien el cuello de su chaqueta de cuero.

Como por arte de magia, la gente le abrió paso.

Se dirigió hacia mí, decidido, sin apartar su mirada de la mía.

Contuve el aliento cuando se detuvo delante de mí.

—Hola… —Rocco me regaló una sonrisa muy dulce.

Lágrimas de felicidad me resbalaron por la cara hasta el cuello.

—Hola… —respondí.

—¡Dejadles espacio, por Dios! —exclamó alguien.

La multitud se echó atrás, dándonos un poco de intimidad para hablar.

—Tenías razón—afirmó Rocco, secándome una lágrima con el pulgar y después cogiéndome ambas manos—. Estábamos destinados a encontrarnos.

Había tantas cosas que quería decirle.

Las palabras se me atascaron en la garganta.

Lo único que podía hacer era asentir.

Rocco me atrajo hacia él y me envolvió en un cálido abrazo. Luego, dijo:

—Siento haberme comportado como un idiota. —Se encogió de hombros y bajó la voz—. De hecho, Marcello me llamó idiota y gilipollas, entre otras cosas, y acertó completamente. Nunca debería haberte dejado ir. He oído decir que el amor a veces coge por sorpresa a la gente y les hace hacer tonterías. Soy un claro ejemplo de ello.

—¿Amor? —pregunté, inclinando la cabeza hacia un lado.

Necesitaba escuchar a Rocco decirlo.

—Sí —dijo, sonriendo—. Te quiero.

Esas dos palabras provocaron un escalofrío que me subió espalda arriba.

—Yo también te quiero. —Deslicé mis dedos por su pecho.

—¡Bésala! ¡Bésala! —gritó una mujer.

Rocco miró a su alrededor y se rio entre dientes antes de decir:

—Parece que todavía tenemos público.

—Da igual —contesté—. Solo un puñado de gente. Y un equipo de televisión.

La multitud empezó a corear:

—¡Bésala! ¡Bésala! ¡Bésala!

Rocco esbozó una sonrisa picarona y dijo:

—Qué bien que sé seguir instrucciones.

El aplauso de la multitud se intensificó cuando me levantó en sus brazos y me plantó un beso que casi me deja sin aliento. Menos mal que me tenía bien sujeta, porque sentí cómo las rodillas me empezaban a flaquear.

Rompí el beso cuando se me vino a la cabeza algo importante.

—¿Y qué pasa con Italia? —pregunté.

Rocco acarició mi mejilla suavemente y explico:

—Italia no era lo importante. Sólo era el medio de llegar a un fin: averiguar a qué lugar pertenezco. Después de marcharte, caí en la cuenta de cómo debió sonarte todo lo que dije. Italia siempre estará ahí, pero la idea de perderte me es insoportable. Permíteme que te lo diga de forma que no quede ninguna duda: eres lo más importante para mí en este mundo. Todo lo demás es secundario.

Sus palabras por poco derritieron mi corazón, pero había algo que él tenía que saber.

—Lo valoro, de verdad que lo aprecio, pero por favor comprende que no quiero ser un obstáculo para tus sueños —dije, manteniendo la voz baja—. Te los mereces tanto como yo. ¿Qué me dices de trabajar con Spielberg? Sé que es algo que realmente quieres.

—Él estará ahí cuando llegue el momento. No hay prisa. Lo único que deseo ahora mismo está justo entre tu nariz y tu barbilla.

No pude evitar sonreír cuando dije:

—Vaya, tendrás que ser más específico, porque la anatomía nunca fue mi fuerte en el colegio.

—Será un placer mostrártelo —dijo Rocco con una sonrisa dulce.

Y muy despacio, volvió a besarme.

Epílogo

BETH

Tres años después...

Y el premio Emmy a la mejor serie de comedia es para... —dijo Will Ferrell, abriendo el sobre, sacando la tarjeta y sonriendo—. *El cielo en el séptimo piso.*

El auditorio estalló en aplausos cuando Holly y yo nos levantamos de un salto, vociferando de emoción. Intercambiamos abrazos y besos con Rocco y Josh, para después fundirnos en un emocionante abrazo de grupo. Nuestros chicos habían creado la comedia número uno de la televisión estadounidense.

—Estoy que no quepo en mí de orgullo —le dije a Rocco, dándole otro beso.

—Gracias, cielo. —Me apretó la mano y luego golpeó la palma de su mano contra la de Josh, antes de subir juntos al escenario. El director, los actores de reparto, los demás productores y el resto del equipo les seguían de cerca.

Rocco compartió abrazos con el equipo en el escenario y después con Will Ferrell, antes de acercarse al micrófono.

—Vaya, muchas gracias —dijo—. Es un honor enorme estar aquí esta noche recibiendo este premio en nombre de todos los que han hecho posible *El cielo en el séptimo piso.* Es un proyecto increíble y trabajar en él es tremendamente divertido. Para empezar, me gustaría agradecerle a mi esposa, Beth, su amor, su apoyo y... que me haya prestado a su hermano.

El público soltó una carcajada y aplaudió cuando Rocco me lanzó un beso. Contuve las lágrimas mientras le devolvía el gesto.

Josh se acercó al micrófono y dijo:

—Y yo quiero darle las gracias a mi esposa, Holly, por su amor, su apoyo y... por conectarme con el marido de su mejor amiga. —Josh le guiñó un ojo a Rocco.

La audiencia se deshizo en risas de nuevo.

Fue una noche mágica, inolvidable, y no solo por haber llegado en limusina y desfilar por la alfombra roja ante un sinfín de flashes. *El cielo en el séptimo piso* se llevó esa noche siete premios Emmy, incluyendo mi favorito, el de mejor actor principal en una serie de comedia, que fue a parar a manos de Rocco. Josh, por su parte, se alzó con los premios al Mejor Guión para una serie de comedia y al mejor actor de reparto en una serie de comedia. Justo después de la ceremonia, la cadena anunció que habían contratado dos temporadas más.

En la post-fiesta, a la que no faltó ninguna celebridad de Hollywood, empezaron a circular

copas de champán y cócteles al son de un DJ que no dejaba de poner temazos para bailar.

Holly le hizo un gesto al camarero para que no se molestara en ofrecerle champán.

—No, gracias —dijo ella.

—Deberías coger una copa —insistió Rocco—. Quiero proponer un brindis.

—Me encantaría, pero... —Holly frunció el ceño, se acarició la tripa y luego soltó una sonrisa.

—¡No me digas que estás embarazada! —Casi llegué al techo del bote que pegué.

—Eso mismo. —Ella asintió con fuerza mostrando una amplia sonrisa.

—Es la mejor noticia del mundo. —Me lancé a abrazarla, con cuidado, y después a Josh.

Rocco se unió al abrazo colectivo y añadió:

—Sin duda. ¡Felicidades a los dos!

Me detuve un momento para asimilar la buena nueva y luego caí en cuenta de algo aún más emocionante:

—Voy a ser tía.

—Sí, tía Beth. —Holly me regaló una sonrisa cariñosa.

No pude evitar sonreír durante el resto de la noche, sumida en mis pensamientos sobre cómo había dado un vuelco mi vida desde que conocí a Rocco. Todo estaba encajando a la perfección y mi entusiasmo por Josh y Holly no hacía más que crecer.

Se casaron un año después de que él la sorprendiera con la pedida de mano en el club de comedia. Como Josh ya estaba hasta arriba escribiendo guiones para la serie, decidieron esperar al parón después de la primera temporada para escaparse de luna de miel.

Eligieron Italia, de entre todos los destinos posibles, e insistieron en que nos sumáramos a la aventura, algo que, al final, hicimos. Y fue allí, en frente de la Fontana di Trevi en Roma, donde me llevé la sorpresa de mi vida. Rocco, arrodillándose como alguien que va a ser nombrado caballero de la mesa redonda, me declaró su amor eterno y, acto seguido, me propuso matrimonio.

Yo, llevada por un entusiasmo desbordante, tras aceptar, salté hacia sus brazos. Pero, calculé mal la distancia, y acabé estampándome contra él, lo que nos mandó de cabeza al agua. Nos costó diez minutos convencer a la policía local de que nuestra caída a la fuente había sido un accidente y no un intento de faltarle el respeto al monumento, bañándonos en él. Por suerte, nos libramos de una multa de unos quinientos dólares en euros, aunque el vídeo de la propuesta no tardó en hacerse viral.

Al día siguiente, decidí darle una sorpresa a Rocco, comentándole que el conserje del hotel había logrado reservarnos una mesa en un increíble restaurante de Roma, la Trattoria Monte. Lo que él desconocía era que había contactado con su familia italiana, asegurándome de reunir allí al mayor número posible de personas con las que compartía su ADN.

Así, Rocco y yo acabamos cenando con dieciséis parientes italianos que él ni siquiera sabía que tenía: primos, tíos, tías, abuelos y hasta una bisabuela, a la que todos llamaban Nonna, quien acababa de celebrar su centésimo cumpleaños. A pesar de conocer a Rocco por sus películas, jamás se habían imaginado que pudieran ser familia.

Pero el milagro más grande de la noche fue cuando, entre los familiares que aparecieron, se encontraba el padre biológico de Rocco, Fabrizio. Nadie lo esperaba, ya que su nombre no figuraba en las listas de personas con su ADN por el simple hecho de que nunca se había hecho la prueba. La única razón de su presencia fue que Nonna lo había invitado.

La sorpresa fue aún mayor al descubrir que Fabrizio ni por asomo sabía de la existencia de Rocco. Nos contó que, en sus años mozos, vivió un apasionado romance de verano con una

encantadora estadounidense, Jenny Stevens. Ambos eran estudiantes universitarios y se conocieron en la universidad Sapienza de Roma, mientras que Jenny estaba en Italia participando en un programa de intercambio. Se enamoraron hasta las trancas, pero cuando ella regresó a Estados Unidos, perdieron todo contacto. El número que ella le había dejado ya no servía. Esto sucedió cuando Internet no existía, por lo que le fue imposible localizarla.

Fabrizio quedó desolado. Terminó su carrera en física y más tarde se convirtió en profesor en la misma universidad donde había conocido a Jenny, profesión que sigue amando con pasión al día de hoy. Acabó casándose con otra profesora, pero aquello terminó en divorcio diez años después.

Fabrizio no tuvo hijos, bueno, excepto Rocco. Siempre se preguntó qué habría sido de Jenny, especialmente cuando comía en la pizzería de enfrente de la universidad, donde la vio por primera vez. Rocco le prometió a su padre que contrataría a un detective privado para averiguarlo, ahora que conocía el nombre de su madre.

Desafortunadamente, esa investigación no llevó a ningún lado. Rocco nunca supo qué fue de su madre, pero saber que su padre no lo había abandonado le brindó más paz interior de la que había soñado en toda su vida.

—Siempre quise tener un hijo —dijo Fabrizio, con lágrimas de alegría corriendo por su rostro.

Fue imposible contener las lágrimas cuando Rocco abrazó a su padre por primera vez en su vida. Era alucinante pensar que lo había encontrado simplemente por escupir en un tubo para una prueba de ADN. Desde ese día, Rocco no ha parado de agradecerme la sorpresa, diciéndome que había sido el mejor regalo de su vida.

En cuanto a nuestra boda, Rocco y yo nos casamos no muy lejos de casa, en el Ritz-Carlton de Laguna Niguel. La ceremonia, a la puesta de sol, fue sencillamente espectacular, con unas vistas panorámicas del Océano Pacífico que quitaban el hipo.

Holly fue, por supuesto, mi dama de honor. Marcello, el padrino. Pero quien realmente se llevó el show fue Houdini, nuestro portador de anillos. Hizo un papelón caminando por el pasillo con la almohadilla del anillo atada al cuello, excepto por ese momentito en el que se paró para masticar un programa de boda que colgaba de la mano de Gwen.

Y hablando de Gwen, acabó casándose con Douglas dos meses después de aquella apuesta que hicieron en la noche de bolos de hace tres años. Gwen dejó de trabajar para Rocco, pero ahora vive puerta con puerta con él. En cuanto a la apuesta, Douglas dijo la palabra «caca» once veces en su primera cita, así que tuvo que comerse once de mis galletas para perros. Después, vomitó en dos ocasiones, aunque asegura que mereció la pena.

—Perdí la apuesta, pero me llevé el premio gordo, a la chica —dijo Douglas con una sonrisa.

Mi negocio de galletas para perros ha sido un bombazo, tanto que tuve que contratar a alguien a jornada completa para llevar el timón del día a día. Sigo en el mismo local, aunque ahora le alquilo el piso de arriba a un maestro de la escuela del barrio porque me mudé a la casa de Rocco tras la boda.

La vida no podía ir mejor, y los premios Emmy para mi marido y mi hermano eran solo la guinda del pastel. Rocco incluso consiguió que Spielberg se comprometiera a rodar las tres películas de la trilogía en tres años, durante cada parón de la serie.

—Un brindis, ¡el primero de muchos! —exclamó Rocco, después de que el camarero trajera un zumo de manzana para Holly—. Por Josh. No estaríamos aquí de no ser por él. Estoy agradecido de colaborar con un guionista tan talentoso, pero, más aún, estoy agradecido por su amistad. Te quiero, tío.

Alzó su copa.

Todos levantamos las nuestras y exclamamos:

—¡Salud!

Me llenó de ternura ver lo unidos que estaban Josh y Rocco: los dos hombres más importantes de mi vida.

Holly se animó de golpe cuando el DJ puso *You're the One that I Want* de John Travolta y Olivia Newton-John.

—¡Me chifla esta canción! —exclamó. Me giré hacia Rocco y le lancé una mirada cómplice —. Hablando de Grease, hoy se cumplen exactamente tres años desde que me cantaste *"Sandy"* en aquel evento benéfico. No es que lleve la cuenta ni nada por el estilo.

—¿De veras? —respondió Rocco, sorprendido.

Asentí y me llevé la mano al corazón. Luego dije:

—Aún se me acelera el pulso recordándote al volante de aquel Ford De Luxe, micrófono en mano. Oye, ¿no crees que ya va siendo hora de dedicarme otra canción? Ya toca, ¿no te parece?

—Me sorprende que hayas tardado tanto en pedírmelo. —Rocco soltó una risa socarrona.

—He estado algo liada. —Me encogí de hombros con indiferencia.

—No es que esté diciendo que sí, pero ¿qué canción tienes en mente? —preguntó.

—¿Qué te parece *Sherry* de los Four Seasons? Esa canción me encanta.

Josh soltó una carcajada y dijo:

—¿Qué pasa con tu obsesión por canciones que llevan nombres de mujer? ¿*Sandy*? ¿*Sherry*? Oye, no te olvides de *Peggy Sue*, *Roxanne* y *Billie Jean*.

Moví la cabeza negando y contesté:

—Es solo una casualidad, listillo.

—¿También es casualidad que suenen como si les estuviesen estrechos los zapatos al cantar esas canciones? —preguntó Josh.

Rocco se rio.

Le pellizqué el brazo y le advertí:

—Oye, no le sigas el juego a Josh.

Holly observó a una mujer alta y esbelta vestida con un deslumbrante vestido de lentejuelas, luego frunció el ceño y se giró hacia Josh diciendo:

—Mi cuerpo va a cambiar muchísimo. Espero que no te importe demasiado.

Josh la rodeó con el brazo y le aseguró:

—La mujer que quiero está esperando a nuestro hijo. No hay nada más atractivo que eso. Tranquila, amor.

—Buena respuesta. —Holly sonrió y besó a su marido.

Rocco me miró, se pasó la mano por los abdominales y dijo:

—Y yo espero que sigas queriéndome cuando sea viejo y me crezca una barriga cervecera.

Me reí y le contesté:

—Dudo mucho que eso ocurra, pero sí, te seguiré queriendo, aunque tal vez te pida que no uses camisetas tan ajustadas. —Me reí de nuevo.

—Lo veo justo. —Rocco me guiñó un ojo.

—¿Qué pasará cuando envejezca, me llene de arrugas, y las partes de mi cuerpo empiecen a caer y a moverse a sitios poco deseables? —pregunté—. ¿Me cambiarás por un modelo más nuevo, quizá por una joven y exuberante actriz principal con la que trabajes en el futuro?

—Eso nunca sucederá —dijo Rocco con firmeza—. Solo tengo ojos para ti. Aunque estaría encantado de firmar un contrato, solo para que lo tengas por escrito. Pero algo me dice que

volverías enseguida con un apéndice del contrato.

—Tienes razón —dije, riendo—. Todas las futuras coprotagonistas de Rocco Romano tendrán que ser mayores de ochenta años.

—Eso haría las escenas de besos bastante incómodas. —Rocco se rio.

—Lo veo justo. —Sonreí entre dientes.

Me acercó aún más y dijo:

—No tienes nada de qué preocuparte, amor. —Sonrió y me besó—. Tú siempre serás la protagonista, Beth. Hoy y siempre.

EL FIN



Agradecimientos

Queridos amantes de las comedias románticas,

Espero que hayas disfrutado *Entre hombres y patas* tanto como yo disfruté y me divertí escribiéndolo. La verdad es que yo mismo me reí a carcajadas varias veces mientras lo escribía, especialmente durante la escena en la piscina y la del Maserati con el eucalipto. Jaja. ¡Me encantan Beth y Rocco! Las comedias románticas son un gran escape y una fuente de entretenimiento, ¿no crees? Esta es muy especial para mí porque es mi primera en Español. 😀

Publicar un libro requiere la ayuda de muchas personas, por lo que quiero enviar un enorme GRACIAS a todos los que han ayudado y contribuido a hacer posible *Entre hombres y patas.*

Primero, gracias a mi maravillosa esposa, mi cielo, Silvi Martín. Realmente no puedo agradecerle lo suficiente cada pequeña cosa que hace. Es increíble de mil maneras diferentes y siempre me da excelentes comentarios y sugerencias para mejorar mis libros. ¡TE QUIERO MUCHO!

Muchísimas gracias a Óscar López, Loli Martín, Paco López, Ana Samper López, Lola López, Isabel Anievas, Isabel Gamallo, Juan Robles Guijosa y Maché Indelicato.

Si te ha gustado la historia de Beth y Rocco, sígueme en Amazon para saber cuándo sale mi próximo libro en Español. Tengo 22 comedias románticas en inglés y estoy traduciendolas al español poco a poco. Y, por favor, considera dejar una reseña del libro en Amazon. Lo agradecería mucho mucho ya que eso hará que nuevos lectores descubran mis libros y se lo pasen igual de bien que tú y que yo.

Hasta pronto y abrazos desde San Diego, California.

Rich

Acerca del autor



Rich Amooi es un aclamado autor de 22 comedias románticas y ganador del premio Taleflick Discovery y de tres Medallas de Oro del concurso anual Readers' Favorite.

Antes de sumergirse en el mundo literario y dedicar todo su tiempo a escribir en la espectacular ciudad de San Diego, Rich era locutor de radio profesional en Silicon Valley, creador de anuncios y actor. Pronto dejará California, donde nació y ha vivido toda su vida, para mudarse a España, país de origen de su esposa, el amor de su vida, una princesa andaluza que es su musa y mejor amiga. Rich es un entusiasta de disfrutar la vida a tope, aprovechando al máximo cada día, y viviendo en el presente. Cree en las posibilidades infinitas, los churros, el poder de la gratitud y de la risa.

Sigue a Rich en Amazon para saber cuándo sale su próximo libro en español. ¡Promete risas y finales felices! También visítalo en www.richamooi.com/espanol o escríbele directamente a rich@richamooi.com.